

VALERIO MASSIMO

MANFREDI

Odiseo

EL JURAMENTO



Grijalbo

VALERIO MASSIMO MANFREDI

Odiseo

El juramento

Traducción de
José Ramón Monreal

Grijalbo

www.megustaleerebooks.com



For Christine,
ἁμωμήτω ἁλόχῳ

*Ciò fu nei tempi che ai monti
stridevano ancor le Chimere,
quando nei foschi tramonti
centauri calavano a bere.*

*[Sucedió en la época en que en los montes
cantaban las quimeras,
cuando en los atardeceres oscuros
los centauros bajaban a beber.]*

GIOVANNI PASCOLI

Prólogo

¿Cuánto tiempo llevo caminando? Ya no lo recuerdo, no consigo contar los días y los meses. La luna y el sol se confunden. El astro de la noche brilla, a veces, iluminando la infinita extensión nevada con intensidad similar a la del sol y el astro diurno surge del horizonte velado de nieblas como una pálida luna. El hielo refleja la luz igual que el agua.

¿Cuánto tiempo hace que no veo hombres? ¿Cuánto tiempo hace que no veo la primavera, el mar, los quejigos y los mirtos en los montes y entre las rocas? He encontrado lobos. Osos. No me han hecho ningún daño, no me han atacado. No he echado mano al arco y aun así he sobrevivido. Para que pueda llevar a cabo mi viaje.

El último.

He aprendido a hablar conmigo mismo, a tener de compañera a mi mente para que no se evapore con las nieblas. Echo de menos a mi esposa, sus brazos tan blancos y blandos. Echo de menos su pecho tibio y sus ojos negros, negros, negros. Echo de menos a mi hijo, a mi muchacho, el único que he engendrado. Le he dejado que continuara durmiendo. Los chicos tienen un sueño pesado. Me odiará: me había esperado tantos años...

Añoro a mi diosa de los ojos verdes, de labios perfectos que no han dado nunca un beso, ni a un dios ni a un mortal. No deja huella ni aunque camine a mi lado. Su aliento no se condensa: es frío, como la nieve. Me amaba en otro tiempo, se me aparecía bajo una falsa apariencia, pero siempre la reconocía, en todas partes... Ahora ya no me habla, o tal vez soy yo quien no consigo ya oírla.

¿Me escuchas? ¿Me escuchas, hijo de una pequeña isla, hijo de un destino amargo? Incorregible mentiroso... ¿Cuántas veces has sumergido las manos desnudas en la nieve para lavarlas de la sangre? Sin conseguirlo. ¿Notas que te miran? Camina, camina, sigue adelante, cada vez más lejos porque el horizonte huye, escapa, y esta tierra que no termina nunca, vasta, ilimitada, informe y baldía como el mar, plana como la bonanza...

Y sin embargo, puedes no creerme, soy un rey.

¿Tú, un rey? Me das risa.

Ríete si es lo que quieres, pero soy un rey. Sin reino, sin súbditos, sin amigos, sin, sin, sin..., pero un rey. He llevado a cabo empresas, estaba a la cabeza de un gran número de naves... Guerreros. Amigos. Compañeros. Muertos. Tengo frío. ¿Me oís? ¡Tengo frío! ¿Dónde estáis? ¿Tal vez a mi alrededor? ¡Bajo tierra! ¿Bajo el hielo? También vosotros tenéis un aliento frío que no se condensa. Invisibles.

Adelante, siempre adelante. Ya no sé cuándo fue la última vez que comí. No sé por qué mi destino no se aplaca, por qué no puedo vivir como la mayoría de los hombres con un hogar, con una familia, con la comida preparada tres veces al día.

Atenea. ¿Me amas todavía? ¿Soy aún tu preferido? O tal vez es esta mi locura: mi mente se halla ligada a realidades misteriosas mayores que yo e incomprensibles. Los pies que avanzan uno tras otro envueltos en pieles de conejo que me he comido son mi única visión. Mis pasos carecen de meta, a no ser la profecía del adivino que en una noche sin luna evocó desde el más allá. Una meta cualquiera que sabré que he alcanzado cuando haya llegado. He perdido la cuenta de los días y de las noches. No la he llevado nunca y no sé desde cuándo estoy de viaje. Ni siquiera sé cuántos años tengo. Es cierto que ya no soy joven.

Una montaña.

Se yergue solitaria como una isla en medio del mar. Y hay una cueva. Encontraré refugio del viento que me corta el rostro, de la nevisca que se me mete en los ojos.

Una gruta. Es cálida, sobre todo en el interior, donde el viento no tiene espacio para moverse.

Ha aparecido un conejo. Blanco sobre blanco. Difícil apuntar, más difícil aún no hacer caso al hambre. Y sin embargo sería hermoso abandonarse al agotamiento, dejarse morir lentamente, de una muerte dulce. ¿Quién me encontraría nunca aquí? Un cuerpo reseco, la mueca de una calavera de dientes hambrientos...

Atrapado. Desollado. Devorado. Yo, o el conejo. ¿Qué diferencia hay? Desde entonces se han amontonado huesos sueltos en mi cueva. Y recuerdos en mi mente. Volverá la primavera y encontraré un hombre que me hará una pregunta y tendré que responderle. Pero deberé recordarlo todo. También los gritos y el llanto, ecos de desgarrar. He apoyado en la pared del fondo de la cueva el palo que llevaba sobre el hombro. Me lo encontré abandonado en la orilla de Ítaca una mañana después de mi

regreso, derrelicto de un viejo naufragio. ¿Cuánto tiempo llevaba flotando en el mar? Años. Lo he reconocido por una mariposa tallada en la empuñadura: en otro tiempo lo manejaba uno de mis compañeros. El cuarto remo de la derecha. Viejo amigo, ahora duermes en la oscuridad del abismo. Pero me has mandado una señal. Es hora de reanudar el viaje.

Mi nave. La echo de menos. Tenía los costados curvos como una mujer, mórbida y sensual. Como la diosa de los ojos verdes. Yace hecha pedazos en el fondo del mar. Y el corazón llora. ¡Deja de llorar, corazón mío! Has soportado bien otros dolores. Desventuras sin fin, sí. Recuerda más bien en sueños. Recuérdalo todo. Son hermosos los recuerdos: son el nacimiento, la vida. El futuro es la muerte, muerte de un héroe, muerte de un conejo. Ninguna diferencia, tremenda certeza.

La escasa luz es tragada por la oscuridad. El viento empieza de nuevo a recorrer la llanura, gimiendo en la oscuridad, despertando largos ululatos de lobos, llamando nieve, nieve, nieve. ¡Qué noches más largas! No terminará nunca. ¿Es que ha existido alguna vez el cálido sol que se asomaba tras los montes cubiertos de robles susurrantes? ¿Ha existido de veras la isla besada por el mar, silenciosa bajo la luna llena, perfumada de arrayán y de asfódelos?

Y sin embargo, un día lejano, nació un niño en la isla, en el palacio sobre el monte, un hijo único. No lloraba, trató enseguida de hablar, de imitar los sonidos aprendidos en la oscuridad del seno materno.

Yo.

Me llamaron Odiseo porque así lo había establecido mi abuelo Autólico, rey de Acarnania, llegado de visita al palacio un mes después de mi nacimiento. Y pronto me di cuenta de que los otros tenían un padre y yo no. Por la noche, antes de dormirme, preguntaba a la nodriza:

—*Mai*, ¿dónde está mi padre?

—Se ha ido con otros reyes y guerreros en busca de un tesoro en un lugar lejano.

—¿Y cuándo volverá?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Cuando se parte por mar no se sabe cuándo se vuelve. Están las tempestades, los piratas, los arrecifes. Puede ocurrir que la nave sea destruida y que alguien se salve nadando hasta tierra. Pero después debe esperar a que pase otro barco y para ello pueden pasar meses, años. Si luego se detiene un bajel pirata, los coge y los vende como esclavos en el puerto siguiente. La del marinero es una vida arriesgada. El mar esconde monstruos terribles y criaturas misteriosas que viven en los abismos y suben a la superficie en las noches sin luna... Pero ahora duerme, pequeño.

—¿Por qué ha ido a buscar un tesoro?

—Porque han ido todos los guerreros más fuertes de Acaya. ¿Acaso podía dejar de hacerlo tu padre? Un día los cantores narrarán esta historia y los nombres de los héroes que tomaron parte en ella serán recordados eternamente.

Yo asentía con la cabeza como para aprobar, pero no comprendía del todo por qué había que irse, aventurarse solo para que alguien un día te cantase contando que habías tenido el valor de partir y de arriesgar la vida.

—¿Por qué he de dormir contigo, *mai*? ¿Por qué no puedo hacerlo con mi madre?

—Porque tu madre es la reina y no puede dormir con alguien que moja aún la cama.

—Yo no mojo la cama.

—Bueno —respondió la nodriza—, a partir de mañana dormirás solo.

Y así fue. Entonces mi madre, la reina Anticlea, dispuso que me trasladaran a un

apuesto exclusivamente para mí con una cama de encina decorada con incrustaciones de hueso. Hizo que me dieran una manta de lana fina recamada con hilos de púrpura.

—¿Por qué no puedo dormir contigo?

—Porque ya no eres un niño y porque eres un príncipe. Los príncipes no tienen miedo de pasar la noche solos. Pero durante un tiempo te mandaré a Femio. Es un buen chico: sabe muchas historias bonitas y te las cantará hasta que concilies el sueño.

—¿Qué historias?

—Las que tú quieras: las empresas de Perseo contra la Medusa, de Teseo contra el Minotauro y muchas otras.

—¿Puedo pedirte una cosa?

—Por supuesto —respondió mi madre.

—Esta noche me gustaría que fueses tú quien me contara una historia, la que quieras. Una cosa que haya hecho mi padre. Cuéntame cuándo lo conociste.

Sonrió y se sentó cerca de mí junto al lecho.

—Sucedió cuando mi padre lo invitó a una cacería. Nuestros reinos eran colindantes, el de Laertes a occidente en las islas, el de mi padre en tierra firme. Era una manera de hacer causa común para aliarnos contra los invasores extranjeros. Fui afortunada. Bien hubiera podido casarme con un viejo gordo y calvo: tu padre, en cambio, era apuesto y fuerte; tenía solo ocho años más que yo. Pero no sabía cabalgar. Fue mi padre quien le enseñó y le regaló también un caballo.

—¿Eso es todo? —le pregunté.

Me imaginaba una lucha para liberarla de un monstruo o de un cruel déspota que la tenía prisionera.

—No —respondió—, pero no puedo decirte más. Tal vez otro día. Cuando puedas comprender.

—Ya puedo.

—No. Ahora no.

Transcurrió otro año sin que llegasen noticias del rey, pero ahora tenía un maestro que lo sabía todo y me había contado cosas de mi padre. Aventuras de caza, incursiones, batallas contra los piratas: historias más hermosas que las que me relataba mi madre. Él, el maestro, se llamaba Mentor. Era un joven de ojos oscuros y barba negra, que lo hacía parecer mayor de lo que era. Sabía responder a cualquier pregunta, excepto a la única que me interesaba: «¿Cuándo volverá mi padre?».

—Pero ¿tú te acuerdas de tu padre?

Asentí con la cabeza.

—¿Ah, sí? Entonces dime, ¿de qué color tiene el cabello?

—Negro.

—En esta isla todos tienen el pelo negro. ¿Y la mirada?

—Penetrante. Color de mar.

Mentor me escrutó hasta el fondo de los ojos.

—¿Lo recuerdas de veras o tratas de adivinar?

No respondí.

Mi padre volvió al año siguiente, una vez terminada la primavera. La noticia llegó a palacio con las primeras luces del día y creó gran desconcierto. La nodriza hizo preparar enseguida un baño para la reina, luego la ayudó a vestirse y a peinarse y le llevó el joyero para que eligiese las alhajas que más le gustaran. A mí me hizo ponerme el traje largo de cuando había visitas, rojo con dos listas doradas. Bonito. Me miraba cuando pasaba por delante de un espejo en los alojamientos de las mujeres.

—No te ensucies, no juegues en el polvo ni con los perros...

—¿Puedo estar en el porche?

—Sí, si no te pones perdido.

Me senté en el pórtico. Al menos allí se veía entrar y salir gente, los criados que preparaban la comida para el rey. El cerdo chillaba bajo el cuchillo y luego era colgado por las patas traseras. Los perros lameteaban la poca sangre que goteaba al suelo. El resto la recogían en orzas para hacer mondongo. A mí no me gustaba el mondongo.

En aquel momento llegó Mentor, cogió el cayado y tomó por el sendero que conducía al puerto. Observé a mi alrededor para asegurarme de que nadie miraba hacia el lado donde yo estaba, y le alcancé cerca de la fuente.

—¿Adónde quieres ir? —me preguntó Mentor.

—Contigo. A ver a mi padre.

—Si Euriclea se da cuenta de que no estás, se pondrá como loca y luego tu madre mandará que le den unos azotes, y eso hasta con cierto gusto...

Mentor se detuvo al darse cuenta de que lo que tenía en mente no podía decirse a un niño de seis años.

—Mi madre está celosa de Euriclea, la nodriza, ¿verdad?

Mentor no daba crédito a lo que oía.

—¿Y tú sabes lo que quiere decir «celosa»?

—Lo sé, pero no podría explicarlo... sí, celoso es cuando quieres algo solo para ti.

—Entendido —respondió Mentor tomándome de la mano—; ven, vamos. Sujeta el traje con la derecha, así no lo pisarás y evitarás que te castiguen.

Echamos a andar.

—¿Para qué necesitas el cayado si eres joven y esbelto?

—Para espantar a las víboras: si te muerden, estás muerto.

—Porque quieres parecer más importante y más sabio.

Mentor se detuvo mirándome con severidad a los ojos y apuntándome con el índice.

—No me hagas preguntas si conoces ya la respuesta.

—Trataba de adivinar —me justifiqué.

El sol estaba ya alto cuando llegamos al puerto. Había sido avistada la nave real, cuando aún estaba en alta mar, por el estandarte que izaba a popa, y acto seguido muchas embarcaciones habían salido a su encuentro para darle escolta festivamente hasta el atracadero.

—Ahí le tienes —dijo Mentor—. Ese hombre del manto azul y de la lanza en la mano es el rey Laertes, tu padre.

Tras aquellas palabras solté mi traje y eché a correr rápido pendiente abajo en dirección al puerto. Avancé a velocidad de vértigo hasta que me encontré delante del guerrero con el manto azul. Allí me detuve y me quedé mirándole entre jadeos. Ojos color de mar.

Me reconoció y me estrechó entre sus brazos.

—Eres mi padre, ¿verdad?

—Sí, soy tu padre. ¿Te acuerdas aún de mí?

—Sí. No has cambiado.

—Tú, por el contrario, has crecido mucho, hablas como un adulto y eres veloz: te he observado mientras bajabas por la ladera del monte.

Un siervo trajo un caballo, el único de la isla, para el rey. Laertes montó y me hizo subir a la grupa, delante de él. Detrás se formó un cortejo: sus amigos, la guardia personal, los nobles, los representantes del pueblo, los capataces de sus propiedades rurales y sus reses. A medida que el cortejo avanzaba, se concentraba gente a lo largo del

sendero que subía serpenteando hacia el palacio. Mentor caminaba al lado del rey a caballo, en una posición de deferencia, señal de que el soberano lo tenía en gran consideración.

Los festejos se prolongaron hasta tarde, pero a mí me metieron en la cama inmediatamente después de la puesta del sol. Me quedé despierto largo rato por la algazara, las carcajadas y la confusa vocinglería que llegaban de la sala del banquete.

Luego se hizo el silencio, las lucernas proyectaron sombras huidizas en las paredes, las puertas de las habitaciones se abrieron y cerraron con ruido de cerrojos. Era noche avanzada y aún no estaba profundamente dormido, sino en duermevela, excitado por todos los sonidos, los cantos y los gritos que había oído. Estaba sumido en un sueño ligero y me despertó del todo el sonido de una puerta que se abría. Me deslicé hacia el pasillo en la oscuridad y vi entrar a un hombre en el aposento de Euriclea, la nodriza. Me acerqué. Oí extraños ruidos que venían del interior y reconocí la voz de mi padre. Comprendí que lo que estaba pasando en ese cuarto en aquel momento no era algo que un niño pudiese mirar. Regresé a la cama y me refugié bajo las mantas. El latido de mi corazón me mantuvo despierto un poco más, hasta que finalmente se aquietó y me dormí.

Fue Mentor quien me despertó a la mañana siguiente. Tal vez la nodriza estaba cansada.

—Es de día. Ve a lavarte. Hoy tenemos muchas cosas que hacer y tu padre tendrá ganas de estar contigo.

—Mi padre ha dormido primero con mi madre y luego con *mai*.

—Ocúpate de tus cosas. Tu padre es el rey y hace su real gana.

—Antes era yo quien dormía con la nodriza y ahora lo hace él. No lo entiendo.

—Lo entenderás a su debido tiempo. Euriclea es suya. La compró. Puede hacer con ella lo que le plazca.

Pensé en los extraños ruidos que había oído aquella noche y creí haber comprendido.

—Sé lo que ha hecho.

—¿Has estado espiando?

—No, un día Eumeo, el porquero, me hizo ver al verraco montando a la cerda.

—Habrás que darle unos buenos sopapos a ese bastardo. Y ahora lávate —me ordenó Mentor indicando la pila llena de agua de manantial que brotaba del subsuelo de los cimientos del palacio.

Me lavé y luego me vestí. Mentor me indicó una roca que dominaba el sendero a cien pasos de distancia.

—Ve a sentarte allí arriba. Tu padre ha salido de caza antes del alba. A la vuelta pasará por ahí. Te verá y se detendrá a hablar contigo.

Obedecí y me encaminé solo por la senda. Vi a los pastores incitar al ganado fuera de los establos y llevarlo a pacer. Los perros los seguían, ladrando. Llegué a la roca, trepé hasta lo alto, luego me volví para indicarle con un gesto a Mentor que estaba allí. Ya no le vi. Había desaparecido.

Me senté a observar abajo a los siervos y campesinos, a los pastores con las ovejas y las cabras que iban al trabajo mientras la luz del sol iluminaba, a cada momento que pasaba, también los valles más profundos y los ocultos precipicios. Me puse a jugar con unos guijarros de colores que siempre llevaba conmigo en el bolsillo de mi vestimenta. Los tiraba y los recogía para lanzarlos de nuevo, y cada vez observaba la disposición en que quedaban. Nunca del mismo modo. Pensé: «¿Cuántas veces debería tirar los guijarros para que caigan en la misma posición que la vez primera? ¿Bastaría con toda una vida?».

—¿Juegas tú solo? —preguntó la voz de mi padre detrás de mí.

—No tengo a nadie con quien hacerlo.

—¿Y qué esperas cuando arrojas las piedras?

—Predicen el futuro.

—¿Y qué dicen?

—Que también yo haré un largo viaje. Como tú.

—Eso es fácil de vaticinar. Vives en una isla que ahora te parece grande. Dentro de poco la encontrarás pequeña.

—Iré donde no ha llegado nadie. —Miré los ojos verde mar de mi padre—. ¿Tú hasta dónde has llegado?

—Hasta donde el mar confina con las montañas. Son muy altas y están siempre cubiertas de nieve. La nieve produce ríos que descienden retumbando y espumando hasta el mar. El recorrido es breve, el agua no tiene tiempo de calentarse al sol, permanece helada hasta que se junta con la del mar.

—¿Y habéis encontrado el tesoro?

—¿Quién te lo ha dicho?

—La nodriza.

Mi padre agachó la cabeza. Tenía algún mechón blanco entre la negra cabellera.

—Sí —contestó—, pero ¿tú qué quieres saber: la verdad o lo que contarán los cantores?

Me era difícil responder. ¿De veras me interesaba la verdad? ¿Y para qué? No es asunto de niños. Basta con contar una cosa para que se vuelva verdad. El rey de una pequeña isla parte rumbo a una gran aventura. Participan todos los mejores de Acaya. ¿Acaso podía faltar él? Y además, pensaba, en mi isla solo hay hombres, cabras, ovejas y cerdos. Pero si uno va lejos, lejos de verdad, quién sabe qué se puede encontrar. ¿Monstruos? ¿Gigantes? ¿Serpientes marinas? ¿Por qué no? ¿Los dioses? ¿Por qué no?

—Cuéntame, padre, háblame de tus compañeros. ¿Es cierto que son los más grandes héroes de Acaya?

—Desde luego. —Sonrió y, alargando el brazo, agregó—: Heracles es el hombre más fuerte del mundo. Cuando flexiona los músculos da miedo. Podría matar a un león solo con sus manos, creo yo. Nadie puede batirse con él. Su arma preferida es una clava, no usa armas de metal. Con esa clava puede matar a un toro. A veces, él solo, tiraba de la nave hasta la orilla y ataba las maromas a un olivo... ¿Sabes? Fue él quien cortó el pino con el que se construyó el bajel. Un tronco gigantesco que doce hombres no conseguían abrazar. El último de su especie que quedó en el monte Pelión. Luego el hachero modeló la quilla con la hachuela y la ahuecó con la zapa. Y le dio también el nombre: *Argo*, porque es una nave rapidísima.

No recuerdo cuánto tiempo permanecimos en aquella roca observando el lento moverse de las sombras y de las luces en los perfiles de nuestra isla. Escuchaba atento, encantado por la voz de mi padre, mientras masticaba un tallo de avena. Las palabras salían de su boca como bandadas de pájaros de una fortaleza cuando asoma el sol. El sonido era como el del cuerno de caza cuando se eleva el tono. Me acompañaría toda la vida. *Aún me despierta de noche. «¡Levántate, nos vamos de caza!» Ahora que ya no está. Atta..., padre..., mi rey. ¿Quién era el más fuerte después de Heracles? ¿Quién era?*

Me di cuenta de que ahora a mi padre le gustaba pasar parte de su tiempo conmigo. Me llevaba a dar una vuelta por los bosques con los perros; cuando yo estaba demasiado cansado, me aupaba sobre sus hombros.

—Uno sobre otro formamos un hombre más bien alto —decía entre risas.

Me gustaba verle reír: mostraba una hilera de dientes blanquísimos, apretaba los ojos hasta reducirlos a una ranura y tenía una carcajada que era como un gorgoteo.

—¿Cuándo iremos a ver al abuelo a tierra firme? —le pregunté en una ocasión.

—Pronto. También tu madre querría hacerle una visita, ha pasado mucho tiempo desde la última vez. Cuando yo estaba fuera, ella no quería dejar el palacio y el reino. Tres años... Es mucho.

Al final volvía a mi pensamiento preferido.

—No me has hablado nunca del tesoro. ¿De qué se trataba?

—Pregúntaselo a Femio. Te contará una historia preciosa.

—Quiero la verdadera.

—¿Estás seguro? La verdad no es tan interesante...

—Para mí lo es.

—Hay un río que desemboca en el segundo mar. Se llama Fasis y transporta oro. Pajuelas centelleantes bajo el velo del agua, pero inasibles. Los indígenas colocan vellones de oveja allí donde el río es poco profundo y los fijan con piedras. Las pajuelas se enredan en la lana y así se las coge. Cada dos días ponen a secar las zaleas y luego las sacuden sobre un paño de lino y recogen las láminas de oro. Muchas.

—¿Y para eso había necesidad de una nave tan potente y de los guerreros más afamados de Acaya?

Mi padre rió de nuevo.

—Hablas bien, pequeño. Pero ¿quién te ha enseñado?

—Mentor. Entonces ¿qué?

—Ese lugar es un hervidero de guerreros salvajes. Se esconden bajo la arena de la orilla y luego saltan fuera como si los hubiese alumbrado de improviso la tierra. Lanzan gritos tremendos y no parecen sentir el dolor. ¿Cómo haces para abatir a un hombre que no siente el dolor?

—Todo el mundo siente el dolor.

—Ellos no. Tal vez posean un secreto: una hierba, dicen, una especie de veneno. El oro de los vellones es custodiado en una gruta del interior y es vigilado día y noche. Teníamos que encontrar ese lugar, coger el tesoro, llegar a la costa y zarpar. ¿Tú qué habrías hecho?

Los ojos de mi padre brillaron iluminados, durante un instante, por el sol.

—Me habría hecho amigo de alguno de ellos.

—Algo por el estilo: nuestro capitán, Jasón, príncipe de Yolco, mandó unos presentes a la princesa; luego pidió hacer una visita al rey Eetes, su padre. Jasón es apuesto como un dios y ella se enamoró de él. Se veían a escondidas en el bosque...

Yo pensé en la noche de su regreso cuando se había metido en la cama de la nodriza y en lo que había oído. ¿Era aquello enamorarse? Luego pareció como si hablase consigo mismo.

—Se amaban salvajemente, sin decirse una palabra. —La voz de mi padre se hizo más fuerte—. Un día Jasón le mostró una pajueta de oro en la palma de una mano y mediante gestos le hizo comprender lo que quería. Hasta ese momento nadie nos había atacado. Estábamos acampados en la playa, con la nave amarrada por la popa a un enorme olivo, y pasábamos los días pescando: grandes atunes como cerdos se enredaban en nuestras redes y nosotros asábamos en las brasas pescados enormes. Hasta que un buen día Jasón decidió intentar la empresa. Partimos de noche con la muchacha que nos hacía de guía, ágil y silenciosa como una zorra. El cielo estaba negro y las nubes descendían de las montañas casi hasta la llanura. Era como estar ciegos.

»Estábamos todos armados: Heracles, gigantesco con su clava, yo con la espada y el arco, y luego Tideo y Anfiarao de Argos; Zetes y Calais, los hijos gemelos del viento septentrional (así los llamaban), rubios, de ojos glaciales y la piel siempre fría; Telamón de Salamina, alto y poderoso con los cabellos recogidos en la nuca con una fíbula de bronce; Ífito de Micenas, Oileo de Lócride, Cástor de Esparta, el luchador, poco más que un muchacho, y su hermano Polideuces, el púgil; Peleo de Ftía de los mirmidones, Admeto de Feras, Meleagro de Etolia y luego todos los demás. Cincuenta en total.

Veinte de nosotros se quedaron en la nave prestos a izar la vela y zarpar. Anfiarao se quedó con ellos, sentado en la proa mirando fijamente la oscuridad. Tenía unos ojos negros y grandes; Anfiarao, las pupilas dilatadas como las de los lobos de noche, capaces de escrutar los abismos del pasado y del futuro. Nos seguía con ojos tenebrosos e inmóviles, nos observaba, invisibles para todos salvo para él. Sabía si volveríamos y si seríamos exterminados. Era un vidente...

»Pirítoo, el rey de los lapitas, el guerrero que había luchado contra los centauros, estaba cerca del olivo blandiendo una segur, preparado para cortar las amarras en cuanto regresásemos a la nave.

Miraba al rey Laertes, mi padre, y me lo imaginaba avanzando en la noche con la espada empuñada en medio de todos los demás héroes: los más fuertes de Acaya, los más fornidos del mundo, y me sentía dichoso. Miraba sus brazos, su cuello de toro, sus hombros cuadrados y me consideraba afortunado. Era su hijo. El único. Su historia me encantaba. Podría escucharlo durante todo el día y toda la noche.

—Continúa, *atta*, sigue contando.

El tiempo había volado, el sol estaba ahora alto a nuestra derecha y hacía resplandecer el espejo de agua del puerto, prisionero de los montes que disminuían, verdes, entre el azul del cielo y el tono más oscuro del mar. Nos cubría la sombra de una higuera veteada de luz. Chirriaban las cigarras. Los perros dormitaban.

—Atravesamos el bosque por un sendero estrecho e impracticable, una garganta rocosa por la que pasaba a duras penas un hombre por vez, un valle cenagoso cubierto de hierbas altísimas y, finalmente, llegamos al lugar de la gruta y la muchacha nos hizo seña de que nos detuviéramos. Había cincuenta de sus guerreros erguidos en la oscuridad y apoyados en sus lanzas. Sombras entre las sombras. La guía los señaló uno por uno y entonces se hicieron visibles también ante nosotros. Las puntas de sus armas reflejaban una luz insistente que las hacía perceptibles en medio de la noche. Las brasas casi extinguidas de una fogata. En la entrada de la gruta había un guerrero altísimo cubierto con pieles de serpiente, de tez oscura y la mano apretada en la empuñadura de la lanza.

»Jasón nos indicó que nos abriéramos en arco alrededor, y acto seguido, en cosa de un segundo, la muchacha disparó una flecha a la hoguera casi apagada y lanzó un grito estridente y agudo. En el mismo momento el fuego se avivó como un relámpago cegador e iluminó de lleno a todos los guerreros de guardia y al que defendía la entrada: cubierto de escamas, parecía un dragón, y tenía los dientes afilados con lima como colmillos de

fiera. Todos arrojamos en el mismo instante nuestras lanzas, luego nos dirigimos hacia delante con las espadas empuñadas. Jasón se enfrentó con el hombre-serpiente y la noche resonó con el fragor de sus golpes. Nos batimos como leones. La potencia de Heracles causaba estragos; Tideo, incansable, soltaba un golpe tras otro sin respiro; Telamón, agotadas las armas arrojadas, lanzaba pedruscos y rocas. Cástor y Polideuces propinaban puñetazos con sus puños revestidos con tachones y a cada golpe se oía un ruido, siniestro, de huesos rotos. Cuando, jadeante y chorreando sudor, me di cuenta de que no tenía ya a nadie delante, vi a Heracles arrastrar por los pies a dos grandes guerreros masacrados, carne muerta. Jasón abatió al final al hombre-dragón y acto seguido, tras encender una antorcha, siguió a la muchacha hacia el interior de la gruta. Fue allí donde también nosotros vimos un vellón totalmente centelleante que colgaba de la rama de una encina petrificada. Indicaba la cueva del tesoro. Jasón se lo llevó consigo.

Mi padre se interrumpió; yo lo miraba boquiabierto. Escrutó en mis ojos para buscar en ellos la imagen que ya se estaba formando del tesoro de la gruta.

—Decenas de ánforas, recipientes de cobre reluciente llenos de oro hasta los bordes. Hundimos las manos en ellos y sus bocas desprendieron destellos, el brillo de mil diminutos fulgores...

—Padre —dije—, ¿cuál es nuestra parte? ¿Puedo verla?

Pareció hacer caso omiso a mi pregunta.

—Ensartamos unos palos en las asas de las ánforas y las transportamos así, de dos en dos y con esfuerzo, en dirección al mar.

Me di cuenta de que jadeaba, de que mi respiración se había intensificado como si fuese a trasladar el peso del cobre y del oro. El corazón me latía en la garganta y en las sienes.

—No pasó mucho rato cuando la noche resonó con el doblar de los tambores, que no tardó en confundirse con el retumbo de unos truenos lejanos. Atravesamos el bosque, la ciénaga, hundiéndonos en el fango hasta las rodillas, el sendero estrecho y empinado... La princesa salvaje que nos guiaba parecía presa del terror y gritaba palabras que nadie podía comprender, pero ciertamente nos incitaba a andar más rápido, cada vez más rápido, porque los tambores sonaban muy cerca, los teníamos casi encima. Brillaban con luz tenue relámpagos más allá de la bruma, superado el umbral de la noche, fantasmas de pálida luz, y luego los fulgores de Zeus traspasaron cielo y tierra, incendiaron la niebla...

—*Atta* —dije—, te expresas con palabras que encantan, como las de Mentor y Femio.

¿Recuerdas ahora lo que de veras sucedió?

Ni siquiera entonces mi padre el rey pareció haber oído mi pregunta. Los perros levantaron el hocico para olfatear algo que el viento traía en sus alas, de lejos...

—De improviso los teníamos encima y la princesa salvaje se puso a chillar como un halcón que se lanza sobre su presa. Extrajo de su aljaba las saetas y abatió a muchos. Se debatían emitiendo extraños sonidos, pero no gritaban ni gemían; otros se arrancaban las flechas de la carne. Tal vez fuera cierto que no sentían el dolor, o quizá estuvieran acostumbrados desde siempre a ignorarlo. Reaccionamos a nuestra vez, pero estábamos turbados. Todos pensaban en las ánforas llenas de oro que podrían desaparecer en la oscuridad mientras combatíamos...

—*Atta*, ¿para qué quiere la gente el oro?

Esta vez mi padre contestó interrumpiendo el relato.

—Podría responderte que es el más bello de todos los metales, semejante al sol. Su color no cambia nunca, no se corrompe y no se oxida y cada cosa preciosa está hecha con este metal, pero tal vez el motivo es distinto desde el momento en que son muchos los que lo desean, todos lo ambicionan, y si eso es así significa que es lo máximo que un hombre puede desear. El oro es poder, de oro están hechas las diademas de los reyes y las vestiduras de los dioses.

»No había tiempo que perder —prosiguió el relato—, reconocí a escasa distancia de mí la voz de Zetes y Calais y grité: “¡Corred, corred como vuestro padre el viento, y llamad a los compañeros de la nave!”.

»Los dos comprendieron y se lanzaron por el sendero hacia el mar a tal velocidad que parecía que no tocasen el suelo, mientras que nosotros continuábamos combatiendo ahora cuerpo a cuerpo con nuestros atacantes. La princesa salvaje ardía de una energía semejante a la del fuego y la tempestad, como si el cansancio no afectase a sus miembros. Golpeaba ya con el hacha, ya con el puñal y, cuando por un instante la tuve cerca, vi o sentí (no podría afirmarlo) que estaba completamente cubierta de sangre. Jasón, a su lado, no le iba a la zaga, y Heracles, nuestro baluarte, se enfrentaba rugiendo como un león a una nube de enemigos que tal vez ni siquiera conseguían creer cuánta fuerza era capaz de desplegar un solo cuerpo.

»No sé cuánto tiempo pasó. Pero sí que algunos de los nuestros fueron heridos pero continuaron combatiendo con todas sus energías. Pero ¿por qué no volvían Zetes y Calais? ¿Cuánto necesitaban los hijos de Bóreas para cubrir la distancia que los separaba

de la nave y volver atrás?

»Entonces me dirigí a Tideo: “¡El cuerno, toca el cuerno, que puedan oírte!”.

»Y Tideo empezó a soplar el cuerno reluciente y un grito no tardó en anunciar la respuesta. Los hijos del viento habían traído consigo a casi todos los compañeros que custodiaban la embarcación *Argo*. También Anfiarao estaba con ellos: cubierto de bronce, sus ojos en la noche reflejaban la luz de las antorchas como los de un lobo. Se dieron a la fuga. Cansados y doloridos, no habrían aguantado el choque.

»Por fin alcanzamos la nave mientras el cielo comenzaba a clarear por levante. La princesa salvaje se despojó de sus ropas hasta quedar desnuda y se lavó en el mar, luego trepó por la amarra hasta la proa. Levamos anclas.

El sol declinaba ya tras el Nerito y la sombra de la montaña cubría un cuarto de la isla por más que la noche estuviera lejana. El viento terral hacía susurrar las copas de las encinas en torno a nosotros. Yo no era capaz de decir una palabra porque todavía no había logrado volver a la realidad. Me había quedado combatiendo con los guerreros en la oscuridad o tal vez en la nave observando la orilla que se alejaba.

—¿En qué piensas? —preguntó mi padre levantándome y tomándome de la mano.

—Creo que así es como debe vivir un hombre. Como tú que surcas el mar o combates y conquistas tesoros.

—Sí, tal vez es así como deben vivir los hombres como nosotros, pero hoy he estado a tu lado y hemos hablado largo y tendido mientras contemplábamos el paso de la luz y de la sombra sobre nuestra tierra. También esto es hermoso.

—Así pues, también yo surcaré el mar y conoceré pueblos salvajes en lugares lejanos...

—Por supuesto. Pero ahora mira..., la cena estará lista dentro de poco, carne y pan y buen vino; el humo sale por el tejado del palacio, el palacio que un día será tuyo, hijo. Porque tú, ese día, serás rey de Ítaca.

Mi padre partió de nuevo muchas veces para otras empresas o para verse con otros reyes y príncipes, establecer alianzas, castigar a aliados indóciles, saquear territorios de tribus del septentrión o de lugares más lejanos aún.

No siempre y no todos volvían. Cuando los jóvenes guerreros que lo seguían perdían la vida se les daba sepultura lejos. Los padres no tendrían nunca el consuelo de llorar en sus tumbas. Otras veces, si había dado tiempo de erigir una pira, el rey traía a su regreso las cenizas guardadas en una urna, un ánfora cerrada por una tapa, con asas, y las entregaba a la familia tras haberles rendido los honores de rigor. Otros regresaban malheridos o mutilados. Mi propio padre volvía en ocasiones con las señales en el cuerpo de duros combates y se pasaba días y días inactivo para recuperar las fuerzas y la sangre derramada, como un león que se esconde en el bosque para lamerse las heridas después de haber sido atacado por una jauría de feroces mastines.

Tenía ya catorce años cuando lo trajeron a palacio desde la nave tendido en una angarilla, llevado por cuatro hombres, pálido como un cadáver, con el tórax fajado con unas vendas manchadas de sangre. Las mujeres, que habían acudido al oír la noticia, se mesaban los cabellos y lanzaban gritos como si llorasen a un muerto. Yo también lloraba, pero en mi corazón, sin hacerme oír, tragándome las lágrimas. Así me lo habían enseñado.

En aquel período, el aposento en el que yacía mi padre era inaccesible hasta para mi madre. Solo Mentor podía verlo, tal vez para curarlo. Mentor sabía hacer cualquier cosa y ciertamente conocía los secretos de las hierbas y de los filtros que restablecen a un hombre. El rey estaba vivo, pero no quería que le vieran en esas condiciones. Recuerdo haber llamado un día a su puerta: «Padre, *atta*, ¿puedo entrar?». Pero al no obtener respuesta no me había atrevido a descorrer el pasador de la puerta. Me había alejado por el pasillo tratando de imaginar qué estaba haciendo, qué pensaba y por qué no respondía a mi llamada. ¿Acaso no era yo su único hijo? ¿Acaso no habíamos pasado tanto tiempo

juntos hablando y soñando aventuras apoyados en la barandilla del tejado mientras la luna emergía del mar? ¿Por qué no me había dejado entrar?

Una noche me despertaron del sueño unos extraños ruidos y me levanté de la cama. Subí las escaleras que llevaban al piso superior y luego a la azotea sujetándome al pasamanos en la oscuridad. Miré abajo, al patio. Un hombre hablaba muy nervioso con mi padre, que a duras penas se aguantaba en pie, apoyaba las axilas en dos palos bifurcados. ¿Qué había sucedido? ¿Era una alarma? ¿Nos estaba alguien robando el ganado? ¿Acaso habían desembarcado unos piratas y se habían dispersado por los campos para someterlos a pillaje? ¿Y cómo podríamos defendernos si el rey no era capaz de empuñar las armas y de mandar a sus hombres en combate?

Mi padre entró en el palacio seguido por el hombre con el que había estado hablando. Le daría sin duda hospedaje. Me acurruqué en un rincón y me quedé escuchando los sonidos del bosque y de la noche porque ya no tenía ganas de dormir. Se oían los pasos rápidos de los siervos que preparaban una yacija para el huésped. Percibí el ruido que hacían los palos bifurcados en el pavimento y luego en los peldaños de la escalera y por último vi asomar la negra silueta del rey, que caminaba despacio hacia la baranda. Me levanté lentamente y sin hacer el mínimo ruido, descalzo como iba, me acerqué a él por detrás, de modo que, cuando se dio la vuelta para regresar a su aposento, me lo encontré delante. No habló y no se movió, pero sentía la angustia que le oprimía el corazón. No se trataba, pues, de un ataque: ni habían desembarcado piratas en el bien resguardado puerto ni corrían saqueadores por los campos robando el ganado. Era algo mucho peor, algo atroz.

—¿Qué te ha dicho el mensajero, padre?

No respondió y echó a andar de nuevo hacia la escalera que llevaba al piso de abajo. ¿No quería hablar ya conmigo o no podía?

Solo cuando me venció el cansancio volví a mi cama y permanecí durante un rato como exánime escuchando el viento de septentrión que pasaba, bronco, entre las ramas de las encinas.

Me despertó Euriclea.

—¿Qué ha pasado, *mai*? ¿Quién era el hombre que ha venido esta noche?

—No deberías andar levantado de madrugada. Tienes que dormir. Y ahora en pie y vístete. Ha salido ya el sol.

Me puse mi indumentaria y bajé a la sala grande, donde una de las siervas había

encendido un buen fuego y Euriclea me trajo de la cocina una rebanada de pan, leche caliente y miel. Hacía un día claro y frío, por la ventana veía las cimas de tierra firme salpicadas de nieve.

—*Mai*, ¿cuándo iremos a ver al abuelo?

—Cuando quiera tu padre.

Apareció un hombre en la sala. Debía de ser el mensajero de la noche anterior. Tenía los cabellos desgreñados y ojillos estrechos de hurón. Inmediatamente después entró el rey y se sentaron uno enfrente del otro. Por la sala se había extendido un calor agradable. El trinchante asó carne enfilada en un espetón y la sirvió con pan y hierbas aromáticas. ¿Cuándo comería yo también carne para el almuerzo? No podía seguir tomando cosas dulces como un niño.

Mi padre mantenía la cabeza inclinada y no decía nada. El mensajero hablaba en voz baja; yo tan solo podía oír frases sueltas: «Un lago de sangre..., en tierra..., paredes..., la mujer, los hijos..., lo siento...». Luego oía otras palabras: «La nave..., la marea». Se levantó, hizo una profunda reverencia y se despidió. Euriclea le llenó la alforja de pan recién sacado del horno y añadió también una salchicha de mondongo y un pequeño odre de vino.

Me acerqué y me senté a los pies de mi padre.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Suspiró y levantó la cabeza mostrando unos ojos brillantes de lágrimas. Nunca le había visto así.

—¿Te acuerdas de Heracles?

—Sí, el gigante de fuerza desmesurada que usaba un árbol como clava, tu amigo en la aventura del vellocino de oro. ¿Es que ha muerto?

—Peor. Ha exterminado a su familia en Micenas, hará unas tres noches. Lo encontraron derribado en medio de la sangre de sus hijos y de su esposa, sumido en un pesado sueño. Roncaba como quien ha bebido mucho vino puro y tiene la mente confusa. En torno a él, los cuerpos yacían esparcidos, traspasados por la espada que aún empuñaba.

Las imágenes que mi padre me contaba, como fuera de sí, se volvían vivas a mis ojos. Ya no estaba en la gran sala con el fuego encendido, las cestas colmadas de fruta y de quesos traídos de los campos y de los establos y los perros echados que dormitaban junto al hogar, sino en un aposento oscuro, encerrado entre tétricas murallas, y con el suelo

resbaladizo por la sangre derramada. Temblaba ante aquella escena y me castañeteaban los dientes como cuando el viento de septentrión llega trayendo el anuncio de que nevará.

—¿Cómo es posible? —continuaba diciendo mi padre.

Las lágrimas le brotaban de debajo de los párpados, rodaban por sus mejillas.

Le observé aterrado: ¿un padre podía, pues, matar a su propio hijo? ¿Podría hacerlo también el rey Laertes si yo le enojaba? Me miró a su vez. Quizá comprendió lo que estaba pensando, pues me hizo una caricia.

—Es propenso a la cólera, y en el combate se abalanza como un león, pero es bueno, le conozco. No haría daño a nadie inerme, a un débil que esté sin defensa. ¿Cómo ha podido levantar la espada contra los de su propia sangre? Tal vez se ha vuelto loco, ¿comprendes? Quizá alguien, envidioso de su gloria, le ha suministrado un tósigo que le ha hecho perder el seso. El rey de Micenas es un hombre de mirada turbia, siempre lleva grabada en su cara una mueca siniestra.

—¿Y ahora qué pasará?

—No lo sé. Cualquiera que haya sido la causa de su delito, tendrá que expiar.

—¿Eso qué significa?

—Que deberá pagar por lo que ha hecho, aunque no tenga la culpa.

Guardé silencio. Eran palabras demasiado pesadas para mi corazón.

—¿Cuándo iremos a ver al abuelo?

No sé por qué me vinieron estos vocablos a la boca. Me parecía escapar al miedo de lo que era una situación que me sobrepasaba. En cambio, es natural que un muchacho desee visitar a su abuelo para que le hagan regalos, le cuenten historias y no tenga que pensar en nada terrible. Del mío sabía muy poco, simples habladurías de los siervos y de la nodriza, y nunca le había visto. Por eso tenía curiosidad por ver al hombre que era el padre de mi padre, rey de un país áspero y montañoso.

—Todavía no es el momento. Irás el próximo año, cuando estés hecho un hombre.

El trinchante retiró de la mesa las sobras de la comida. Euriclea puso fruta, leche caliente, pan, miel en una bandeja y lo subió, por la escalera tallada en la roca, a las habitaciones de la reina. Mi padre prosiguió hablando:

—¿Sabes por qué tu abuelo se llama Autólico? Porque es «él mismo un lobo». Porque es duro, taimado, le traen sin cuidado las reglas y todo comportamiento respetable. Es un perjuro y un depredador despiadado que no respeta a nadie. Vive en una fortaleza

escarpada, gris como el hierro, rodeado de feroces asesinos en la cima de una peña inferior en altura solamente al monte Parnaso que la domina. Y su fama infunde miedo por un vasto territorio.

Agaché la cabeza, confuso. Mis compañeros tenían abuelos prudentes y cariñosos que los llevaban a pescar en barca y a sacar a pacer al ganado con el perro fiel.

—La única vez que vino aquí a hacernos una visita fue cuando naciste. Tu madre te depositó sobre sus rodillas y fue él quien eligió tu nombre.

—¿Por qué él? ¿Por qué no tú, que eres mi padre?

—Porque él te había esperado largo tiempo. Por más que le habían asegurado que, de venir un varón, sería el primero en saberlo, mandaba de vez en cuando a algún mensajero a preguntar si había nacido un niño. Te miró satisfecho y luego frunció el ceño y nos dirigió la palabra: «Hija mía y yerno, ponle el nombre que os digo. He vivido hasta ahora incubando en el corazón odio hacia muchos, tanto hombres como mujeres. Así pues, Odiseo se llamará el niño».

Me asomaron lágrimas a los ojos al oír aquella historia: me había sido impuesto un nombre maldito. Mi padre no dijo nada. Me observaba pensativo. Ambos estábamos turbados. En esto nos sentíamos cerca el uno del otro.

—Es agua pasada. Un nombre, una vez que ha traspasado la barrera de los dientes, ya no puede ser retirado si lo ha pronunciado un hombre de la misma sangre en línea directa. Y es lo que había sucedido.

»Pero no temas, serás tú, con tus acciones y empresas, con la fuerza de tus brazos y de tu mente, quien dé un sentido a tu nombre. Hasta en el destino más amargo puede haber grandeza y dignidad, si tu corazón es fuerte e impávido, si no tiemblas frente a ningún desafío, de humanos o de dioses, de hombres valerosos y leales o de salvajes que no respetan las leyes del honor. Tendrás la vida que mereces.

Asentí para manifestar que había comprendido, aunque el breve retrato que mi padre había trazado del abuelo me había trastornado. Él pareció darse cuenta.

—Sin embargo, antes de alejarse, de zarpar con la gran nave negra, tu abuelo se volvió sobre sus pasos diciendo: «Deseo invitar a mi nieto a una cacería». «¿Ahora, *wanax*?», le pregunté. «Cuando el primer bozo sombree sus mejillas y su labio superior.»

—¿Cuántos años tenía cuando el abuelo me invitó?

—Seis meses. Pero él es así.

Incliné la cabeza confundido: una invitación a una cacería hecha a un niño de seis

meses debía de tener un sentido que se me escapaba, y seguía pensando que mi nombre llevaba escrito un hado inquietante. Mi padre me leyó los ojos.

—Aunque hubiera una sombra en el nombre que llevas, ningún presagio podría oscurecer tu camino porque..., porque yo te quiero, Odiseo, hijo mío.

Tras decir esto, me estrechó contra sí. Sentí la calidez del fuego que ardía en el hogar y el calor y el olor del gran cuerpo de mi padre, el héroe Laertes, el rey de Ítaca.

Aquel año transcurrió en medio de una gran expectación: cuando me apuntase el primer vello en las mejillas y el bozo en el labio superior sería ya un hombre y podría ir a hacerle una visita al abuelo Autólico en tierra firme. Euriclea me explicó que él tenía hijos varones que eran tíos míos y que también ellos eran temibles, formidables guerreros. Los aspectos inquietantes del abuelo los había ya casi olvidado y quedaba sobre todo la curiosidad de encontrármelo delante y mirarlo a los ojos, de conocer a los tíos y también a la abuela. Y soñaba con cómo entraría en la fortaleza inexpugnable situada sobre una peña del Parnaso y cómo conocería cada rincón y cada uno de sus secretos.

Mentor me había contado que el Parnaso era el lugar preferido del dios Apolo, que moraba allí con las Musas. ¿Cómo había podido mi abuelo construir su fortaleza en una cumbre tan alta para enfrentarse a la montaña del dios? ¿Cómo lo había tolerado Apolo?

Mi padre me confió a un instructor para que me enseñase el arte de la caza y del adiestramiento de los perros. Era un hombre de cuarenta años, de cabellos grises y brazos poderosos, oriundo de la llanura de Tesalia. Se llamaba Damastes, había sido el portador del escudo de Jasón en la nave *Argo* y en Cólquide. Me costaba comprenderle cuando hablaba, pero se hacía entender igualmente a fuerza de gritos y bastonazos en la espalda. Pasé casi tres meses persiguiendo con los perros a ciervos, jabalíes, liebres y cabras salvajes y manejando el arco, hasta que empezó el verano y el vello de mi labio y de mis mejillas hubo crecido lo bastante como para sombrearme el rostro.

Estaba preparado, y llegó la víspera del gran día, la del solsticio de verano. Aquella noche mi madre vino a verme y me contó una historia extraña.

—Mañana partirás para hacer una visita al abuelo. ¿Recuerdas cuando te expliqué cómo había conocido a tu padre? Tú querías saber más y yo te respondí: «Tal vez otro día. Cuando puedas comprender». Pues bien, ese momento ha llegado. Es justo que lo sepas.

Mi madre tenía en los ojos una luz fría cuando prosiguió hablando. Dijo:

—Una noche en que dormía profundamente oí extraños ruidos provenientes de una habitación que siempre me había estado vedada. Desde hacía poco más de un año dormía sola en la cama y fui presa del terror. Se oía un gruñido, un sordo lamento, como si un animal gordo se hubiera quedado prisionero y tratase de salir. Me levanté y sin hacer ruido avancé por el corredor. La puerta estaba entreabierta y dejaba salir el resplandor de la luna. Cuando me acerqué y, venciendo el miedo, miré al interior, vi algo que no iba a olvidar jamás. Mi padre se arrastraba por el pavimento retorciéndose como una bestia malherida, el gemido que había oído salía de su boca abierta de par en par. Sus miembros estaban cubiertos de un pelo hirsuto. En un instante (tal vez había advertido mi presencia) se lanzó al exterior. Corrí a la ventana y vi un lobo que atravesaba el patio y desaparecía en el bosque.

Me hubiera gustado preguntarle si estaba segura de no haber soñado, pero ya conocía la respuesta: si me estaba hablando de aquel modo era porque pensaba que lo que había visto era la pura realidad.

—Quería que tú lo supieses. Ahora decide si quieres partir aún para ese viaje.

—Ahora más que nunca, madre —respondí.

—Entonces tengo para ti algo que deberás entregarle a mi padre.

Y diciendo esto me tendió una pequeña ánfora de barro cocido, minúscula, que cabía en la palma de la mano.

—Se la daré de tu parte, madre.

Me abrazó y me besó, luego se volvió y salió de la estancia.

Al día siguiente fue mi padre quien me despertó y acompañó al puerto.

—Partirás solo, como un hombre —me dijo—. Viajarás por mar y por tierra, hasta el palacio de Autólico...

—«Él mismo un lobo» —repetí de memoria.

—... Subirás al nido del águila, entrarás en la guarida del lobo.

En el puerto estaban todos. El rey y la reina, mis padres, la nodriza Euriclea, que lloraba y se secaba los ojos con un pañuelo, Mentor, con cara de pocos amigos porque no podía subir conmigo, el armero Damastes, que me entregó tres venablos y me ciñó al costado un puñal con su funda de bronce con decoraciones de plata, de lo más refinadas, obra de un artesano de Same que se las había regalado al rey.

—Tu abuelo te llevará seguramente de caza, que es el único ejercicio digno de un rey

o del príncipe que tú eres —dijo mi padre—. Nos gusta cazar el jabalí porque ello nos recuerda otra bestia espantosa que fue abatida por los más grandes reyes y héroes de Acaya: el jabalí de Calidón. Un monstruo, un verraco gigantesco y sanguinario con unas patas desmedidas, cortantes como espadas. Ya te lo contará él, aunque no fue invitado a la cacería..., el único, me parece.

Esperaba que cambiase el sentido del viento, una brisa a favor que hiciera posible la salida del puerto. El cielo estaba diáfano y sin una nube, el sol se reflejaba en el golfo como en una placa de plata pulimentada. Oh, Ítaca...

—Lo mató Meleagro de Etolia, uno de mis compañeros en la nave *Argo* —intervino Damastes—. Presta atención: el jabalí es uno de los animales más peligrosos del mundo. Es fulminante y, lanzado a la carrera, pueda arrollar cualquier obstáculo, mandar al suelo a un caballo cinco veces más pesado. Rodeado, puede destripar a los perros con sus colmillos. Si lo oyes llegar, estate a cubierto y preparado...; si lo ves lejos, usa el arco: tal vez no lo mates, pero demorarás su carrera; luego, cuando lo tengas a tiro, lanza la jabalina, con todas tus fuerzas.

—Ten cuidado, hijo —añadió mi padre, y me abrazó.

Besé a mi madre, que me estrechó fuerte contra su pecho. Euriclea no paraba de lloriquear.

—¡Deja de llorar, *mai*, que trae mala suerte!

El piloto me hizo una seña mientras los marineros izaban la vela y yo saltaba dentro de la nave. También mi madre tenía los ojos húmedos, pero mantenía la compostura. Mientras el bajel se alejaba de la orilla, me dijo:

—¡Recuerda el mensaje que te he dado para mi padre!

—¡Pierde cuidado! —respondí y saludé con la mano.

Mi primer viaje.

Dejaba Ítaca por primera vez. Vería acercarse la tierra firme, resonar el mar entre las piedras de la orilla y luego quién sabe cuántas cosas más. ¡Qué pequeños se volvían el rey y la reina y todos los demás a medida que nos alejábamos y salíamos a mar abierto!

Navegábamos a favor del viento, y antes de la noche echamos el ancla en un pequeño puerto natural.

—Ese es tu abuelo.

El piloto señalaba a un hombre de cabellos grises pero de cuerpo esbelto y musculoso, vestido con burda lana, un cinturón de cuero, armado con espada y lanza, flanqueado por

dos guerreros más altos que él, con lengua barba negra, pobladas cejas y brazos velludos.

Salté a tierra y fui a su encuentro caminando primero sobre los cantos rodados y luego por la arena.

—*Wanax*, dueño de esta tierra —dije—, soy Odiseo, el hijo de Laertes que reina en Ítaca. Vengo a ti después de quince años porque me invitaste a una cacería.

—Pero ¿cómo hablas, muchacho? —respondió—. Pareces un viejo maestro de ceremonias. Sé quién eres, te estaba esperando. Yo soy tu abuelo y así quiero ser llamado. Estos dos son tus tíos, hermanos de tu madre. Ahora ven, que nos espera la cena.

Subimos a un carro mientras el cielo se oscurecía dejando sobre el mar una franja de color púrpura y tomamos por un sendero que ascendía hacia la montaña. Una sutil tristeza me dominó el corazón por estar en medio de desconocidos a los que no había visto jamás. Pensaba en el palacio donde mis padres tenían su morada y sus siervos, y en la nodriza que me preparaba la cena y la servía en las mesas. Pero se impuso mi curiosidad de ver nuevos lugares y personas con las que nunca antes había estado.

—¿No le dices nada a tu abuelo? —preguntó Autólico sentado delante de mí, sin volverse.

—He esperado largo tiempo este día —respondí.

—¿Por qué?

—Un hombre que invita a una persona quince años antes de tiempo no es un ser corriente. Y si es mi abuelo, una parte de él está también en mí, y quisiera saber cuál.

—¿Te han dicho quién soy? El más malvado de los hombres: ladrón, mentiroso, depredador sanguinario y perjuro.

—Lo he oído decir..., pero mis padres siempre me han hablado de ti con respeto. Y me han explicado que fuiste tú quien me pusiste el nombre que llevo.

—Sí, porque estaba lleno de odio hacia todos.

No conseguí comentar nada más. No quería saber cuál era la razón de un sentimiento tan duro.

Mis tíos no pronunciaron palabra durante todo el trayecto. Miraban en torno a sí constantemente y casi siempre tenían la mano en la empuñadura de la espada. Por fin llegamos a una casa de piedra, al fondo de un calvero en medio de un espeso bosque de robles, y allí pasamos la noche después de haber comido pan y queso con una copa de vino tinto.

—Mañana comerás mejor —dijo el abuelo, y yo hice una seña con la cabeza como para indicar que cualquier cosa me resultaba bien.

Me sorprendió que nos hubiésemos parado en un lugar tan solitario y desprotegido, pero luego pensé que la fama del abuelo Autólico debía de ser lo bastante terrible como para mantener a distancia a cualquiera que no poseyese las fuerzas necesarias para exponerse a un ataque o a un desafío.

Dormí en una cama que desprendía aroma a pino y me desvelé varias veces en plena noche, despertado por ruidos procedentes del exterior: gruñidos, silbidos, voces de animales nocturnos. En varias ocasiones mi mano asió el puñal. La segunda vez que me desperté se me presentó una visión que no habría de olvidar: la cumbre del Parnaso iluminada por la luna llena. Una nube delgada pasaba sobre la cima cubierta aún de nieve y la claridad lunar creaba reflejos y maravillosas transparencias, encantos velados. Me hubiera gustado subir a ella y estaba seguro de que el abuelo lo había hecho ya y sabía todo lo que le es permitido conocer a un mortal. La tercera vez que me desvelé fue por un aleteo: una lechuza se había posado en el antepecho de la ventana. Me levanté, pero no se movió. Di algunos pasos y me detuve a escasa distancia del ave que parecía observarme lleno de curiosidad. ¿Por qué no volaba? Nos miramos el uno al otro un rato quizá largo, quizá breve, un tiempo suspendido o fuera de la realidad; tal vez lo soñé. Pero hoy estoy seguro de lo que fue el primer encuentro con mi diosa de los ojos verdes, Atenea...

¿Dónde estás?

El cielo se iluminó mucho antes de que apuntase el sol desde las montañas, y salí al aire libre. Los pájaros comenzaban a cantar, y cuando me volví hacia el mar vi la extensión azul delante de mí que se encrespaba con la brisa de la mañana, así como las cimas de las islas que brillaban una tras otra gracias a la acción del sol.

—Esa de ahí es Ítaca, tu isla —dijo una voz a mi espalda—. Está aún oscura, ¿y sabes por qué? Porque la cumbre de esa montaña de detrás de nosotros aún la cubre con su sombra.

—*Pappo* —dije dándome la vuelta, y yo mismo me asombré por haber usado esta palabra íntima y familiar con un hombre que, pese a ser el padre de mi madre, me resultaba de hecho desconocido.

Sonrió.

—*Pai...* —Y me alargó un trozo de cerdo—. Esta es una comida de hombres, come.

Por fin tomaba carne y pan para almorzar. Podía considerarme un adulto.

—*Pappo* —proseguí diciendo—, ¿has estado alguna vez allí arriba? —Señalé la cumbre del Parnaso.

—Sí, claro. Y no he visto a nadie que tocara la cítara en medio de nueve bellas muchachas.

Agaché la cabeza.

—Aunque hubiesen estado, no habrías podido verlos. No tenemos el poder de vencer las olas del mar o el viento, de detener el movimiento de las estrellas errantes en el cielo, de cambiar el ciclo de las estaciones, de vencer a la muerte. Alguien, creo yo, rige nuestro mundo. Un ser que existe, pero que se muestra bajo distintas apariencias.

—Mírame bien, *pai*, yo los he desafiado varias veces y no han aceptado nunca mis retos. He cometido todo tipo de cosas nefandas: he matado, he aterrorizado a regiones enteras y ciudades, he jurado pactos que luego he infringido y nunca me han castigado. Soy fuerte y poderoso y no le temo a nadie. Si no responden, es que no existen.

Medité unos instantes sobre aquellas palabras y respondí:

—No se han dado cuenta siquiera. *Desafiar a los dioses es algo muy distinto.*

No dijo nada.

Reanudamos el viaje hacia la parte más alta de los montes y llegamos así a la morada de Autólico: un palacio hecho de grandes bloques de piedra escuadrados como el de mi padre, rodeado de un muro en el que se abría una sola puerta. Llegados al interior, vi que alguien nos había precedido. Los siervos habían sacrificado un novillo y lo estaban descuartizando. «Nuestra comida —pensé— y tal vez también la cena.» En el centro de la sala ardía el fuego y los asadores estaban ya soasando la carne. Se comió y se bebió hasta la noche, pero yo me controlé para no embriagarme y para no quedarme con el estómago demasiado pesado. Prefería desde siempre sentirme despierto y preparado. No habría sabido decir de qué, pero era mi instinto y mi prudencia natural. Observaba a los comensales: a los tíos y al abuelo y a nadie más. «Porque —pensé— no podían fiarse de nadie.» También yo tomé parte en la conversación. Especialmente cuando se decidió el plan para la caza del jabalí del día siguiente.

—Es una cacería peligrosa —dijo el abuelo—, ¿has tomado parte en ella alguna vez?

—El rey Laertes, mi padre...

—Pero ¿quién te ha enseñado a hablar de este modo?

—Me ha instruido Mentor, mi educador... Decía que mi padre me ha confiado a un

instructor tesalio que me ha adiestrado. Sé manejar el arco, el puñal y la jabalina.

—¿Y cuántos jabalíes has matado?

—Ninguno.

El abuelo estalló en una carcajada que imitaron sus hijos. Uno de ellos me dio un manotazo en la espalda que casi me tiró al suelo. Me volví de golpe hacia él y, con la mirada más dura de que era capaz, le hice comprender que no debía hacerlo nunca más.

—Mañana matarás a uno, el primero de tu vida, pero no con esos alfileres que te has traído. Necesitarás esto para parar a una bestia de trescientas libras.

Se levantó, fue hacia la pared y cogió una lanza, pesada, maciza. Me la arrojó y la cogí al vuelo.

—Pero mañana podrías también morir —prosiguió—. ¿Quieres que te acompañen de vuelta al puerto?

—Haz que me despierten antes del amanecer —respondí y me encaminé, empuñando la lanza, hacia mi aposento, pero antes de entrar en él me volví—. También yo tengo una pregunta: ¿por qué no fuiste invitado a la cacería del jabalí de Calidón? Estaban los más grandes héroes de Acaya.

—Mañana por la tarde, si sobrevives, lo habrás comprendido por ti mismo.

¿Qué había querido decir? Me fui a la cama, pero continué oyendo las carcajadas y los gritos de los comensales durante un rato, luego me venció el sueño.

No hubo necesidad de que me despertaran. Los perros que ladraban, las llamadas de los siervos, el ruido de las armas interrumpieron mi sueño cuando estaba todavía oscuro. Me vestí, me apreté el cinturón, me puse el coselete de cuero y los brazaes, ceñí el cuchillo, empuñé la lanza y me puse el arco, dos venablos y la aljaba terciados.

—Estás decidido —dijo el abuelo ante mi presencia—, veamos si eres capaz de salir con bien de esta. Sígueme.

Caminamos en silencio por el bosque el uno al lado del otro. Yo continuaba pensando en las palabras que me había dicho la tarde antes y él seguramente era consciente de ello. Antes de que el cielo comenzase a blanquear, llegamos a un calvero.

—A esta hora —comentó Autólico— mis hijos habrán llegado a su apostadero y los ojeadores estarán en la otra parte del bosque. El rebaño más grande al sur será empujado en dirección a mis hijos; el rebaño pequeño, a lo largo del torrente que hemos atravesado, y yo estaré allí. Los pocos jabalíes dispersos llegarán aquí, donde tú te habrás quedado esperándome. No te muevas de esta posición: solo desde aquí podrás

tenerlos a tiro.

Recogió del suelo estiércol de jabalí y me lo frotó en las piernas y los brazos.

—Así no te olerán. El viento nos es favorable. Recuerda que los tendrás de frente.

Tomó el camino en dirección al torrente y desapareció entre las encinas. Miré alrededor teniendo en cuenta las recomendaciones de mi padre: debía apostarme detrás de un tronco para estar a cubierto, pero los árboles más próximos solo los había delante de mí. Detrás, distaban al menos unos cien pasos y no podía retirarme tan lejos. Hubiera querido pedirle a mi abuelo que regresara para preguntarle cómo podía encontrar un apostadero seguro, pero me avergonzaba. No tenía otra elección que quedarme donde estaba. Observé la superficie en torno a mí para comprender de qué modo protegerme si uno de aquellos animales me atacaba, pero solo conseguí ver una pequeña hondonada. De lejos llegaba hasta mí un sonido de cuernos y un estrépito de maderas percutidas. ¡Los ojeadores! Por el ruido, debía de haber más de un jabalí. Apreté la lanza en el puño. El corazón empezó a latirme más fuerte, pero traté de dominarlo. El sonido se acercaba. Sin percatarme y siguiendo mi instinto, retrocedí paso a paso: presentía que necesitaba más espacio para apuntar.

De golpe, sentí un ruido de ramas rotas y de matojos arrancados. Me planté bien firme con mi pierna adelantada en posición de disparo, tensé el arco y apunté. Nada. De nuevo el crujir de ramas rotas. Retrocedí. Nada. Gotas de sudor me chorreaban sobre los ojos, ardían. Luego de improviso un grupo de jabalíes a galope irrumpió en el claro del bosque. No delante, ni detrás, sino por mi flanco izquierdo. Disparé y una hembra se desplomó al instante. Inmediatamente divisé una sombra oscura, enorme; arrojé la lanza. Un tremendo gruñido de dolor. Me tiré al suelo y me lo encontré encima. Un macho gigantesco. Sentí un daño profundo, desgarrador y un hedor insoportable. Mi mano derecha desenfundó el puñal del cinto y lo clavó hasta el puño en el vientre del animal. Fui inundado de sangre. No vi ni oí nada más.

Fue el dolor el que me despertó, agudo, en el fondo del muslo, cerca de la rodilla. Abrí los ojos y observé.

Un enorme carnero albino, con unos grandes cuernos retorcidos, desmesurados. Tal vez estaba soñando. Pero el dolor era auténtico y cada vez más fuerte. Estaba tendido sobre el terreno en medio de la hierba, totalmente cubierto de sangre. Una voz:

—Has matado a tu primer jabalí.

Era Autólico, mi abuelo.

—¿Es cierto?

—¿El qué?

—¿Ese? —Señalé el animal que estaba inmóvil delante de mí.

—¿El carnero? Claro. Es el jefe de la manada de mi rebaño. Es magnífico. No hay otros tan grandes. Se lo robé a los etolios que viven en el interior. Ofrecieron un rescate, pero lo rechacé.

—Me duele, mucho...

—El jabalí te ha abierto el muslo hasta el hueso.

Se alejó.

Un chaparrón de agua me embistió de lleno y luego otro y otro más. Me estaban lavando echándome encima cubos de agua que habían sacado del torrente que discurría allí cerca.

Autólico reapareció con un cuchillo al rojo vivo en la mano.

—He de cauterizar tu herida y luego cosértela o morirás. No grites, me molesta.

La hoja quemó mi carne, el dolor me destrozó el corazón, mi vista se oscureció.

Únicamente quedó el carnero albino, imagen blanca recortada contra las tinieblas.

La fiebre me abrasó durante cinco días y cinco noches, después cesó. Fue entonces cuando conocí a la abuela Anfitea, porque fue ella la encargada de coser mi pierna desgarrada y luego de curarme. Me esparció un unguento en la herida cauterizada por el hierro de Autólico, que me atenuó mucho el dolor y me quitó el picor de debajo de la costra que se había hecho. Cuando consideró que estaba ya en vías de curación me permitió levantarme de la cama y dar los primeros pasos. Yo no dejaba traslucir mi preocupación: la herida había sido muy profunda, hasta el hueso. Muchos, en semejantes condiciones, habían quedado cojos para el resto de su vida. Me daba, sin embargo, ánimos pensando que, pese a no haber sido herido en combate, podía no obstante enorgullecerme de haberme batido cuerpo a cuerpo con una fiera y, por tanto, en un enfrentamiento honroso.

Toqué el suelo con un pie y después con el otro y me alcé. Un siervo me alargó un bastón, pero yo lo rechacé. Di un paso y luego otro: los músculos y los tendones no parecían haber sufrido daños serios. Mi andar era fatigoso y también doloroso, pero normal. Mi corazón se llenó de alegría: no quedaría impedido para luchar, para correr o para competir tanto en tierra como en el mar. Di las gracias en mi corazón a Atenea, que se me había aparecido la primera noche bajo la forma más común que adopta cuando quiere ocultarse a las miradas de los mortales. Y agradecí asimismo a la abuela, que me había curado con sus manos.

También el abuelo vino a hacerme una visita, y como había tenido tiempo de reflexionar, le dije lo que pensaba.

—Mi accidente no fue una casualidad. Esperaba a los jabalíes por septentrión y esa bestia se me echó encima por levante. Fuiste tú quien me sugirió que me apostara en ese lugar, al descuberto. Tú hiciste incitar contra mí a ese animal a sabiendas de que el sol me cegaría. ¿Pasa eso me invitaste a la cacería siendo aún un niño? ¿Para verme morir? He aquí por qué nadie te ha querido cerca en la caza del jabalí de Calidón.

—Te dije que esa misma noche comprenderías por qué no fui invitado en esa oportunidad, por más que fuese el mejor cazador. Eso hubiera tenido que ponerte en guardia. Era un aviso. Yo te he salvado la vida, nadie más. Eres un muchacho sagaz y valiente: dos virtudes que raramente se encuentran en la misma persona. Muchos hombres valerosos son estúpidos; muchos, avisados y astutos, son cobardes. Lo que ha sucedido ha sido por mi voluntad. Has entendido que no puedes fiarte de nadie en este mundo y no lo olvidarás mientras vivas. Por eso te he llamado aquí. En Ítaca no hubieras aprendido nunca lo que ahora sabes. Hoy tu carne lleva la señal indeleble de tu ingenuidad. La cicatriz será una advertencia para siempre.

—Habría podido morir.

—Pero no ha sucedido. Te he observado desde el primer momento: cómo te movías, cómo mirabas a tu alrededor, cómo escuchabas a los hombres, a los animales y a las plantas. No se me ha escapado una sola de tus palabras.

—¿Y si hubiese pasado? ¿Si hubiese perdido la vida?

—Hemos nacido mortales, pero nadie puede decir si vivir más largo tiempo es un bien o un mal. Para mí ha sido un mal y he conocido a muchos hombres que lamentaban hasta el hecho de haber nacido. Tengo una fama pésima porque no escondo lo que soy. Otros, muchos otros que son peores que yo, saben disimular su verdadera naturaleza. Soy el que has visto, y sin embargo fui al palacio de tu padre porque había esperado con ansias que nacieras.

—Y me pusiste un nombre maldito.

—No, un nombre sincero. Quería que te acordases de cómo es el mundo, de cómo son los hombres. El odio es con mucho el más común de los sentimientos humanos.

—¿Y por qué habías ansiado tanto que yo naciese?

—Porque ninguno de mis hijos me gusta y esperaba que el nuevo heredero fuese distinto.

—¿Y bien?

—Es cierto. Lo que deseaba se ha cumplido. Tú no sabes lo que sucedió el día de la caza del jabalí: yo lo vi todo, tenía el arco apuntando a ese grueso macho, dispuesto a traspasarlo, pero no fue necesario. Tu instinto fue más rápido que el de la bestia, tu lanza golpeó con precisión en un punto vital. Y tampoco tu arco había fallado. La flecha que había abatido a la hembra penetró por la paletilla derecha, muy cerca del corazón. Solo faltó un poco de fuerza, que la tendrás cuando hayas terminado de crecer. Tu cuerpo se

adaptó al perfil del terreno para no ser aplastado por el peso del verraco. Eres perfecto, Odiseo, el hijo que yo hubiera deseado.

No conseguí responder ni decir más. Mi abuelo vivía en su locura alimentada por el odio; era violento, arrogante, quizá también cruel, pero no malvado. Comprendí en los días que pasé con él que el malvado es, en verdad, un ser ruin que no tiene el valor de mirar a la cara a sus víctimas, que prefiere confiar a otros la odiosa tarea de infligir sufrimiento. A su manera había querido mostrarme que me amaba y que había pretendido protegerme de un mundo que despreciaba y detestaba, proporcionarme las armas con las que podría defenderme incluso cuando él ya no viviera. El viejo lobo tenía ciertamente su propio secreto, que se llevaría a la tumba, y no quiso revelarlo.

El último día antes de mi partida hizo un aparte conmigo y me preguntó:

—¿Tu madre no te ha dado un mensaje para mí?

—Sí. Te lo habría entregado mañana antes de partir.

—Debes dármelo ahora. No iré al puerto. No me gusta verte partir.

Cogí de mi alforja la minúscula ánfora de terracota y se la entregué. Él la hizo trizas entre sus manos y de ella salió una laminilla de bronce que llevaba grabados unos signos. Mientras la observaba, le dije:

—Debes comenzar a leer desde el punto marcado por una estrella.

Debían de ser los signos de un lenguaje secreto porque no comprendía nada de lo que veía y la frase que había pronunciado era el mensaje que mi madre me había pedido que aprendiera para poder referirlo.

Examinó largo rato la pequeña laminilla de bronce y luego se la guardó en el cinto y me miró directamente a los ojos.

—Dile a tu madre el nombre de tres animales, los que te vengan a la mente... No, no me digas nada a mí —añadió cuando vio que estaba a punto de abrir la boca—. No quiero saberlo, pero ten cuidado, esos tres nombres podrían marcar tu destino.

Cuando llegó la noche cenamos juntos los tres: la abuela Anfitea, el abuelo Autólico y yo. Los tíos se hallaban lejos a causa de una de sus empresas. Les di las gracias por la hospitalidad, por las curas y por todo lo que él me había enseñado. La abuela me besó en la cabeza y en los ojos y me hizo una larga caricia, luego se retiró a sus aposentos. El abuelo se entretuvo todavía un poco. Comentó:

—No sé si volveremos a vernos. Un hombre como yo vive en peligro permanente y cuando mis fuerzas comiencen a flaquear alguien querrá aprovecharse. Pero para

conjurar este hecho te invito a volver para una segunda cacería cuando hayas cumplido veinte años. Así deberé seguir por fuerza con vida para recibirte. No faltes.

—Vendré, porque esta vez he comprendido lo que me has dicho.

—Estoy seguro. Y... te habría dado una hembra esta noche, pero veo que no eres aún lo bastante experto en esta materia y tal vez me habrías dejado un bastardo que criar, cosa que no puedo permitirme.

Nos despedimos.

—Adiós, *pappo*.

—Adiós, *pai*.

A la mañana siguiente vi nada más que a la abuela, la reina Anfitea, y tomamos el desayuno juntos servidos por una de las siervas. Luego, al clarear el día, llegó el hombre que había de llevarme al puerto. La abuela me abrazó fuerte con lágrimas en los ojos.

—¿Volverás a visitarnos, criatura mía?

—Volveré, abuela, si los dioses quieren, porque he sido invitado.

—Saluda a tu madre y a tu padre. Diles que los llevo siempre en mi corazón.

Nos separamos y seguí a mi guía hasta el puerto, donde nos esperaba la barca que me llevaría de vuelta a casa. En total había pasado un mes.

Mandé izar en la verga de la nave mi estandarte y así cuando llegué a Ítaca se repitió la misma escena: mis padres vinieron a recibirme con la escolta, los dignatarios, el armero Damastes, mi instructor Mentor y mi nodriza Euriclea, que lloraba y se secaba los ojos con el pañuelo repitiendo «criatura mía, criatura mía», justo como la abuela.

En palacio se descuartizó otro toro para honrar mi regreso y fueron invitados los amigos de mi padre y también algunos de mis compañeros de infancia: Ántifo, Euríloco, Euríbates, Sinón. Eran buenos chicos, rápidos en la carrera y diestros con las armas. Esta vez era yo quien tenía una aventura que contar y mostrar orgulloso la cicatriz en la rodilla.

—Era una bestia enorme, de pelo negro y con unas patas largas como espadas. Se me vino encima por levante: tenía el sol que me daba en los ojos y solo vi a esa mole oscura precipitarse sobre mí como un pedrusco que rueda del monte. Me dio tiempo de arrojarle la lanza porque ya había abatido a la hembra con el arco, pero estaba demasiado cerca...

Todos me escuchaban, también mi padre, que había ganado gloria inmortal como uno de los argonautas. Se veía que estaba orgulloso de mí. En aquel momento pensé que, si el abuelo no hubiese hecho lo que había hecho, no habría podido contar una historia tan

hermosa y emocionante que tal vez Femio, el aedo, cantaría un día durante los banquetes para entretener a los huéspedes. Comprendí que había hecho la elección acertada para hacer de mí un hombre y me había enseñado cosas que nunca olvidaría. Él mismo, un lobo...

Se comió y se bebió hasta tarde. Mis amigos fueron llevados por sus siervos a casa más muertos que vivos, y al final también yo me despedí de mi padre y llegué a mi aposento. Pero antes de entrar, mi madre apareció en la puerta del tálamo.

—¿Le transmitiste el mensaje a mi padre?

—Sí, por supuesto.

—¿Y él qué te respondió?

—Me dijo que cuando te viera debía decirte el nombre de tres animales y que tuviera muy en cuenta que esas tres palabras podían marcar mi destino.

—Así pues...

—Los animales son el toro, el jabalí y el carnero.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. El toro fue el primer animal sacrificado para festejar mi llegada. El jabalí me hirió y llevaré siempre la señal de ese encuentro en mi cuerpo; el carnero fue lo primero que vi cuando volví a abrir los ojos. Un animal gigantesco, albino, con unos grandes cuernos retorcidos y los ojos rojos. No sé por qué me pareció un demonio. Estaba inmóvil como un ídolo y me miraba fijamente con ojos inexpresivos.

—Bien —respondió mi madre—, está escrito que un día estas palabras tendrán un significado para ti, tal vez sean la llave de la vida y de la muerte.

No he olvidado nunca ese diálogo tan enigmático porque ninguna madre, creo yo, le hablaría así a su propio hijo sin hacerle sentir el frío del misterio y de lo desconocido. Ella enseguida se dio cuenta y me dio un beso deseándome una noche tranquila.

Me dejé caer agotado en el jergón y dormí durante bastantes horas. Luego algo me despertó, mi mano se deslizó sobre el mango del puñal: notaba una presencia en mi habitación y al mismo tiempo sentí el olor de mi padre. No me moví, quién sabe cuánto tiempo llevaba allí, sentado, en la oscuridad, vigilando mi sueño.

Tal vez también él había notado que era observado y se levantó para alcanzar, silencioso como un fantasma, la puerta.

—*Atta.*

Se volvió.

—*Atta*, ¿sabes qué pasó en casa del abuelo?

—¿Qué es eso tan importante de lo que no has hablado hasta ahora, en plena noche, en la oscuridad?

—Vi a la diosa Atenea.

—Duerme, hijo —repuso.

En los días que siguieron, Euriclea se ocupó de mi herida aplicándole un ungüento preparado por ella y con el paso del tiempo la costra se ablandó y luego se desprendió; también la rojez se atenuó hasta desaparecer del todo. Quedó una cicatriz de marcado contorno, pero mi rodilla dio muestras de no haber sufrido daño alguno. Podía caminar y correr como antes durante días enteros por los bosques y los senderos que atravesaban la isla. Damastes, mi maestro de armas, me seguía constantemente, corría a mi lado, me obligaba a trepar por las pendientes más escarpadas, a descender por las peñas más ásperas, a zambullirme desde lo alto de los arrecifes y nadar durante horas a lo largo de la costa, y en los descansos me enseñaba a manejar la jabalina y la lanza y a disparar con el arco con puntería cada vez más certera, perfecta.

—El arco es un arma poderosa: mata de lejos y te permite permanecer a cubierto. Muchos creen que un verdadero guerrero debe usar la espada y enfrentarse a sus adversarios cuerpo a cuerpo, opinan que el arco lo usan los cobardes.

—¿Y no es así?

—En absoluto. Lo más importante en la batalla es vencer: todas las armas son iguales si sirven para acabar con la vida de tu enemigo. Si vences, sobrevives; si pierdes, eres hombre muerto o esclavo para el resto de tu vida. El arco es un arma noble. La flecha vuela silbando a través del aire, más rauda que el viento, más que los pájaros, que, sin embargo, tienen alas; da en el blanco a gran distancia, te permite procurarte la comida allí donde cualquier otro instrumento de ataque es ineficaz e inútil.

Parábamos solo una vez durante la jornada. Damastes extraía de su alforja pan y queso de cabra, bebíamos agua de manantial y luego continuábamos hasta la puesta del sol. Llegados al palacio, dábamos cuenta a mi padre de mi adiestramiento y de mis progresos.

Por último me enseñó a usar la espada.

—Es el arma más terrible —dijo—. Para golpear debes acercarte al enemigo tanto que

puedas mirarle a los ojos, sentir su aliento en la cara. Cuando propines el golpe debes traspasarlo de parte a parte; la sangre te salpica, las entrañas salen por la herida, el olor es nauseabundo. Los gritos resultan insoportables; el fragor del bronce, ensordecedor. Es lo que llaman «gloria». Por eso los cantores narran las gestas de los héroes acompañándose con la cítara.

No comprendía qué pretendía decir con esas palabras. Sin embargo, parecía que mi paso a la condición de hombre debía pagarse con el conocimiento de los peores lados de la vida y de los otros seres humanos.

A veces dormíamos en los campos y en los bosques, envueltos en un manto sobre un lecho de hojas secas. Antes de conciliar el sueño contemplaba las estrellas que brillaban entre las copas de los árboles y me preguntaba qué eran en realidad. ¿Habían sido puestas allí arriba por los dioses para guiar a los navegantes en su ruta a casa? Mentor me había enseñado a reconocer las constelaciones: la Osa Mayor y Menor y Orión y las Pléyades y otras también, y un día saldría de navegación para realizar una gran travesía o para un largo viaje.

Una noche vi de nuevo a la lechuza; solo durante un instante sus ojos de reflejos dorados me miraron con fijeza, luego asomó la diosa de detrás del tronco. Llevaba un vestido de color de luna, apenas rozaba, con los pies descalzos, la hierba del prado; unos pálidos resplandores danzaban en la punta de su lanza. La acompañaba un perfume, olor a metal forjado, a aceituna, a cedro y a flores del campo. Seguí a ese éter leve que resultaba apenas perceptible y me sentí embriagado. Me hubiera gustado llamarla, pero no me salió la voz: no es dado a los mortales dirigirse a los dioses si estos no quieren. Y sin embargo, ella se volvió como si me hubiera oído; sonrió y desapareció. La lechuza abandonó la rama, se perdió volando en la noche perfumada.

—Esta noche has hablado en sueños —me dijo Damastes—. ¿Qué soñabas?

—Nada —respondí—, estaba demasiado cansado para soñar. Dormía y punto.

Durante todo aquel año, mientras duró el buen tiempo, mi padre se hizo a la mar para viajes de quince o veinte días: a veces con pocos amigos de confianza, otras con sus guerreros. Supongo que se dirigía a las islas vecinas que constituían nuestro reino: a Same, a Duliquio, a Léucade, tal vez también a Zacinto, para ver a los nobles que proporcionaban lanzas a nuestro ejército y naves a nuestra flota, bien construidas, negras

y relucientes. En una ocasión, creo, salió para depredar y lo seguían los guerreros. Volvieron con las señales del combate en el cuerpo y en el rostro, trayendo esclavos de piel de color cobrizo y ánforas de vino, madera, piezas de tela de color y perlas de vidrio a centenares, muy hermosas. Se repartió el botín después de que el rey hubo tomado su parte.

Algunos de los cautivos lloraban pensando que no verían nunca más el día del regreso y yo los miraba turbado. Mi padre apoyó una mano en mi hombro.

—Es ley de vida, habría podido pasarnos a mí y a mis compañeros: convertirnos en esclavos de hombres insignificantes, de mercaderes o de patanes, o ser intercambiados por un puñado de perlitas de vidrio colorado. Y nadie se habría apiadado de nosotros. Reserva este sentimiento por si las personas a las que quieres un día tuviesen que sufrir algún daño o perder la vida o la libertad.

Dicho esto, se alejó sin esperarme y se dirigió al palacio, donde lo esperaban las mujeres y un baño y ropas limpias sacadas de las arcas de ciprés.

Fui detrás de él y asistí a su baño.

—Padre —le pregunté—, ¿qué le pasa a un rey si es apresado? ¿Le hacen esclavo?

—Un rey tiene forma de que le liberen porque posee muchos bienes: oro, plata y bronce, armas, ganado, telas preciosas. Nadie querría tener un cautivo semejante si, mediante un trueque, puede comprar con el producto del rescate decenas de ellos.

—Pero ¿y si sucede?

Laertes guardó silencio, pensativo, durante unos instantes y cuando habló tenía en el rostro una expresión enigmática, como si fuese otro el que hablara a través de su boca.

—Pasaría a ser un esclavo como los otros, obedecería para que no le golpeasen, trataría de satisfacer al amo para tener comida y ropa mejor.

—Cualquier otro —repliqué—, tú no.

—¿Y quién te dice eso? Cuando un hombre pierde la libertad, lo pierde todo. Solo hay una cosa mucho peor que eso: perder la vida.

Salí al pasillo, subí a la terraza superior y esperé a que cayese la tarde.

Al llegar el otoño y terminada la estación de los viajes, el rey Laertes hizo desmontar el timón de su nave y ordenó colgarlo encima del hogar para que se impregnase bien del humo y se templase al calor.

Con frecuencia teníamos invitados o huéspedes. Algunos, muy pocos en realidad, llegaban de lejos en las naves que buscaban refugio en el puerto. Mi padre consideraba que eran los más interesantes porque navegaban con la mala estación y, por tanto, debían ser valerosos o estar desesperados o ambas cosas a la vez.

Uno de ellos nos trajo noticias de Heracles.

El rey de Micenas, Euristeo, como no se atrevía a enfrentarse a él, le había exigido expiar su culpa llevando a cabo un número de empresas imposibles. Heracles había obedecido y estaba desaparecido. Nadie le había visto. Pregunté a mi padre qué trabajos eran esos que debía realizar como penitencia el más fuerte de los hombres, pero no supo o no quiso responderme. Ni siquiera estaba seguro de que Heracles se hubiera confesado culpable de la matanza de su familia, pero quizá simplemente no podía creerlo. Me dijo que Euristeo era capaz de cualquier abominación y que de él cabía esperarse cualquier cosa.

Hubiera querido saber a qué se refería, pero no insistí más. Pensaba en el gigante con su clava que recorría páramos desolados y desiertos para enfrentarse a adversarios dignos de él, hombres o dioses o monstruos, en un duelo a muerte que le quitara la vida o le diera la paz.

—Tal vez el próximo verano sepamos mucho más —dijo mi padre—. Haremos un viaje.

—¿Un viaje? —repliqué—. ¿Y me llevarás contigo?

—Sí. Será algo que no olvidarás.

—¿Y no puedo saber más?

—Todo a su debido tiempo —respondió, lo que significaba que no quería más preguntas.

Con la vuelta del buen tiempo retiramos el timón de encima del hogar y lo volvimos a montar en la nave. Los siervos lo habían limpiado de toda incrustación y estaban tendiendo las maromas que mantenían la tablazón bien conjuntada. Asimismo vi que repasaban y abrillantaban con aceite las maderas de popa, de proa y del casco tras haberlas rascado y pulido con piedra pómez. Partimos un día de principios del verano. Me despedí de mi madre y de mi nodriza, que me besó repetidamente en los ojos llamándome «criatura mía» y llorando como solía en estas ocasiones, hasta que mi padre

hizo oír su voz para decir que era hora de moverse. Empuñé la lanza y eché a andar al lado del rey. Recorrimos a pie la montaña mientras salía el sol y miles de flores amarillas y azules eran iluminadas por una prístina luz. Tras rodear una ladera, nos encontramos frente a una extensión de asfódelos atravesados por esa misma luz oblicua que los volvía traslúcidos e increíblemente luminosos. Me pregunté por qué razón se plantaban en las tumbas unas flores tan bellas y tan blancas y se las consideraba las flores de los muertos.

Bajamos al puerto principal y zarpamos con viento a favor. Tomamos mar adentro con buena velocidad. La nave crujía, la vela estaba henchida y tensa. Esta vez nos acompañaba también Mentor, y se sentía muy feliz. Sabía muchas cosas y gozaba de la confianza de mi padre. Nos sentamos sobre las amarras enrolladas a conversar e imaginar adónde iríamos. Tampoco Mentor lo sabía, pero una cosa era cierta: nos estábamos alejando de tierra firme rumbo a alta mar.

Pregunté a Mentor qué había por aquella parte.

—Hay otro territorio, cubierto de bosques, habitado por pueblos salvajes que no respetan a los huéspedes y no temen a los dioses: es la tierra de la noche y de la oscuridad, y pocos se atreven a viajar en esa dirección.

No hice más preguntas, pero veía que a nuestra espalda la costa se hacía cada vez más baja hasta desaparecer como si fuese tragada por el mar. Me sentía dominado por una especie de espanto que no había experimentado nunca antes. Delante de nosotros el horizonte estaba vacío, y sin embargo mi padre mantenía el rumbo. Mentor se había puesto en pie y se agarraba a la barandilla de la proa. A veces tenía la impresión de que temblaba. Pasó aún un rato hasta que el sol resplandeció casi en el centro del cielo y nuestras sombras se acortaron. En aquel momento mi padre dio orden de arriar la vela y de soltar el ancla. Hacían falta cuatro marineros para arrojar esta al agua, de tan pesada como era. El mar estaba calmo, casi inmóvil, y manchas de luz fluctuaban sobre el agua, deslumbrantes.

Por doquier la nada. El horizonte era un círculo vacío.

No había ya aves y también el viento había amainado. Nadie dijo una palabra, me dejaron a solas con mis pensamientos. Largo rato. ¿Llegaríamos a destino antes de que se hiciera la oscuridad? Y en aquel punto, cómo encontraríamos la dirección para volver atrás si todas las vías marítimas se oscurecían?

—Mentor —susurré—. Mentor...

—Tu padre ha querido que sintieras la angustia del vacío, el extravío del infinito,

suspendido entre el cielo y el abismo. ¿Sabes cuántos huesos de marineros yacen abajo en el fondo? ¿Sabes cuántos se han ahogado? Sus espíritus no encuentran la paz porque no han recibido sepultura...

—Calla —dije—, no quiero oír estas cosas. No quiero...

No me atreví a decir más y me dejé sumergir por el silencio. Pensé lo que habría sentido si la nave hubiera sido destruida, si me hubiera encontrado inmerso en el agua entre olas de tempestad, solo, sin tierra a la vista, sin orientación, sin fuerzas. Y sin embargo, esa extensión infinita e informe me encantaba. Imaginaba las criaturas que la atravesaban recorriendo espacios imposibles, los monstruos de los abismos y los dioses azules, con cabelleras de algas, líquidos también ellos, transparentes. Un día desafiaría al mar sin orillas, el espacio ilimitado. Lo presentía. Yo, hijo de un argonauta.

Mi padre dio finalmente la orden de echar mano a los remos y de virar de bordo poniendo proa hacia levante. Pasamos una noche en el mar y sentí la respiración del dios azul que subía del fondo, inquietante, inmenso. No se le debía despertar.

Recalamos en una pequeña bahía, en un territorio que no conocía.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Esta es la tierra de los heleos —respondió el rey—. Más allá, a un día de navegación, se halla Mesenia, donde reina Néstor. Ya le conocerás: es un hombre sabio de sienes plateadas, respetado por todos los reyes de los aqueos. He traído presentes para él y para su esposa que tú mismo entregarás. Ha llegado la hora de que seas reconocido como aquel que un día será el rey de Ítaca. El soberano de Mesenia tiene un palacio que domina la ciudad de Pilos y una vasta bahía protegida por una larga isla, puerto amplio y seguro para los navíos que buscan refugio en él. El rey tiene muchos hijos que le han dado tanto las concubinas como la reina Eurídice. Algunos tienen poco menos de mi edad; otros, los más pequeños, la tuya. Haz amistad con ellos: alguno un día se sentará en el trono. Está bien que el rey y los príncipes sean amigos y aliados, cada uno respetando los límites y los dominios del otro, porque si fuera a presentarse un enemigo es mejor enfrentarse a él todos juntos.

Pilos, el Pilos arenoso, se alzaba a los pies de un cerro y el palacio era semejante al nuestro, si bien más grande porque carecía de murallas y de fortificaciones. Desde allí arriba nuestra nave con sus enseñas había sido avistada hacía un buen rato, y cuando tomamos tierra un pelotón de guerreros al mando del príncipe Antíloco, algo más joven que yo, estaba presto a rendirnos los honores y escoltarnos hasta palacio. Les seguimos

después de habernos puesto las mejores galas y, a medida que subíamos la cuesta, podíamos ver desplegarse debajo de nosotros la bahía limitada por una larga isla boscosa.

Era mi primera visita a un rey.

El rey y la reina de Pilos nos recibieron de pie en la gran sala y vinieron a nuestro encuentro dando muestras de gran alegría, como corresponde con unos amigos.

El rey abrazó a mi padre y la reina inclinó graciosamente la cabeza cuando le puse a los pies nuestros presentes: un collar de coral que había pertenecido a la abuela Calcomedusa, a la que yo no había visto nunca, pero que mi madre decía que me había tenido en sus brazos cuando era aún muy pequeño. Además, una estola de lana expertamente bordada por las mujeres de Same, muy hábiles con el telar. Había representadas en ella las divinidades de las cuatro estaciones con coronas de flores, de espigas doradas, de distintas frutas y de uva y, por último, de cañas cubiertas de blanca escarcha.

Eurídice era mucho más joven que Néstor y enseguida quiso probarse el collar delante de un espejo que le trajo una de las siervas. Dio muestras de gustarle mucho y nos expresó su agradecimiento.

Por la tarde se sirvió un opíparo banquete, mucho más abundante que el que había preparado el abuelo Autólico cuando había ido a verle para la caza del jabalí. Asistieron a él todos los príncipes de la casa real, incluidos Antíloco y Pisístrato, que apenas daba sus primeros pasos. Mi padre estaba sentado a la derecha de Néstor, y yo los veía conversar muy cerca el uno del otro, como si hablaran en confianza. Los siervos pasaban con espetones de carne asada de buey y no dejaban de servir vino, pero mi padre bebía y comía con moderación, como había hecho siempre. El haber visitado y explorado países lejanos y salvajes le había dejado la costumbre de no perder nunca el control de sí mismo y de estar siempre alerta. ¿De qué hablaban? ¿De sus pasadas aventuras o de los asuntos de familia de otros reyes y de otras reinas?

También Néstor era un argonauta y había compartido grandes aventuras con mi padre a pesar de no ser tan joven. Había armas por todas partes colgadas de las paredes de la sala: escudos, lanzas, hachas, espadas con sus cinturones adornados de chapas de plata y

con fibulas de resplandeciente bronce. Delante del palacio se hallaban reunidos cierto número de mendigos en espera de las sobras de la comida que tendrían que disputar a los perros que también aguardaban su parte.

Hablé con Antíloco, que estaba sentado a mi lado, y le pregunté si había viajado alguna vez por mar o por tierra.

—Por tierra —me contestó—, hasta Esparta y hasta Argos. Son hermosas ciudades con grandes palacios, pero a mí me gusta esto porque tenemos esta bahía abundante en peces en la que atracan muchas naves que vienen de lejos; de Asia y de los países del segundo mar, de Creta, donde manda el rey Idomeneo, amigo de mi padre. Un día también yo iré a Creta y tal vez incluso más lejos. ¿Y tú?

—He estado en tierra firme en casa de mi abuelo para la caza del jabalí y fui herido aquí en el muslo, ¿ves?

—¿Tu abuelo? ¿No es ese viejo depredador, ladrón de ganado?

—Si no fueses tan joven —le respondí—, te haría tragar tus ofensas.

Antíloco se excusó.

—No quería ofenderte: eres mi huésped y es mi deber honrarte. Pero Autólico no tiene buena fama y no es culpa mía.

—Mi abuelo no es ningún ladrón, es un depredador, y si vive como vive tendrá sus razones. Yo me lo pasé muy bien con él y volveré a hacerle una visita en cuanto pueda. —Tras cumplir con mi deber de defender el honor familiar, traté de reanudar la conversación con más gratas palabras—: Este es mi segundo viaje y estoy orgulloso de visitar la casa del *wanax* Néstor. Nuestros padres están unidos por una gran amistad y lo mismo debe suceder entre nosotros —dije pensando que tal vez Antíloco sería un día el rey y mantendríamos relaciones de alianza.

No había aprendido aún que el hado es el que establece el futuro.

Nos quedamos en total tres días, luego partimos para ir a Esparta. El rey nos proporcionó los carros y los caballos y nosotros dejamos bajo su custodia la nave con una parte de los compañeros. Yo admiraba los caballos, animales de gran fiereza, habituados al campo de batalla, de cola inquieta y de lustroso pelaje. Fue Antíloco quien nos los entregó: un honor reservado a los visitantes más ilustres.

Subí al carro de mi padre agarrándome a un lateral. Mentor venía detrás con el

comandante de nuestra nave; seguían otros tres carruajes con seis de nuestros hombres de escolta armados con una lanza. En el último carro iba únicamente el cochero porque transportaba los presentes que habíamos traído para el rey. Para llegar a Esparta había que tomar un camino muy pronunciado que atravesaba una cadena montañosa, luego bajar al valle que se abría al otro lado. El paso era muy estrecho, como una incisión en la ladera de la montaña. Los carros debían pasar uno por uno y no sin peligro. Cuando estuvimos en lo alto se nos ofreció una vista maravillosa: una vasta llanura con miles de olivos, árboles frutales, prados y pastos con rebaños de ovejas y manadas de caballos. Nunca en toda mi vida había visto nada parecido. Jamás tantos caballos juntos.

—Es el reino de Tindáreo —dijo mi padre—, señor de Esparta. La reina Leda es famosa por su belleza. Tienen cuatro hijos, dos hembras y dos varones. A pesar de que Leda haya dado a luz dos gemelos, su cuerpo es perfecto como el de una diosa. Sus hijas, aunque muy jóvenes, prometen superar a la madre. Cuando estemos en su presencia, rinde homenaje primero a la reina y luego a Tindáreo. Lo mismo haré yo.

Se requirió casi todo un día para bajar de la montaña, atravesar la llanura y subir a otra pequeña altura por la parte opuesta, sobre la que se alzaba la ciudad de Tindáreo y de Leda. Llegamos a las puertas de Esparta al oscurecer y noté que, en aquel lugar, el sol se ponía mucho antes de lo que lo hacía en Ítaca, porque en occidente la gran sierra lo cubría cuando estaba todavía alto, mientras que en Ítaca lo veía brillar hasta que se hundía en el mar.

Fuimos recibidos por la guardia real formada a ambos lados del camino que conducía a la puerta principal. Mientras subíamos, mi padre volvió a hablar.

—Tindáreo reconquistó su trono hace unos años nada más, porque su hermano lo había expulsado de la ciudad. Y no lo habría conseguido sin la ayuda de Heracles. Su desmesurada fuerza resultó decisiva, pero lo habría sido también su sola presencia. Cualquiera que lo tenga en contra sabe que está destinado a la derrota, comprende que luchar contra un ser semejante es como alinearse contra los dioses.

—¿De veras es como dices, padre?

—Ningún mortal puede presentarle resistencia. Es como un peñasco que rueda monte abajo y arrolla pinos y olivos seculares; su grito es como el rugido de un león. Nunca le he visto ponerse la armadura: combate semidesnudo y sin embargo nadie ha conseguido traspasarlo jamás...

No pregunté más. Me imaginaba que un hombre que extermina a su propia familia

había transgredido un límite extremo y había entrado en un territorio del que es imposible retornar sin hacer otra cosa que ir hacia su propia destrucción. No sabía si un héroe podía ser considerado como tal después de haber cometido un delito tan atroz, o si la misma espantosa crueldad de esa acción formaba parte, en cambio, de su naturaleza. Pensé que mi padre, como Heracles, no solo pertenecía a otra generación, sino también a otra era, a una estirpe de héroes que llevaba aún en las venas las últimas gotitas de la sangre de los dioses. Nosotros seríamos distintos. Seríamos solamente hombres.

Llegados delante del palacio, los palafreneros se cuidaron de nuestros caballos y fuimos conducidos a la sala de baño para ser lavados, perfumados y para ponernos las ropas frescas antes de ser admitidos ante la presencia del rey y de la reina.

Leda tenía unos ojos grandes, relucientes, y el cabello, largo y ondulado, le caía sobre los hombros y, detrás, sobre la espalda. Su mirada era verde e infundía espanto, pero también una admiración atónita y casi extática. ¿Era esa la mirada de Medusa que petrificaba? Me parecía casi oír un canto, complejo, de muchas voces que formaban una sola armonía. El viento de la tarde entraba en el palacio real transportando aromas de tierras remotas, trayendo olor a heno y a violetas y el ululato, lejano, del búho.

Volví a la realidad de mi rapto cuando mi padre me dio un codazo en un costado y me sumé a él en el homenaje a Tindáreo. Fueron presentados los dos príncipes, de tal vez veinticinco años de edad. Cástor y Polideuces, los más jóvenes entre los argonautas. Eran gemelos y a tal punto idénticos que era imposible distinguirlos a no ser por el color de los ojos. Cástor los tenía más parecidos a los de la madre; Polideuces, a los del padre. Uno y otro, se nos dijo, eran atletas invencibles. Haciendo caso omiso del protocolo corrieron a donde estaba mi padre y le abrazaron gritando de alegría. Él devolvió emocionado el abrazo, no se separaba ya de ellos. Comprendí lo que debía significar haber participado juntos en una gran empresa: un vínculo muy fuerte, indisoluble.

El rey nos hizo sentar a la mesa para el banquete y yo miré a mi alrededor para admirar la sala. También aquí, como en Pilos, colgaban de las paredes armas resplandecientes y grandes escudos, lanzas con la punta de bronce. Una parte de los muros estaba pintada con escenas de caza y de combate. Una de ellas representaba a Heracles en actitud de atacar al usurpador que había reinado sobre Esparta antes de Tindáreo. Me quedé estupefacto. Cada una de sus acciones entraba en la leyenda antes de que se hubiese apagado el eco. También mi padre miraba esas pinturas, un tanto maravillado.

—*Atta* —susurré—, ¿se le parece?

—No. Ningún artista pinta un héroe por lo que es, pues no sería capaz, sino por los atributos por los que se le reconoce.

—La clava..., el cuerpo inmenso. ¿Le veremos alguna vez?

—No creo. Su camino lleva lejos, muy lejos de nuestro mundo, a un lugar del que nadie ha vuelto jamás.

Recuerdo cómo me hirieron estas palabras. Palabras como muchas otras pero que pronunciadas por un marinero cambian de tono, de fuerza. Suponían dolor.

El banquete fue una demostración del poder del rey de Esparta por la abundancia de carnes asadas, de panes fragantes, de vino, por el gran número de invitados vestidos con trajes tejidos de lino y de púrpura, por los cinturones, las fíbulas de oro, de marfil y de ámbar, por las copas de oro repujado, por las maravillosas gargantillas y brazaletes de la reina. ¡Qué pobre me pareció nuestro pequeño reino insular! Mi Ítaca escarpada y cubierta de bosques, pasto de cabras y de puercos.

Al final del festín una de las siervas trajo a las hijas de la reina, Helena y Clitemnestra, para que fuesen presentadas a los huéspedes. Tenían entre trece y catorce años y eran muy distintas la una de la otra. Helena parecía una criatura sobrehumana por la perfección del rostro, por los reflejos violáceos de sus ojos, por los cabellos que resplandecían como auricalco. Estaban encrespados de ondas que reflejaban la luz en muchas tonalidades distintas. Cuando movía la cabeza y los hacía ondear, la ondulación se transmitía a todo el cuerpo, que parecía doblarse suavemente como una flor en la brisa. Sus labios se asemejaban a los capullos de amapola de montaña cuando están a punto de abrirse y que al hacerlo muestran los blancos dientes de una sonrisa sin amor, pero por eso mismo aún más perturbadora. En aquel momento hubiera querido tener la inspiración de un gran cantor como Femio para expresar lo que sentía y veía, esa especie de encanto que la belleza en su forma absoluta ejercía sobre mí. Esbelta y alta, más que una muchacha de su edad, era un capullo todavía cerrado: ¿qué sería cuando fuera rosa?

Mi padre el rey pareció leerme el pensamiento.

—Ni pensarlo, muchacho, no es para ti. Ella es de oro, tú eres...

—De madera, *atta*. La madera de nuestras encinas del Nérito, que solo el rayo de Zeus puede romper. Un material que siempre flota, mientras que el oro se va al fondo.

Mi padre sonrió.

Clitemnestra era muy distinta. Aunque gemela, de una belleza gélida y severa que

resultaba inquietante para su aún tierna edad.

Me encontré a Helena al día siguiente, hacia el atardecer. Estaba sentado sobre una piedra cerca del recinto de los caballos, admirando el modo de moverse de esos magníficos animales que en Ítaca no se podían criar. Me encantaba su imponente complexión, la curva poderosa de su cuello, la armonía de sus movimientos, sus soberbios andares majestuosos, los grandes ojos húmedos, las crines que ondeaban al viento. De pronto la vi acercarse y traté de no mirarla. Comenzaba a pensar que quien la observase quedaría prisionero de ella y sería infeliz toda su vida.

—Tú eres el príncipe Odiseo de Ítaca, ¿verdad?

—Sí —respondí sin volverme—, y tú eres Helena de Esparta.

—¿Ya sabes que el rey Teseo de Atenas me ha pedido por esposa? Es ese guerrero de ahí montado en el caballo negro.

—Ya lo veo.

—Pero es demasiado viejo para mí.

—El que desafió y ganó al hombre-toro en el laberinto no será nunca viejo. ¿Tú qué has hecho en la vida? Nada. No eres más que una niña bonita y no por mérito propio.

Sonrió en vez de enrabiarse.

—¿Y te parece poco?

—No. Claro que no, pero...

—¿Me pedirías por esposa, si pudieses?

—No.

Se puso delante de mí y me miró fijamente con dureza.

—¿Por qué me odias? ¿Acaso tu nombre así te lo exige?

Salté en pie y respondí con el rostro encendido.

—Mi nombre no me exige nada y no te odio... No te pediría por esposa porque...

—¿Por qué? —insistió.

—Porque cuando los dioses hayan terminado de forjarte serás demasiado hermosa para amar a alguien que no seas tú misma. Y por eso creo que serás la perdición de muchos hombres.

Los ojos de Helena parecieron mudarse al amaranto, mientras los rayos del sol ascendían detrás de las cumbres del Taigeto. Un velo de melancolía se extendió por su semblante.

—Estas cosas solo suceden por voluntad de los dioses —respondió—, nosotros somos

simples mortales y no tenemos poder alguno. No soy mala, Odiseo, y si pudieras quedarte me gustaría hablar contigo todos los días.

—¿De qué?

—Del sol y de la noche, del odio y del amor, de la vida y de la muerte. Hay en tus ojos una luz que nunca he visto, ni siquiera en los de mis hermanos, que son muy apuestos. Envidio a la esposa que llevarás al tálamo, que someterás en el lecho con la fuerza del amor, príncipe de Ítaca. Adiós.

Se disolvió en la luz del ocaso.

Partimos al cabo de dos días con valiosos presentes en nuestro carro. El pensamiento de Helena volvía de vez en cuando a turbarme, pero luego miraba a mi padre y me sentía feliz de estar con él, de aprender muchas cosas, de ser huésped de unos poderosos soberanos y de reinas radiantes, de ver lugares que no había visto nunca, montañas escarpadas y llanuras, ríos y bosques, rebaños pastando, manadas de caballos a galope, ocasos llameantes y amaneceres silenciosos.

Pasamos otra cadena montañosa.

—¿Adónde vamos, *atta*? —le pregunté—. ¿Volvemos a casa?

—¿Ya tienes ganas de regresar? Pero si el viaje apenas acaba de empezar... No, vamos a Micenas.

Sentí un estremecimiento al oír este nombre.

—Es un lugar maldito, *atta*. ¿Por qué vamos allí?

Mi padre seguía mirando delante de sí, al blanco camino que subía hacia el paso de montaña para luego descender hacia la llanura de Argos. Respondió al cabo de unos instantes.

—Porque he oído decir a Néstor en Pilos y a Tindáreo en Esparta que el rey de la más grande y poderosa ciudad de Acaya es un hombre tremendo, un monstruo. Y esto me ha incitado a pedirle audiencia.

—¿Por qué, *atta*?

—¿Recuerdas esa noche en que llegó un mensajero al palacio con una noticia tremenda?

—Lo recuerdo perfectamente. No pude seguir durmiendo.

—Todo sucedió en Micenas. ¿Y quién sabe si entre los muros del palacio donde se llevó a cabo la matanza podremos comprender?

—Tú no crees que él fuera capaz de hacerlo, ¿verdad?

—¿Heracles? No, no lo concibo.

—¿Cambiaría algo descubrir la verdad?

—Mucho, aunque los muertos no puedan ser devueltos a la vida.

No hice más preguntas y durante muchas horas avanzamos por el blanco camino, atravesando la gran llanura en la que pastaban manadas de caballos. A veces pasaban tan cerca que casi podía tocarlos. Al atardecer, cuando hacíamos una parada, yo me ocupaba de los nuestros. Les quitaba el yugo, les daba heno que recogía en los campos y los cubría con un paño de lana para protegerlos de la humedad de la noche.

Alcanzamos Micenas a la caída de la tarde. La ciudad no era visible desde el camino que recorriamos, que iba directo al puerto marítimo. Estaba escondida en el fondo de un angosto valle que había que volver a subir hacia septentrión, hasta alcanzar la vista de dos colinas: una más grande y alta, la otra más baja pero más empinada. En la cima estaba la ciudad, y el palacio, construido sobre una peña suspendida sobre un abismo, dominaba todas las otras casas, el valle, la llanura más distante.

Ascendimos, a lo largo de un camino flanqueado por grandiosas tumbas de piedra cubiertas por túmulos, hasta la puerta de la ciudad, una construcción inmensa consistente en dos jambas rematadas por un arquitrabe gigantesco que ni siquiera cien hombres habrían podido desplazar. Solo un dios, de haber querido. Sobre el arquitrabe descansaba un gran peñasco triangular esculpido con las figuras de dos leones rampantes, uno enfrente del otro, con el cuerpo pintado de color bermejo y la cabeza de resplandeciente oro.

—Esta es Micenas —dijo mi padre—. ¿Te das cuenta ahora de que ningún hombre debería morir sin haberla visto al menos una vez?

Llamó tres veces a la puerta con el asta de la lanza. Le abrieron.

Veinte guerreros, diez a derecha y diez a izquierda, nos rindieron honores y nos dieron escolta hasta el palacio. Mi padre me mostró, a la derecha, el recinto funerario que encerraba las sepulturas de los Perseidas, los primeros soberanos de la ciudad, y luego el palacio en lo alto, iluminado con antorchas. A cada paso que nos aproximaba a la gran morada real me sentía más angustiado o atemorizado. Me acerqué a mi padre, pero no me atreví a dirigirle la palabra para que no pudieran oírme los hombres que nos escoltaban y para que no creyese que tenía miedo. Pude entrever solo raros viandantes, oír, aquí y allá, puertas que se abrían y se cerraban haciendo chirriar los goznes. Me preguntaba por qué los habitantes de un lugar tan tétrico no se marchaban, por qué no elegían un collado plantado de olivos o una pradera recorrida por rebaños y manadas.

¿Era solo la oscuridad de la noche la que me causaba esa impresión?

Es cierto que cualquier pobre pueblo de labriegos y pastores me habría parecido más bonito y más feliz, pero tal vez el rey Laertes, mi padre, había querido llevarme a aquel lugar para que comprendiese lo que en apariencia no tenía explicación. En el corazón del más poderoso reino de Acaya, todo estaba al revés: el mal en el lugar del bien, la ofensa en el lugar del derecho, quizá asimismo las tinieblas en el lugar de la luz. Pensé que, mientras caía la noche entre los muros de la ciudad de Euristeo, el sol resplandecía en Ítaca y en la arenosa Pilos y que el día no saldría más en las silenciosas calles de Micenas.

Hubiera querido evitar ver al rey, porque en mi fuero interno sentía que él era el mal y que también nosotros estaríamos en peligro si comíamos de su pan y pasábamos la noche bajo su techo. Pero ahora ya estábamos en la entrada del palacio.

Euristeo nos recibió, solo, en la armería. Yo no había visto nunca tantas lanzas y espadas, tantos escudos, tantos yelmos con sus cimeras. Cubrían completamente las paredes. Las panoplias, iluminadas por las lucernas, parecían espectros de guerreros caídos. Se sentó con un suspiro en un banco y nos hizo señas de que tomáramos asiento. No nos ofreció vino, ni pan, ni sal.

—¿Qué te trae por aquí, rey de Ítaca? —preguntó a mi padre.

—Mi hijo y yo nos dirigimos a Argos y, si hubiera tiempo, a Salamina para conocer a los reyes de estas ciudades e intercambiar con ellos presentes de hospitalidad. Pasar por delante de tu soberbia fortaleza sin subir a rendirte homenaje habría sido una falta por la que hubieses podido guardarnos rencor si alguien te lo hubiese hecho saber.

Mi padre mentía, disimulaba sus verdaderos sentimientos y al mismo tiempo me enseñaba cómo ocultar el auténtico sentir para no sufrir el atropello de quien era mucho más fuerte que yo.

—Te lo agradezco —le respondió Euristeo sin mirarme. Era como si yo no existiese.

Desde las salas contiguas no llegaba ruido alguno, y sin embargo debía de ser la hora de la cena, el momento en que en el palacio de Ítaca se encendían las luces, las mujeres preparaban las mesas, los siervos ponían en el fuego los asadores para cocinar la carne y las siervas traían panes dorados del horno. ¿Era eso el poder? ¿Velar a solas en unas estancias desiertas? Eso parecía, y era cierto que Euristeo había de vigilar solo hasta el amanecer, por temor a ser asesinado, o por miedo a dormirse y ser visitado por pesadillas, por las divinidades de la Noche y de los Infiernos. Cerraría los ojos a los

primeros albores, sin haber dormido ni haber llevado a cabo acción alguna. Mi padre habló de nuevo.

—Tal vez hemos venido en un momento inoportuno, Euristeo, en el que preferirías estar solo. Pues ser rey significa precisamente esto cuando hay que atender los deberes o las obligaciones de gobierno.

—Que no se diga que un huésped tan ilustre no recibe la acogida adecuada —respondió el rey de Micenas—. Lamentablemente no puedo preparar para ti y para tu hijo un banquete porque me atormenta un mal que no me da tregua, un pinchazo agudo en la cabeza, como si un dardo candente me quemase las sienas. Pero haré que os sirvan en una bonita habitación, amplia, todo tipo de platos y un vino tinto generoso que os caliente el corazón, y mañana partiréis con los presentes de hospitalidad como es la costumbre.

Dos de los guerreros nos escoltaron hasta nuestro alojamiento a través de un largo corredor con muros contruidos con grandes bloques superpuestos de desnuda piedra. El sonido de nuestros pasos era dilatado por el silencio y el palacio parecía desierto, pero varias veces tuve la impresión de que nos seguían. Finalmente entramos en una sala adornada con pinturas murales y asientos de madera apoyados contra las paredes. En el centro del muro más largo se abría una ventana como un recuadro rojo sobre una muralla gris. Era el reflejo del sol que se había puesto hacía rato. Delante de dos de los asientos había mesas con pan, carne asada y huevos de paloma. Aparte, uva e higos.

—Padre —dije apenas se hubo alejado en el corredor el ruido de las pisadas de los dos guerreros—, ¿no has tenido la impresión de que alguien nos seguía, o nos espiaba?

—No —respondió—. Pensaba en otras cosas. ¿Por qué nos ha hecho traer Euristeo a esta habitación? ¿Por qué ningún miembro de la casa real nos hace compañía?

—Tal vez no se fía de nadie y si él no puede o no quiere estar presente no permite que lo estén otros. En el fondo estamos aquí con la esperanza de reconocer algún elemento o signo de verdad oculta.

Entró un siervo con una jarra de vino y dos copas de oro repujado con figuras de pájaros con las alas desplegadas. Mi padre lo probó.

—Es fuerte y puro —dijo—, no bebas más de una copa.

Luego, mientras el lacayo me servía a mí vino dándole la espalda, dejó caer al suelo su anillo de bronce.

El siervo no se volvió.

—Es sordo y probablemente mudo —concluyó mi padre—. En esta casa reina la sospecha.

Asentí.

El vasallo encendió con una lucerna que había traído consigo las otras que pendían de las paredes y la sala se iluminó de una luz cálida, volviendo el lugar menos tétrico.

Cenar a solas con mi padre en la casa en que Heracles había exterminado a su familia por razones que no conseguíamos comprender me producía una sensación de desconcierto y un estremecimiento de horror. Me había sentido mil veces mejor en Acarnania, en casa de mi abuelo, que sin embargo gozaba de una pésima fama y me había lanzado contra un jabalí.

—Las paredes, en cambio, parecen hablar —afirmó mi padre en voz baja— y pueden también oír.

Comprendí lo que trataba de decir: no debía hacer ninguna alusión al motivo de nuestra visita. Conversamos sobre otras cosas: de Argos, que yo no había visto nunca, y de Salamina, la isla de Telamón, un argonauta también, uno de los compañeros de mi padre.

—Tiene un hijo algo mayor que tú, gigantesco, fuerte como un toro. Se llama Áyax. Y otro más joven, Teucro, diestro con el arco como tú —me dijo—. Haréis amistad. ¿Comprendes? Un día seréis vosotros quienes regiréis los destinos de nuestros reinos, cuando nosotros seamos demasiado viejos o hayamos muerto. Por eso estamos de viaje: para que conozcas y te hagas amigo de los otros príncipes. Esto evitará guerras. —Se levantó, fue hacia la puerta, abrió una estrecha rendija y luego volvió a sentarse y prosiguió—: No me gusta este lugar, no me agrada cómo nos ha acogido Euristeo, ni este aislamiento. Y al fondo del corredor hay uno de los guerreros de su guardia. En el otro extremo, otros dos. No conseguiremos hablar con nadie, ni nadie podrá conversar con nosotros en estas condiciones. Y quedarse más no sería prudente. Mañana nos iremos al amanecer.

—Padre, ¿por qué reina Euristeo en esta ciudad?

Mi padre guardó silencio durante unos instantes; se acercó a la ventana y miró afuera, a la oscuridad de la noche. Casi podía leer su pensamiento: sin duda había venido a encontrar algún signo, algún rastro que pudiera llevarlo a absolver a Heracles de un monstruoso delito al menos en su fuero interno y sentía que tendría que irse derrotado. Una ciudad muda, un rey de mirada hosca, una habitación aislada, una atmósfera sorda e

inmóvil era todo cuanto había podido ver y oír. Nada.

—Euristeo y Heracles son primos... Un oráculo había decretado que el último descendiente de los Perseidas reinaría en Micenas y Tirinto, y este no era otro que Heracles, pero una sacerdotisa de Hera juró que su primo había nacido antes porque la diosa, que asiste a los nacimientos, así se lo había revelado. Euristeo se convirtió en el señor de las dos ciudades, Heracles tuvo que irse y comenzar una vida errante.

—Pero ¿cómo pudo suceder? ¿Y por qué volvió precisamente aquí?

—Es lo que yo quisiera saber, pero no creo que sea posible. No podemos movernos ni hablar con nadie. Pero ciertamente tienes razón, hijo: ese es el nudo que hay que desatar. ¿Por qué tuvo lugar aquí la matanza? Tal vez en Argos nos enteremos de otras cosas, noticias que solo un rey puede susurrar al oído de otro rey. Aquí no.

Terminamos de cenar y yo no vi el fondo de mi copa. Nos retiramos luego a la estancia contigua, donde habían preparado dos lechos con mantas de lino tejidas en el telar y recamadas con púrpura. Mi padre dejó la espada y la funda en el suelo y yo puse mi puñal debajo de la almohada. Me dormí, aunque las escenas de la carnicería palpitasen de continuo bajo mis párpados.

Luego, no recuerdo cuándo, creo que en medio de la noche, oí un ruido en la puerta de la sala, como de un perro que raspase para entrar. Me arrodillé en el suelo y escuché. Alguien deslizaba sobre la madera algo áspero y rugoso, un sonido solo audible a breve distancia. ¿Acaso alguien que quería hacerse oír por nosotros, pero no por otros?

Me levanté y seguí la luz casi moribunda de la última lucerna que aún ardía en la sala. Descorrí lentamente, sin hacer el mínimo ruido, el pasador y luego, rápido, abrí una rendija. Me encontré de frente a un niño con unos ojos aterrorizados.

Le cogí de la mano y le hice entrar.

—¿Eras tú quien hacía ese ruido? ¿Y con qué?

Me mostró un clavo hincado en un pedazo de madera.

—¿Quién es? —preguntó mi padre asomándose desde la otra habitación.

—Un niño nada más... ¿Cómo te llamas?

—Eumelo.

Mi padre se acercó y el pequeño visitante se detuvo en la puerta, asustado.

—No queremos hacerte ningún daño —dije—, somos amigos. ¿De dónde vienes, Eumelo? ¿Qué haces en este lugar?

—Soy de Feras, Tesalia...

Mi padre se volvió hacia mí.

—No puede ser un niño cualquiera, fíjate en su indumentaria. Seguro que es un príncipe. Tal vez huésped, probablemente rehén... ¿Por qué has acudido a nosotros? ¿Querías hablarnos? ¿Y de qué?

El niño enmudeció y yo hice señas a mi padre de dar un paso atrás: su presencia lo intimidaba. Comprendió sin necesidad de palabras y se retiró. Busqué en mi alforja algo que pudiera ser del agrado del chiquillo. Encontré un caballito de madera que había tallado con el cuchillo y se lo enseñé.

—Mira, lo he hecho yo, ¿sabes? Es bonito, ¿verdad? ¿Te gusta?

Eumelo asintió. Yo puse el caballito en la palma de mi mano y se lo alargué. Él dudó un poco, pero luego lo cogió rápidamente y se lo metió en el cinto.

—Esto es un regalo mío: acuérdate de Odiseo de Ítaca cada vez que lo agarres de tu cinturón para jugar. ¿Y esto sabes qué significa? Pues que somos amigos: son los amigos los que se intercambian regalos.

—No tengo nada que darte a cambio —respondió.

—Tu amistad será el regalo más hermoso. Y luego, ¿quién sabe?, tal vez un día me

recibas en tu palacio y también tú me hagas un regalo que hará que te recuerde. Pero ahora dime, ¿por qué raspabas el suelo de debajo de la puerta? Querías que yo te oyese y abriese, ¿no es cierto?

Eumelo asintió de nuevo. Me acerqué, le cogí una mano entre las mías y le miré fijamente a los ojos.

—¿Qué querías decirme?

Eumelo comenzó a hablar, quedamente, sin cambiar en ningún momento el tono de voz ni la expresión de su rostro. Dijo quién era y describió lo que había visto una noche tiempo atrás en la sala donde nos encontrábamos. Mientras dormía le habían despertado unos extraños ruidos, luego gemidos y estertores. Tras levantarse, había seguido la dirección de donde provenían los ruidos y había visto el horror al abrir una rendija en la puerta. Escapó lo más rápido posible para llegar a su cuarto del fondo del pasillo y sumergirse en la oscuridad antes de que alguien le viese.

Tras terminar la explicación, se quedó mirándome fijamente con dos ojos tan grandes, tan negros y tan abiertos como si quisiese permitirme entrar en el fondo de su corazón.

—¿Estás seguro de no haber soñado? —le pregunté.

Meneó la cabeza: no, no había soñado; luego me enseñó para qué servía el clavo hincado en la tabla de madera. Rascó entre una losa de piedra y otra del pavimento y recogió el mantillo que quedaba entre los intersticios. Lo dejó caer en la palma de mi mano, luego me hizo ver que la pequeña bolsa que llevaba en el cinto estaba llena de él.

—Debes venir con nosotros, mañana. Te llevaremos a casa de tus padres. Seguro que no pueden imaginarse en qué condiciones te encuentras.

Hice una señal a mi padre para que se acercase, seguro ahora de que ya el niño confiaba en nosotros, y le mostré el mantillo.

—Este clavo le sirve para rascar en las juntas del pavimento. Mira, parece sangre coagulada. Aunque lavaron el suelo, no se ha ido todo.

Mi padre acercó la nariz a los restos que tenía en la mano, aspiró y asintió con aire grave.

—Es sangre, no cabe ninguna duda.

—Debemos llevárnoslo —comenté—. No podemos dejarlo solo en este lugar y con este secreto en el corazón. Es demasiado para él.

—No me permitirán irme —dijo Eumelo— y en vuestros carros no hay espacio suficiente para esconderme. Si me encontrasen, nos matarían a todos.

—Eres el hijo de Admeto —puntualizó mi padre—, le contaremos lo que hemos visto y cómo te hemos encontrado.

—Tampoco él podría hacer nada aunque quisiese. Solo hay un hombre que puede liberarme de esta prisión.

Ninguno de nosotros profirió una palabra más porque todos pensábamos en la misma persona: Heracles.

El día después, al amanecer, bajamos al patio del palacio. Euristeo esperaba ya rodeado por sus guerreros. Dos hombres llevaban los presentes para el rey de Ítaca: una piel de oso y una espada antigua, de ceremonia, con la hoja trabajada al buril e incrustaciones de oro y una empuñadura también dorada con la guarnición que terminaba con dos cabezas de león. No había visto nunca una maravilla semejante. Nosotros le correspondimos con una vara de mando de bronce y ámbar que mi padre había conseguido en su incursión en Asia.

Cuando partíamos miré hacia lo alto e hice una seña a mi padre diciendo en voz baja:

—Arriba, en la tercera ventana.

Había un niño que apenas se asomaba, para no delatarnos, y saludaba con la mano, o al menos eso parecía.

También Euristeo miró hacia la ventana y sonrió ambiguo. Tal vez había querido asegurarse de que su joven huésped estaba donde tenía que estar.

Mi padre inclinó la cabeza, yo creo que para disimular la ira impotente. Abandonar a un niño en un lugar tan tétrico en poder de un hombre despiadado y feroz iba contra su carácter: seguro que en su pecho el corazón ladraba como un perro. Pasamos bajo la puerta de los leones cubierta aún por la sombra. Allí tomamos a la izquierda.

—Despacito —pedí a mi padre—, lentamente.

Había llegado el momento de contarle todo lo que el niño me había dicho.

—Se había celebrado un gran banquete en honor a Heracles. Euristeo le mandó a decir que quería hacer las paces y restablecer las buenas relaciones. Deseaba que el primo viniera con toda la familia y él aceptó. En un momento dado de la velada, su mujer Megara y sus hijos se retiraron a dormir mientras él era retenido por Euristeo y por los otros comensales para seguir disfrutando de la fiesta y del vino. Y Heracles bebió, hasta perder el conocimiento. Tal vez su vino contenía un fármaco que le perturbó la

conciencia. Le llevaron entre varios a su habitación y se fueron.

»El palacio se sumió en el silencio.

»Entrada la noche, Eumelo, que dormía en un cuarto al fondo del corredor, oyó gemidos y gritos, ruidos de objetos derribados, que caían. Aguzó el oído pensando que pronto los pasillos del palacio resonarían de gritos de alarma y de las pisadas de los guerreros de guardia. Pero no sucedió nada. Nadie hizo ningún movimiento, nadie gritó. No se podía interrumpir lo que estaba pasando. Entonces se levantó de la cama y recorrió, descalzo, todo el pasillo hasta encontrarse delante de la puerta de la que llegaban los ruidos. Ahora oía de forma clara: era el sonido, horrendo, de la matanza.

»Entreabrió un poco la puerta y vio lo que estaba ocurriendo. Heracles yacía exánime en el pavimento y tres hombres armados estaban acabando con los miembros de su familia que respiraban aún. La mujer y los hijos. Luego uno de ellos puso una espada en la mano de Heracles. Eumelo huyó hacia su habitación tras haber comprendido que los tres asesinos se disponían a salir. No pudo pegar ojo durante el resto de la noche. Al amanecer, el grito de una mujer despertó a todos. El palacio entero resonó de alaridos, de gemidos y de llanto.

Mi padre parecía petrificado por aquella narración.

—¿Por qué quieres que vayamos despacio? —me preguntó.

El hilo de su pensamiento corría siempre en la dirección que él deseaba, no en la que quería cualquier otro.

—Padre, ¿recuerdas al niño en la ventana?

—Sí, lo he visto, era Eumelo.

—Me ha hecho señales.

—¿De qué tipo?

—Las que hacen los pastores para comunicarse a distancia. También nosotros las usamos en la isla.

—Es cierto. ¿Y qué te ha dicho?

—Dos cipreses.

Mi padre tiró de las riendas y detuvo el carro. Mentor, detrás de nosotros, y nuestros hombres de escolta hicieron otro tanto.

—¿Y qué significa?

—Un lugar, diría yo, a lo largo de nuestro camino: sabe a dónde nos dirigimos. Un sitio señalado por dos cipreses.

—Quizá una tumba. ¿Y allí podría suceder algo?

—Creo que lo sabremos cuando hayamos llegado.

Retomamos el camino siempre lentamente. Arribamos al cruce: a la izquierda, para Tirinto y el mar; a la derecha, para Argos. Miramos a nuestro alrededor: nadie nos seguía, nadie nos precedía.

En los campos, los labriegos estaban ya trabajando, segaban la cebada y recogían el heno. Los guardianes de rebaños y los pastores llevaban a pacer a sus animales. A nuestra espalda, Tirinto se erguía sobre un espolón rocoso en medio de los campos cultivados. Me volví para verla mejor, blanca y azul en medio del verde de los campos, hermosísima. Y se me aparecieron los dos cipreses.

—¡Allí, padre! ¡Ahí están!

—Un lugar descubierto, no muy lejos de Micenas... ¿Qué hacemos?

—Ya voy yo. Si vamos todos, la columna de nuestros carros se verá de lejos. Creo que nada escapa a los hombres de Euristeo. Si encuentro al niño, volveremos aquí juntos. Si no doy con él, esperaré a que el sol se haya puesto en el horizonte y luego regresaré solo. Vosotros esperadme aquí, detrás de esas plantas, así nadie os verá. Mientras, cuéntale a Mentor lo que te he dicho.

Me alejé a pie y me interné a buen paso en dirección al lugar donde estaban los dos cipreses, recorriendo una senda entre campos cultivados con plantas que no fui capaz de reconocer. Eran dos árboles imponentes bien visibles de lejos y se alzaban junto a un túmulo en el que debía de estar enterrado un antiguo héroe. Me acerqué mirando a mi alrededor, pero el lugar parecía totalmente desierto. Dejé pasar un poco de tiempo, calculando de vez en cuando la distancia que mediaba entre el sol y el horizonte. Mi padre y los suyos estaban escondidos en el bosquecillo y no se les veía.

Me lo encontré al lado de golpe, como aparecido de la nada.

—¿Dónde estabas? —le pregunté.

El niño señaló la entrada de la tumba.

—¿Allí? ¿Y no tenías miedo de que los muertos te llevasen bajo tierra con ellos?

Meneó la cabeza: no sentía temor. Ya sabía que los vivos son mucho más de temer que los muertos.

—¿Cómo has llegado?

Me indicó un sendero que pasaba serpenteando a través de los campos en medio de unas altas ringleras de olmos y de chopos. De lejos nadie habría conseguido distinguirlo.

Debía de haberse descolgado por alguna ventana de la parte de atrás del palacio y luego haber tomado un atajo entre los campos.

—Vamos —dije—, si descubren que te has escapado te buscarán por todas partes.

Asintió y se dejó llevar de la mano y conducir hasta el lugar de cita con mi padre.

En el tiempo que había pasado en palacio debía de haberse acostumbrado a limitar sus palabras a lo estrictamente indispensable, porque, si podía, evitaba hablar.

—Sin embargo —comenté—, cuando estemos ante mi padre el rey deberás decir todo lo que sabes. Él arriesga mucho por ayudarte y yo también. Lo reconoces, ¿verdad?

—Lo sé —respondió Eumelo, y tal vez consideraba que había sido exhaustivo en sus palabras.

Mi padre salió del bosque apenas nos vio cruzar el camino.

—Partamos enseguida —dijo—, pero separémonos: tú vendrás conmigo a Argos con el niño, por un camino secundario, y Mentor y los demás irán por la vía principal, pero se separarán de nuevo en cuanto sea posible, ¿de acuerdo? Nos encontraremos todos en el istmo dentro de seis días, a la puesta del sol. Así llamaremos menos la atención. Y ahora, ¡vamos!

Nos despedimos y nos separamos. Cada carro dejó una larga estela de polvo tras de sí al lanzarse por el camino principal. Nosotros tomamos una senda secundaria y poco frecuentada. A una corta distancia nuestra vía, subiendo hacia las colinas, se volvió poco más que un sendero. Eumelo parecía divertirse mucho y quería tomar las riendas para conducir él mismo.

—No le falta pasión a este muchacho —decía mi padre—, se convertirá en cochero. —Y le dejaba hacer.

Mientras tanto, yo reflexionaba: había tomado el sendero secundario contando con el hecho de que Euristeo y sus hombres hubieran visto desde algún punto de observación la estela de polvo de nuestros carros que iban hacia septentrión y hubieran decidido seguirlos para cogernos a nosotros con el muchacho. Sin embargo, era justo considerar que nos atribuía una cierta astucia, vista nuestra descendencia, y que tenía poco menos que la certeza de que Eumelo se había unido a nosotros. Hubiera podido, por tanto, buscarnos por los caminos menos frecuentados y menos practicables, que en el fondo era lo más probable. Finalmente, podría rastrearnos tanto por una parte como por la otra, y en tal caso no tendríamos escapatoria. Hacía falta una mejor estrategia.

A la primera parada, pedí a Eumelo que le repitiera a mi padre, sin descuidar nada,

todo cuanto había visto la noche de la carnicería. Y él aceptó. Lo contó con todo lujo de detalles y al final dijo que a los cuerpos de la mujer y de los hijos de Heracles se les había dado sepultura en una fosa común a extramuros. Por eso él había rascado la sangre coagulada entre las junturas del enlosado, por esto quiso enterrar la bolsita de cuero a la sombra de un pino a la vista del valle inundado de sol.

—Un lugar mejor.

—¿Y qué hacías tú en Micenas? —preguntó mi padre.

—Estaba allí porque el rey se lo había pedido a mis padres. Es costumbre que los príncipes pasen un tiempo en casa de otros reyes como pajes. No pudieron negarse.

Mientras hablaban, me había alejado para observar el sendero que ascendía del valle y los divisé a poca distancia. Volví con mi padre.

—Ya llegan. Era de esperar.

—Sí, pero ¿ahora qué harías tú que eres tan astuto?

—Tenemos dos posibilidades: convencerles de que no hemos pasado nunca por aquí...

—Borrar las huellas —dijo mi padre—, recoger el estiércol, desmontar el carro y esconderlo junto con los caballos. Ocultarnos. Hasta que se hayan ido.

—Complicado, largo y difícil. Tal vez no nos dé tiempo. Si están al llegar, quiere decir que nos han visto y, si nos encontrasen escondidos, sería peor. Más fácil es ocultarle a él —dije indicando a Eumelo—. ¿Ves ese pino enorme, allí arriba a media cuesta?

El muchacho asintió.

—¿Te ves capaz de trepar hasta lo alto?

—De niño no hacía otra cosa en el monte Pelión.

—Pues bien, corre cuanto puedas. Cuando ellos se presenten, tú deberás estar ya en la copa, y quédate allí hasta que yo vaya a buscarte.

Eumelo desapareció en el bosque.

—Es un tesalio —afirmó mi padre—, su tierra está llena de bosques: aprenden a esconderse y a trepar a los árboles antes que a hablar.

Abrí la alforja con las provisiones y se las di a mi padre.

—Hagamos que nos encuentren sentados y tranquilos comiendo, pero estemos listos para cualquier eventualidad. Lo primero que se preguntarán será por qué nos hemos separado de los otros. ¿Por qué?

Ahora era yo quien pedía ayuda a la mente de Laertes.

—Porque vamos a Arcadia —respondió al punto—. ¿Nunca has oído hablar del santuario del rey Licaón, el rey Lobo? Además, tu abuelo tiene un nombre que infunde miedo a todos. Deja que dialogue yo.

Eran una docena, bien armados, en cinco carros. Algunos los habíamos visto en el palacio y los reconocimos.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó mi padre.

—Estamos buscando a un niño. Es un joven príncipe confiado a nuestra custodia.

—¿Y lo buscáis aquí?

—Claro. Ha desaparecido al partir vosotros. ¿Y por qué os habéis separado de los otros?

El rey Laertes y yo intercambiamos una mirada y nuestro corazón reía porque lo habíamos previsto todo.

—Porque vamos a Arcadia. Al santuario del rey Licaón...

La arrogancia desapareció del rostro de nuestros perseguidores.

—Es una cuestión de familia. El abuelo de mi muchacho, mi suegro, del que habréis oído hablar sin duda, tiene sangre mezclada con la de Licaón y yo quiero liberar a Odiseo de tal maldición. Nadie querría que su propio hijo se transformase en lobo una vez al mes para matar a los caminantes sorprendidos por la noche en lugares desiertos.

»Con mucho gusto os ayudaríamos a buscar a vuestro estimado huésped, pero lamentablemente, como veis, tenemos prisa. Hemos de estar en el santuario antes de la luna llena. Si no llegáramos a tiempo, sería en realidad un terrible contratiempo, para nosotros pero también para vosotros, creedme.

No hizo falta decir más. Miraron a su alrededor y luego se volvieron por donde habían venido. Esperé a que se hubieran perdido a lo lejos, en la llanura, antes de reunirme con Eumelo, pero solo para rogarle que siguiera en el bosque.

Hasta que cayera la noche.

Continuamos adelante hasta que el sol se hubo puesto y hasta que estuvimos totalmente seguros de que nadie nos había seguido hasta aquel punto salvo nuestro joven príncipe que caminaba por el interior del bosque. Mi padre tiró de las riendas y detuvo los caballos. Yo encendí un fuego, porque habíamos subido mucho y hacía frío. En el abandonado hogar de un pastor, encontramos unas pocas brasas bajo las cenizas y fue fácil reavivar la llama con hojas secas y ramiza fina. Llamé a Eumelo, le dije que saliera del bosque. Pero no obtuve respuesta.

—¿Dónde estás? Pero ¿adónde ha ido? Le he dicho que permaneciera en el bosque. No puede haberse perdido.

Mi padre agachó la cabeza y suspiró. No comprendía.

—Era un chico extraño —dijo—. Puede haber cambiado de idea. Tal vez ya no le interesa hacer el camino con nosotros. O quizá se ha asustado por lo sucedido.

—También yo, *atta*, también yo si es por eso. Dime la verdad: ¿el abuelo lleva el nombre de «él mismo un lobo» porque fue al santuario del rey Licaón en Arcadia?

—Son historias que corren por esos lugares porque tu abuelo es un hombre tremendo y tiene un nombre... que no es como los demás... Pero tal vez no tenía que hablarle de ello a los guerreros de Euristeo.

—Yo creo, en cambio, que sí: los has hecho volverse atrás.

—Calla —dijo mi padre echando mano a la espada.

Oí un ruido de ramas rotas y apareció Eumelo. Llevaba en la mano izquierda un conejo que había cazado y matado quién sabe cómo.

—¿No tendríais un cuchillo? —inquirió.

Le alargué el mío. Él despellejó el conejo, le sacó las tripas, separó el corazón, el hígado, el bazo, los riñones de las otras entrañas y los ensartó en el cuchillo haciéndolos asar en las brasas. Le miramos estupefactos.

—¿Dónde has aprendido esto? —le pregunté.

—En mi país nos dejan en los bosques desde pequeños y tenemos que sobrevivir. Alguno a veces no vuelve. Pero la mayoría aprende.

A continuación asamos la carne y, una vez que saciamos el hambre y estuvimos envueltos en nuestros mantos de lana, nos entraron ganas de hablar. El cielo estaba atestado de estrellas, grandes y luminosas, leves soplos de viento hacían zurrir las encinas. Oía el canto estridente de la lechuza: ¡Atenea! Ella estaba cerca, velaba sobre mí. Sentía, en el bosque, que me miraba con sus ojos de color verde y oro.

—Joven príncipe —comenzó mi padre—, ¿estás seguro de haber visto lo que nos has contado? ¿No lo habrás soñado? A veces los sueños parecen más verdaderos que la realidad.

—¿Y qué me dices de la sangre? ¿Has olvidado que te mostré la sangre?

—Es cierto. La sangre.

—Pero ¿por qué lo hizo? ¿Por qué no te mataron también a ti? —pregunté.

—Euristeo es demasiado listo para cometer semejante error —respondió mi padre—. El pueblo le habría acusado a él de la fechoría, se habría insurreccionado y lo habría aniquilado. Heracles se había ganado el corazón de la gente. Todos lo adoraban y lo habrían querido como rey de Micenas y Tirinto. Euristeo tenía que destruir su figura de héroe generoso, al servicio de todos. Tenía que hacer de él un monstruo sanguinario que había exterminado a su familia. Difundir por todas partes, no solo entre el pueblo sino también entre los reyes, esta noticia. ¿Recuerdas, hijo mío, la noche en que llegó a nuestra isla el mensajero?

—Sí, claro.

—¿Y luego qué pasó? —preguntó acto seguido mi padre al muchacho.

Un espíritu cruzó la noche, las encinas se estremecieron. Eumelo resopló hondo y luego comenzó a hablar y mi padre y yo nos quedamos estupefactos. Parecía otro: el muchacho que hasta aquel momento había pronunciado a duras penas unas pocas palabras se puso de improviso a contar dilatadamente, como un río en crecida que rompe los diques, como un cantor inspirado por los dioses. Y yo creo que fue Atenea quien le destrabó la lengua, liberando las palabras que le salían a borbotones. También el timbre de su voz sonada distinto.

—Heracles se despertó con una espada en la mano, en medio de los cuerpos masacrados de sus hijos y de su esposa. Nunca olvidaré su grito de desesperación y de horror. El palacio entero tembló, los caballos huyeron de sus recintos, los cuervos se

alzaron graznando de las torres. Los soldados de la guardia del rey recogieron la espada antes de que la aferrase él para dirigirla contra sí, y acto seguido apareció Euristeo como surgido de la nada y dijo: «¿Cómo has podido? ¿Cómo has cometido un delito semejante?».

»Heracles parecía fuera de sí. Se dejó cubrir de cadenas y arrastrar a un subterráneo. Yo apenas lo entreví. Y mientras se marchaba el rey le gritó detrás: “Lo que has hecho es demasiado para cualquier juez mortal. Solo un dios podrá juzgarte e infligirte la pena que mereces”.

»Vi a muchos llorar en palacio, ya porque no creían lo que les habían contado, ya porque lo creían y eran incapaces de aceptar que tampoco Heracles, en toda la tierra, era bueno y justo. Me hubiera gustado llegar hasta la prisión y revelarle la verdad. Estoy seguro de que habría roto las cadenas, echado abajo la puerta y, tras haber perseguido por todas las estancias a Euristeo, le habría machacado, pero no lo logré. Nadie podía acercarse a él.

»Transcurrieron así días y noches. Desde la ventana de mi habitación vi cómo sacaban los cuerpos de los inocentes en plena oscuridad para arrojarlos en una fosa sin nombre de un punto secreto del valle. Divisé la figura del monstruo recortada contra el cielo rojo en la torre del abismo. Aprendí a esconderme y a no dejarme ver, a vivir como si no existiese. Si alguien llegaba a enterarse de que lo había visto todo, mi vida dejaría de tener ya ningún valor. Ya casi ni hablaba, a veces tenía hasta miedo de pensar, como si Euristeo pudiera leer mi mente.

»Al final llegó el veredicto que ahora todos conocen: “El oráculo”, declaró solemnemente Euristeo, “te ha condenado a expiar tu delito liberando al mundo de los monstruos que lo infestan: fieras, gigantes, depredadores salvajes que se alimentan de carne humana. Al final, si sobrevives, tal vez habrás redimido tu vergüenza, pero, si sucumbes como mereces, nadie te llorará: habrás pagado tu deuda”.

»Y esto era ciertamente lo que Euristeo esperaba que sucediese. Que su rival muriera en una de esas empresas imposibles, y que su memoria y su honor quedaran manchados para siempre. Por eso le devolvió la libertad.

»Desde entonces, por lo que se dice, Heracles vaga por los territorios de la pesadilla, afronta trabajos irrealizables. Ha renunciado a toda arma, a toda indumentaria y adorno y vive como un hombre salvaje. Lo ciñe solo la piel de un león que mató con sus propias manos en Nemea, blande un tronco de árbol como clava y se alimenta con lo que

encuentra.

Mi padre apoyó una mano en uno de sus hombros.

—Has sido valiente y prudente y lo más importante de todo es que estás vivo y que conoces la verdad. Euristeo nos ha hecho seguir porque le atormenta la duda y, ante la duda, está dispuesto a matarte. No cejará hasta que te haya quitado de en medio. Por eso debemos ser muy cautos. Recuerda: tu tarea será revelar a Heracles lo que has visto, cuando des con él.

—Pero ¿cuándo podré dar con él? Nadie sabe su paradero.

—Volverás a verlo con seguridad, cuando sea el momento. Y tu testimonio le quitará un peso insoportable del corazón. Ahora trata de descansar. Mañana te espera un largo viaje.

Se acostaron cerca del fuego. En cambio, yo me adentré en el bosque porque esperaba encontrar a mi diosa. El canto de la lechuza me había inspirado, semejante a un reclamo, precisamente como la primera noche que había dormido en casa del abuelo en Acarnania. Caminé durante un rato, me parecía haber recorrido una larga distancia cuando vi a la luz de la luna una yacija de hojas al pie de un fresno secular. La sentí cerca, tan cerca que tuve miedo. Luego me embargó un profundo cansancio y me tumbé en el lecho de hojas.

Vi, o tal vez soñé: siete ejércitos rodeaban los muros de una ciudad con siete puertas. Cada uno estaba mandado por un gran guerrero. Otros siete trataban de repelerlos desde dentro. Sobre la cuarta puerta reconocí a la diosa, armada, protegiendo la ciudad. Ninguno de los atacantes podría vencerla. Era tremenda, con un yelmo crestado en la cabeza, la gorgona en el escudo y la égida en el pecho. Mi visión se fragmentó en mil delirios de sangre, de gritos y relinchos, de caballos lanzados a galope contra la empalizada y los muros de la fortaleza. Y duelos, hombre contra hombre, rey contra rey. Vi a uno de los atacantes escalar el muro y abalanzarse sobre su contrincante. Las espadas se hundieron en los cuerpos y, aunque el asaltante fue herido en el costado, logró hundir la espada en el cuello del adversario, que se desplomó sin vida. El vencedor lanzó el grito de la victoria, pero inmediatamente cayó de rodillas viendo su propia sangre mojar copiosa el suelo. Comprendió que la diosa se preocupaba por él y, saltando desde una torre a otra como un gavián, le alcanzaba para salvarle de la muerte. Su nombre era Tideo. El de su enemigo, Melanipos.

Tideo se arrastró con sus últimas fuerzas hasta el cuerpo del adversario abatido, lo

decapitó, golpeó su cráneo contra una piedra hasta romperlo y luego comenzó a devorar su cerebro. Atenea, horrorizada, emprendió el vuelo por los aires, dejándolo presa de la Cer de muerte.

Me sobresalté como herido por un rayo a la vista de tanto horror y me vi despierto, cubierto de sudor en la yacija de hojarasca. En torno reinaba el silencio, el aire estaba inmóvil, ni un soplo de viento, y sin embargo sentía que ella estaba cerca de mí. ¿Acaso venía volando de la ciudad con las siete puertas?

«Oh, diosa de los ojos cerúleos que han visto la acción atroz —rogué—, no te reveles en tu verdadero aspecto: un mortal no puede soportar la vista de un dios. Pero guíame, asísteme y yo no pensaré más que en ti, no te tendré más que a ti en mis pensamientos y en el corazón.»

Alcé la mirada y vi la lechuza sobre la rama más grande del enorme fresno. Me miraba. Tuve la seguridad de que la diosa me había escuchado.

Volví junto al hogar casi sin darme cuenta, como si caminase en sueños. Mi padre dormía, con la mano en la empuñadura de la espada como solía. Eumelo estaba a su lado y parecía finalmente tranquilo. También dormía, como si se encontrase en su casa con sus padres. Yo estaba en cambio trastornado por las visiones del sueño, no menos terribles de lo que Eumelo había visto en casa de Euristeo, convencido de que no las había tenido por casualidad, que solo la diosa las había traído consigo al huir de la ciudad de las siete puertas. ¿Por qué?

Por fin comprendía el objetivo del viaje: debía acumular experiencia de nuestro mundo, tan distinto de la paz de la isla en que había crecido. Ver hasta qué punto podía llegar el ser humano, y de qué acciones era capaz para conseguir o conservar el poder.

Eché otro trozo de leña al fuego, reuní hierba seca y me tumbé cubriéndome con el manto. Al final también yo me dejé llevar por la paz de aquel lugar, comprendí que las imágenes del horror ya no volverían, al menos no aquella noche, y que dormiría cerca de la fogata, bajo las estrellas, junto a mi padre.

Nos despertó la luz del día y vi palidecer la luna hasta perderse en la claridad del alba. Los caballos pastaban, libres del yugo, al pie de los árboles del bosque. Algunos gorriones saltaban entre la hierba y las flores del monte, nubes de estorninos se alzaban de las copas de los fresnos. Buscaban qué dirección tomar y luego seguían el instinto que

les traía de vuelta abajo, hacia la llanura. No tuve el coraje de contarle a mi padre lo que había soñado, en buena medida porque, con la salida del sol, todo me parecía más confuso y no habría sabido decir nunca qué parte de mis recuerdos era realidad y qué sueño.

Nos pusimos en camino manteniéndonos en la cresta de la montaña mientras ello fue posible; luego, cuando el sendero pareció perderse en el bosque, comenzamos a descender para dar con una vía practicable para el carro. Desde aquel punto en adelante proseguimos más expeditos y antes del atardecer vimos aparecer las murallas de Argos y el palacio sobre la colina de Larisa que la dominaba. Argos... ¡Cuántas veces había oído hablar de aquella ciudad! Y la vista no era inferior a las expectativas. Una fortaleza imponente, murallas formidables y torres cubiertas de losas de piedra blanca. De ahí su nombre de «ciudad esplendente» que la hacía famosa en toda Acaya. Pero cuando estuvimos más cerca un mal augurio apareció ante nuestros ojos: paños de lana que colgaban de los bastiones y de las torres, señal de gran luto.

Y no tardamos en ver la razón: un gran guerrero cubierto con su armadura, envuelto en un manto rojo, era llevado a hombros en el largo féretro por seis compañeros. Iban por una rampa de tierra batida hasta la cima de una pira de troncos de pino. Como pasaron cerca, desde mi posición elevada, sobre el carro, pude verlo claramente.

—Es Tideo —dijo mi padre—, argonauta, el yerno del rey Adrasto. Le traen de una empresa aciaga, como puedes ver.

—Es el hombre con el que soñé la noche pasada. El guerrero que la diosa, horrorizada, había abandonado a la muerte. ¿Por qué ha venido a mí con esas imágenes? ¿Por qué?

—Mira —siguió diciendo mi padre—, mira a ese muchacho de pelo rubio y manto negro que sigue el féretro: es apenas un adolescente y podría convertirse un día en rey de Argos.

—¿Cómo se llama, padre? —pregunté.

—Se llama Diomedes. Dicen que, tan joven como es, es ya un formidable combatiente.

—Se ve —respondí.

Le observé mientras seguía el ataúd del padre hasta la hoguera con paso firme, erguida la espalda, la mano en la empuñadura de la espada, revestido de bronce deslumbrante. Sus colores eran negro y oro. Fue él quien prendió fuego a la pira tras descender hasta la base del alto cúmulo de troncos que se vio enseguida envuelto en un torbellino de

llamas; el que dobló ritualmente la espada de Tideo y la entregó a los sacerdotes para que la colocasen en su tumba cuando hubieron dado sepultura a sus cenizas.

Me crucé con su mirada cuando pasó por delante de mí e incliné la cabeza en señal de homenaje. Apenas me miró.

Dormimos bajo el porche de la plaza del mercado, sobre la paja que utilizaban para los animales, porque habíamos llegado en un momento muy duro para la ciudad y para la familia del rey y porque, si nos hubiésemos presentado en palacio, habría parecido evidente que el rey y el príncipe de Ítaca viajaban con un muchacho muy buscado por el rey de Micenas. A la mañana siguiente, apenas el mercado se hubo poblado de gente, mi padre supo la verdad sobre lo sucedido a Tideo y a otros seis grandes guerreros, que habían puesto cerco a la ciudad de Tebas con siete ejércitos en una guerra entre dos hermanos, que, finalmente, se habían dado muerte el uno al otro.

Y yo reconocí que lo que había soñado era cierto *o tal vez solo lo sé ahora y en ese juego de espejos que es mi mente toda realidad se refleja mil veces como el eco en un valle escarpado.*

También se supo que el joven Diomedes había jurado conjuntamente con otros seis amigos y compañeros prepararse cada día en el ejercicio de las armas para volver ante las puertas de Tebas, llegado el momento, a fin de vengar a los padres derrotados. Pensé que no lo volvería a ver más, no sabía que los dioses tenían reservado para nosotros un destino distinto.

Retomamos nuestro camino después de haber adquirido provisiones de comida y mantas para la noche y viajamos cuatro días hacia septentrión, hasta que apareció a nuestra vista la gran fortaleza de Corinto y luego, finalmente, el mar.

Esa misma tarde encontramos a nuestros compañeros de viaje que nos esperaban en un bosque consagrado a Poseidón, señor del istmo.

Mentor fue el primero que vino a nuestro encuentro: tenía la barba sin cuidar y los cabellos desgredados y secos por el sol y la salinidad.

—Estábamos muy preocupados —dijo—, hemos oído noticias tremendas. Doy gracias a los dioses de que os hayan traído hasta aquí sanos y salvos. —Besó la mano de mi padre—. *Wanax*, verte llegar ha sido como ver salir el sol.

—También nosotros estamos muy contentos de veros. Este tipo de citas casi nunca tienen un final feliz, pero te has comportado de la mejor de las maneras y has sido sensato. Por eso ha ido todo bien. Dime, entonces, ¿qué has oído decir?

—Heracles ha sido visto en Creta, donde está dando caza a un toro salvaje, enorme, invencible, que devasta los campos, destruye las cosechas y luego desaparece. Ha escapado a los mejores cazadores y muchos han perdido la vida. Uno consiguió herirlo, pero él, de noche, embistió contra su casa, echó abajo la puerta, machacó lo que pudo con sus pezuñas y corneó a todos los que habitaban en ella... Heracles se enfrentará a él y muy probablemente morirá.

—Es algo que no puede asegurarse —respondió mi padre—. Aunque él no lo sabe, tiene razones para vivir. ¿Y qué más?

—Siete reyes han puesto cerco a Tebas por sus siete puertas, donde deberían reinar por turno los hijos de Edipo, un año cada uno. Pero han sido derrotados...

—Lo sé. Hemos visto cómo colocaban el cuerpo de Tideo en la pira, su espada retirada de la hoguera y doblada en dos.

—Los hermanos se han dado muerte mutuamente, han hundido las espadas el uno en el pecho del otro. Un suplicio inenarrable. El nuevo rey ordenó que fueran dejados insepultos. Pero Antígona, la hermana, los ha cubierto con un velo de arena violando así el decreto... La han enterrado viva. En Micenas reina un monstruo que ha masacrado a criaturas inocentes. Oh, *wanax*, rey mío, ¿por qué Acaya está trastornada por tanto horror? ¿Qué está sucediendo en esta tierra?

—No lo sé. Ni los mortales ni los dioses pueden impedir que se cumpla el hado. Pero en nuestras manos está, en este momento, salvar a un inocente. Dejados vuestro carro: llama la atención...

—Ha estado oculto en todo momento en el bosque.

—Pero no podréis quedaros por más tiempo. Embarcad con el muchacho y navegad hasta Yolco. Allí tomaréis dos mulos y proseguiréis como mercaderes hasta Feras. Tú, Mentor, tendrás la responsabilidad mayor. Tu escolta se reunirá contigo por vía terrestre con los carros, pero mantendrá las armas escondidas, para que no deduzcan que son guerreros. En Feras informarás al rey de que tienes importantes noticias que le afectan. Si te atiende, llévale al muchacho y entrégaselo.

—¿Y si no quiere recibirme?

—Llevarás a Eumelo hasta el umbral del palacio. Sabrá cómo hacerse reconocer y cómo presentarse entre los soberanos. A ellos, y solamente a ellos, les contarás lo sucedido y el muchacho será testigo de ello. Dirás que te manda Laertes, que reina sobre Ítaca y sobre las islas. Ahora ve, y que los dioses os guíen por la buena senda.

Los vimos partir sin haber pasado juntos una sola noche para comer y beber vino al amor de la lumbre contándonos unos a otros todo lo que nos había sucedido. Retomamos el camino antes del amanecer, después de haber hecho provisión de comida y de agua, siguiendo primero la orilla del mar hacia poniente y luego dirigiéndonos hacia el interior, remontando ásperas gargantas rocosas.

—*Atta* —dije—, ¿no habría sido mejor regresar a Esparta, donde el rey Tindáreo es amigo nuestro?

—No —respondió—. Porque nos dirigimos a Arcadia.

—¿A Arcadia? Pero yo creía que...

—¿Que no era cierto? ¿Que lo había inventado todo para amedrentar a la guardia de Euristeo?

—Sí, eso pensaba.

—Pues dije la verdad —respondió—. Vamos al santuario del rey Licaón.

Las montañas. No eran ciertamente más altas que las que había visto en el reino del abuelo Autólico, sino mucho más escarpadas, ásperas, inaccesibles. Muchas tenían sus cimas blanqueadas por la nieve.

—¿Puedo ver la nieve, padre? —pregunté.

—No hay tiempo para subir hasta allí arriba, ni podemos dejar sin custodia el carro y los caballos. Ya la verás cuando vuelvas a Acarnania a casa de tu abuelo. Pídele que te lleve a lo alto del Parnaso y podrás tocarla. Es como espuma, pero muy fría: si sumerges en ella las manos se enrojecen y luego se amoratan y al cabo de poco ya no las sientes. Tu abuelo no teme a los dioses. Le divertirá mucho acompañarte hasta la cima y te dirá: «¿Ves? No existen ni Apolo ni las Musas, ni ninguna otra de esas falsas criaturas».

La nieve..., cuánta..., infinita, cruel. Ya entonces estaba en mis sueños, pesadillas.

En cambio, las cumbres que se erguían a derecha e izquierda de las ásperas gargantas eran maravillosas cúspides de plata. En el fondo, el río gorgoteaba y cabrilleaba sobre la grava de tantos colores, pedruscos, piedras, cantos rodados, arenas rosas, grises, verdes como prados. Recorriamos las orillas, a veces pasábamos de una parte a otra a través de los vados. Durante un buen rato no vimos ninguna presencia humana, sino águilas.

Un grupo de ciervos. Una zorra. Atrapé peces con un palo con la punta aguzada; cangrejos de río. Otros los traspasé con las flechas de mi arco. Estábamos acostumbrados a comer pescado y mi padre sabía asarlo con hierbas aromáticas que recogíamos por las orillas.

—¿Fue así, durante mucho tiempo, el mundo después del diluvio?

—Creo que sí. Cuando la lluvia lavó el fango, las rocas brillaron, los ríos se volvieron cristalinos, las plantas resplandecieron de color verde y plata. Los cuerpos yacieron en el fondo del mar.

Largos silencios. Los recordaría un día en medio del fragor de las batallas, del terror de yacer insepulto. Silencios dorados, traslúcidos, brillantes, perfumados de mastranzo,

de romero. Y palabras, cuando me dominaba el miedo a esos misterios de roca y de bosque.

—Padre, entonces ¿decías la verdad cuando hablabas de ir a Arcadia al santuario del rey Licaón?

—Nos dirigimos hacia allí, hijo mío. No tienes nada que temer. Llevaremos a cabo el rito con el que es de rigor cumplir y no pasará nada horrible.

—Pero ¿por qué? El abuelo, estoy seguro de ello, no nos cree. Y por tanto, ¿por qué ha de ser cierto?

—Nadie puede decir con seguridad lo que es cierto y lo que no lo es. Lo que en realidad existe y lo que no. Por tanto, iremos.

—¿Solo porque el abuelo tiene ese nombre?

—Sí, porque tiene ese nombre y porque tu madre cree en ello, y tiene miedo.

Arcadia era aún más hermosa: colinas y montañas, gargantas y bosques, flores silvestres y puestas de sol, el disco de la luna estriado de finas nubes. El santuario, me dijo mi padre, no estaba tan lejos, pero convenía descansar en un lugar tranquilo antes de acercarnos. Nos preparamos para pasar la noche en la entrada de una cueva de la que brotaba una fuente que vertía sus aguas en un torrente.

—¿Tú qué crees? ¿Habrán llegado Mentor con el chico y nuestra escolta a destino?

—Mentor es prudente y prevenido. Sabrá encontrar el camino adecuado y conseguirá entregar el muchacho a sus padres. Me hubiera gustado que hubieses conocido a Admeto y a Alceste, de gran belleza y altiva, hija de Pelias, rey de Yolco. Todos la querían, pero solo Admeto, también él glorioso argonauta, logró conquistarla como esposa.

—¿Y cómo lo consiguió? —pregunté yo. Y no podía dejar de pensar en Helena, en las palabras que me había dicho en Esparta.

—Yo creo que demostrando ser el mejor, aunque los cantores narran relatos extraordinarios e increíbles como es su costumbre y por tanto solo el rey de Feras podría decirte la verdad si quisiera. Hay una anécdota que se cuenta sobre él. La murmuraban mis compañeros casi con temor, tumbados en los bancos de la nave en las noches en vela, con el ancla echada por la ruta de Cólquide.

—¿Qué historia es esa?

—Un joven desconocido y de gran belleza, nunca visto antes por aquellos parajes, se había presentado un día en palacio solicitando trabajo. El rey le había tomado como guardián de ganado durante tres años. Le había cogido querencia, le trataba con

generosidad y respeto porque hacía su labor concienzudamente y, desde que él se ocupaba del ganado, este había crecido mucho en número, casi se había doblado.

»El muchacho, por su parte, se había aficionado mucho a su señor y hacía todo lo que estaba en sus manos para complacerlo. Luego, un buen día, tal como había llegado y antes de que se cumpliera el plazo, decidió irse...

Mi padre interrumpió su relato aguzando el oído.

—¿Qué pasa?

—¿No oyes? —respondió—. ¿No escuchas ese largo reclamo? Es un lobo.

Un ululato cada vez más fuerte y próximo. Los caballos trataron de liberarse de las trabas, espantados.

—Atta, ¿tú qué dices? ¿Nos atacará? Ese largo grito hiela la sangre.

La voz del lobo aún me hiere el corazón... en otro lugar cubierto de nieve..., en otro tiempo que no sé calcular...

—Esta es una región de pastores y de rebaños. Y donde hay ovejas hay lobos. Pero no temas, nosotros no somos ovejas, somos guerreros y tenemos nuestras armas...

El lobo guardó silencio, como si hubiese oído las palabras del rey Laertes.

—No has terminado tu relato...

—El joven guardián de rebaños antes de partir quiso despedirse del *wanax* Admeto. Se dice que para recompensar su afecto le dejó como obsequio, grande y terrible...

—¿Qué?

—Lo que voy a decirte es lo que cuentan los cantores que van de palacio en palacio para entretener a los reyes y a los héroes que se sientan en el banquete, para fascinar su corazón con historias maravillosas. Nadie podría afirmar cuánto hay de verdad en ello...

—¿Qué obsequio, padre? —insistí.

—Un regalo que solo un dios podría hacer. Dicen que Apolo. Él habría convencido a las Moiras, las terribles, que hilan el hilo del destino de cada hombre, para que concedieran al rey Admeto el ahuyentar la muerte por una sola vez, cuando llegase su hora, si encontraba a alguien dispuesto a morir en su lugar.

—¿Y sucedió?

—Aún no, por lo que ha podido saberse. Una cosa es cierta: los dioses nos ponen a prueba y nos dan lecciones. No podemos reconocerlos por el aspecto, porque siempre se presentan bajo una falsa apariencia, pero dejan señales...

Suspiró y prosiguió diciendo:

—¿Quién sino un dios podría prometerte el regalo más precioso que existe, la vida, aunque solo sea un instante más? ¿Y hacerte pagar al mismo tiempo un precio tan terrible como la vida ajena? La vida de una persona que te quiere hasta el punto de estar dispuesta a perderla para prolongar la tuya.

—¿Cuál es, pues, la lección?

—¿Y me lo preguntas? La lección es que hasta el más breve instante de felicidad en nuestra existencia tiene un precio. Si se te concede un regalo, aunque sea de un dios, otras fuerzas oscuras y desconocidas o bien el mismo dios exigen un precio que a veces te hace lamentar el haberlo aceptado. Pero ahora duerme. Mañana será un día que no olvidarás.

Nos acostamos a la sombra en la gruta no sin haber ofrecido primero un presente votivo a las ninfas que seguramente la habitaban. Cuando nos despertó el sol de la mañana, tras dejar los caballos dentro de la cueva, mi padre y yo nos pusimos en camino en ayunas para presentarnos en el santuario.

—¿Por qué, padre? —pregunté—. Quiero saberlo. Tú ya lo habías decidido antes de que dejásemos Ítaca, ¿no es cierto?

—Así es, por voluntad de tu madre. Ella es...

—Distinta de las otras mujeres. Lo sé. Es hija de un padre semejante.

—Sí. Tiene presentimientos..., a veces visiones. Cree que tu abuelo, en su juventud, llevó a cabo el rito del lobo. ¿Tienes idea de lo que significa?

No lo sabía y en ese momento hubiera preferido no saberlo.

—¿Ves esa montaña? Pues es la más alta de Arcadia. Allí arriba, hace mucho tiempo, vivió Licaón, el rey Lobo. Lo llamaban así porque se alimentaba de carne humana. Todos en los alrededores estaban asustados por esta oscura presencia. Cuando desaparecía un hombre o una muchacha o un muchacho sin dejar rastro, cada comunidad, cada pueblo, cada casa aislada se veía dominada por el terror. La mirada de todos se alzaba hacia la montaña, con la mente puesta en el rey sanguinario que habitaba la cima. Todo el mundo pensaba en la persona querida convertida en comida de un atroz banquete.

»Hasta que, un día, Licaón desapareció. Tal vez murió, tal vez fue asesinado, pero su memoria no sucumbió, de algún modo cabría pensar que él sobrevivía bajo otras formas. El caso es que todavía hoy en ese santuario se practica un rito terrible en ciertos hombres marcados por un sello que solo los sacerdotes son capaces de reconocer. A partir de ese

momento esa persona se convierte en lobo una noche de cada mes, durante siete años; luego, superado ese plazo, vuelve aquí al santuario. Le ofrecen diversos tipos de carne, entre ellos carne humana. Si la rechaza, se ve redimido. Si la devora, entonces seguirá siendo un lobo durante otros siete años.

—No es posible —murmuré—, no puedo creerlo... ¿Quieres decir que el padre de mi madre ha sido un lobo?

El santuario estaba más cerca, era ya visible. Un recinto de troncos de árbol rodeaba una entrada que tal vez conducía a las entrañas de la montaña.

—No exactamente. Tu madre dice que podía adoptar esos rasgos en determinadas noches. En cierta ocasión me dijo que lo había visto rodar por el pavimento jadeando, con la boca abierta de par en par mostrando unos colmillos afilados...

—¿Mi madre da crédito a los fantasmas? Mi abuelo es duro, inflexible, despiadado, pero un hombre. ¿No es cierto?

—No obstante, le hice una promesa. Y como tu padre que soy y como rey te ordeno que te sometas a esta prueba. No temas, yo estaré a tu lado.

No tenía elección. Entramos y nos encontramos en una vasta cueva. En el centro había una gran losa de piedra pulimentada, que descansaba sobre cuatro bloques de piedra escuadrados. Aunque el interior se hallaba a oscuras, llegaba desde el fondo el tremolar de una luz: un fuego, tal vez, o una antorcha, o una lucerna. En el silencio resonó el ululato de un lobo. Traté de pensar que era un hombre que lo imitaba, pero sin éxito: demasiado fuerte, intenso y profundo era aquel grito ferino. Desde el fondo emergió una figura que me hizo estremecer: un hombre con el rostro cubierto por una máscara de lobo avanzaba hacia mí sosteniendo una copa de la que se difundía un vapor de fuerte olor. Me la alargó y mi padre me hizo ademán de que bebiera.

Obedecí. Mi mente se desvaneció.

Me encuentro en una extensión blanca, infinita, gélida, y avanzo con esfuerzo con el viento que me empuja hacia atrás y me corta la cara. El horizonte está desierto por todas partes; el cielo, vacío. La luz, inmóvil. Tal vez es por la mañana o quizá de día o de noche, no hay diferencia. Luego, de sopetón, un punto negro a gran distancia. Avanza hacia mí. Veloz, se vuelve cada vez más grande. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando finalmente está cerca de mí. ¡Él, el rey Licaón montado en un carro tirado por lobos que parece volar!

Cuando recobré el conocimiento estaba tumbado sobre la hierba de un prado en el

lindero de un bosque y veía las patas de nuestros caballos.

—Ahora puedes estar tranquilo —dijo la voz de mi padre—. Si tu abuelo fue también un lobo, nada de su naturaleza ha quedado en ti. Tu madre estará satisfecha y tendrá sueños apacibles.

Lo tenía enfrente, sonriente.

—¿Significa esto que no me he alimentado de carne humana?

—Significa lo que tú quieras. Ha habido intercambios de mensajes entre tu madre y su padre, y tú has sido el intermediario. Ha habido un rito en un antiquísimo santuario del que has sido partícipe, y antes que tú, tal vez, tu abuelo recibió el nombre. Pero guárdalo todo en tu corazón, hijo. Ahora te parece que no te acuerdas de nada, pero llegará un momento en que los recuerdos volverán a emerger en tu memoria y todo adquirirá un significado.

—¿Por qué no recuerdo?

—Porque estabas en otra parte y en este momento estás de nuevo en tu mundo. Pero las puertas de lo innombrable y del misterio volverán a abrirse. Cuándo, no sabría decirte. Nuestro mundo es inestable, Odiseo. Pero ahora come y bebe; nos espera un largo viaje.

El sol estaba ahora alto e iluminaba las cumbres de las montañas. Las imágenes de tinieblas estaban lejanas y nuestra meta era el Pílos arenoso, el palacio que dominaba la bahía, los peces de plata que se deslizaban por el vasto espejo líquido. El sabio Néstor nos serviría un rico banquete.

Atravesamos Arcadia y luego Mesenia. Al cabo de cinco días llegamos a nuestro destino. El rey salió a nuestro encuentro con sus hijos y abrazó a mi padre. Antíloco me saludó.

—Odiseo, el color de tu mirada es extraño. Estoy seguro de que tendrás muchas cosas que contarme.

—Y muchas otras que preguntarte —respondí.

—¿Dónde está vuestra escolta? —inquirió Néstor—. ¿Qué ha pasado?

—Han tomado otro camino —contestó mi padre—, pero volverán.

Así que decidimos esperar durante días y noches, hasta una tarde en que, a eso de la puesta del sol, vimos una nube de polvo en las colinas.

—¡Son ellos! —dije, y me lancé a la carrera en dirección a los tres carros que tiraban los caballos a galope.

Mentor fue el primero en bajar y me abrazó, luego también yo subí a uno de los carros sujetándome al pasamanos y así bajamos, rápidos, hacia la bahía. Los dos reyes nos esperaban en la playa dorada y se alegraron sinceramente de ver que todos habían vuelto.

—Hemos devuelto a Eumelo a sus padres —dijo Mentor— y ahora saben la verdad. El *wanax* Admeto y la reina Alcestis mandan decir: «Nuestra gratitud, rey Laertes, no conoce límite. Es cierto que un dios os ha guiado. Mientras vivamos, nuestra casa será la vuestra; nuestro corazón, el vuestro. Hagamos votos a los dioses para que también los destinos de nuestros hijos estén unidos en el futuro como lo están hoy».

Luego mostró los presentes que nos habían mandado. Para mi padre una copa egipcia de oro y de cuarzo de exquisita factura, que había pertenecido a un rey que tenía su morada a orillas del Nilo. Mercaderes fenicios la habían llevado al palacio. Para mí un broche para el manto; maravilloso, de oro y de ámbar.

Néstor acogió a todos con gran alegría pensando en las muchas cosas que sus huéspedes tendrían que contarle a él y a sus amigos reunidos en el banquete en el palacio. Y así permanecemos despiertos hasta tarde disfrutando del vino y de la comida que Néstor nos hacía servir opíparamente. Y Mentor, esa misma noche, tuvo la atención de dos de los más famosos reyes de Acaya como el más grande de los cantores.

Cuando al fin nos venció el cansancio y nos levantamos para ir a dormir, mi padre le habló a Mentor.

—Por tus palabras he comprendido que le has tomado un gran afecto al muchacho y que piensas a menudo en él.

—Es cierto —respondió— y creo que también él se acuerda de mí. Hemos pasado mucho tiempo juntos durante el viaje, luego de que nos separáramos en Corinto. Y lloraba inconsolable al irme.

Mi padre sonrió.

—Podemos prescindir de ti por algún tiempo, pero no para siempre. Puedes volver a Feras, si así lo deseas, pero no olvidarnos. Día llegará en que Eumelo se sentirá de nuevo parte de sus padres, no tendrá ya necesidad de ti y tú añorarás Ítaca. Entonces vuelve con nosotros a ocupar de nuevo tu puesto en palacio. Puedes conservar dos de mis guerreros de escolta y le pediré al rey Néstor que te deje el carro mientras lo necesites. No me lo negará, estoy seguro.

Volvimos a partir tres días después y la separación fue triste. Dejamos los carros y retomamos la nave, cargada como la teníamos de muchos presentes y de los recuerdos de

un viaje que nunca más olvidaría. Pusimos vela hacia septentrión.
Hacia Ítaca.

Tuvimos viento a favor: viajamos todo el día y toda la noche y llegamos por la tarde del día siguiente pasando entre el continente e Ítaca. Nuestra isla nos recibió en el puerto más próximo al palacio y encontramos como de costumbre esperándonos al armero Damastes con un carro de cuatro ruedas tirado por una yunta de bueyes que nos llevarían hasta casa. La nodriza Euriclea me abrazó llorando de alegría y me besó como siempre en la cabeza y en los ojos. Damastes y los dignatarios saludaron al rey y me rindieron homenaje también a mí, aun a sabiendas de que al volver de aquel viaje no sería ya el de antes. Era un hombre como ellos, capaz de gobernar el reino de haber sido necesario.

Los guerreros de la escolta cargaron los regalos en el carro. Damastes se sentó delante e incitó a los bueyes hacia casa. Dos grandes bueyes blancos con unos largos cuernos. Durante un rato me pareció estar atravesando una tierra nueva y desconocida, y solo cuando me hube acostumbrado a la vista del paisaje sentí que había vuelto verdaderamente. Primero me resultó extraño, pero luego comprendí que había visto tantas cosas extraordinarias y vivido tantas experiencias maravillosas que de algún modo renegaba de la pequeña isla limitada en la que nunca pasaba nada. Una vez saboreado el placer de volver a ver a mi madre, mi nodriza, mi casa, los amigos más queridos, no conseguía encontrar otro interés en haber regresado.

Durante algunos días experimenté un verdadero sentimiento de repulsa por mi tierra y una fuerte sensación de disgusto porque no me parecía justo y porque no conseguía comprenderlo del todo. Luego me di cuenta de qué se trataba. Durante casi dos meses (¡qué deprisa había pasado el tiempo!) había viajado por buena parte de Acaya siempre al lado de mi padre; había conocido a tres soberanos, a dos reinas, a un buen número de príncipes y de princesas, una de las cuales era de una turbadora belleza. Había visto lugares de un encanto increíble, montañas y ríos, picos nevados, espesos bosques y vastas, fértiles llanuras, recibido regalos de inimaginable valor y refinamiento, objetos que equivalían a un rebaño entero de nuestras ovejas o una piara completa de nuestros

puercos.

Había sido perseguido, había tenido sueños y visiones, experimentado lo que era el miedo, el horror, la admiración, la ternura, la duda y, por último, el misterio. Había explorado, por tanto, la variedad del mundo, los distintos y a menudo inquietantes aspectos del ser humano. Ahora sabía que también las emociones más violentas, más terribles y espantosas, eran preferibles a la inmovilidad, a la inercia, al tedio de una vida siempre igual. Aunque fuese muy joven aún, mi padre, como mi abuelo, no me había ahorrado nada.

Viéndome a menudo inquieto y pensativo, tras haber comprendido cuál era mi malestar, me habló.

—Sé lo que sientes: es una especie de enfermedad, un morbo engañoso que no te da tregua, pero es también una profunda contradicción. Cuando estaba en la nave *Argo* en la lejana Cólquide, pensaba siempre en mi isla y en sus perfumes, en mi esposa, en mi casa y en ti, mi único hijo. Lo añoraba todo terriblemente, sentía una aguda nostalgia. Tumbado en el banco de remos contemplaba las estrellas lejanas y no podía conciliar el sueño. Esperaba, inquieto, el amanecer. Pero cuando en el corazón de la noche sonaba la trompeta de alarma y los compañeros se ponían la armadura, también yo me revestía de bronce, me echaba el cinturón sobre los hombros, desenvainaba la espada y me preparaba, temblando, para la batalla. En el furor del combate lo olvidaba todo; la mente, ebria del delirio y del frenesí de la refriega, no tenía otro pensamiento que el enfrentamiento feroz y sanguinario, la victoria y el botín. Es así, hijo: nuestro corazón desea los afectos, los recuerdos, las imágenes de la familia y de la casa acogedora, bien construida, pero tiene en el fondo un abismo de tinieblas poblado de monstruos a los que ni siquiera Heracles podría derrotar. Tú nada más has rozado esa realidad oscura, has visto la mirada de loco de Euristeo y el terror en los ojos del pequeño Eumelo, has tenido pesadillas, pero no has pasado nunca por la experiencia del combate, de una situación en la que cada uno busca infligir el mayor daño y sufrimiento posibles a los que tiene enfrente. Aún no has afrontado lo desconocido, que es para todos los hombres lo que más asusta.

»Espera tranquilo, ve a pescar con tus amigos, dentro de poco te acostumbrarás de nuevo a Ítaca. Recuerda: esto es una suerte. Cuando regresamos, cuando vivimos en nuestra casa, tomamos nuestra comida, dormimos en el lecho con nuestra esposa, vamos a cazar en nuestros bosques, la mejor parte de nosotros toma la delantera. Los monstruos

se esconden en las tinieblas de nuestro corazón y es como si estuvieran muertos. Por la noche es agradable sentarse a la mesa con los amigos para tomarse un vino tinto, fuerte, y escuchar historias hasta tarde en las noches de invierno cuando no se puede navegar y el viento Bóreas sopla gélido e impetuoso.

—Padre —le pregunté—, ¿en alguna ocasión se ha producido una lucha frenética aquí en la isla? ¿Han tratado alguna vez los piratas de traer la muerte, el saqueo y las violaciones a Ítaca? ¿Nunca un pretendiente ambicioso ha intentado derrocarte o, antes de ti, a tu padre? ¿Jamás se ha visto Ítaca manchada de sangre?

—No, hijo, no lo recuerda memoria humana. Y también esto es una fortuna, un privilegio de los dioses. El mar nos protege, tal vez porque no he olvidado nunca, en los días de tempestad, de sacrificar a Poseidón, el dios azul. Pero además porque los habitantes de nuestras islas son eficaces y temibles guerreros y porque vivimos con sencillez y sin ostentar riquezas.

—Es una gran suerte —respondí— crecer al lado de un padre como tú, que tiene una respuesta para todas las preguntas, incluso para las que no se formulan.

—Solo te he mostrado una parte de lo que te espera cuando llegue el momento, pero lo he hecho con amor, como se hace con un hijo, y esto nos quedará en el corazón.

Dijo estas palabras mirándome a los ojos con su mirada profunda como el mar.

También ahora lo echo de menos, quisiera oír su voz, su consejo.

Luego llamó a Damastes para que preparase a los perros para la cacería del jabalí.

Mentor no volvió hasta dos años después, a comienzos de la primavera, y su retorno fue todo un acontecimiento. El rey Néstor le había proporcionado una nave para que pudiera surcar el mar. Los hombres que estaban en el puerto pudieron reconocer el bajel por las enseñas y acompañaron a Mentor a palacio. Era la hora de la puesta del sol y los siervos preparaban las mesas para la cena. Mi padre quiso recibirlo el primero no bien supo que se hallaba en la puerta y Mentor se inclinó para besarle la mano. Luego también yo le saludé abrazándole como a un amigo al que no se ha visto en mucho tiempo.

—Ahora no quiero saber nada —le dijo mi padre—, ya hablaremos después de haber comido y nos demoraremos largo y tendido, una vez retiradas las mesas, tomando el mejor vino.

Era cierto que Mentor tenía una grande y larga historia que contar. No podía haber

permanecido dos años en el palacio de Admeto sino era por razones de mucho peso.

Una vez que hubieron terminado de cenar, Mentor esperó a que el rey hubiese tomado vino de su copa y acto seguido comenzó:

—Cuando volví a Feras y me presenté en palacio, el rey y la reina se quedaron muy sorprendidos de verme, mientras que Eumelo corrió a mi encuentro y me abrazó estrechamente como si temiese que quisiera marcharme de nuevo. Sus padres comprendieron y me lo confiaron y yo descubrí el motivo por el que Eumelo quería estar conmigo. Creo que no les perdonaba el que le hubiesen mandado a Micenas a vivir en el tétrico palacio de Euristeo. No sé por qué lo habían hecho, pero imaginaba que el rey de Micenas había pedido al muchacho como paje y que los padres no pudieron negarse: ¿qué madre hubiera querido separarse de su propio hijo, y qué padre?

»Me di cuenta, efectivamente, de que después de mi partida Eumelo no había hablado nunca más con su padre o con su madre de lo que había visto y había llegado a saber cuando estaba en Micenas. Y ellos, pese a desear liberar a Heracles de su insoportable remordimiento, no podían hacer nada. ¿Dónde estaba Heracles? ¿Dónde estaba el héroe de la fuerza desmedida o del gran corazón? Nadie lo sabía. El eco de sus gestas llegaba deformado en el canto de los aedos. ¿En Tracia? ¿En Creta? ¿En el Peloponeso o en Beocia o en Iberia o en los confines del mundo? ¿Habría vuelto? ¿Habría sobrevivido a tantas pruebas inhumanas?

»Eso esperaban. No se sabía gran cosa. Aguardaban a que regresara Heracles, supongo. ¿A hacerles una visita? Tal vez. Se dice que los argonautas se encuentran de vez en cuando (pero esto solo podrías confirmarlo tú, mi rey), todos, aparte de su jefe, Jasón de Yolco. Se ha casado con Medea, la hija de Eetes, rey de Cólquide, la princesa salvaje, y para él es como vivir con una tigresa del Cáucaso. Quisiera liberarse de ella, pero no sabe cómo hacerlo, porque mientras tanto han tenido dos hijos y los hijos son un vínculo fuerte. Temo que antes o después suceda algo terrible.

—Continúa —le exhortó mi padre—. No necesitas decir lo que ya conozco. Pero me gustaría saber lo que ha pasado en Feras en estos dos años.

El rey había reaccionado de manera brusca, como para reafirmar el escalafón de los poderes que Mentor parecía haber olvidado por un instante. Este reanudó humildemente su relato.

—Un día el *wanax* Admeto se sintió mal, de un mal indefinible, imposible de localizar en ninguna parte del cuerpo. «Para no dejarse reconocer», pensaba yo, y de hecho los

médicos no lo comprendían. Decían que solo Asclepio podría dar con un remedio, pero nadie podía decir dónde se encontraba en ese momento. Alguien dijo que había muerto. ¡Qué absurdo! Los médicos no tendrían que sucumbir a la muerte ni a las enfermedades.

»Pasaron días, noches y más días y el rey seguía empeorando. Le asistía su esposa dulcísima, Alcestis, la hija de Pelias, rey de Yolco. Las lágrimas rodaban de sus ojos a su pesar. La vi varias veces mientras pasaba por delante de la puerta del tálamo junto a Eumelo. Una vez me detuve para explicarle lo que tenía cada día ante sus ojos: un gran amor, el más grande, el mismo amor que le había dado la vida. El muchacho se quedó pensativo mirándoles, luego con paso ligero se acercó al lecho. Dudó durante unos instantes; finalmente, tomó la mano de su padre entre las suyas, en silencio.

»Comprendí que estaba acercándose de nuevo a sus padres y que no tardaría en volver, pero también era consciente de que mi preocupación no tenía mucho sentido. ¿Acaso no habría sido más terrible para él perder al padre después de haberlo reencontrado?

»Lo que sucedió a continuación lo cuento por haberlo oído decir y solo en parte por haberlo experimentado personalmente. Sin embargo, no estoy seguro de ello y a mí mismo me cuesta creerlo.

»Admeto se acercaba cada día más a la muerte, decía ver a la Moira aproximarse a su lecho, sentir el frío invadirle los miembros. La noticia corría por la ciudad y por el reino. Se alzaban lamentos a veces desde los bosques y desde las cimas de los montes. Os juro, la sombra de la muerte parecía descender sobre toda la ciudad, sobre todo el reino. La luz del sol estaba velada por una fosca calina.

»Finalmente se anunció la visita de los padres del rey y entonces sucedió algo. Alcestis, exhausta, se había retirado para descansar un poco mientras sus suegros estaban con el marido. Ya no le quedaban más energías ni lágrimas. Se cuenta que fue un siervo quien refirió esta historia que me dispongo a contaros. Tal vez el rey deliraba, quizá estaba lúcido, en posesión de sus facultades; imposible saberlo. Su voz era ronca, pero las palabras que pronunciaba eran perfectamente comprensibles. Refirió a los padres que un dios había estado a su servicio como esclavo para cuidar el ganado y como él lo había tratado bien le había hecho un regalo: si, llegado el momento postrero, encontraba a alguien dispuesto a morir en su lugar podría evitar a la Moira.

»Primero imploró a su padre y luego a su madre: “Vosotros habéis vivido ya casi toda vuestra vida: yo tengo una esposa que me adora, una pequeña familia, un hijo al que por

fin he vuelto a ver después de mucho tiempo. No quiero dejarlos. Os lo ruego: tú, padre mío, o tú, madre, ocupad mi sitio en las puertas del Hades. La Moira no tendrá en cuenta si la vida que le es ofrecida es la de un anciano o la de un hombre vigoroso aún en la flor de la vida”.

»El padre se mostró firme: “Te dimos la vida ya una vez, no podemos dártela una segunda. Y ni siquiera deberías pedirlo. Comportate como un hombre, por el contrario, y afronta el destino con valor”.

»En aquel mismo momento la reina Alcestis apareció en la puerta del tálamo y oyó la respuesta despiadada: “Ya iré yo”, dijo, “iré yo a las puertas del Hades y salvaré a mi amor”.

»Las siervas que la acompañaban estallaron en lágrimas: sabían que su señora no hablaba nunca a humo de pajas ni prometía nada que no pudiera o quisiera cumplir. Admeto se quedó fulminado por esas palabras, solo de pensar en el inmenso regalo que le hacía su mujer. La noticia recorrió a la velocidad del rayo el palacio y se extendió por la ciudad. Alcestis iba a morir para salvar la vida de su esposo adorado. Un coro de lamentos resonó por las calles y plazas de Feras.

Mi padre, pues solo él habría podido hacerlo, interrumpió la narración de Mentor.

—¿Cómo es posible? Conozco a Admeto. Es un argonauta y le he visto arriesgar su vida en la batalla varias veces, en enfrentamientos ásperos y muy duros. No es un cobarde.

Mentor escuchó con respeto, luego respondió:

—Oh, rey, las dos cosas son muy distintas, si me permites expresar lo que pienso. Morir en la contienda es como ser fulminado por un rayo. En la refriega no hay tiempo para pensar y menos aún para meditar. Imagina, en cambio, que sabes que has de morir, no tienes idea de cuándo, pero bastante pronto, no sabes cómo, pero probablemente en un lecho empapado de tus propios humores. Ver tu cuerpo empeorar hora tras hora, secarse los miembros, desaparecer los músculos revelando, bajo la piel arrugada, el esqueleto. Esto es insoportable aunque sepamos que hemos nacido mortales. Aún más insoportable si sabes que habría una manera de evitarlo, al menos de posponerlo hasta un momento desconocido y secreto. Y si esto es duro para un hombre en la plenitud de su vigor, con más razón lo es para un viejo, porque cuanto más se acerca la muerte, más nos separa de la vida.

¡Sagaz Mentor! Había dado la única respuesta posible. Ni siquiera un dios puede

hacerte un regalo como ese sin que debas pagar un precio exorbitante. Mi padre calló y él reanudó su relato:

—La reina fue preparada para entrar, aún viva, en el reino de las sombras. Hermosa como nunca: en su cérea palidez destacaban los perfectos labios escarlatas; los ojos azules, relucientes de lágrimas, eran como un cielo tras la lluvia. En aquel momento comprendía verdaderamente que, salvando al marido, tendría que separarse para siempre de los hijos y, sin embargo, la pena no doblegaba su voluntad. Los abrazaba llorando para sentirlos por última vez, pero se demoraba, no conseguía dejarlos. Eumelo, que había entendido finalmente, lloraba también. No era aún un muchacho, pero tampoco ya un niño; debía asistir a un acontecimiento terrible: a la muerte no muerte de la mujer que le había dado la vida.

»El *wanax* Admeto sentía, en el ínterin, que la fuerza refluía a sus venas, que la vida volvía a tomar lentamente posesión de su cuerpo. Le embargaba un gran espanto, una alegría de la que se avergonzaba, una sensación de infinita gratitud por el heroico gesto de su esposa. Profería discursos absurdos, como de loco. “Yo te prometo”, decía, “que no tocaré nunca más a ninguna otra mujer en toda mi vida. Haré esculpir un simulacro de ti, perfecto, por un gran artista y lo haré poner en la cama a mi lado. Ninguna mujer podrá ocupar nunca tu sitio.” La hija lo miraba sin comprender; el hijo, con desprecio.

»Finalmente, Alcestis se movió. Acompañada por un necróforo ataviado de negro, con el rostro surcado de arrugas y ojeroso, y por un gran grupo de plañideras, fue puesta sobre un carro tirado por cuatro caballos negros como ala de cuervo. Se la llevaron.

—¿Se la llevaron? —repitió mi padre interrumpiéndole de nuevo—. ¿Adónde?

Mentor suspiró.

—Muchas son las entradas del Hades, muchas cuevas resuenan con el ladrido de Cerbero y exhalan desde lo profundo venenosos vapores sulfurosos, pero podría decir también que muchos son los modos de ir bajo tierra y se está vivo hasta un instante antes de morir. Y, si se es joven, se está aún más vivo.

Le tembló la voz. Había pronunciado palabras de cantor inspirado y luego de testigo verídico, dejándonos a nosotros buscar donde fuera el verdadero significado. En la sala reinaba el silencio. Vi llorar a mi madre, apoyada contra la pared en un rincón.

—Continúa —dijo mi padre el rey.

—El cortejo desapareció al fondo del camino que llevaba a poniente. Ninguno de nosotros se movió, ninguno emitió un lamento, un silencio profundo se hizo sobre la

ciudad. Las lágrimas, todas, eran silenciosas. También las de Eumelo y su hermana, que ahora le tenía cogido tiernamente de la mano.

»No recuerdo siquiera cuánto tiempo permanecimos así. ¿Horas? ¿Días? En verdad, el tiempo se había detenido: la vida era muerte y la muerte, vida. Solo sé que en un momento dado vimos volver a las plañideras y al necróforo. ¿Dónde estaba Alcestis? ¿Había descendido, viva, bajo tierra? ¿O alguien le había abierto la garganta con un cuchillo de sacrificio y sus cenizas habían ya sido dispersadas por el viento? Nadie preguntó, nadie pronunció palabra.

»Algo pasó por el aire, y no era el tiempo. Un lamento, una aguda nostalgia de cosas simples, de alegrías tranquilas perdidas para siempre. Una voz, no sé de quién, no sé de dónde, dijo: “Ha llegado Heracles”.

»Pensé haber soñado, que un deseo mío transmutado en sueño pareciera real, pero una mano me aferró por un brazo, un rostro de ojos extraviados que buscaban mi mirada repitió: “Ha llegado Heracles, está en palacio y ha pedido de comer”.

»Solamente entonces volví a la realidad y pregunté: “¿Dónde? ¿En casa? ¿Y el rey dónde está?”.

»“Está allí”, respondió el siervo, “en la entrada. No sabe nada.”

»“¿Y él? El huésped que acaba de llegar, ¿qué sabe?”

»“Nada. Nadie se ha visto con ánimos de decirle lo que acaba de pasar. Pero el rumor de que él ha llegado está corriendo por palacio y también fuera. Heracles está de paso, desconocemos adónde se dirige para llevar a cabo una de sus empresas.”

»“Llévame hasta él”, dije, “y manda a alguien que asista al rey y le mantenga alejado por el momento.”

»El siervo obedeció y me guió hasta la cocina. Tenía a Heracles enfrente. Sentado a una mesa, devoraba un cabrito asado al fuego. No había visto nunca a nadie como él: gigantesco, cubierto tan solo con una piel de león, los pies descalzos, sucios y polvorientos. Tenía una mirada turbia, perdida, como si persiguiese imágenes lejanas y se le escapasen. En un rincón, apoyada contra la pared, la clava erizada de ramas cortadas, aguzadas, acusaba la huella de feroces combates. No conseguí abrir la boca.

»“¿Quién eres?”, me preguntó. “Nunca te he visto en esta casa.”

»Mentí diciéndole un falso nombre, pero fui honesto cuando añadí que desde hacía dos años estaba al servicio del rey, le asistía en el gobierno de la casa y en la educación de su hijo varón. Al mismo tiempo me acerqué y le serví vino en una copa de madera. Él

bebió y se limpió los bigotes y la barba con el dorso de la mano.

»“¿Por qué andan todos con el semblante sombrío? ¿Por qué nadie ríe, ni se divierte en este lugar? ¿A qué se debe este silencio mortal? ¿Dónde están mis amigos, el rey Admeto y la reina Alcestis? ¿Por qué no han venido a recibirme?”

»Todos los presentes se miraron a la cara, yo incluido. Nadie tuvo el valor de abrir la boca.

»“¿Dónde están?”, vociferó.

»Y su voz era como un trueno. Y como nadie se atrevía aún a hablar, tomó la clava y la dejó caer sobre la mesa maciza de encina curada rompiéndola en mil pedazos. Tuve que responder: su ira habría podido demoler el palacio.

»El rey está fuera, delante de la entrada. La reina... ha partido.

»Se levantó y se me acercó tanto que podía sentir el olor a fiera de la piel de león mezclado con el del sudor. Volví a tomar la palabra sin que me lo pidiese: “La reina Alcestis se ha ido para morir. A entregarse, viva, a Tánatos”.

»Resonó un rugido en la cocina que pareció salido de la boca de un león. Luego me cogió por el gargante con la mano izquierda y comprendió que podía romperme el cuello como un niño parte un tallo de avena. Tuve que contarle todo, sin omitir un solo detalle. Solo entonces aflojó la presión y me dejó libre, con un mohín extraño, incomprensible.

»“¿Ha prometido que no tocará nunca más a otra mujer? ¿Lo ha jurado?”, me preguntó después de haber hecho votos por la suerte de Admeto. No había observado aún el color de sus ojos ámbar con reflejos verdes; ardían en una sombría desesperación.

»“Así es, lo ha jurado.”

»Mientras yo, tembloroso, pensaba que no había tenido aún ni un instante siquiera para revelarles que no era culpable de nada, que la matanza de su familia era una infamia perpetrada por su primo Euristeo, él se había ido ya, cogiendo, de paso, armas de las paredes, de los armeros, de las cajas. Intenté correr tras él y hablarle, pero en aquel punto se había ya precipitado fuera del palacio, escalinata abajo, había saltado sobre un carro y había lanzado a los caballos a una carrera sin freno.

»¿Qué necesidad tenía de las armas?, reflexionaba yo para mis adentros inmovilizado por el asombro, abrumado por la furia de los acontecimientos. ¿Cómo podía derrotar al dios de la muerte con armas humanas?

Mentor se detuvo porque todos los presentes en la gran sala se hacían la misma pregunta, porque todos esperaban con ansiedad el retorno de Heracles, desde un lugar

desconocido, tal vez desde los confines del mundo subterráneo, poblado de vanas sombras.

—Su regreso fue anunciado siete días después, siete días de angustia y de ansiedad. El rey Admeto no conseguía conciliar el sueño, y la noche resonaba con sus gritos de locura. Varias veces Eumelo fue a buscarme a mi aposento llevando de la mano a su hermana, llorosa y aterrada, que seguía preguntando entre sollozos «¿dónde está mamá?».

»Heracles entró en la ciudad por la puerta meridional entre dos alas de gente muda y asustada cuando me habría esperado gritos de alegría y de exultación. Y no tardé en darme cuenta del motivo. El héroe avanzaba montado en el carro con los cuatro caballos a un paso lento, el cuerpo lleno de arañazos, cardenales y heridas, la piel casi quemada, la mirada fija. A su lado, inmóvil, había una figura velada. Tan erguida como para parecer inerte, una estatua. ¿Tal vez la imagen con las facciones de la esposa que Admeto hubiera querido poner en su cama? En esto pensé cuando los vi.

»El rey, avisado por los hombres de guardia, había salido por la puerta principal para ir al encuentro del amigo al que finalmente volvía a ver después de mucho tiempo. Heracles había bajado del carro para abrazarlo. Estaba cerca y pude asistir al reencuentro. El héroe invencible había mudado la expresión del rostro: ahora parecía distinto, más soliviantado.

»“Sé que has perdido a tu esposa y a mi amiga Alcestis, pero no puedes pasar la vida sumido en el llanto y la desesperación. Tu pueblo tiene necesidad de ti y también tus hijos. Y por tanto, aunque de mala gana, debes empezar a vivir de nuevo como lo has hecho siempre.” Admeto observaba a la misteriosa figura velada, inmóvil, del carro. “También yo he tenido contratiempos, dolores, pero he vuelto a vivir; no hay alternativa. Un hombre joven aún no puede prescindir del placer del amor. Por eso te he traído un regalo: esta mujer. La he comprado en el mercado de esclavos en la última ciudad por la que he pasado. Es muy hermosa: no abierta por el parto, tiene unas caderas altas y un pecho firme, y unos ojos como el lucero del alba. Te curará de tu melancolía. Tómala.”

»Pero Admeto se volvió hacia el héroe con ojos llenos de lágrimas. “No la quiero, amigo. He sido un hombre despreciable por aceptar que Tánatos se llevara a Alcestis en mi lugar. ¿Y sabes por qué? Porque la mía no es ya vida. Sin ella no hay alegría, y ni siquiera los hijos me proporcionan alivio y consuelo. No te ofendas, pero una mujer adquirida en el mercado, por más hermosa que sea, no puede sustituir a mi esposa. No se

puede comprar el perfume de sus cabellos, la luz y el calor de su mirada, su amor tan apasionado hasta el punto de llevarla a dar su vida para salvar la mía. ¡Qué locura he cometido, qué cosa vergonzosa! Si no tuviese esos hijos, te juro que me reuniría con ella allí donde esté. Lo que no quiere decir que no lo haga en algún momento, pues la existencia ya es de por sí para mí una carga.”

»Heracles sonrió. “Veo que eres sincero en lo que dices y por tanto mereces ser perdonado. No es necesario que te reúnas con ella porque...”

»Todos se quedaron con el aliento en suspenso mientras el héroe invencible retiraba el velo que cubría a la mujer.

»¡Apareció Alceste!

Todos los presentes en la gran sala se alegraron por el final feliz de la historia contada por Mentor. Y él mismo sonrió al ver el efecto que el epílogo de la historia había tenido sobre su auditorio. También Femio, el aedo del rey, estaba presente, pero en aquel momento no dejaba traslucir ninguna emoción. Dirigí entonces de nuevo la mirada a mi padre y lo vi hacer un gesto a Mentor. Dos dedos de la mano derecha trazaron en el aire una breve línea horizontal: detente. Luego un medio círculo en dirección frontal: ya me lo contarás después.

Ninguno de los dos gestos escapó a Mentor, que interrumpió su narración, volvió a sentarse y tomó una copa de vino para quitarse la sed.

—¿Y Heracles? —preguntaron muchos—. ¿Qué fue de él a continuación?

—¿Y Admeto? ¿Y Alcestris? ¿Cómo les va ahora a los dos esposos? —inquirieron otros.

Mentor esquivó las preguntas pidiendo al auditorio si podía descansar y tomar un poco de vino, y anunció que tal vez continuase contando aquella historia o respondiendo a las interrogantes en una próxima ocasión. Y como el rey mostraba estar de acuerdo con él, nadie se atrevió a hacer más preguntas.

Cuando todos se hubieron retirado y las voces de nuestros huéspedes que volvían a casa se hubieron perdido en la lejanía, en la noche nos quedamos tres sentados uno enfrente del otro cerca de una luz que pendía del techo: el rey Laertes, mi padre, Mentor y yo mismo.

El primero en hablar fue el rey.

—¿Dónde está Heracles? ¿Ha sabido que Euristeo le engañó? ¿Que es inocente de la sangre de su esposa y de sus hijos?

—Sí, se lo dije. Y él partió para Micenas inmediatamente después, el mismo día, en el carro con el que había traído de vuelta a Alcestris. Y os aseguro que las Furias, ceñidas las cabezas de serpientes, corrían a su lado. Los cuatro sementales negros parecían echar

fuego por los ollares y saltaban chispas de debajo de los aros de las ruedas mientras la cuadriga atravesaba el empedrado de la plaza.

»Admeto ordenó a su guardia que fuera detrás pensando tal vez que necesitaría ayuda y yo aproveché para saltar sobre uno de los quince carros de guerra que, uno tras otro, se lanzaron en persecución de Heracles. Llevaba tiempo en palacio, todos me conocían, y mi gesto fue considerado natural. Corrimos, casi sin descanso; algunos de los carruajes los perdimos por el camino porque se quebraron o porque los caballos no aguantaban el esfuerzo, y sin embargo no conseguimos en ningún momento el contacto con la cuadriga de Heracles, que parecía volar. Tal vez los cuatro sementales negros venían verdaderamente de los Infiernos, mandados por Perséfone.

»Únicamente tres carros de los quince que habían partido llegaron poco después de que el héroe invencible hubiera detenido su cuadriga y liberado del yugo a los corceles. Pero enseguida fue evidente que no había tenido necesidad de ayuda alguna. Escaló las murallas, se adentró en la ciudad como un gavián y, durante un rato que a nosotros nos pareció interminable, no se oyó nada. El primer ruido que nos devolvió a la realidad fue el de los goznes de la gran puerta de los leones sobre los que giraban los gigantescos batientes. Inmediatamente después apareció Heracles arrastrando por un pie a Euristeo aún vivo, solo reconocible por sus ropas. Su rostro era una máscara informe y sanguinolenta. Lo apoyó en la muralla sosteniéndolo por el cuello con la mano izquierda para que no se resbalase al suelo. Con el dedo de la mano derecha le sacó los dos ojos, luego la izquierda se cerró cada vez más fuerte sobre el cuello del rey de Micenas hasta romperlo. Llamó a uno de nuestros hombres y le entregó los ojos de su enemigo, que no había tenido siquiera fuerzas de gritar. “Llévalos a Tebas, a mi madre; dile de quién son y que esta es la justicia de Heracles.”

»Euristeo yació inerte como el cadáver de un animal descuartizado mientras él saltaba sobre el carro y desaparecía en medio de una nube de polvo. Por septentrión.

—Recibió su merecido —dijo mi padre después de un largo y pesado silencio.

—¿Y qué hará ahora? —pregunté.

—No lo sé —respondió Mentor—. A mí me pareció que lo que le fue revelado sobre la muerte de su familia no hizo sino encender su ira, pero que no curó sus heridas. Su esposa e hijos fueron masacrados y nadie se los puede devolver. Ni siquiera los dioses. De haber querido, lo habrían hecho ya o, mejor aún, habrían impedido que ello sucediese.

Siguió aún un largo silencio, tan profundo en la casa dormida que se podía oír el clamor de una bandada de gansos salvajes que cruzaba el cielo nocturno.

—¿Qué ha sido de Admeto y de Alcestitis? —inquirí.

Me preguntaba cómo un hombre y una mujer que hubieran pasado por semejantes experiencias podían vivir juntos una vida tranquila.

—Nadie podría responder nunca a esta pregunta —puntualizó Mentor—, ni siquiera ellos. La luz y la noche, la alegría y la agonía, la vergüenza y el orgullo, el amor más allá de todo límite, más allá del tiempo y de la vida. Estas fueron las líneas de demarcación en el curso de esas vidas. A veces a nosotros los comunes mortales nos es dado vivir pasiones que empujan al corazón hasta los límites extremos del ser, arrebatos que ni siquiera los dioses pueden sentir porque no saben lo que significa amar hasta la desesperación, desear la vida hasta morir por ella, llorar de soledad y de abandono. Por todo esto pasaron Admeto y su esposa. Tal vez encuentren la fuerza de olvidar, de encaminarse de nuevo hacia una muerte que no sea ya un abismo de tinieblas, sino un sereno crepúsculo.

La noche estaba ya a mitad de su curso cuando nos sentimos vencidos por el cansancio y deseosos del descanso. Mentor había hablado como un hombre cargado de años y de sabiduría, y era poco más que un muchacho. Me di cuenta de que, sucediera lo que sucediese en el futuro, él sería cada vez mi sostén y mi ayuda, por más próximo o lejano que yo estuviese.

Aquella noche soñé quizá la respuesta a mis preguntas, pero cuando me desperté al día siguiente no tuve fuerzas ni tampoco voluntad de recordar.

Fui de caza con mi padre.

Heracles, por lo que pudimos saber, desapareció tal como había aparecido (casi de la nada en el palacio real de Admeto en Feras) y se perdió su rastro. Pensé que quería, en todo caso, llevar a cabo lo que le había mandado hacer Euristeo, porque se trataba de liberar al mundo de criaturas feroces y mortíferas que devastaban y mataban. Una vez que estábamos solos en una barca Mentor y yo, le hice una pregunta de aquellas a las que solo se puede responder con la verdad o negarse a hablar.

—Dime una cosa, ¿qué piensas que le sucedió a Alcestitis entre el instante en que desapareció y el momento en que volvió con el carro de Heracles? Tú estabas allí. Te

habrás cuestionado qué pasó.

—Lo dije ya la tarde en que volví a Ítaca. No hay una respuesta cierta para esta pregunta. Solo Heracles y Alcestris conocen la verdad, pero uno ha desaparecido y la otra no ha querido hablar nunca de ello. La puerta del Hades más próxima para nosotros está en Éfeso, no muy lejos de aquí. Allí está la laguna Estigia, allí está el río Aqueronte.

No dije nada, pero la pregunta era demasiado importante y buscaba la comprensión de Mentor. Prosiguió:

—¿Has visto alguna vez a una persona perder el sentido, parecer totalmente muerta y luego volver a la vida? La frontera entre la vida y la muerte es muy imprecisa. El sueño es un territorio sin límites situado entre los dos mundos: lo frecuentan tanto vivos como muertos. De una cosa estoy seguro: Heracles sabía muy bien dónde estaba Alcestris, tenía claro dónde buscarla o cómo devolverla a casa. Cuando la trajo en su carro, ella iba cubierta con un velo gris que le llegaba hasta los pies. Parecía un espectro.

»Y cuando él se lo retiró para mostrarla al marido su rostro estaba pálido, tenía las órbitas oscuras y los ojos sin expresión. La muerte estaba en parte dentro de ella, no la había dejado del todo aún.

Mentor, de vez en cuando, conseguía enviar mensajes al palacio de Feras, y un par de veces recibió también respuesta. Luego los contactos se volvieron más raros hasta cesar.

Pasaron así más de tres años y una tarde el mismo Mentor me anunció que debía darme noticias que ya había referido a mi padre el rey.

—Han sucedido cosas de suma importancia en el continente. En Micenas, el trono vacante después de la muerte de Euristeo ha sido ocupado por Atreo, hijo de Pélope, que se había refugiado en su casa junto con su propio hermano Tiestes. Ahora es él el más poderoso soberano de Acaya. Tiene dos hijos varones: Agamenón y Menelao. Tal vez los habéis visto mientras estabais en Micenas: Menelao es de pelo leonado, imponente, tiene la tez de color bronceo. Siempre lleva el cabello atado detrás de la nuca con un lazo de cuero. Agamenón es su hermano mayor, más imponente aún que él, tiene los ojos negros, la mirada sombría y los cabellos largos que le llegan hasta los hombros. Es muy fuerte con la lanza y se ejercita cada día en el patio del palacio. Atreo tiene también una hija, Anaxibia, hermosa y altanera. Está ya prometida al rey de Fócide.

»En Argos, el rey Adrasto no tiene aparentemente herederos: a su yerno Tideo lo viste

quemar en la pira durante vuestra visita a la ciudad. Había caído en la lucha ante las murallas de Tebas. Su hijo, el príncipe Diomedes, es un guerrero formidable. Desde que murió su padre no ha hecho otra cosa que ejercitarse en el combate junto con los hijos de los otros seis guerreros muertos ante las siete puertas. Su única finalidad es vengar a sus padres. Quien los ha visto dice que son como un grupo de jóvenes leones sedientos de sangre.

»Has conocido a los hijos de Néstor, los descendientes de Tindáreo y de Leda, Cástor y Polideuces; tal vez, sin saberlo, has visto a los hijos de Atreo y al de Tideo, el príncipe Diomedes. Pero si no te has topado con ellos no pasará mucho tiempo sin que los conozcas, pues se disponen a emprender viaje de vuelta a Esparta. Y tú también.

—¿Yo? ¿Y por qué? Ya he estado en Esparta.

—Muchos de los más valerosos príncipes de Acaya pidieron por esposa a la hija de Tindáreo y de Leda, Helena, que ha cumplido diecisiete años. Su belleza es de tal esplendor que cualquiera estaría dispuesto a poner en juego la vida para llevarla, en sus brazos, al tálamo.

—Yo no, Mentor.

—Espera a verla, príncipe de Ítaca. También tú podrías perder el juicio.

—Lo dudo, estimado consejero. La cordura es lo que más me importa: no quisiera perderla por ningún motivo.

—Me alegra que lo digas, porque los más fuertes príncipes de Acaya parecen dispuestos a dejarse matar por esa hembra. Es para preocuparse.

Me quedé en silencio reflexionando. No quería una guerra: había estado con mi padre Laertes en el continente para reforzar la amistad con los otros reyes. Se derramaba sangre de un modo o de otro, por un motivo o por otro; ciertamente se formarían dos o más grupos y yo no podría permanecer al margen, tendría que alinearme incluso contra mi voluntad.

El resultado más importante de la aventura de los argonautas no había sido la conquista del tesoro de Cólquide, el vellocino de oro, como ya todos lo llamaban, sino el unir a cincuenta reyes y príncipes de Acaya en una única empresa en la que cada uno había luchado al lado del otro, había salvado la vida de un compañero. Mi padre era amigo de todos, todos eran amigos de mi padre, y así debía seguir siendo. La guerra acarrea normalmente luto y desgracias, puede tener un sentido si se lucha fuera de Acaya, no dentro, en cuyo caso es una espantosa calamidad.

—¿Para cuándo hemos sido convocados en Esparta? —pregunté.

—Para la luna nueva del próximo mes.

—Entonces partiré enseguida. Encuéntrame una nave y convoca a mis amigos: Euríloco, Perímedes, Polites, Euríbates y los demás. Ven también tú si puedes, me serás útil.

—No, es imposible, lo siento —respondió—. Debo permanecer a disposición del rey. Y este es un asunto que tienes que resolver tú solo.

Mientras Mentor se preocupaba por la nave y la tripulación, yo fui a buscar a mi padre para informarle de lo que me disponía a hacer. Los hijos de los argonautas comenzaban mal y era necesaria la cordura de los padres. Cada uno de nosotros debería hacer lo correcto, yo el primero, porque una guerra en Acaya destruiría lo que ellos habían construido.

Le conté lo que Mentor me había dicho y él no pareció sorprenderse.

—¿Has visto a los carneros cornearse hasta romperse la testa para disputarse a una hembra en primavera? ¿Y a los ciervos y a los jabalíes? Pues bien, nosotros no somos distintos, sobre todo los jóvenes. Encuentra una solución, si puedes; tu mente conoce muchos caminos ahora ya y no creo que te sea difícil. Recuerda: cuando quieras convencer a alguien más poderoso que tú para que haga una cosa que consideras necesaria, hazlo de manera que crea que ha sido él quien ha encontrado la solución. Pasa a despedirte antes de irte, *pai*.

—Me pasaré.

—Deberás llevar regalos para Helena, aunque no creo precisamente que se convierta en tu mujer, ella es...

—De oro, *atta*. Y yo soy de madera. De encina.

Durante los días siguientes me quedé en el puerto ocupándome de la nave con mis amigos. También dormíamos a bordo todos juntos, porque así nos parecía estar ya de viaje. El primer viaje sin tutela. Yo era el cabeza y el soberano y los muchachos me trataban como tal. Comíamos, nadábamos, pescábamos e íbamos de caza juntos si era el tiempo, pero conmigo tenían muchas consideraciones, como reservarme la mejor parte de una pieza de caza o pedir siempre mi parecer antes de tomar cualquier iniciativa, y esto me llenaba de orgullo.

La primera escala fue Pilos e inmediatamente fui a rendir homenaje al rey Néstor, que me acogió como a un hijo. Cuando volví a partir, dejé la nave a los amigos y confié el

mando a mi cuñado Euríloco. Habían pasado deprisa los cuatro días de travesía. Cuatro días alegres durante los cuales traté de no pensar en lo que me esperaba en Esparta: éramos como un grupo de amigos que hubieran salido a pescar atunes. De vez en cuando me volvía a la mente ese primer atardecer de la puesta del sol cerca del recinto de los caballos, cuando Helena se me había aparecido de improviso y me había hablado.

El rey Néstor quiso que aceptase un séquito de guerreros revestidos de bronce con la cimera sobre el yelmo, más por prestigio que por necesidad. Entre ellos estaba también su hijo Antíloco, al que ya había conocido. Con él, durante el viaje, estreché amistad. Además, me ofreció un carro con una gran tienda en la que guardar, durante mi estancia en Esparta, víveres y trajes lujosos para cuando fuera invitado a palacio. Cosas todas ellas a las que no estaba acostumbrado.

El largo cortejo de hombres y carros demoró mucho nuestra marcha, pero no había prisa por el momento. Tras llegar a Esparta, el comandante de mi guardia se presentó para anunciarme en palacio y volvió con una invitación a cenar para la noche siguiente.

Me preparé durante un buen rato: tomé un baño en el Eurotas y me vestí con las ropas que me había ofrecido Néstor, pero me sentía incómodo. Nunca me había puesto atuendos tan lujosos y no me parecían adecuados para mí. Al final decidí ponerme el traje que Euriclea, mi nodriza, me había colocado en el cofre de viaje. Era bonito de todos modos, pero mucho más sencillo. Solo dos listas de púrpura orladas con un hilo de oro hablaban de mi dignidad de hijo de rey.

Antíloco quería que me presentase en palacio escoltado por dos gigantescos guerreros de la guardia de su padre, pero le convencí para que me hiciera acompañar simplemente por dos siervos que llevaran los regalos para Helena.

El rey Tindáreo y la reina Leda me recibieron con grandes honores y atenciones mientras mis siervos abrían una arqueta de marfil para mostrar el obsequio del príncipe de Ítaca a Helena de Esparta, una diadema de oro con decenas de colgantes que engarzaban piedras de una maravillosa belleza: cornalinas, perlas, jaspes, lapislázulis, ámbares rojos y cuarzos azules.

—Helena quedará encantada —dijo la reina, y mientras cerraba la arqueta para devolvérmela recomendó a las siervas presentes que no dijeran palabra de ello a la princesa para no estropear la sorpresa, suponiendo que me tocara a mí ofrecerle el regalo nupcial. Luego el rey me llevó a la armería, donde había preparada una mesa con dos copas llenas de vino tinto.

—Tu obsequio es realmente espléndido, príncipe Odiseo —dijo el rey.

—Ciertamente no es el homenaje adecuado a la belleza y a la gracia de la más hermosa muchacha del mundo. Pero es cuanto podía ofrecer —respondí—, y lo he hecho de corazón.

Tindáreo pareció ensombrecerse, como si oscuros pensamientos cruzasen por su mente. Suspiró.

—Su belleza es un peligro.

—Lo sé. Pero no para mí. Yo no trato de echar mano a la espada para conquistarla, aunque lo merecería.

—¿Por qué no? —preguntó Tindáreo—. Eres hijo de un rey, como los otros pretendientes.

—Porque unos desposorios deben ser una fiesta, no una masacre. Y en cuanto a mí, sé perfectamente que no puedo tampoco esperar que Helena se digne dirigirme una mirada. El nuestro es un reino de pequeñas islas rocosas, *wanax*, no tenemos ricas llanuras que alimenten caballos y den mieses frondosas. Nos contentamos con poco, y cuando nuestras naves salen a depredar, los hombres permanecen lejos también por largo tiempo. Helena puede aspirar a mucho más: los príncipes de los aqueos son numerosos, con reinos poderosos, riqueza sin fin, palacios fastuosos. Yo pienso en otra cosa, *wanax*.

—¿En qué piensas?

—Me temo que los príncipes de Acaya acaben por batirse a vida o muerte para conquistar a Helena y llevarla al tálamo después de haberla colmado de riquísimos regalos. Pero quien combata y sea humillado odiará al vencedor, seguirán luchas sangrientas, guerras y contiendas sin fin.

—Es lo que yo también me temo. Pero oír tus palabras y tu pensamiento tan agudo, pese a que eres tan joven, me da esperanza. Y en mi corazón de padre, si pudiese elegir, quisiera que fuese para ti mi radiante hija, porque la mente y el corazón valen más que el brazo y la espada, *pai*.

Me conmovió que el *wanax* Tindáreo, soberano de Esparta, me llamase con ese nombre, el que solo mi padre, mi madre y mi querida nodriza utilizaban. Un heraldo pidió ser recibido y una vez hubo entrado dijo:

—Ha llegado Áyax de Lócride, mi rey, y ha instalado su tienda de campaña en la orilla derecha del Eurotas. Las escoltas han avistado mientras tanto las enseñas del príncipe Diomedes de Argos: resplandecen al sol como espigas maduras.

—Resérvale un lugar ameno, con abundante agua y espacioso para sus tiendas.

—¿El príncipe Diomedes? —pregunté.

—Sí —respondió Tindáreo mientras el heraldo salía para cumplir las órdenes recibidas—. Diomedes es el segundo en la línea de sucesión porque su madre es la hija del rey y es viuda. Tras la muerte del padre, Adrasto le llamó a palacio, pero él rehusó, prefiriendo vivir en una austera fortaleza en la linde del bosque, junto a los seis compañeros que un día se batirán a su lado para vengar a los padres caídos delante de Tebas, la de las siete puertas. No hacen sino ejercitarse en la lucha de sol a sol. Es ciertamente uno de los pretendientes más temibles.

Vi en sueños al fortísimo Tideo, mientras devoraba como un león hambriento el cerebro de Melanipo caído cerca de la séptima puerta. La diosa huía horrorizada por la puerta de Atenea Onca...

—Y otros príncipes llegarán de Feras, Arne, Micenas, Salamina, Ftía, de las islas y de los montes...

—Los hijos de los argonautas —respondí—. Nuestros padres estrecharon una alianza que unió a todos los reyes de Acaya y nosotros destruimos su obra. ¡Con que solo Heracles estuviera aquí! Los pondría a todos en su sitio, a estos cachorros pendencieros. No obstante, he pensado en una solución, *wanax*, que podría alejar el triste presagio que se cierne sobre nosotros.

—¿Una solución? Oh, príncipe Odiseo, hijo del gran Laertes, ¿tienes una solución que podría ahuyentar este destino funesto? Si así fuese, yo te cubriría de regalos, estrecharía con tu padre una alianza perpetua. Nunca le faltarían el grano y el vino, nunca las telas más preciosas y las esclavas de altas caderas, instruidas en las artes del amor. Y a ti quisiera destinar una ciudad hermosísima, en la costa si quisieras, y campos ricos en mieses y pastos. Habla, pues, te lo ruego.

El rey era sincero, comprendía el desastre que se preparaba desde que los dioses habían querido que toda la belleza del mundo brillase en una sola mujer, de manera que cualquiera al verla estuviese dispuesto a matar para hacerla suya.

Dije:

—El regalo más grande será que la paz reine en Acaya y que la casa de Tindáreo sea bendecida con herederos.

»Puedo hablar en tu nombre a los príncipes, si así lo deseas, después de que cada uno se haya presentado a Helena. Diré que la belleza de tu hija no deberá ser conquistada con

la espada, porque sangre llama a sangre y una cadena de inexorables venganzas afligiría a Acaya durante los siglos futuros. Será ella, en cambio, quien elija, la radiante Helena. Pero antes de que esto suceda todos deberán jurar que, sea cual sea el elegido, los otros respetarán la voluntad de la prometida. Después, tú personalmente sacrificarás a Zeus, guardián de los juramentos, un toro, lo harás despellejar y reunirás a todos los príncipes. Les harás jurar de pie sobre la piel aún húmeda, uno por uno, que en el caso de que alguien quiera arrebatarse Helena al esposo que ella haya escogido todos estarán dispuestos a batirse a su lado para devolverla a su casa.

—Eres increíble, *pai* —repuso el rey—. ¿Cómo puedes conocer a tal punto, siendo todavía tan joven, el corazón de los hombres? Has comprendido que todos aceptarán porque cada uno de los príncipes estará seguro de ser el único digno de llevar a Helena a casa y al tálamo, y por tanto hará la promesa convencido de que el juramento vincula a todos los pretendientes en su provecho.

—Soy devoto de Atenea —respondí—, a veces ella me hace sentir su presencia. Tal vez un reflejo de su infinita sabiduría ilumina a veces mi corazón de modo que puedo hablar con palabras juiciosas. Al menos así me gusta creerlo.

El rey me abrazó.

—Esta casa es tu casa, esta tierra es tu tierra. Tú eres el hijo que quisiera todo padre. El marido que desearía para su propia hija. Quédate conmigo, querido, hasta que todo se haya resuelto.

—Me quedaré, *wanax*, no solo porque me lo pides, sino también porque la diosa esta noche me ha concedido una visión: un ave acuática de plumas color verde y ámbar había hecho su nido en un olivo, en el palacio de Laertes, en mi casa.

El rey sonrió.

—Las aves acuáticas no hacen su nido en los olivos.

—No, en efecto, pero cuando haya descubierto el significado del sueño sabré que he actuado como quiere mi diosa, virgen, guerrera, que todo lo conoce... Ojos verdes.

Salí del palacio meditando cómo era que los príncipes habían tomado una decisión semejante: ¿cuándo se había visto que fuese la mujer la que eligiera y no el hombre? ¿Cómo renunciarían a jugarse a punta de espada a la mujer más hermosa del mundo? Debía convencerles con la palabra y ofreciendo amistad. No había otro modo. Hubiera tenido que preparar con gran pericia mi discurso y evitar sobre todo el encuentro con Helena: no podía estar seguro de no sucumbir.

Así, considerando pensamientos y palabras, había salido del palacio y me dirigía hacia el valle que se abría, esplendente de mieses que agitaba el viento, a lo largo de las riberas del Eurotas.

Un canto me detuvo:

*Vuela, vuela lejos,
mira el río desde arriba,
mira el mar desde arriba,
cuando se pone el sol
y el aire sabe a sal,
amarga nostalgia, ¡hazlo volver!*

La voz de una muchacha llegaba a mí, cristalina como el agua, suave como una caricia. ¿De dónde? Miraba alrededor y no veía a nadie. Había una cerca cubierta de jazmines floridos que circundaba un jardín de manzanos y de olivos, pues veía sus copas. La voz venía de allí. Me acerqué y caminé pegado a la cerca para encontrar un punto desde el cual poder ver el interior. Me detuve en el punto donde alguien había sustraído algunas piedras bien escuadradas tal vez para utilizarlas como sillares en su propia casa y vi a una muchacha vestida con un traje ligero, ceñido a los costados por una alta faja, a cuadros, con mangas cortas y un escote que revelaba unos hombros perfectos. En cada

cuadro había recamado a colores un pato.

Estaba cogiendo flores del campo, pero, al advertir mi presencia, se detuvo y fue hacia mí sin temor.

—¿Quién eres? —preguntó acercándose—. Por el aspecto pareces un príncipe. ¿Acaso has venido para conquistar a Helena? Ya han llegado otros y están acampados a lo largo del río, se preparan para unos duelos sangrientos.

—También tú pareces una princesa: el vestido es precioso, obra de unas buenas tejedoras y bordadoras, y tu canto me ha emocionado. ¿Tal vez pensabas en alguien cuando cantabas esas palabras? Me llamo Odiseo.

—El príncipe de Ítaca. Qué extraño nombre.

—Eso dicen. Yo tal vez no lo habría escogido, pero ahora que es mío no lo cambiaría con nadie. ¿*Con Nadie*?

—¿Combatirás, Odiseo? ¿Cómo será la cosa? ¿Se echarán a suerte las parejas? Te deseo un contrincante no demasiado difícil.

—¿Cantabas para alguien esas palabras?

—Para nadie —respondió.

—*Para Nadie*. ¿Y por qué insistes en que tenga un adversario fácil? ¿Es que crees que no sería capaz de enfrentarme a él?

—Porque tienes unos ojos preciosos, luminosos. Cambian de color cuando sonríes.

—Tú también tienes unos bonitos ojos, relucientes. Uno se pierde en tu mirada. ¿Quién eres?

—La hija de Icario, el hermano del rey. Por tanto soy la prima de Helena —dijo picarona—. La he visto desnuda, muchas veces. ¿Quieres saber cómo es?

—Quiero saber tu nombre. ¿No te gustaría decírmelo?

—Penélope.

—¿Qué nombre más extraño! ¿Por eso llevas tantos patitos recamados en el vestido?

—¿No te gustan?

—Me encantan. Son de unos colores muy hermosos. ¿Te veré de nuevo?

—Si no dejas que te maten. ¿Sabes lo grande que es Áyax de Telamón? Es gigantesco. Una montaña andante. ¿Y qué me dices de su primo Aquiles? Un rayo. Te cortaría en dos antes de que eches mano a la espada.

—Yo soy más rápido que ellos —respondí—. Los he derrotado ya a todos.

Se quedó muda mirándome, las flores se le cayeron de la mano. Retomé mi camino.

—¡Odiseo! —resonó su voz a mis espaldas. Me volví.
Me sonrió. Morena y radiante.

Llegué al campamento de los pretendientes cuando el sol comenzaba a declinar y tras haber hecho un alto varias veces a lo largo del río, a la sombra de los árboles. Quería pensar, repetir las palabras en voz alta, más y más veces. Solo me respondían las cigarras y el murmullo del Eurotas. Finalmente decidí entrar en el campamento. Vi primero las tiendas de Aquiles, príncipe de Ftía de los mirmidones; luego la de Áyax de Telamón, príncipe de Salamina; venía después la de Diomedes, príncipe de Argos, así como las de Áyax, príncipe de Lócride, de Idomeneo de Creta y de Menelao, príncipe de Micenas, acompañado del hermano mayor, Agamenón, que no competiría. Había ya pedido y obtenido como esposa a la hermana gemela de Helena, Clitemnestra, y esto debía de tener ciertamente un significado que por el momento no conseguía interpretar. Enseguida me sentí mal, comprendí que mi misión sería mucho más difícil de lo que pensaba: sentía solo ruido de armas, veía jóvenes batirse para sumarse a duelos mucho más duros. Letales.

Llegué a un punto en el que se abría un espacio entre las dos líneas de tiendas, allí donde algunos escollos se reagrupaban en la orilla del río. Pensé que aquel era el mejor lugar para pronunciar mi discurso. Había también guerreros de Tindáreo que recorrían toda la extensión de los campamentos, tal vez para vigilar que los nobles huéspedes no se agredieran unos a otros, que no hubiera trifulcas o altercados. Aún no estaba preparado, caminé a través del campamento para ver quiénes eran los jóvenes que querían conquistar a Helena, si de veras aspiraban solo a poseer a la más bella de las mujeres o si miraban mucho más alto, cómo era su talante, su actitud. Solo entonces, quizá, podría hablar.

Cuando vi que el sol se acercaba al horizonte llamé a uno de los heraldos que estaban en la explanada libre de tiendas de campaña, cada uno con su propia enseña. Le dije que era Odiseo de Ítaca, que venía de parte del rey Tindáreo, y le ordené llamar a los príncipes a la asamblea. Él me miró y me reconoció: tal vez me había visto en palacio. Obedeció, subió a uno de los bloques de piedra, el más alto. Su voz tonante resonó desde las tiendas de Aquiles hasta las lejanas de Protesilao, luego un toque de trompeta llegó hasta donde su palabra no podía alcanzar.

Uno a uno los pretendientes llegaron a la explanada cerca del río y también yo subí sobre un bloque de piedra para hablar.

—¡Príncipes de Acaya!

Sus voces se aquietaron en un rumor confuso.

—¡Nobles príncipes, escuchadme! Soy Odiseo, hijo de Laertes, rey de Ítaca. Sé por qué estáis aquí: todos vosotros queréis a Helena, la más hermosa sobre la faz de la tierra. Pero vosotros sois muchos. ¡Ella una sola!

—¡Esto ya lo sabíamos! —gritó uno de ellos—. No había necesidad de convocarnos.

Los otros rieron.

—Mejor así. Entonces sabréis también qué pasará, ¿verdad?

—¿Por qué hablas de nosotros, itacense? ¿Es que no tienes la misma intención? ¿No te interesa Helena?

Le reconocí: era Diomedes de Argos. Y él me reconoció a mí:

—¡Te he visto ya antes!

—¡Sí —respondí—, en Argos, el día en que tu padre fue puesto en la pira! ¿Y ahora también tú quieres morir?

Diomedes inclinó la cabeza en silencio y luego me miró fijamente de nuevo con una expresión de desafío.

—¿Y quién ha dicho que he de morir?

—¿Que quién lo ha dicho? Aquiles de Ftía o tal vez Áyax de Salamina o Filoctetes o...

—¡O yo! —puntualizó una voz que me pareció reconocer.

—¿Ese quién es? —preguntó de nuevo Diomedes.

—Eumelo de Feras, hijo de Admeto —añadió la misma voz.

—¿Eumelo? ¿Qué haces aquí?

—Lo que hacen los demás —respondió, seco.

—No sabes lo que dices. No durarías mucho. Desde hace años, Diomedes no hace otra cosa que combatir. —No le permití replicar, y como a él a ningún otro—: Lo que ha dicho este muchacho casi imberbe os hará comprender en qué punto nos encontramos. Y ahora escuchad, y luego decidiréis qué queréis hacer. No vengo por iniciativa propia, sino incitado por el rey en persona, el *wanax* Tindáreo, señor de Esparta, padre de Helena.

El rumorear confuso que estaba creciendo de nuevo se apagó de golpe y así pude

pasear la mirada sobre quienes estaban escuchando. Aquiles, más parecido a un dios que a un hombre, estaba revestido de bronce como si tuviera que ir a la batalla de un momento a otro; sus brazos relucían también como si fuesen de metal, los músculos se contraían a intervalos como animados por una energía incontrolable; los cabellos, a cada soplo de viento, ondeaban como las crines de un león. Áyax de Salamina, enorme. Únicamente Heracles debía de ser así; Heracles, a quien no había visto nunca. Menelao, de un rubio trigueño pero de piel oscura y ojos de ámbar, el segundo de su linaje, no sería nunca rey. Filoctetes, el arquero infalible; decían que había heredado el arco de Heracles. Antíloco, hijo de Néstor, mi amigo; no tendría esperanza contra semejantes gigantes, pero ¿cómo convencerle de que volviera a Pilos, la que se reflejaba en la mar? Áyax de Lócride, petulante y arrogante, ágil y fulminante en todos sus movimientos; Idomeneo, señor de Creta, heredero de Minos, y, por último, Eumelo, hijo de Alcestis más que de Admeto, poco más que un muchacho: ¿acaso quería redimir la debilidad de su padre afrontando un duelo imposible? Debía hacerles entrar en razón.

—No serán sangrientos duelos los que decidan. Cada uno de vosotros que cayera o quedase desfigurado por las heridas sería un motivo de luto y de desgracia incurables para la tierra y el pueblo de los aqueos. ¡Por tanto, será Helena quien decida!

Los príncipes se miraron unos a otros, incrédulos. Era lo último que se esperaban y lo peor.

—No hay necesidad de derramar sangre. ¿Por qué no luchamos o corremos con los carros o competimos arrojando la lanza más lejos que los demás? Cualquier cosa es mejor que dejarse elegir por una mujer —gritó Diomedes.

—No cambiaría mucho: ninguno de vosotros aceptaría una derrota, y la guerra, las venganzas solo serían pospuestas. No se trata simplemente de una mujer, es Helena de Esparta, y será ella quien elija a aquel de vosotros que quiera como marido. Todos los demás jurarán fidelidad a ese matrimonio como si Helena se hubiese prometido con cada uno de vosotros. Juraréis uno tras otro a medida que seáis llamados por el heraldo, descalzos sobre la piel recién descuartizada de un toro gigantesco inmolado a los dioses de los Infiernos. Y sed felices: desde este momento, hasta que Helena haya pronunciado un nombre, cada uno de vosotros puede soñar con ser el elegido.

—¿También tú estarás con nosotros, itacense? —preguntó Áyax de Salamina.

—No puedo ignorar el honor que me hacen el rey y la reina de Esparta y por tanto también yo depositaré a los pies de Helena los regalos de boda y juraré con vosotros,

pero no seré yo quien sea elegido, príncipe de unas islas pobres y rocosas, de aspecto no ciertamente imponente como vosotros. El rey y la reina con su radiante hija os esperan mañana en el patio del palacio, después de la puesta del sol.

Durante un instante, vi, erguido entre Antíloco y Aquiles, a mi consejero, Mentor, que me miraba fijamente con una sonrisa enigmática en los labios, y cuando iba a llamarlo ya se había disuelto en el aire, como niebla. ¡Atenea!

Temblé por esa visión, pero con el corazón alegre. Estaba seguro de haber vencido, de haber conjurado lo peor.

Regresé al palacio, pensando en Penélope. Caminé por los pasillos y por las salas esperando verla, pero sabía que era imposible: una flor semejante era sin duda custodiada en los aposentos de las mujeres porque el sol había ya desaparecido tras las cumbres del Taigeto. Volví sobre mis pasos para salir al gran patio en el que los siervos preparaban las viandas para la cena. De repente, algo cayó a mis pies y me incliné para recogerlo; una piedrecita de arenisca roja. Levanté la mirada y la vi asomada en el antepecho de la ventana. ¿Su sonrisa estaba velada de melancolía o me equivocaba? Le hice seña de que bajara. Ella me indicó la pared meridional del palacio y desapareció.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie se había dado cuenta de nada, luego doblé la esquina y busqué un lugar adecuado para tan imprevista y secreta cita. Un grupo de carrascas y de boj es creaba un pequeño espacio apartado; sin duda el que había tratado de indicarme.

Entré allí y la vi salir al poco, cauta, por una portezuela y llamarme en voz baja. Con tres ágiles pasos se reunió conmigo y me la encontré delante.

—Me has hecho un regalo muy extraño y no tengo ciertamente ganas de corresponderte. Pero con gusto te habría traído una flor.

—¿Por qué lo dices? Tienes fama de ser de una labia hábil y de hacer creer fácilmente lo que no es.

Le relucían los ojos en la penumbra.

—No comprendo qué tratas de decir. Mis palabras eran sinceras y salían del corazón.

—¿De veras? Entonces escucha esta historia. Hace poco he oído a Helena hablar con su nodriza. Decía: «*Mai*, he tenido un sueño esta noche, un sueño que creo es verídico».

»“¿Qué has soñado, niña, criatura mía?”, inquirió la nodriza.

»“Pues que estaba con el príncipe de Ítaca, Odiseo, en una sala de baño revestida con una piedra rara, de verdes reflejos; con jarrones de alabastro rebosantes de perfumes

orientales. Estábamos en una actitud como de... marido y mujer.”

»“¿Qué quieres decir?”, le preguntó la nodriza, pero Helena le bisbiseó algo al oído que no pude escuchar. Y luego añadió: “¿Crees que esto es un sueño verdadero?”.

»“Eso dependerá solo de ti, mi niña”, respondió ella, “solo tú puedes hacer que se haga realidad.”

»“Pero ¿no consideras que los dioses me han mandado una señal para ayudarme a elegir?”

»“Nadie puede asegurarlo, pero si esto es lo que deseas, entonces es tu corazón el que te envía estos sueños.”

Aquí se detuvo y rompió en lágrimas. Traté de atraerla hacia mí, pero ella me rechazó como si fuese un traidor.

—Si Helena habló así es porque ha hecho ya su elección y porque tú has respondido. La conozco demasiado bien. Consigue siempre lo que quiere.

No me dio tiempo de decir una palabra cuando ella había escapado ya llorando.

La tarde después, a la caída del sol, todo estaba listo en palacio. Los sacerdotes arrastraban al gran toro hasta el centro del patio mientras los jóvenes héroes entraban uno tras otro vestidos con sus mejores galas y con sus más resplandecientes armaduras. También yo me uní a ellos luciendo mis mejores ropas y las armas que mi padre me había dado para llevar el día del enfrentamiento. Sostenían el yelmo bajo el brazo para que pudiera verse el rostro de cada uno.

El rey y la reina, con su séquito de dignatarios y de guerreros, accedieron por la puerta principal acompañando a la hija cubierta con un velo que le llegaba hasta el suelo. Seguía el hermano del rey, Icario, con su esposa. Por último, entraron la princesa Clitemnestra con su esposo Agamenón, el hijo mayor de Atreo, rey de Micenas.

Golpeado por el hacha, el toro se desplomó en el acto inundando de sangre las losas del empedrado, y fue despellejado de inmediato. Las pezuñas, las vísceras y la cabeza fueron puestas sobre el altar y quemadas en sacrificio a los dioses. El cuerpo fue cortado en pedazos y llevado para el gran banquete que vendría después. La piel se extendió en el suelo con la parte despellejada y aún sanguinolenta hacia arriba. Luego la nodriza desveló el esplendor de Helena. Hizo caer el paño azul que la recubría provocando voces de asombro por parte de todos los presentes. Enfrente tenían a una diosa más que a una

mortal, una belleza pura y perfecta como una rosa de oro, ardiente como un rayo, diáfana como la luz de la luna.

Uno a uno, pasando con los pies descalzos sobre la piel de toro, hacía el mismo juramento. El primero de todos fue Aquiles.

—Yo, Aquiles, hijo de Peleo, señor de Ftía de los mirmidones, he llegado con los regalos de boda para Helena de Esparta y juro, aunque ella elija a otro de los príncipes aquí reunidos, que defenderé su honor y su persona como si fuera mi esposa.

Pronunciado el juramento, cada uno hacía seña a su escudero para que depositara a los pies de Helena los obsequios, luego iba a colocarse en el centro del patio al lado de los compañeros que ya habían juramentado. Yo me encontré a la derecha de Menelao, a la izquierda de Diomedes. Finalmente, a los pies de Helena se había acumulado un tesoro, pero solo los regalos del hombre que se casase con ella serían retenidos. Los otros serían devueltos. Cuando todos hubieron jurado llegó el momento, y a cada uno de los príncipes, y también a mí, le latía el corazón en el pecho como en el instante que precede a una tremenda batalla, la lucha feroz que puede dar la victoria o la muerte.

Helena se movió, y parecía más temible que una pantera mientras bajaba, uno tras otro, los escalones. Se dirigió hacia el primero de los jóvenes héroes, y el más resplandeciente, del comienzo de la fila: Aquiles. Todos pensaban que se detendría allí, pero solo se detuvo por un instante y para una leve sonrisa. Aquiles se mordió el labio inferior. Pasó por delante de Filoctetes, el arquero infalible; de Eumelo, hijo de una madre que había vuelto viva del mismísimo umbral del Hades; de Protesilao, señor de los tesalios indomables; de Antíloco, el más valeroso entre los hijos de Néstor; de Menesteo de Atenas; de Áyax de Lócride, de mirada impasible; de Diomedes, después de Aquiles, el más fiero, el más brillante.

La tenía enfrente, yo, príncipe de una pequeña isla rocosa, pastor de cabras, modesto mi regalo frente a los otros tesoros. Pasaría adelante...

Se detuvo.

Se acercaba buscando mi mirada, buscando una respuesta. La recordé cuando era chiquilla y me habló cerca del recinto de fogosos caballos. Comprendí. Le respondí no con la mirada, meneé ligeramente la cabeza, solo ella pudo verme. En los ojos le brillaban unas lágrimas apenas contenidas. Al final dio un paso casi imperceptible hacia la derecha y eligió el primero que encontró: Menelao, color del bronce, de cabellos rojos como el cobre.

Se alzó un grito entre todos, de alegría, de furia, de delirio. Había pasado la prueba tremenda y nada había sucedido. Helena tenía un prometido, un príncipe sin reino. Y ya el palacio hervía de los preparativos para la gran fiesta de bodas. Aquella noche el Átrida Menelao poseería en el tálamo a la más bella mujer del mundo. Nadie se preocupaba de mí y me dirigí, a lo largo del patio y luego del corredor, hasta el jardín trasero. No tuve que buscar largo rato: Penélope corría hacia mí con su bellissimo rostro lleno de alegría y lágrimas. Me abrazó fuerte y *no quería ya separar sus blancos brazos de mi cuello*.

—Llévame contigo —dijo—, ahora, Odiseo. Tú eres el hombre al que quiero y al que amaré toda la vida.

—¡Corre —grité—, corre todo lo que puedas, detrás de mí!

Y así llegamos jadeando a las caballerizas. Uncí los caballos al carro, la hice subir conmigo y fustigué con las riendas a los hermosos corceles de Néstor. Estos se lanzaron veloces por el camino.

Pero enseguida oímos un grito más fuerte que el ruido del galope.

—¡Detente, detente, hija! —E inmediatamente después su padre Icaro se plantó en medio del sendero. Tal vez había comprendido, quizá un dios que me era adverso le había dado aviso, y ahora me cerraba el camino. Tuve que tirar de las riendas, detener el carro para no arrollar al hermano de Tindáreo.

—Baja —dijo vuelto hacia Penélope—. No es este el prometido que tu madre y yo hemos elegido para ti. Queremos un rey poderoso, señor de unas vastas y fértiles tierras, que tenga a sus órdenes numerosas filas de guerreros. El hijo de Laertes reinará sobre unas pequeñas islas del mar de poniente, escarpadas y estériles, y vivirá como un depredador, como su padre o su abuelo. Para sobrevivir tendrá que provocar mucho odio como dice su nombre. ¡Vuelve atrás conmigo, hija mía, mientras estás a tiempo, te lo suplico!

Me sentía humillado por aquellas ofensas y hubiera querido enfrentarme a él con la espada empuñada, pero era el padre de la mujer que amaba y contuve la ira en mi corazón. Y también me daba lástima. Lloraba porque estaba perdiendo a la hija que adoraba. Pero Penélope se mostró firme. Se cubrió la cabeza y el rostro con el velo que ceñía sus hombros, como una novia ya prometida con un pacto solemne que se acerca al pretendiente el día de su boda. Fustigué de nuevo a los caballos dirigiendo su carrera fuera del camino para dejar atrás a Icaro, pero él se agarró con inesperada energía a los asideros y trató de saltar dentro del carro. Poco faltó para que fuera arrastrado por el

campo lleno de hierba; luego no pudo aguantar el esfuerzo y soltó la presa, pero durante unos largos minutos oímos de nuevo sus gritos desesperados que llamaban a su hija.

Detuve los caballos al abrigo de un muro derribado porque proseguir hubiera supuesto un gran peligro. El cielo nebuloso tapaba la luna y yo tenía conmigo a Penélope. Aparte de esto, me sentía mal por dejar Esparta de aquel modo, como un ladrón. Tal vez había evitado que los pretendientes de Helena se enfrentasen uno con otro en una serie de duelos sangrientos, pero me alejaba llevándome contra la voluntad de sus padres a una princesa de sangre real y abandonaba a los hombres de mi séquito en una situación insostenible. El propio Néstor, que me había ayudado, podía verse perjudicado a causa de mi comportamiento. Mi misión, iniciada bajo los mejores auspicios, concluía de mala manera. Y, sin embargo, en aquel instante lo más importante para mí era que me encontraba solo con la muchacha que amaba y que había deseado desde el primer momento.

Tanto ella como yo habríamos querido gozar del amor, enseguida, dominados por el ardor de nuestra juventud y de nuestros sentimientos. Sentía su perfume, el de su piel de muchacha morena vuelto más precioso aún si cabe por unos aromas de Arabia. Buscaba sus ojos en la oscuridad y ella buscaba los míos. Los besos tan soñados no podían saciar nuestra pasión y nuestro deseo; de hecho, los encendían más aún, como cuando el viento sopla sobre las llamas que devoran el bosque, pero yo refrené mi corazón que la deseaba ardientemente y acercándome a ella le dije:

—Penélope, ninguna criatura en el mundo podría desearte más, porque no solamente amo tu belleza, sino todo cuanto te hace agradable y dulce, soberbia y radiante. Seguramente los dioses te hicieron para mí, para que no ame nunca a ninguna otra; ahora que te he conocido, a ninguna otra querría tomar por esposa.

—Lo sé —respondió acariciándome—. Has rechazado a Helena. Nadie se ha dado cuenta, pero a mí no me ha pasado inadvertido. Ningún hombre en el mundo habría sido capaz. Me he cubierto la cabeza con un velo y vuelto hacia ti, para que comprendiesen que solo te quiero a ti y a nadie más.

—Y por tanto no podemos escapar, debemos volver atrás. Hablaré con el rey Tindáreo y le rogaré que interceda ante su hermano para que no nos maldiga y acepte que seas mi esposa. Me escuchará. No quiero disfrutar del placer del amor en este lugar triste y oscuro. Quiero llevarte a un sitio agradable como el nido de una paloma en primavera. Un lugar digno solo de ti y de mí, mi alegría y mi amor. Ahora ven, vámonos.

Le tendí la mano y la hice subir a mi lado. Luego viré el carro en dirección a Esparta y espoleé a los caballos hacia delante, sin prisa. El blanco camino se dejaba distinguir en nuestro lento avance y las nubes traslucían una débil claridad. Subimos la pendiente de una colina, pero apenas estuvimos en lo alto se nos ofreció a la vista un espectáculo que me dejó sin habla: treinta carros de guerra abiertos en abanico avanzaban hacia nosotros, decenas de antorchas encendidas fijadas en la punta de las lanzas de los guerreros iluminaban el terreno circundante. Me detuve y también ellos lo hicieron. Durante algunos instantes hubo un silencio pesado como el cielo que se cernía sobre nosotros. Únicamente se oía el chisporrotear de las antorchas y el bufido de los caballos. Luego uno de los carros, el del centro con las enseñas reales en el estandarte, avanzó hasta encontrarse frente a nosotros. El rey de Esparta habló:

—¿Adónde vas a esta hora tan tardía, príncipe de Ítaca, después de haber desertado de la boda de mi hija? ¿Y quién es esa muchacha tan desvergonzada para huir contigo de noche y a escondidas?

Tomé a Penélope de la mano, nos bajamos y nos acercamos al carruaje del rey.

—No huimos, *wanax*, y ninguna ofensa ha manchado el honor de tu sobrina, la princesa Penélope, por más que ningún mortal puede resistirse al amor, que es un dios. Él nos ha arrollado y empujado a huir, pero luego hemos pensado que no podíamos dejar tu casa de este modo y volvemos para pedirte perdón. Y también para solicitarte...

—¿El qué? —preguntó el rey.

—Que intercedas ante tu hermano Icarío a fin de que acepte que su hija se convierta en mi esposa. Mi padre el rey mandará una gran cantidad de regalos de boda dignos de su casa y acogerá a Penélope con todos los honores, la querrá como una hija. Te lo ruego, *wanax*.

Tindáreo pareció escuchar con indulgencia mis palabras.

—Te he encontrado volviendo sobre tus pasos, Odiseo, y por tanto creeré en tu palabra. Y no puedo olvidar que tu labor ha sido inestimable. Helena ahora tiene un esposo y todos los príncipes de Acaya están vinculados por medio de un juramento.

Aunque hayas ofendido a mi casa con el rapto de mi sobrina...

—¡No me ha raptado! —exclamó Penélope—. Yo he ido con él y aunque quisierais retenerme yo huiría para reunirme con él, porque es el hombre de mi vida.

Tindáreo no respondió, pero me habló de nuevo a mí:

—No creo que mi hermano Icario esté ahora dispuesto a escucharte y a permitir a su hija que se convierta en tu esposa. Pero haré lo posible para que os veáis en secreto con su mujer Policaste. Ya hablará ella con su marido. A Icario le diré que el rey Laertes vendrá a verle para pedir a Penélope para su hijo.

Le besé la mano agradeciéndoselo y Penélope hizo lo propio, luego reanudamos el viaje en dirección a Esparta, escoltados por el grupo de carros de guerra que seguían al rey.

Llegamos avanzada la noche y fui acompañado a mi aposento en una parte del palacio poco frecuentada; Penélope, con el velo, fue conducida al alojamiento de la reina aprovechando la oscuridad.

Estaba cansado, pero no conseguía conciliar el sueño: había pasado con Penélope un tiempo muy breve, y sin embargo el ser separado de ella me causaba preocupación y un hondo pesar. Sentía que, si la perdía, mi vida no sería ya la misma, la añoraría para siempre. Me levanté y salí para caminar por el olivar que lindaba por aquella parte con el palacio. No sé cuánto tiempo había pasado cuando vi que la luna resplandecía en el cielo casi llena y había muchas sombras impresas en el terreno. Otra se dibujó junto a la mía y resonó una voz a mi espalda:

—¿Por qué no me has querido?

En la claridad lunar, Helena era hermosa hasta la crueldad. Era una espada que se clava en la carne. Solo una diosa habría podido ser tal como ella se me aparecía en ese momento. La forma sublime de su cuerpo se traslucía a través del vestido ligero que se había puesto para la fiesta. Su noche de bodas. Los cabellos le caían sobre el pecho y los hombros, y acariciaban su rostro perfecto. El reflejo dorado de los mechones relucía en sus ojos.

—Ningún hombre podría resistirse a tu belleza y a la luz de tu mirada. Yo temblaba frente a tu esplendor...

—Me has herido, príncipe de Ítaca, y ahora no me respondes. ¿Por qué no me has querido?

—Yo pensaba en Penélope, tu prima, y ahora estoy seguro de amarla. Ella está hecha

para mí y yo para ella. Tú habrías sido desgraciada en mi pequeña y pobre isla y me habrías despreciado. A mis ojos eres de oro y distante como la luna, demasiado alejada aunque pudiese pensar solo en ti. No soy grande ni poderoso. Ninguno de los magníficos héroes que te querían habría soportado que tú me eligieses a mí. Habrías sido maldecida y yo humillado...

—No digas más —contestó—, pero quiero que sepas que me has hecho desgraciada. Y una mujer como yo, cuando es infeliz, se vuelve más temible que un ejército.

De improviso sentí que las fuerzas me abandonaban y la vista se me nublaba y comprendí que debía irme.

—Te has casado con un joven hermoso y fuerte que te hará feliz. Este es mi pronóstico. Adiós, Helena.

Me dirigí hacia mi alojamiento, pero su voz me detuvo de nuevo. Se me acercó, tanto que su perfume hacía que mi corazón temblase.

—Y sin embargo nos volveremos a ver, tú y yo, en un lugar muy hermoso, próximos y a solas como marido y mujer. Lo he soñado. No sé cómo ni cuándo, pero sucederá.

Desapareció en la claridad de la luna, entre las sombras de los olivos.

A la mañana siguiente volví a partir con mi escolta para llegar a Pilos. Tindáreo me dijo que había hablado con la madre de Penélope y que me mandaría un mensaje cuando las cosas hubiesen cambiado. Le di las gracias de nuevo por haberme creído y haber abogado en nuestra defensa. Pedí a Euríloco que nos precediera viajando lo más rápidamente posible para avisar a mis padres de que regresaba con mi prometida. Estaba contento de que mi padre y mi madre la conociesen, pero durante días y noches el recuerdo de la aparición nocturna de Helena y de sus palabras amargas no me dio tregua. Llegado al palacio de Néstor, le saludé y agradecí de corazón por haberme tratado como un padre, y al día siguiente emprendimos el retorno con una de sus naves. Pero él, el jinete gerenio, como todos lo llamaban, mandó otras diez de escolta con cien guerreros a bordo cubiertos de bronce esplendente para que no corriésemos peligro alguno. Mi bajel lo había tomado Euríloco para una más rápida navegación.

El mar estaba calmo, el viento a favor. Era feliz porque había tenido que tomar muchas decisiones, pero todas habían sido acertadas. A veces Penélope se daba cuenta de que mi mente estaba lejos o ausente y decía: «¿En qué piensas?». Y parecía que

leyese en mi corazón.

—Pienso en nosotros, en la vida que llevaremos juntos, los hijos que tendremos, el día en que seremos el rey y la reina de Ítaca y de las islas de poniente. Mi padre será mi consejero y su esposa Anticlea será como una segunda madre para ti.

—¿De veras no lamentas haber rechazado a Helena? No olvidaré nunca ese instante. El mundo entero se había parado. También los dioses miraban desde las alturas quién sería el elegido.

—No la rechacé, le hice comprender con una mirada que no seríamos felices. Estoy contento porque lo que habría podido ser un enfrentamiento sangriento y provocar la muerte de muchos de los más apuestos y valerosos príncipes de Acaya se resolvió sin violencia. Ahora los hijos de los argonautas están en paz entre ellos como lo estuvieron y lo están sus padres.

—¿En realidad ves la paz por algún lado, Odiseo? Que los dioses te oigan. ¿Sabes quiénes son de verdad Agamenón y Menelao? ¿Sabes quién era su padre Atreo? ¿Sabes qué le hizo a la mujer que lo había traicionado con su hermano Tiestes y qué le hizo a él cuando lo descubrió? Lo invitó a un banquete fingiendo querer reconciliarse...

—¡No quiero oír estas cosas! —grité—. Y aunque sean ciertas no me interesan. Atreo no era un argonauta.

La tarde del tercer día de navegación llegamos al puerto grande y pudimos ver enseguida que Euríloco hacía bastante que nos había precedido: treinta naves, quince a derecha y quince a izquierda, asomaron por detrás de los promontorios y se unieron a la que ya nos escoltaba. Los remos batían con ritmo perfecto las olas orladas de espuma. Como los pendones ondeaban las banderas de las más poderosas familias del reino, de los flancos pendían escudos bruñidos como espejos que reflejaban los últimos fulgores rojos del día. Luego, apenas se oscurecieron las vías acuáticas y terrestres, cientos de antorchas se encendieron en las proas y en los costados de cada nave, de modo que parecía que unos bajeles de fuego surcasen el golfo; las llamas incendiaban también el mar y, a medida que nos acercábamos a tierra, comenzaba a oírse un sonido dulcísimo, mientras aparecía un coro de muchachas vestidas de blanco y coronadas de flores. Entonaban el canto nupcial, cantaban la belleza y la gracia de la esposa y el vigor del esposo que la levantaría en brazos para llevarla a su casa. En el centro, mi padre el rey, rodeado de su

guardia, se había puesto la armadura con la que había combatido en Cólquide, la coraza repujada y las grebas perfectas; la espada invicta pendía en su costado izquierdo de un tahalí adornado de plata y de cobre bermejo. Cubría sus hombros el manto azul que llevaba la primera vez que le había visto bajar de su nave. A su izquierda, mi madre la reina vestida con un traje nunca visto antes: amarillo a listas rojas de púrpura, con un velo prendido a los cabellos por una fibula de ámbar y de oro finamente labrada.

Me asomaron las lágrimas a los ojos.

—¿Has visto? —dije a Penélope—. ¿Has visto cómo te honran mis padres?

Los marineros tendieron la pasarela sobre el muelle de maderos y de tablas de encina y Penélope y yo bajamos a tierra. Me incliné delante de mi padre, le besé la mano y le saludé, luego doblé las rodillas frente a mi madre y a ella también le besé la mano. Dije:

—Os ruego, padres míos, que acojáis a mi prometida, Penélope, hija del noble Icarío de Esparta, con afecto y benevolencia, y que tengáis a bien darle vuestra bendición para que pueda alegrar con hijos nuestra casa.

—Hija mía —le dijo mi padre.

—Criatura mía —añadió mi madre abrazándola y besándola en los ojos y en las mejillas—. Sé bienvenida. Nosotros te querremos.

—Nosotros te querremos —repitió mi padre.

Detrás vi a mi nodriza Euriclea, que lloraba de la emoción mientras se secaba los ojos con un pañuelo a cada instante.

En las naves, a un grito del heraldo, los marineros levantaron los remos del mar, los alzaron con las palas hacia lo alto y golpearon al mismo tiempo las empuñaduras contra los bancos haciendo retumbar la cavidad de los cascos con un sombrío fragor, como cuando el trueno desciende sobre el mar resonando desde las cimas de los montes.

Subimos al carro tirado por unos blancos bueyes y cientos de guerreros que asían antorchas encendidas nos dieron escolta hasta el palacio ya iluminado en los muros del recinto amurallado y en las ventanas.

Nos esperaba una fiesta hermosísima, a la que estaban invitados todos los nobles del reino, con la gran sala adornada de flores y de festones de pino, arrayán y enebro. En los espetones se asaban carnes de todo tipo, los mejores trozos. Las cestas rebosaban de panes recién salidos del horno. Y no faltaban tampoco flautistas y danzarinas venidas del continente.

Todos los ojos estaban puestos en Penélope. Pero ella me miraba a mí y yo a ella.

Al día siguiente mi padre me llevó por la parte del palacio que mira a levante y me dijo:

—Aquí podrás construir tu tálamo. Lo habría hecho yo, pero no me esperaba que volviesses con una prometida. Una flor semejante, si puedo decirlo así. Mira, ahí viene. Madrugadora. Aún no nos ha visto.

—Te lo agradezco, padre. No te preocupes. Proporcióname solo algunos de tus siervos para que me ayuden y en poco tiempo completaré la obra. En primer lugar, unos leñadores con sus hachas para que pueda cortar ese olivo que ocupa mucho espacio.

Los siervos llegaron de inmediato y dos robustos leñadores levantaron las hachas, pero Penélope, que se había percatado de nuestra presencia, exclamó:

—¡Detenlos, por favor!

¡Un relámpago!

—He soñado que un ave acuática se posaba en el nido de un olivo en mi casa.

Levanté la mano para contener las hachas y Penélope se me acercó.

—Es tan bonito este olivo... Por favor, no lo destroces. Hazlo por mí.

—Lo haré por ti y lo que emprenda será el cumplimiento de un destino que me ha sido revelado en sueños, pero que ni yo ni tú conocemos aún.

Me dirigí acto seguido a mi padre.

—¿Sabes, *atta*? Cuando la vi por primera vez estaba en un jardín plantado de manzanos y de olivos y recogía flores.

En los días siguientes, marqué el contorno de los muros con harina blanca e hice traer piedras para escuadrarlas y unos buenos canteros. Otros abrían los cimientos con picos. En torno al olivo que gustaba a Penélope fueron creciendo los muros, rectos y bien unidos entre sí con grandes sillares. Dentro de las paredes reservamos suficiente espacio para insertar las vigas que otros buenos artesanos cepillaban y lijaban. Y dejé grandes aberturas para las ventanas. En primavera y verano la luz tenía que entrar e iluminar cada rincón; solo en invierno cerraría los postigos para evitar el soplo del Bóreas. A partir de ese momento despedí a todos, porque solo yo proseguiría el trabajo y ningún otro debía ver lo que hacía.

Introduje las vigas en los sustentáculos y encima puse las tablas fijándolas con clavos de bronce. Las adapté con pericia para que el tronco del olivo pudiera pasar entre ellas y

dejé otra abertura para la escalera. Luego llegó el gran momento. Corté las ramas principales con la sierra y las podé dejando solo las más finas. Una vez terminado este trabajo, entallé con el escoplo las ramas que había cortado y en las que insertaría los pies del lecho nupcial. Los fijé con espigas de madera metidas a fuerza de martillo en los agujeros que había abierto con la barrena. En las bases clavé por fuera cuatro grandes tablones de encina de manera que abarcaran toda la estructura y fijé en estos un entramado de tiras de cuero de buey, tensadas con gran fuerza para que aguantaran y no cedieran al peso. Encima coloqué el jergón que las siervas habían preparado en casa, de prieta lana y acolchado con una tela de lino. Por último, extendí mantas de lana tejida blanqueada con cenizas y finalmente un cobertor de púrpura que cubría el lecho entero y las almohadas. Lo había aportado en dote mi madre al entrar, joven esposa, en casa de Laertes.

Las bodas se celebraron inmediatamente después ante el sacerdote de Hera, que protege el hogar doméstico. Levanté en brazos a mi esposa y la hice franquear la puerta de mi casa. Luego, cuando se hizo de noche, las siervas la prepararon y la acompañaron con las antorchas encendidas hasta el umbral del tálamo y, una vez que hubo entrado, se retiraron.

Oí su grito de maravilla y de alegría, y también mi corazón se llenó de una felicidad que nunca antes había conocido. Esperé solo, en la oscuridad; miré la abertura de encima de la escalera por la que apenas se filtraba la luz rosada de una lucerna. El latido de mi corazón casi me ahogaba y tuve que esperar un poco a que mi respiración se apaciguase antes de subir al tálamo perfumado en el que me esperaba la mujer que amaba.

Yacía sonriente sobre la manta de púrpura, con los cabellos negrísimos y relucientes sobre la almohada, el cuerpo divino apenas velado por una tela ligera que olía a brisa nocturna. Alrededor la coronaban ramitas de olivo; las relucientes hojas verdes resaltaban sobre el rojo encendido de la púrpura. Los ojos de Penélope brillaban ardientes en la oscuridad.

—Me has construido un nido entre las ramas de un árbol. A ningún otro hombre en el mundo se le hubiera ocurrido. Aunque solo fuera por esto te amaría para siempre —susurró.

—Un ave acuática se ha posado sobre un olivo en la casa de Laertes. Los dioses te han dado mi ser, amor mío.

Me abrió los brazos y yo levanté el velo ligero para contemplar a mi esposa, para

acariciarla, mientras ella buscaba mis ojos embargada por el deseo de amor.

Nunca en mi vida fui tan feliz, nunca mi corazón latió con tanta fuerza, nunca mujer mortal, ni diosa, me dio tanto placer como mi esposa aquella noche, delicada y suave, ardiente. La aurora nos encontró aún abrazados. Se oscureció el tálamo y el sueño descendió sobre nuestros párpados; el perfume de ella llenó mis sueños.

Oí susurrar su voz.

—Los dioses nos envidiarán por esto. Los inmortales no pueden comprender lo intenso y abrasador que ha sido nuestro delirio, esplendente Odiseo, príncipe de Ítaca, esposo mío.

Me levanté no obstante antes de que el sol estuviera demasiado alto en el horizonte, por que los siervos y las siervas, pero también la nodriza y mis propios padres, no dieran pábulo a los chismorreos sobre lo que había podido pasar esa noche.

Encontré a mi padre, que estaba cavando en el huerto como a veces le gustaba hacer. Se levantó, se enjugó el sudor y vino a mi encuentro.

—Has traído a esta casa una esposa impecable, una joven respetuosa y sin soberbia, por más que sea la sobrina de Tindáreo y Leda, soberanos de Esparta. Y estoy orgulloso de ti, hijo mío. La noticia ha corrido ya y ha llegado a oídos de..., sí, los hombres de Néstor lo sabían. Lo que has llevado a cabo ha sido un prodigio: has restaurado la unidad y la concordia entre los hijos de los argonautas antes de que estallase una trifulca de resultado desastroso.

—Padre, yo...

—¿Sabes qué significa esto para mí? Pues que pronto podré retirarme a mi finca de campo para plantar vides y podar los olivos, porque serás capaz de gobernar en mi lugar con una prudencia superior a la mía.

—No, *atta* —respondí—, te harás aún a la mar y te sentarás en el trono de Ítaca mientras vivas. Necesito aprender todavía muchas cosas antes de ocupar tu sitio.

—No temas, yo estaré siempre contigo si tienes necesidad de mi consejo. Y lo mismo hará tu madre. Mira, Euriclea está llegando con tu desayuno, particularmente abundante si no veo mal.

Nuestros corazones rieron con una alegría sin sombra. Hacía un día luminoso en nuestra isla, el aire estaba perfumado, tenía a mis padres y a mi esposa que me amaban y yo los amaba a ellos, y a mi alrededor la gente estaba ocupada en sus quehaceres...

—Te falta una cosa, ¿verdad? —dijo de improviso mi padre.

Es cierto que me había leído el pensamiento.

—¿El qué, *atta*? ¿Qué me falta?

—No lo sé, pero tu abuelo seguro que lo sabe. Y, en efecto, manda a decir que te espera para entregarte su regalo de boda.

—El abuelo... Partiré con la luna nueva, dentro de cinco días.

—Mañana, *pai*, a ese viejo iracundo no le gusta esperar.

—¿Mañana?

Asintió.

Cuando se enteró, Penélope se quedó sorprendida, más probablemente contrariada, pero no dijo nada y fue a despedirme al puerto cuando zarpé con los mismos compañeros que me habían acompañado a Pilos al palacio de Néstor.

—Pensaré en ti a cada instante —me susurró al oído. Y añadió sonriendo—: Una vez bien y otra mal.

También yo sonreí y la besé.

Durante la travesía, mis compañeros y yo hablamos largo y tendido sobre lo que había sucedido en Esparta y ellos me hicieron muchas preguntas sobre la belleza de Helena y sobre los otros príncipes; si Áyax de Salamina era tan enorme; si el hijo de Peleo, Aquiles de Ftía, era verdaderamente invencible.

—Ningún hombre es invencible —respondí—, pero por ahora parece que no exista nadie que sea capaz de derrotarlo.

No mencionaron a la esposa que había traído de Esparta, ni hicieron pregunta alguna. Por respeto. Me trataban ya como a un rey, y si por una parte aquello me daba satisfacción, por la otra me disgustaba.

Llegamos a puerto esa misma tarde con un viento de poniente fuerte y constante. Estaban esperándome mis tíos con un par de siervos que ofrecían comida abundante a mis compañeros en la nave. Apenas nos saludamos. Con el paso del tiempo no se habían vuelto menos taciturnos. Subí al carro y nos encaminamos hacia la fortaleza de Autólico. El sol se ponía a nuestras espaldas en la mar. Por un momento todo se tiñó de rojo y me sentí turbado. Había algo en el aire y en el cielo, en la tierra y en las rocas que me superaba y que no comprendía, hasta que no estuve en presencia del señor de la fortaleza de Acarnania: Autólico. Vino a mi encuentro sonriente. Del interior llegaba un perfume de carnes asadas y de pan fresco. Me abrazó y todo se desvaneció. Estaba con mi abuelo.

—¡*Pappo*, de nuevo juntos! —dije.

—Parece ayer cuando fuimos de caza y eras un chaval. Ahora estás hecho todo un hombre, y casado con una princesa de una de las dinastías más fuertes de Acaya. Sé

cómo te comportaste en Esparta y estoy orgulloso de ti. Pero ¿no quieres ver tu regalo, *pai*?

—Por supuesto —respondí—, ¿acaso no he venido por eso?

Autólico rió, me cogió por un brazo y me llevó a las caballerizas.

—Aquí lo tienes: se llama Argo, tiene tres meses y es tuyo.

Un cachorro, de pelo rojo con una mancha clara en medio de los ojos.

—Será un gran cazador como su padre y su madre. Es de una raza muy robusta y longeva proveniente de Tracia. Vamos, agárralo, debéis hacer amistad.

Lo cogí en brazos y enseguida surgió el amor entre nosotros. Me lamía y movía la cola como si nos conociésemos desde hacía mucho tiempo.

—Gracias, *pappo*, es un regalo muy hermoso. Me gusta mucho y yo le agrado, ¿ves?

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —me preguntó.

—Poco. Me he casado hace dos días.

—Te comprendo, pero estoy contento de haberte visto.

—También yo, *pappo* —respondí.

Se quedó un momento en silencio, luego me llevó de nuevo hacia casa.

—Ahora vamos a cenar, y conservemos la alegría. Sabes..., pienso que será la última.

—¿Por qué, *pappo*? Eres fuerte como un toro y no le temes a nadie.

—No es por mí, es por ti.

No sabía qué contestar y tenía de improviso miedo, el miedo que llaman cerval, aquel del que no puedes defenderte. La felicidad de los días anteriores se había desvanecido en un instante. El viejo lobo había hablado con un tono firme y tranquilo. Debía responderle del mismo modo.

—Sé bien que se puede morir joven, antes que los propios padres y hasta de los abuelos. Estoy preparado.

—No, no es eso. Simplemente pienso que no vendrás más a hacerme una visita antes de que yo muera. Lo presiento. Y por esto encontrarás en tu nave un arca que contiene tu verdadero regalo de boda. No digas a nadie que te lo he dado yo, no la abras hasta que estés a solas en tu hogar y no permitas que lo hagan tus hombres. *Los marineros son curiosos. Uno no se puede fiar.* Y ahora escúchame bien: pase lo que pase, procura que no salga de casa. Nunca.

—*Pappo*, antes de que entremos y nos emborrachemos he de preguntarte una cosa.

—¿Si he estado alguna vez en el santuario del rey Lobo? —lo dijo descubriendo los

dientes en una mueca. Se divertía infundiéndome miedo—. Sí, y no sé qué carne era la que comí, pero tú tranquilo, que no me ha asomado la cola. Digamos que esta historia me ha ayudado a conseguir cierto respeto.

Entramos y me hizo sentar a su derecha, me rompió el pan y cortó para mí un pedazo de la mejor carne. Lo miraba y estaba contento de pensar que había dicho la verdad porque era lo más natural de creer. Por otra parte, sabía que su arte predilecta era la mentira. Argo ladraba de vez en cuando entre mis pies y yo le echaba un pedazo de corteza de cerdo o un hueso con algo de carne que roer. Creo que nuestro pacto de fidelidad recíproca nació esa noche.

Cuando el abuelo borracho rodó regoldando debajo de la mesa, los tíos se lo llevaron a la cama y no tuve ocasión siquiera de despedirme. Me había dicho y dado todo y, por tanto, no lo vería al día siguiente. Detestaba presentar los respetos y también las despedidas e imagino que sabía el porqué. Prefería que lo imagináramos encerrado en su madriguera gruñendo contra el mundo entero.

Apenas me vieron, mis compañeros me dijeron que alguien había traído una cosa para mí y me indicaron un arca de madera sellada, que descansaba en popa cerca del puesto del timonel. Quedaron muy desilusionados cuando la dejé donde estaba sin tocarla; tampoco nadie se atrevió a preguntarme si sabía de qué se trataba.

Navegamos con mayor dificultad al regreso, porque un viento de septentrión irrumpía a menudo entre isla e isla empujando sobre el costado derecho de nuestra nave. A veces hubo que amainar y recurrir a los remos. Llegamos por tanto tarde, casi a oscuras. Nadie estaba esperándonos porque seguramente pensaban que volvería al cabo de algunos días. Dos compañeros pasaron una cuerda en torno a la caja e hicieron dos lazos a los lados para crear dos asas, y la llevaron conmigo a casa. No es que fuese pesada, era larga e incómoda. Yo sostenía en brazos a Argo para que no se perdiese.

Todos dormían en palacio. Solo Penélope me esperaba y aparentemente no de buen humor. Las cosas tampoco mejoraron cuando vio el cachorro.

—¿No querrás tenerlo con nosotros en el tálamo? —dijo.

—Podemos dejarlo fuera, pero lo oirás ladrar toda la noche y no dejará dormir a nadie.

Se resignó, pero no resultó fácil que me acogiera entre sus brazos, pues temía que el perro nos observase.

Después de haber disfrutado del amor, mi esposa se adormeció y yo salí descalzo sin hacer ruido; las tablas juntas y clavadas a conciencia no crujían ni chirriaban bajo mi peso. Argo levantó la cabeza y vino detrás de mí por la escalera. El arca descansaba en el suelo en la planta baja. Salí al pasillo y encendí una lucerna, la dejé en el piso y rompí los sellos que mantenían cerrada la caja.

—¡Un arco!

Un grande y magnífico arco de cuerno con su cuerda suelta; un nervio de toro cortado en tiras y retorcido en una fina trenza. Lo saqué, aferré el extremo superior con la mano izquierda, apoyé la rodilla en la empuñadura, así la punta de la cuerda con la derecha y estiré con gran esfuerzo hasta que la anilla superior del nervio enganchó en el extremo del arco. ¿Cuánto tiempo hacía que no se tensaba? Tanteé la cuerda y la oí hacer un ruido sordo en su parte central con los primeros punteos y luego un sonido estridente cuando la aflojaba tras haberla tensado más fuerte. Debía de tener una potencia tremenda. Argo ladraba quedamente como si comprendiese para qué servía ese objeto.

Cerré la caja y volví a acostarme al lado de Penélope, pero me quedé largo rato con los ojos abiertos en la oscuridad pensando en el regalo de Autólico y en las palabras que me había dicho: «No debe salir de casa, nunca». Tanto él como mi madre tenían un don: no la videncia, sino una manera de sentir a distancia, como cuando los animales advierten el terremoto antes de que Poseidón sacuda la tierra con su tridente. Para nosotros es algo ajeno y no comprendía por tanto el sentido de esas palabras. Llegado el momento, entendería.

Me levanté enseguida y cerré las ventanas para que Penélope pudiera dormir hasta que le viniera en gana; luego bajé con Argo y le di leche recién ordeñada, traída de las caballerizas del rey. Mi padre bajó no mucho después y vio inmediatamente al perro.

—¿Es este el regalo de tu abuelo?

—Sí —respondí.

—Eres bueno mintiendo, como sabe hacer él. Esta noche he oído vibrar la cuerda de un arco. Conozco la voz de un arma como esa. Muchas veces he sembrado la muerte entre mis compañeros cuando bajábamos de la nave para saquear en tierras salvajes.

—Este es el obsequio de mi abuelo —repetí señalando a Argo.

—Muéstramelo. He oído su voz esta noche. Cada arco tiene la suya y esta infunde terror.

No podía continuar ocultándoselo; lo llevé a la habitación donde tenía el arca y la abrí

ante sus ojos. El héroe Laertes se asombró al ver aquello y alargó la mano para rozar el cuerno, negro, reluciente.

—Es un arma que viene de muy lejos —dijo—, tal vez fue el regalo de un jefe o de un rey, quizá fue conquistada en el saqueo de una ciudad extranjera.

Su mano apretó la empuñadura.

—El abuelo me ha dicho que esta arma no deberá salir nunca de casa. ¿Qué significa?

—Pues que no deberá cruzar el mar, tendrá que permanecer en la isla. Tal vez sea un talismán, un objeto mágico capaz de ahuyentar las desgracias. Tu abuelo ha sido generoso, este es un regalo digno de un rey.

Mi vida tranquila en la isla se reanudó a partir de aquel momento. Mentor viajaba a menudo por el continente y nos traía noticias sobre lo que sucedía. En Micenas, Atreo había muerto a manos de su hermano Tiestes y la historia que mi consejero había oído cantar era la de una atroz cadena de venganzas difícil de creer. Agamenón, después de haberlo expulsado de la ciudad con la ayuda del hermano, se había convertido en rey. Menelao, esposo de Helena, vivía aún en Esparta, y el rey Tindáreo pensaba que a su muerte dos reyes, los gemelos argonautas Cástor y Polideuces, reinarían en la ciudad. Muy fuertes, como bien sabía mi padre.

Argo había crecido deprisa, bien alimentado en casa con las sobras de los banquetes que frecuentemente se preparaban para los huéspedes, y venía conmigo a cazar. Entonces siempre llevaba el gran arco que el abuelo Autólico me había regalado y había aprendido a manejarlo sin problemas: parecía que siempre hubiese sido mío. También Damastes estaba asombrado de verlo tan ligero y manejable entre mis manos. Era como si fuera el arco mismo el que fuese a darme la fuerza y no al contrario. Argo había aprendido a acosar ciervos y corzos hacia mi apostadero, donde yo los esperaba con el arco y los asaeteaba inexorablemente.

Un día Damastes vino a despedirse de mí mientras estaba despellejando un gamo y troceaba la carne para que los cocineros la purgasen de su sabor a caza y la preparasen para comerla.

—He venido a despedirme —dijo—. Ahora no tengo nada que enseñarte, príncipe mío, y acabaría por aburrirme y sentirme inútil.

—Lo siento —respondí—. Te debo mucho y he pasado contigo numerosos días llenos

de aventuras y fatigosos, pero has forjado a un hombre del muchacho que recibiste en custodia. Si quisieras, te tendría viviendo con nosotros como un miembro de la familia en calidad de consejero. Piénsatelo, si te parece. Con nosotros estarías bien.

—Te lo agradezco mucho, pero te he dicho, príncipe, que me aburriría esperando la vejez. Es mejor que vuelva al continente, arriba, a septentrión, a la tierra de los centauros, entre audaces jinetes y navegantes aventureros. Alguien como yo no puede esperar a que el sol se ponga para siempre, debe irle detrás, permanecer en su radio de luz mientras tenga fuerzas y morir de pie, a ser posible.

Mi rudo instructor había aprendido a hablar como un sabio y sus palabras me quedarían grabadas en el corazón para toda la vida. Mi padre le recompensó generosamente con lingotes de cobre de las minas de Chipre, con una espada de empuñadura de marfil tomada de una armería, y le dio una nave para que le llevase a la otra orilla. Argo ladró fuerte cuando vio al bajel abandonar el puerto, como para despedirle, y él respondió con un gesto de la mano. No lo vi más, pero seguí imaginándomelo caminando entre los bosques y las rocas y esperando en silencio el atardecer para ver bajar a los centauros de los montes y beber en las fuentes. Con él también se iba mi juventud. Aquella tarde Penélope me dijo que esperaba un hijo.

La amé, si ello era posible, aún más. Un hijo sería la gloria de una vida perfecta y el regalo de ver cuánto habría sobrevivido en él de mí y cuánto de su madre. Deseaba un varón, pero una niña que renovase los rasgos de la única mujer que había amado en mi vida habría sido igualmente una alegría para el corazón. Euriclea se había vuelto más atenta aún con Penélope; la rodeaba de todo tipo de atenciones, bien diciéndole que había adelgazado, bien que estaba demasiado pálida, ahora que debía tener más cuidado. A finales de año, cuando se acercaba para mi esposa el día que salía de cuentas, la llevé a la planta baja, donde había preparado otra cama con el pretexto de que todo sería más cómodo para ella. En realidad, los dos estábamos celosos de nuestro tálamo y no queríamos que nadie descubriese el secreto. Solo Euriclea podía entrar en él.

Nació un varón y fui yo quien le dio el nombre antes de que algún otro le impusiese uno que no me gustara. Le llamé Telémaco porque un día también él se convertiría en un arquero y le dejaría en herencia el arco del abuelo Autólico, el arma más poderosa y extraordinaria que había en palacio. Todos los hombres en casa dijeron que se parecía a mí; todas las mujeres afirmaron que se parecía a su madre. Por tanto sería un muchacho perfecto. Aquel día subí hasta la cima del Nérito para ofrendar a Atenea un cordero que

había hecho elegir como el más hermoso del rebaño por mis pastores. Lo inmolé sobre una roca en el centro de un claro del bosque lleno de flores azules y de rojas amapolas y lo ofrecí en holocausto. Mi madre, en palacio, ofrecería un sacrificio a Hera, que asiste a las parturientas, para agradecerle que todo hubiera ido bien.

Argo se adaptó enseguida al recién llegado y a menudo, cuando no venía a cazar conmigo, se echaba a los pies de la cuna. Si el niño emitía un gorgoteo, se levantaba, apoyaba las patas en el borde y le lamía la mano como para hacerle sentir que no estaba solo y que alguien velaba por él.

Penélope eligió a la nodriza entre sus siervas para estar segura de que el niño recibiera todos los cuidados necesarios. Permanecía con Telémaco el mayor tiempo posible y a veces subía a mi barca con el pequeño cuando salía de pesca.

Un día, mientras contemplábamos la puesta de sol sobre el mar sentados en la escalinata de la entrada, me dijo:

—Has preparado un largo período de paz en Acaya para que tu hijo pueda vivir el mayor tiempo posible en un mundo sin sangre. El triste pronóstico implícito en tu nombre no se ha esfumado. Mira cómo descende el sol sobre el mar, oye las voces de los niños que juegan abajo en el pueblo. Yo estoy feliz de haberme puesto el velo por ti, Odiseo. Y pronto llegará el momento de volver a Esparta. Mi padre comprenderá que no son el poder y los ejércitos los que nos hacen felices, sino el desear las mismas cosas, el vivir en paz, el crecer de los hijos para que vivan mejor que nosotros.

Tomé su mano y la sostuve entre las mías hasta que el sol hubo desaparecido en el mar y la voz de Euriclea nos llamó para la cena. Pero Mentor dijo que mi padre discutiría de cuestiones importantes y Penélope prefirió hacerse servir en las dependencias de las mujeres. Yo cené con mi padre el rey en la gran sala.

Estaban presentes algunos de mis amigos: Euríloco, Perimedes, Elpenor, Euríbates, que me habían acompañado al continente a ver al abuelo, así como los consejeros de mi padre, su montero y Mentor. Estaba vacío el sitio de Damastes, cosa que desagradó a los presentes. Se sirvió carne de cordero en espetón, pan tostado, aceitunas y huevos de perdiz con vino tinto de Mesenia. Un obsequio que Néstor nos mandaba cada año y que nosotros le correspondíamos con pieles de cabra y de oveja y salchichas de cerdo.

Cuando por fin se levantaron las mesas, Mentor se dirigió al rey diciendo:

—El príncipe Odiseo, nuestros huéspedes y yo estamos ansiosos por escuchar lo que tienes que decirnos.

Mi padre hizo servir vino a todos y comenzó a hablar:

—A finales del verano, tú, Mentor, reunirás a la asamblea del pueblo en el ágora. Que cada uno de vosotros se las apañe para convencer a todos los que conoce para que se hallen presentes. De todos modos el heraldo saldrá muy pronto el día convenido para convocarlos. Os deseo a todos una noche tranquila.

Le miré como para adivinar en su mirada lo que estaba pensando, pero no hice ninguna consulta. Un rumor corrió entre los circunstantes. Cada uno se preguntaba qué había sucedido y qué estaba por ocurrir para que el rey convocase la asamblea del pueblo. Pero como mi padre había concluido con palabras de despedida, los presentes se levantaron y, tras haber saludado, salieron para dirigirse a sus casas. Al final, tras irse los amigos, quedamos solamente Mentor y yo, junto con mi padre, que nos sirvió personalmente y prosiguió hablando.

—Hijo —manifestó—, ya eres un hombre que se ha demostrado capaz de asumir grandes responsabilidades...

Miré con expresión interrogativa a Mentor, pero parecía que ni siquiera él supiese adónde quería ir a parar el rey con aquel discurso.

—... En tu misión a Esparta demostraste gran prudencia y sagacidad. Toda Acaya debe estarte agradecida. No has querido competir por la más bella mujer del mundo, pero has elegido a la que a tus ojos era la más hermosa, y también la más prudente y digna. Construiste el tálamo nupcial con tus propias manos, posees un arma formidable, signo de la consideración y de la estima del hombre más despectivo e irascible que yo haya conocido nunca: tu abuelo. Finalmente has engendrado un hijo, eres cabeza de familia. Puedes serlo de tu pueblo...

«¡No, *atta!*!», gritaba mi corazón, pero la voz no salía de entre los dientes. Mi padre me miró fijamente con sus ojos de un azul iridiscente, hasta el fondo del alma.

—... ¡Puedes ser el rey de Ítaca!

Traté de todos modos de disuadirlo, le supliqué que no tomara una decisión semejante. Nunca habría querido que llegase ese momento porque no estaba en mis planes suceder a mi padre. Era un hombre aún muy fuerte, era apreciado y conocido por todos los reyes de Acaya, podía contar con poderosos aliados, gozaba de un prestigio enorme. Habría podido reinar aún por muchos motivos. Yo no había llevado a cabo hasta ese momento ninguna empresa a no ser la muerte de un jabalí después de haber sido herido por él.

—Has hecho más —me respondió—, has evitado un enfrentamiento violento entre los más grandes príncipes de Acaya y los has vinculado mediante un juramento. Esto vale más que haber vencido en duelo o ganado una batalla. No debes creer que he tomado esta decisión de forma irreflexiva.

Hablé de ello toda la noche con Penélope, que en cambio trató de convencerme de que aceptase la resolución de mi padre.

—Tu padre es también tu rey, Odiseo. No puedes sustraerte a la responsabilidad que te ha atribuido: sería una grave falta de respeto y una ingratitud. Soy una mujer feliz, no es mi deseo ser reina, pero estoy convencida de que serás un gran soberano, porque te conozco. Cuando ríes, tus ojos cambian de color como el sol de la mañana. Te lo dije en el jardín plantado de manzanos y de olivos...

—Lo recuerdo —respondí—, como si fuese ahora. También tú sonreías mientras yo trataba de adoptar la expresión de un gran guerrero.

—Lo eres, hasta el punto de que no necesitas demostrarlo. Así pues, acepta la voluntad de tu padre y hónrale para lo que le queda de vida. Por lo que se refiere a la reina madre Anticlea, te aseguro que se sentiría feliz por ello.

Incliné la cabeza y mi corazón estaba colmado de tristeza. Otros habrían deseado el cetro y el trono. Yo no.

El acontecimiento fue anunciado por el heraldo en todo el reino el día del último novilunio de verano y mi sucesión al trono de Ítaca tendría lugar en el equinoccio de

primavera, un lapso indispensable para los preparativos. Fueron convidados todos los nobles del reino y mi padre pensó largamente si no debía invitar también a los otros reyes o a algunos de sus compañeros de aventura en la búsqueda del vellocino de oro, pero le pareció que sería imposible preparar un digno recibimiento a tan poderosos soberanos. Su casa no era lo bastante grande, porque con los reyes estaban sus esposas, sus hijos, su séquito, las guardias personales, las siervas y los siervos.

—Ítaca es demasiado pequeña, hijo mío. Pero será igualmente un gran día. Se avisará a los reyes después por un mensaje mío que entregará personalmente Mentor dirigiéndose al continente.

Lo miré a los ojos, tan transparentes, tan profundos. Me hubiera gustado decirle muchas cosas, suplicarle de nuevo para que no cargara sobre mis hombros una responsabilidad tan pesada; hubiera querido hacerle comprender que deseaba seguir siendo libre para ir de caza con mi abuelo, a solas y sin una escolta de guerreros itacenses. Solo conseguí decir:

—Qué tristeza, *atta*, qué tristeza...

El héroe Laertes, mi padre, suspiró. Me dio una palmada en el hombro y no respondió.

Pasé el tiempo que me separaba de la sucesión hablando con él cada día, tratando de hacer mía su experiencia y su prudencia, su memoria y sus errores, sus secretos más celosamente guardados, sus aventuras, los sentimientos ocultos de su corazón.

Pasé el tiempo cazando con Argo, un animal extraordinario, potente, veloz, incansable. Llevaba a las presas hacia mí y apenas las veía aparecer disparaba con el arco de cuerno que el abuelo Autólico me había regalado. Un tiro podía traspasar por sí solo la durísima piel de un jabalí y destrozarle el corazón.

Pasé el tiempo junto a mi esposa, que cada día me parecía más hermosa y deseable. E iba a los pastos y a los rediles para conocer mi patrimonio: el ganado, las manadas, los esclavos.

Una vez Eumeo, el muchacho a quien mi padre había confiado la cría de los cerdos, me preguntó:

—¿Vendrás de nuevo a verme cuando seas rey?

—¡Si me invitas a cenar y me asas una pierna de cerdo, por supuesto! —respondí.

Me besó la mano y seguí visitándolo varias veces, tras una cacería, para recuperar el aliento y que me diera de comer. No recordaba quiénes eran sus padres ni cuál era su país de origen. Mi padre lo había comprado cuando era muy pequeño a unos

comerciantes fenicios. Su familia éramos nosotros. Por el rey Laertes hubiera sacrificado la vida sin pensárselo un instante.

También con Mentor pasé mucho tiempo, y fue él, el día de mi sucesión, quien tomó de las manos de mi padre el cetro y me lo entregó, de marfil, adornado de ámbar finamente tallado y engastado en oro y plata. Mi padre el rey Laertes (*sí, continuaré llamándole así mientras viva, porque un rey lo es para siempre*) puso sobre mis espaldas el manto azul que llevaba cuando volvió de la expedición de los argonautas.

Mi madre lloraba, Euriclea lloraba también, sin duda de la emoción. Había pasado en el fondo poco tiempo desde que me llevaban, siendo niño, en brazos. Alargué la mano izquierda y Penélope se colocó a mi lado. También sobre sus hombros pusieron un manto, blanco, recamado con un hilo de púrpura en el borde y en la cintura. Mi madre le había regalado un collar de jaspes con tres perlas de color rosa pescadas en mares lejanos y un anillo con un cuarzo amarillo engastado en auricalco que había pertenecido a la abuela Calcomedusa. Estaba increíblemente hermosa, mi reina, con los cabellos recogidos en lo alto de la cabeza y sujetos por una peineta de hueso, pero yo no conseguía estar feliz. Sentía la mirada de mi padre, oía la voz del pueblo, pero mi corazón sabía que todos los que me aclamaban estaban, sin embargo, más seguros con mi padre en el trono que conmigo.

Nos dirigimos en procesión hasta un santuario a orillas del mar, una gruta sagrada habitada por las ninfas, y les ofrecí un sacrificio propiciatorio; luego sobre la montaña desnuda, empinada y escarpada, inmolé otro sacrificio a Zeus, que protege al rey.

Pero a Atenea le dirigí la oración más sentida y apenada. No pedí nada a la diosa, salvo que estuviera cerca de mí.

—No me abandones nunca, diosa de mirada verde azulada, estate siempre a mi lado y muéstrame el camino a seguir. Y te suplico que me hagas llegar una señal de que me has escuchado y atenderás mis plegarias.

Mientras volvía a la ciudad y al palacio, vi a un pastorcillo que llevaba un solo cordero a pastar y lo encontré extraño. Era demasiado pequeño para pacer. Por la izquierda me embistió una ventolera fría, como de tormenta, y me volví en esa dirección murmurando:

—¿Dónde estás?

Cuando me di la vuelta, el pastorcillo había desaparecido y el cordero se había transformado en el carnero albino del abuelo Autólico.

De la boca me salió un sonido, y no reconocí mi voz cuando dije:

—Llegará la tormenta y el cordero habrá de convertirse en el gran carnero... ¿Es este, diosa, el mensaje?

Por la noche se había preparado en palacio un banquete magnífico para los nobles del reino y de las islas vecinas. Me presentaron a cada uno de ellos y nos rindieron homenaje a mí y a Penélope. El estrecho parentesco de la reina con los reyes de Esparta hacía de ella una persona de gran prestigio e importancia. Algunos eran hombres de la edad de mi padre y no conseguían ocultar una cierta actitud de superioridad respecto a mí. Todos manifestaron su fidelidad y su lealtad, y en cualquier caso la presencia de mi padre a mi lado tenía su influencia.

No pocos fueron hospedados en palacio, otros encontraron alojamiento en casa de los nobles de Ítaca: una ocasión para cada uno de ellos de confirmar amistades, concertar matrimonios, estrechar alianzas familiares. Cuando llegó la hora de retirarse, me reuní con mi padre en el porche en el que se había sentado para tomar el fresco antes de acostarse. Me sonrió.

—¿Cómo te sientes siendo el rey?

—*Atta*, ante todo quisiera saber una cosa. ¿Por qué has decidido cederme el cetro? Estás en la plenitud de tu vigor y experiencia y yo no quería ser rey. No lo deseo mientras tú tengas fuerzas y puedas gobernar el reino con pulso firme. Sentarme en el trono sabiendo que no tienes ya el prestigio de soberano me sienta mal.

—Lo sé y te comprendo. Pero es necesario. Han ocurrido muchas cosas. En Argos, el rey Adrasto, al no tener hijos varones, ha cedido el trono a su yerno Diomedes, al que has conocido. La razón no es fácil de comprender, pero yo creo que está convencido de que donde han fracasado los siete reyes, Diomedes y sus compañeros podrán reafirmar el prestigio de Argos. Diomedes declarará la guerra a Tebas para vengar a su padre, pero para hacerlo debe ser el rey de Argos. En Micenas, Agamenón es de hecho el rey. Si piensas que hace solo tres años nadie le conocía y hoy es uno de los soberanos más poderosos, si no el más poderoso, de Acaya, comprenderás lo que quiero decir. Y esto no es todo. En Esparta, Tindáreo está muy angustiado; desde hace tiempo no se sabe ya nada de sus dos hijos, a los que yo conozco bien. Cástor y Polideuces parecen haber desaparecido. Tras partir para un viaje al septentrión cuyo motivo se ignora, no han regresado todavía y existe una seria preocupación de que esto vuelva inestable el trono de Esparta, que ha quedado sin herederos. Por ahora la cosa se ha mantenido en secreto y

se ha difundido una noticia que tranquilice al pueblo. Pero si la situación no cambia, Menelao, como esposo de Helena, deberá suceder a Tindáreo. Al menos esto es lo que se dice y lo que se ha llegado a saber. ¿Entiendes lo que significa? Pues que Menelao y Agamenón juntos dispondrían de un poder superior a cualquier otro en Acaya y que toda la península meridional estará en manos de una nueva generación de jóvenes soberanos y nosotros debemos estar a la altura de las otras familias reales. Por eso te he cedido el cetro y el trono. No te preocupes, no tengo intención de desaparecer y siempre estaré aquí para apoyarte con mi consejo y también con mis brazos, si fuera necesario. Pero no lo será. Estamos en una posición apartada y tranquila, somos amigos de todos. Y somos el centinela de Acaya de esta parte del territorio. No veo nada en el horizonte que pueda preocuparnos.

Me dio una palmada en el hombro.

—Mantén la serenidad, *pai*; todo irá muy bien y recuerda que, si para los habitantes de nuestras islas eres el rey Odiseo, para mí sigues siendo un muchacho y como tal tengo intención de tratarte.

Mi padre, el héroe Laertes, me abrazó, y por un momento me pareció que volvía a ser el niño que fui.

Ser rey comportaba una gran cantidad de compromisos, aunque nuestro reino era pequeño. Lo primero de todo, tuve que visitar con Penélope todas nuestras islas. Los nobles habían venido ya a verme el día en que había subido al trono y me habían besado la mano. Muchos de ellos tenían la edad de mi padre, otros eran más jóvenes, lo cual significaba que sus padres no estaban ya.

De cada uno que era presentado, mi padre sabía todo y antes o después del saludo me susurraba en voz baja al oído lo que pensaba de ellos. Cuando los vi uno por uno en sus residencias, en sus casas y palacios, comprendí que sus gestos de homenaje, la manera con que me honraban era algo que acompañaba siempre a sus manifestaciones de poderío. Resultaba claro que mi reinado duraría mientras demostrase que era el más fuerte y que nadie se atrevería siquiera a pensar en desafiarme o rebelarse. Por eso viajé sin escolta.

Ninguno de mis amigos residía en las islas de alrededor; todos eran itacenses y, cuando me di cuenta viajando de una tierra a otra, me pareció un límite. Era bonito tener

amigos en todas partes, alguien en quien poder confiar. Al final, sin embargo, cuando partí de Same para atravesar el canal que la separaba de Ítaca, estaba satisfecho. Las islas eran tranquilas, la gente vivía bien, los nobles reconocían que mi padre había hecho una elección prudente. La mayoría de ellos le era seguramente fiel. Muchos le habían seguido en sus empresas y le habían visto ser siempre el primero en afrontar los peligros.

A los seis meses de mi reinado, Telémaco comenzó a emitir los primeros sonidos, pero durante un tiempo Argo fue el único en comprenderlo. Penélope jugaba con él cada momento que tenía libre de las preocupaciones domésticas. También yo hubiera querido hacerlo, pero se suponía que un rey debía mostrar un cierto distanciamiento de los sentimientos humanos. Una tarde invité formalmente a cenar a mi padre para decirle que iría a ver al abuelo a Acarnania y que él debería sentarse en el trono en el palacio para administrar justicia, recibir a los huéspedes y por tanto reemplazarme durante mi ausencia.

Mentor no estaba. Por orden de mi padre había ido al continente a visitar a todos los reyes para anunciar mi sucesión. Nadie sabía cuándo volvería; lo que sí sabían todos muy bien era cuánto le gustaban estos encargos, el ceremonial palaciego, hablar con el rey y la reina. Yo le había proporcionado regalos para Aquiles, Diomedes, Áyax de Salamina y Áyax de Lócride, Eumelo, Antíloco, hijo de Néstor, Menelao y Agamenón, rey de Micenas.

—¿Para qué quieres ir a ver a tu abuelo? —me preguntó mi padre.

—Hace bastante que no lo veo.

—Nadie va a visitar al lobo de Acarnania sin una razón muy concreta.

Me quedé en silencio durante un rato, el necesario para cortar un trozo de hígado de ternera y servírselo en el plato.

—¿Entonces?

—Te lo diré si no se lo cuentas a mamá.

—Hablas como un niño. En cualquier caso, no lo haré.

—Con ocasión de mi última visita me despidió diciendo que esa sería la última vez que nos veríamos, no por él. Por mí.

—Y por tanto quieres demostrar que estaba en un error. Que puedes darle la vuelta al vaticinio, al curso del hado. Estás loco, *pai*.

—No, solo deseo mostrarle que si una persona decide ver a otra lo consigue antes o después.

—Es capaz de no recibirte solo para demostrar a su vez que lleva él razón.

—Tanto mejor, querrá decir que está bien.

—Te reemplazaré, pero no estés mucho tiempo fuera. Tengo trabajo que despachar: sembrar habas, esquilar, cortar leña para este invierno..., o bien simplemente holgazanear. También esto es una labor y he descubierto que no me disgusta en absoluto.

—No estaré fuera mucho, *atta*.

Nos quedamos hablando de otras cosas hasta tarde y bebiendo vino. Al día siguiente di orden de preparar mi nave antes de la luna nueva, pero cuando faltaban solo dos días para la partida me anunciaron que había llegado otro bajel del continente con la enseña de Esparta. Mi padre estaba presente y frunció el ceño al oír este anuncio, luego me miró con cara de preocupación.

—Esparta es amiga nuestra: no tenemos nada que temer. ¿Por qué pones esa cara?

—Esparta es la ciudad de Helena y ya sabes qué quiero decir con ello. Y tu abuelo nunca yerra.

—¿Qué hacemos, vamos al puerto a recibirles?

Mi padre dudó un momento antes de responder.

—No. Esperémosles aquí en nuestra casa. Ponte el traje para las audiencias. Eres el rey.

Me hice vestir por mis siervos y mandé llamar a la reina. Penélope apareció poco después en toda su belleza, luciendo unas vestiduras de lino azul ceñidas en la cintura con una faja de lana negra que terminaba en una fina franja de hilos de oro. Un velo del mismo color que el traje estaba prendido de sus cabellos con un broche de auricalco. Se sentó a mi izquierda. Inmediatamente después aparecieron doce guerreros con sus armaduras de bronce refulgente y se colocaron seis a cada lado junto al trono. Mi padre se sentó en un escabel de olivo chapado de oro en la base de una escalinata, puesto de honor para quien había sido rey y gozaba aún de todos los privilegios de su condición.

Todo el palacio estaba en agitación, porque había corrido la voz de que Mentor había desembarcado y estaba llegando a palacio por un atajo. Llegó jadeando y chorreando sudor.

—Rey Odiseo, el rey Menelao de Esparta está subiendo a palacio para ser recibido.

—¿Rey de Esparta?

Las previsiones de mi padre se habían cumplido antes de hora. Lo busqué con la mirada y leí la preocupación en sus ojos; mil pensamientos se le pasaban por la cabeza,

ninguno de ellos bueno. También Penélope me miró inquieta. Hice una seña a Mentor para que se acercase y le pregunté en voz baja:

—¿A qué responde esta visita tan imprevista?

—Ha sucedido algo terrible —susurró Mentor—. Helena ha sido raptada.

Nos estremecimos, Penélope y yo, impactados por aquella revelación repentina y nos miramos espantados.

Raptada. En un instante mi reino, la paz de Acaya, mi familia y mi casa, hasta ese momento felices, estaban en grave peligro. Habría querido preguntar más, pero se anunciaba ya la llegada del rey de Esparta y el patio resonaba con las pesadas pisadas. Entró un heraldo en primer lugar para declamar:

—¡Menelao, hijo de Atreo, rey de Esparta, solicita ser recibido por Odiseo, hijo de Laertes, rey de Ítaca!

Me levanté y fui a su encuentro para abrazarle. Era de una gran apostura, alto de estatura y ancho de hombros, con los largos cabellos rubios recogidos por un lazo de cuero tras la nuca, revestido con una armadura de reluciente bronce, pero con el semblante sombrío, casi enojado. En el instante en que lo tenía abrazado contra mí pensaba en lo que me había dicho Mentor. ¿Raptada? ¿Cómo era posible? ¿Quién había sido tan loco como para secuestrar a la reina de Esparta? ¿Y si había sido ella la que había querido escapar? También esto cabía: era una muchacha tan hermosa como imprevisible.

Estábamos uno enfrente del otro; dos jóvenes reyes se sentaban en un trono que quizá no habían deseado. Penélope lo abrazó inmediatamente después y, fingiendo no saber nada, lo acogió con gran calor.

—¡Primo! Qué placer recibirte aquí en nuestra casa. Espero que me traigas noticias de mi padre.

—Lamentablemente —le respondió Menelao— no tengo buenas noticias. Tu tío Tindáreo ha muerto. Una enfermedad imprevista se lo ha llevado...

—Seguro que el rey Menelao se quedará con nosotros algunos días —dije yo— y tendrás todo el tiempo del mundo para preguntarle sobre tu padre. Trae otras noticias muy graves de las que debemos hablar. Te ruego que impartas las disposiciones oportunas para que preparen los aposentos para el rey de Esparta y para su séquito y hagas servir la cena en la sala de los argonautas.

Llamábamos así a una sala apartada en la que mi padre había hecho pintar en una

pared la nave *Argo* mientras levaba anclas y se hacía a la mar desde la rada de Yolco. El mascarón de proa representaba a la diosa Hera y detrás se podía ver al príncipe Jasón. En esa estancia el rey acostumbraba a recibir a sus huéspedes para conversaciones reservadas. Pensando en él, hablé a Menelao en voz baja, en tono confidencial:

—Siento que esta es una visita insólita y totalmente especial. Lo leo en tus ojos y en tu modo de hablar. ¿Te importa si invito a cenar también al rey Laertes, mi padre? Es un hombre prudente y de gran experiencia. Podría sernos de ayuda.

—Me sentiré muy honrado de cenar con el rey de Esparta —fue la respuesta de mi padre.

—Te ruego que nos sigas —dije a Menelao.

Y lo llevé a la sala. Sentía que no había tiempo para honores y ceremoniales. Por lo que podía ver ni siquiera había traído presentes para los intercambios de hospitalidad. «Señal de una partida imprevista y urgente —pensé—, más que de la proverbial altivez de los hermanos Átridas.»

Penélope ordenó servir cabrito asado, queso de oveja y vino tinto; luego los siervos hicieron una reverencia y desaparecieron.

—¿Qué ha pasado, Menelao? ¿Qué te trae a Ítaca? —le pregunté mientras cortaba un pedazo de carne.

—Helena ha sido raptada.

—¿Cuándo?

Los ojos azules de mi padre se ensombrecieron como un mar bajo un cielo de tempestad.

—Hará unos quince días. Yo estaba en Fócide, en casa de mi hermana Anaxibia, cuando desembarcó una nave en Gitión, un bajel procedente de Ilión que llevaba a bordo al príncipe Paris, el hijo del rey Príamo. Una visita de cortesía, creo yo, pero no solo. Príamo quiere ciertamente estar informado sobre la situación en Acaya, porque muchas cosas han cambiado recientemente. En mi ausencia, fueron los ancianos quienes le recibieron y escucharon lo que tenía que decir.

—¿Y qué tenía que decir?

—Eso no tiene importancia —respondió con brusquedad—, ese bastardo ha violado mi casa y mi hospitalidad, me ha deshonrado ante todo el mundo. Tú, Odiseo, eres el garante del pacto de los príncipes, un acuerdo jurado solemnemente en presencia del rey Tindáreo y en nombre de los dioses infernales. Por eso estoy aquí. Te corresponde

hacerlo respetar, reclamar a los que juraron defender no solo mi honor, sino el de toda Acaya. Si cualquier extraño puede permitirse llevarse a nuestras esposas de nuestras casas y quedar impune, ello quiere decir que el destino de esta tierra está marcado. Quiero estrangularlo con mis propias manos, arrasarlo su ciudad, exterminar a sus habitantes y llevar a Acaya a sus mujeres como esclavas y concubinas...

—Espera, muchacho mío —dijo mi padre en un tono y con una voz profundos, que infundían respeto y exigían atención.

Menelao se volvió hacia él con una mirada torva y trastornada: estaba fuera de sí. Parecía que habría fulminado a cualquier otro que no fuese el héroe argonauta, el amigo de Heracles, de Telamón y de Peleo y el cabeza de la casa en que se encontraba. Dejamos que mi padre continuase su discurso:

—Una guerra es siempre una catástrofe. El país se ve privado durante meses o años de sus reyes y de sus príncipes, de sus mejores hombres. Muchos caen y ya no vuelven. En el combate todos pierden, quien más, quien menos. Cada uno de los contendientes parte convencido de vencer, pero el resultado no es nunca seguro. Pueden intervenir poderosos aliados invirtiendo la suerte de una guerra incluso en el último momento. Quien ha sido derrotado provoca la venganza de los amigos y de los aliados, la piedad de los dioses. La contienda es la última de las opciones, cuando todo ha sido intentado para obtener el resultado apetecido. No se sacrifican miles de jóvenes en la flor de la vida y de su vigor para aplacar la ira, aunque sea justa, de un príncipe. Escúchame, muchacho mío, un rey es el padre de su pueblo y no quiere la muerte de sus hijos, a menos que sea imposible evitar el conflicto.

Menelao estaba a punto de decir algo que tal vez habría podido ofender a mi padre y ponerme a mí en una situación insostenible. Intervine justo a tiempo.

—Padre, ¿qué aconsejas hacer, pues? Es impensable que el rey de Esparta pueda sufrir una afrenta semejante sin reaccionar.

Menelao fue amansado momentáneamente por mis palabras y miró a mi padre con una expresión que habría podido ser de desconfianza pero también de curiosidad.

El rey Laertes habló:

—Id a Ilión, inmediatamente. Tú, Menelao, y tú, hijo mío. Acudid allí mostrando buena voluntad, haciéndole comprender a Príamo que, detrás del acto insensato de su hijo, sabéis ver a un pueblo que nunca nos ha hecho daño alguno: hombres, mujeres, viejos y niños que preferirían vivir en paz y cuyas vidas se verían rotas o arruinadas para

siempre por la guerra. Menelao se limitará a pedir la restitución de Helena. Si hay una negativa, hablarás tú, Odiseo, y confío en que sepas convencerles de evitar el duelo y el desgarró de la guerra. Evoca los lazos de sangre: la hermana del rey de Troya es esposa de Telamón de Salónica. Si Príamo persiste en la negativa, deberás negociar con él en privado. Será más fácil.

Me volví hacia mi huésped.

—¿Qué dices, Menelao?

—¿Harías esto por mí? —preguntó a su vez.

—Lo haría por ti, por mí, por mi familia. Lo haría porque es lo justo y porque confío en la cordura y en la experiencia de mi padre.

—¿Cuándo estarías dispuesto a partir?

—Dentro de diez días. Desde Gitión.

—Dentro de diez días. A partir de este momento considérame un gran amigo tuyo, Odiseo.

Nos abrazamos y cada uno de nosotros se retiró a su aposento para pasar la noche.

Nadie había tocado la comida.

Pasaron diez días en una exhalación y llegó el tiempo para mí de dejar Ítaca, a Penélope y Telémaco. Mi corazón estaba muy triste, pero mis ojos permanecían secos, porque estaba aprendiendo cómo se comporta un rey. Los estreché en un único abrazo y era un tormento para mí separarme de ellos, pues no conseguía proferir palabra. Fue mi esposa la primera en hablar:

—¿Partiréis con una escolta numerosa de guerreros? Podría haber peligro allí.

—No, quien lleva guerreros acarrea la guerra y es lo que yo trato de evitar. En estos casos, o se va con un ejército invencible o se va solo. Iremos únicamente con nuestros heraldos. Príamo es un viejo rey prudente, su ciudad es rica por el tráfico comercial en los estrechos, que le pagan un tributo; muchas veces son también nuestras naves las que enriquecen su tesoro.

»Nos devolverá a Helena, ofrecerá reparación por el gesto irreflexivo del hijo y asunto concluido. Dentro de un mes a partir de hoy habré vuelto y cada día que esté lejos pensaré en ti.

—Llévate contigo al perro —dijo mi esposa—, los animales huelen el peligro y te avisan.

—No, Argo se ha encariñado mucho con el niño y Telémaco con él. ¿No ves cómo juegan juntos?

—Vuelve conmigo cuanto antes, vuelve para dormir a mi lado en el lecho que construiste entre las ramas de un olivo, vuelve a respirar entre mis brazos. Cada día que pase sin ti será un día gris.

—Si consigo evitar la guerra será una jornada radiante para todos y lo celebraremos en Ítaca y en todas las islas. Atenea me asistirá. La he sentido próxima en estos últimos días.

La besé para llevar conmigo por mar el sabor de sus labios, hundí la mirada en sus ojos, negros como el abismo, y besé a mi hijo, que ella tenía en brazos.

La observé durante todo el tiempo en que resultó visible desde la nave. Su figura esbelta se asemejaba a la sombra de una diosa y casi me parecía oír la canción que me había revelado su voz antes que su rostro, en un jardín de Esparta: «Vuela, vuela lejos...».

Cuando cayó la noche sentí un fuerte deseo de mi mujer, la echaba mucho de menos, y el mar que se dilataba de continuo, el cielo que se reflejaba en él inmóvil hacían más amarga mi soledad. ¿Por qué mi padre no se había ofrecido a venir conmigo al menos hasta Gitión, de donde regresaría la nave? ¿Dónde estaban Cástor y Polideuces, los dos gemelos invencibles? ¿Dónde se encontraba Heracles, hasta dónde lo había llevado la desesperación? ¿Por qué los argonautas pasaban uno tras otro a la sombra? ¿De qué había muerto Tindáreo, el rey de Esparta? ¿Por qué debía yo comparecer frente a un gran rey de Asia para ganar una guerra sin combatir?

Mis compañeros que gobernaban el timón y que maniobraban la vela estaban taciturnos como si la noche que se acercaba los embargase de oscuridad y de miedo. Ítaca a nuestra espalda estaba hundida en el agua; solo la costa del continente se erguía, cual oscuro bastión, a nuestra izquierda. Una luz palpitó débil, trémula, lejana. Se apagó entre los repliegues de los montes.

—Atenea —llamó mi corazón—. ¡Hija de Zeus, virgen Tritonia, invicta, ven conmigo!

Y Atenea se reunió conmigo, escuchó mi voz, me inspiró otros pensamientos, los que la primera vez me habían infundido valor para cruzar el mar. ¡Más que valor! ¿Deseo de todo lo que no había visto nunca, ni conocido, deseo de perseguir el horizonte que huía, *hasta el punto de no retorno*? Hasta allí donde el agua lo cubría todo y ninguna tierra alzaba la cabeza sobre las olas, allende el mar, hasta las riberas de otro continente; tierras mágicas, misteriosas, fantásticas en las que todo es posible. Pensé en Damastes, en mi maestro de armas que había querido volver a sus montes para apagarse en aquellos amaneceres y en aquellos crepúsculos, espiando entre los troncos enormes si bajaban al valle los centauros, si las quimeras traspasaban en la hora incierta la frontera de la noche, el cielo de lo imposible, si hacían resonar con sus gritos los valles remotos.

Al final se impuso el cansancio a las preocupaciones, tal vez la diosa me mandó el sueño para concederme un poco de reposo e inspiración para lo que me esperaba al día siguiente.

Acunado por las olas y por el chapalear del agua contra el costado de la nave dormí

profundamente, mientras los compañeros de turno vigilaban en la vela y en el timón. El alba se demoró, la sombra de los montes alargada sobre el mar como un paño oscuro me protegió de la luz y prolongó mi descanso, y cuando abrí los ojos y miré a mi alrededor vi en la lejanía, blanco y ocre sobre una colina, el palacio de Néstor que dominaba Pilos, la playa arenosa y la bahía. Las sombras de los montes sobre el mar se acortaban a medida que el sol ascendía en el horizonte y, cuando se asomó sobre la cresta puntiaguda y remontó los picos ásperos y puntiagudos, desaparecieron del todo. El mar se volvió de plata y la nave pareció deslizarse más rápido sobre las olas; el viento nos empujaba hacia tierra y llegó la bienvenida. El primer rostro que se me apareció mientras me incorporaba fue el de Euríloco.

—Creía que ya no despertarías, *wanax* —me dijo—, y mientras dormías he dado orden de reducir la vela. Nos estamos acercando.

—Has hecho bien —respondí yo—, pero no te dirijas a mí de esa manera. Eres mi primo y mi amigo, como todos vosotros. Me llamaréis entonces por mi nombre. Lo que distingue a un jefe y a un rey es su capacidad de tomar las decisiones acertadas y de rodearse de hombres que saben hacer otro tanto cuando él duerme.

También los otros me oyeron y se acercaron.

—Estamos orgullosos de que nos consideres amigos y nos exhortes a llamarte por el nombre pese a ser nuestro rey —dijo Perimedes—. Lo consideramos un privilegio y queremos que sepas que tu destino será el nuestro; los peligros que hayas de afrontar, los mismos. Pero siempre el mando será tuyo, así como tus privilegios tanto en la mesa como en el reparto del botín después de un ataque o una victoria en el campo de batalla. Y si al regreso de esta misión quieres volver a partir para dedicarte en tierras lejanas al pillaje de cosechas y de vino, o de mujeres o de esclavos, sabes que en el cofre grande de popa y en el otro de proa tenemos siempre listas las armas.

—Ni pensarlo, amigos. Esta nave ha salido para una misión crucial: si va bien, viviremos tranquilos; si va mal, entonces recurriremos a las armas y tendré necesidad de vuestra fidelidad y de vuestro valor por largo tiempo.

Quedaron mudos durante unos instantes ante aquellas palabras, porque no comprendían su significado al no haber yo revelado el secreto de mi viaje, pero pronto Euríloco ordenó las maniobras que había que hacer y se puso él personalmente al timón. La nave entró con buen viento, surcando la tersa superficie del agua, en la embocadura entre la colina de Pilos y la larga isla que cerraba la bahía. Atracamos en el embarcadero

mientras los hijos de Néstor llegaban del palacio: Antíloco y los otros y hasta el pequeño Pisistrato, avisados por los soldados de la guardia y por los vigías que habían visto la nave y la enseña.

—Rey Odiseo —me saludó Antíloco—, parece que fue ayer cuando eras un muchacho como yo e ibas de viaje con tu padre Laertes y ahora reinas en Ítaca, Same y en las otras islas. ¿Cuánto te quedarás? El rey Néstor ha dado orden de matar un grueso toro para ti y para tus hombres.

—Os lo agradezco, amigos míos, pero no puedo permanecer en la isla. Subiré a palacio para saludar a vuestro padre y pedirle agua para beber, pan y pescado fresco, y fruta.

—Vamos —repuso Antíloco—. Todo está preparado y la nave te acogerá a la vuelta llena de todo cuanto te haga fácil la travesía.

Néstor me recibió como a un hijo. Sabía ya muchas cosas.

—La nave de Menelao ha recalado aquí mientras iba a Ítaca y de nuevo al volver al puerto de partida. Tenía un semblante sombrío, y se podía leer el tormento en sus ojos. Saber que tu mujer, la más bella del mundo, que nunca habrías podido imaginar tuya, está lejos, con otro hombre, joven, capaz de seducirla con el tiempo, con sus miradas y caricias... Y tú irás con él. Esto se dice. ¿Puedes confiar en un viejo amigo de tu padre, joven rey?

—¿Cómo podría negarme? —dije—. Mi padre cree que eres el más prudente de los hombres y ciertamente no anda errado. Sé que conservarás mis palabras en tu corazón.

»Iremos juntos a Ilión, para ser admitidos en presencia de Príamo. Esto es lo que quiere Menelao, que hable con el viejo rey, que le pida que devuelva a Helena, de buena voluntad, sin rescate; es más, ofreciendo una reparación por la ofensa, por la violación de la ley de la hospitalidad. Yo tendré que dialogar, porque fui el garante del pacto de los príncipes cuando les hice jurar en Esparta, en presencia de Tindáreo y de Leda.

—La fama de tu ingenio multiforme, fecundo en ardides, hijo mío, ha llegado a la orilla opuesta del mar y te precederá en Asia. Habla sinceramente, si puedo darte un consejo, habla con la fuerza del derecho de quien ha sido ofendido y herido después de haber ofrecido hospitalidad y una buena acogida. El rey Príamo es un hombre justo. Te escuchará.

—Es lo que muchos piensan, pero la realidad es a menudo distinta de las expectativas. Sin embargo, seguiré tu consejo. Una vez más gracias por tu acogida y por tu amistad,

gran rey. A mi regreso haré escala de nuevo en este puerto y en esta casa y ruego a los dioses que me concedan la alegría de traerte buenas noticias.

Me abrazó el rey Néstor, el jinete gerenio, como a un hijo, y manifestó:

—Si no tienes éxito en tu misión, nos espera una época de luto y de masacres. Los jóvenes guerreros no ven la hora de llegar a las manos, de demostrar lo poderosos que son, fuertes y valientes, pero no se dan cuenta de lo que es la guerra. Solo tú pareces ser consciente de ello porque sabes lo que es la responsabilidad y el valor de la vida. Consigue un acuerdo, aunque sea en secreto, con Príamo, para devolver a Helena a Acaya e impedir la lucha.

Me hubiera gustado marcharme ese mismo día, pero fue imposible rehusar la hospitalidad del rey. Ni uno de mis compañeros durmió en la nave. Todos fueron hospedados en el palacio o en las cercanías. Partimos antes de que se hiciese de día, pero Néstor estaba ya en pie y quiso acompañarnos hasta el puerto, y su figura, que se erguía en el muelle, resultó visible largo rato a medida que nos alejábamos hacia el mediodía.

Al cabo de dos días doblamos el cabo Malea y volvimos a subir hacia septentrión en dirección a Gitión, al fondo del golfo de Argólida, empujados por el viento Noto. Protegida a levante y poniente por los altos promontorios y por las cadenas montañosas que emergían de las aguas cual dorsos de dragones, la nave avanzaba rauda hacia su destino. Llegamos al puerto de Gitión el quinto día después de la partida de Ítaca, enarbolando nuestro estandarte. Fuimos avistados cuando estábamos aún en alta mar y el rey Menelao estaba esperándonos en el muelle, rodeado de sus amigos y de los guerreros de su séquito para rendir los honores al rey de Ítaca.

En el muelle había atracadas dos naves de guerra que embarcaban agua y víveres. Eran las que nos llevarían a Ilión, con viento favorable o contrario o del través. Abracé a mis compañeros uno por uno y los miré maniobrar con el bajel y poner proa hacia el mediodía. Compartirían mi destino durante muchos años, para lo bueno y para lo malo, en la suerte y en la desgracia.

—Decidle a mi padre que volveré pronto y que no piense en nada malo. A la reina, mi madre Anticlea, que le traeré regalos muy hermosos y también a mi esposa.

Me aseguraron que así lo harían y que me esperarían con ansiedad a mi regreso de Asia. Antes de que la nave se hiciese mar adentro me acerqué a Menelao. Pese a su

semblante sombrío, y estar revestido con la armadura, me sonrió y vino a mi encuentro con palabras de bienvenida. Había pasado ya un mes desde que Helena había abandonado Esparta.

Partimos dos días después. Ambos en el mismo bajel, durante toda la travesía aprovechamos para hablar largo y tendido. La mayor preocupación de Menelao era demostrar que Helena había sido raptada por la fuerza y que no había huido por su propia voluntad con otro hombre. Me dijo que había dado a luz hacía poco una niña, Hermione, y que por nada del mundo la habría dejado, y mucho menos por un desconocido.

—Y, además, fue ella la que me eligió a mí —dijo—, no al contrario.

—¿Es el amor el que te hace hablar así, o es el honor ofendido?

Me vino a la mente ese instante en el que ella, la hermosa entre las hermosas, pareció venir hacia mí, pero luego en el último momento se desvió de su camino cuando vio el gesto negativo, apenas perceptible, de mi cabeza.

—No puedo separar una cosa de la otra —respondió Menelao—. ¡Helena es mía! Helena, haciendo el amor conmigo, me ha dado una hija. ¿Acaso crees que un hombre que se ha unido amorosamente con una mujer semejante puede desprenderse de ella? Te entra en la sangre, Odiseo, como una enfermedad; ninguna otra mujer podría nunca sustituirla ni parecerme deseable, y su lejanía se vuelve un tormento insoportable. Cada noche, cuando cierro los ojos, la veo desnuda en los brazos de ese otro, haciendo lo que ha hecho conmigo, y es como si un lobo me mordiese el corazón.

Había hecho una pregunta inoportuna. Dejé de hablar para no exacerbar su ánimo. Sin embargo, durante el viaje conversamos de nuevo largo y tendido mientras doblábamos el cabo Sunion, costeano la isla de Eubea... Pasamos cerca de la bahía de Yolco, vimos en lontananza blanquear la ciudad y erguirse sobre la colina el palacio de Pelias y me pregunté dónde estaba entonces la nave *Argo* que había conquistado el vellocino de oro en Cólquide, en los confines del mundo. Tal vez yacía acostada sobre un costado como un cetáceo varado en la arena, los mejillones incrustaban su quilla, la gente cortaba el palo mayor y las batayolas para hacer leña para el invierno. Demasiado grande, construida y hecha por hombres demasiado grandes. Ahora ya inútil.

—Creo que las naves tienen un alma, ¿sabes? —decía—. Cantan en el viento, gimen en la tempestad, susurran en la brisa de la noche, y cuando exhalan su espíritu, derrelictos abandonados y tristes, lloran, y su voz se confunde con la de las olas y de los

ojos que tienen en la proa corren lágrimas que se pierden en el mar.

Navegamos más allá de Tesalia, y Menelao indicó con el brazo tenso una cima rodeada de nimbos de tormenta.

—El Olimpo —dijo—. Desde allí los dioses pueden ver todo el mundo.

Un viento de poniente nos empujó raudos a la altura de la península de los tres promontorios y luego hacia Tracia, y, al cabo de cinco días, avistamos la costa de Asia. Di las gracias en mi corazón a la diosa que me estaba ayudando y le rogué que me sostuviera cuando llegara el momento más difícil.

Otra montaña se erguía imponente dominando aquella parte del mundo y solo entonces sentí la necesidad de hacer a Menelao una pregunta que habría podido formularle mucho tiempo antes, pero que siempre había pospuesto.

—Si Príamo nos devuelve a Helena, ¿te declararás satisfecho? ¿No pedirás otras reparaciones que podrían provocar una negativa? ¿Podría volver a casa y vivir en paz?

—¿Tienes miedo de combatir? —preguntó Menelao.

Pensé que cuando un hombre contesta a una pregunta con otra significa que quiere evitar una respuesta que no te gustará. Y sentí un estremecimiento en el corazón.

—No tengo miedo. He sido educado y forjado como un guerrero, como tú. Me duele pensar en dejar a Penélope y a Telémaco, en no verlos más durante mucho tiempo, tal vez para siempre. Temo que en mi ausencia alguien quiera coger la delantera respecto a mi casa, a mi esposa, a mi padre, que no está ya en la flor de la vida; invasores, piratas, ¿quién sabe? El reino quedaría desprotegido de sus mejores combatientes; los jóvenes más valerosos y forzudos estarían lejos, comprometidos en una guerra de resultado incierto. ¿Te parece tan difícil de entender? Lo que he pensado es lo mismo que nos dijo mi padre el rey Laertes cuando llegaste de visita a mi casa. Menelao, fuiste a Ítaca a solicitar mi ayuda a sabiendas de lo que pensaba: dijiste que a partir de ese momento serías amigo mío para toda la vida.

—Así es —dijo el rey de Esparta.

—Pues sé claro en tus respuestas. ¿Apoyarás mis intentos para conseguir a Helena y traerla de vuelta a Esparta? Si de veras es esto lo que quieres, ¿me ayudarás a conseguirlo por medio de los troyanos y del rey Príamo? La verdad, Menelao.

—Te ayudaré —respondió, y durante un buen rato no dijo nada más.

Apareció a la vista la isla de Ténedos y luego el cabo Reteo al sexto día de haber dejado Gitión. Delante de nosotros se abrió un golfo que penetraba en la tierra por

espacio tal vez de cuatro leguas de navegación y que llegaba en su parte extrema a lamer la base de una colina sobre la que se erguían una fortaleza poderosa y un gran palacio.

Ilión.

La fortaleza se erguía sobre lo alto de la colina que dominaba la bahía, rodeada de un bastión reforzado con unos poderosos contrafuertes. Más abajo se descubría un segundo recinto menos recio y menos impresionante que el otro, más antiguo, conectado al primero por medio de una rampa. El palacio de Príamo podía adivinarse por la gran terraza almenada que sobresalía y por dos torres igualmente fortificadas. Enfrente de nosotros se entreveía una de las puertas, la orientada a poniente. Estaba abierta. Y había un gran tránsito, de carros, de ganado, de acémilas, asnos sobre todo, pero pude ver un par de otras bestias que no había visto nunca antes: camellos. Muchos subían del puerto, muchos otros venían del campo. Había guerreros en las torres, en las murallas, al lado de los batientes de la puerta, pesadamente armados con yelmo, coraza, escudo, espada y lanza. La ciudad y su rey querían mostrar su poder a quien llegaba por mar, ya fuesen mercaderes, viajeros, piratas. También a nosotros.

Desde lo alto de la colina, desde el lugar en el que debían de encontrarse los santuarios y los recintos sagrados, se alzaba el humo de los sacrificios ofrecidos en honor de los dioses. Por levante desembocaba en la bahía un río que luego supe que se llamaba Escamandro. Su curso estaba flanqueado por unos altos y esbeltos chopos, frondosos por la abundancia de agua. A los pies de la fortaleza se veía una población bastante extensa, de casas de una o dos plantas, rodeada de una maciza muralla de adobe, con los flancos inclinados y refuerzos de piedra en determinados puntos y en correspondencia con las jambas de las puertas. La calle principal de acceso estaba alineada con la puerta principal de la fortaleza, de dos batientes, ladeada y con los puntales sobre niveles diferentes. No había visto jamás una construcción tan extraordinaria. Su nombre sería un día símbolo de masacre y de estragos, baluarte teñido de la sangre de muchos jóvenes héroes: ¡las puertas Esceas! Nombre que sabía a obstáculo y a agudo dolor.

También había guerreros en el puerto, a lo largo de los embarcaderos, en el mercado

de pescado y en el de las otras mercancías. Parecían tranquilos; apoyados en la lanza, hablaban y miraban a su alrededor de vez en cuando. No veía nada más en aquel momento, solamente a esos combatientes, criaturas irreales. Me lo tomé como un sueño de mi diosa. Una advertencia.

Algunos de ellos indicaron nuestra nave, gritaron algo y la situación se animó como de improviso. Un hervidero de hombres y de voces. Fuertes llamadas, un sonido de cuerno, tal vez un saludo, o una alarma. La nuestra era una nave de guerra que entraba en puerto. A bordo teníamos una veintena de guerreros alineados a lo largo de las amuradas con escudos, lanzas y yelmos con altas cimeras. A popa se erguía el estandarte con las enseñas de Esparta, rojo y ocre con dos leones enfrentados, el escudo de los Átridas, el mismo que había visto en el arquitrabe de la puerta de Micenas.

Di orden de acercarse y recurrir a los remos. El timonel lanzó un cabo y dos mozos lo aseguraron a una amarra. Un buen número de guerreros troyanos se había reagrupado en el ínterin a lo largo del muelle. También el cielo se adensaba: nubes grises, foscas, húmedo y sofocante bochorno. Mi frente chorreaba, mis brazos relucían de sudor.

—¿Estaban enterados de nuestra llegada? —pregunté.

—Nosotros no les avisamos —respondió Menelao—, pero seguro que ellos lo sabían o se lo esperaban. Lo que ha sucedido es muy parecido a un acto de guerra.

Convoqué a nuestros heraldos. Uno era de los míos, de Ítaca, se llamaba Euríbatas y era hijo de un noble señor de Same. El otro acompañaba a Menelao y hablaba la lengua de los troyanos. Se dirigió al que parecía, por el aspecto y por las enseñas, el comandante.

—Este bajel es una nave real y transporta a dos soberanos de la tierra de Acaya.

El jefe clavó su mirada en mí y en Menelao.

—El *wanax* Odiseo, hijo de Laertes, rey de Ítaca, y el *wanax* Menelao, Átrida, rey de Esparta. Hemos venido para ver al rey Príamo, señor de esta poderosa ciudad. Queremos hablar con tu soberano y solicitarle audiencia. Los reyes permanecerán a la espera en este bajel.

El comandante habló en voz baja con dos de sus hombres y estos, tras hacer subir a nuestros heraldos en un carro, lanzaron los caballos de carrera hacia la ciudad y la fortaleza. Menelao y yo esperamos en silencio; ninguno de nosotros tenía ganas de conversar. Las palabras solemnes con las que los heraldos nos habían anunciado me daban miedo en aquel momento. Observaba la fortaleza y me daba cuenta de que estaba

explorando los puntos vulnerables; miraba los campos y la playa y pensaba dónde recalar con una flota, por dónde lanzar un ataque. Dentro de mí me comportaba ya como un hombre que no cree posible la paz. Menelao hacía ciertamente lo mismo. Mi misión nacía comprometida, y sin embargo no tenía intención de rendirme, no quería dejar de intentar nada.

Observaba las puertas, la gente, la calina, el polvo. Tenía ante los ojos las obras de la paz: el comercio, el tráfico mercantil, las naves que entraban y salían de la rada. Un narrador de historias callejero que buscaba quien le escuchara. Nadie se detenía. El tiempo no pasaba. No tenía hambre, ni sed, solo un nudo en la garganta, duro. El sol comenzaba a declinar a nuestra espalda. La luz cambiaba, todo se volvía más hermoso de ver, los colores se saturaban, la canícula se abría a las golondrinas, el mar adquiría el tono del vino, los peces se deslizaban bajo la superficie del agua, las gaviotas volaban bajas y chillaban, fastidiosas, hambrientas.

—Ya llegan.

También yo los vi. Bajaban por las grandes puertas ladeadas: ¡las Esceas! Eran dos, montados en un carro conducido por un cochero. Otros dos conductores transportaban otros carruajes, vacíos, para nosotros.

—Han venido para llevarnos —respondí.

Nos preparamos.

—Nada de armas de ataque, Menelao, sino de defensa: la coraza, las grebas, el yelmo bajo el brazo. Nada más.

Asentí y desembarcamos escoltados por nuestra guardia mientras llegaban los carros y bajaban los heraldos. Busqué por todas partes, con la mirada, a mi diosa, un signo de su presencia. *¿Dónde estás?*

«Aquí», dijo dentro de mí una voz y los ojos se alzaron, rápidos; corrían como jóvenes guerreros impetuosos, más allá de las puertas Esceas, más allá del muro, más allá de la rampa, más allá del segundo recinto amurallado hasta alcanzar el santuario. Una figura se erguía sobre la fortaleza, fluctuaba al viento; un escudo reflejó el ocaso, escarlata, pequeño sol.

«Ayúdame, te lo ruego», suplicó mi corazón; muchos eran los palpitos, lenta la respiración. Olor a mar y griterío de aves. Había llegado el momento.

Los heraldos se acercaron.

—*Wanax* Menealo, *wanax* Odiseo, el rey Príamo acepta recibiros y escuchar vuestras

palabras. Pero mientras permanezcáis aquí seréis huéspedes de Antenor, uno de los nobles más eminentes de la ciudad, consejero real, padre de numerosos hijos, todos varones.

Subimos. Los cocheros incitaron a los caballos, volvieron los carros hacia la ciudad y nosotros dejamos la guardia para custodiar la nave. Atravesamos las puertas sobre unos carriles de madera, móviles; afrontamos la rampa, tan pronunciada que los caballos enarcaban el cuello y los aros de bronce de las ruedas retumbaban en el empedrado. Se detuvieron, finalmente, delante del palacio. Primero fue el carro de Menelao; el segundo, el mío. Los guerreros troyanos, doce por cada lado, nos escoltaron hasta el interior. Los corredores resonaban con sus fuertes pisadas, con el metal sonoro de las armas, hasta la gran sala, hasta el trono. El rey estaba sentado en el gran sitial de marfil, tenía los cabellos blancos, la barba gris bien cuidada, entreverada también de negro; un cerco de oro ceñía su cabeza. Apretaba en la diestra un cetro de plata.

Todo a su alrededor hablaba de su poderío, de inmensas riquezas, de mujeres bellísimas, esposas y concubinas, capaces de engendrar príncipes altivos. Yo sabía lo que pensaba Menelao: que Helena estaba cerca, tal vez le estaba observando, sin ser vista, y quizá le pedía al príncipe Paris que no dejara que la llevarsen de vuelta a Acaya.

En torno al rey se sentaban ancianos y consejeros que escucharían nuestras palabras. El primero en hablar fue Menelao.

—Príamo, rey de esta grande y gloriosa ciudad, escúchame. He venido para pedirte un acto de justicia. Hospedé a tu hijo en mi casa, comió de mi pan. Y él, estando yo ausente, visitando a mi hermana Anaxibia, raptó a mi mujer, Helena, esposa legítima que me eligió como marido suyo. Ha causado una afrenta a mi casa, y a mí me ha deshonrado mortalmente. Pido que la devuelvas para que pueda llevarla a casa, con la hija nacida de nuestra unión que no ha vuelto a ver más.

El rey respondió inmediatamente:

—Nobles soberanos, comprendo vuestras razones, pero es costumbre en esta ciudad que sea la asamblea la que delibere. Mientras estéis aquí en la sagrada ciudad de Ilión, vuestras personas serán igualmente sagradas e inviolables. Dirigiréis, pues, la palabra al pueblo y trataréis de convencerle. La respuesta de ellos será la que decida. Roguemos a los dioses para que os inspiren a vosotros y a mi gente las palabras y los pensamientos más acertados. El noble Antenor, persona muy próxima a mí y querido por su gran cordura, os hospedaré en su casa. Allí recibiréis el anuncio y la invitación cuando la

asamblea se haya reunido.

Así concluyó el primero de nuestros encuentros con uno de los más poderosos reyes de Asia. Y no comprendí por qué no se ofreció a convencer él mismo a su pueblo. Su gran prestigio, su carácter imponente y la majestad de su persona, la autoridad de padre sobre su hijo Paris habrían bastado para desatar el nudo que amenazaba con estrecharse como un lazo en torno a su magnífica ciudad. Cada vez más sentía en torno a mí la presencia de potencias invencibles que no era posible doblegar a nuestra voluntad, de un hecho oscuro que se adensaba sobre nosotros como una tempestad sobre el mar.

Traté de pensar en Penélope, en su traje recamado de cien patitos, en Telémaco, que hablaba una lengua que solo Argo podía comprender, el lenguaje de los inocentes. Los sentía en ese momento lejanos, como nunca.

Fuimos conducidos a casa de Antenor, un palacio con muchas ventanas que se alzaba a escasa distancia de la rampa. Cada una de ellas, pensé, debía de corresponder a la habitación de uno de sus muchos hijos.

Era un hombre de aspecto imponente, alto de estatura, con una poblada barba oscura, pese a su avanzada edad. Vestía con el lujo de los orientales, llevaba aretes y anillos de oro y la casa estaba llena de bronce, de oro y de plata. No conseguía dejar de ver aquella ostentación y las imágenes de saqueo y de expolio. Así era como regresaba la nave de mi padre de los viajes armados: cargada de objetos fruto de la expoliación en países lejanos donde cada acto de conquista y de razia sobre unas gentes desconocidas era justo.

Antenor nos recibió rodeado de sus numerosos hijos y nos trató de acuerdo con nuestro rango. Se comprendía que debían de haberle avisado porque los siervos estaban atareados con la preparación de la cena y porque del hogar se expandía por toda la casa un olor a carne asada. A cada uno de nosotros le fue preparado un baño con las siervas a las que se mandó servirnos. También encontramos ropas frescas que ponernos, indumentaria adecuada para nuestra diferente complejión. Menelao era más alto y más imponente que yo y siempre me había preguntado por qué con un hombre semejante Helena había huido. En aquella ciudad sentía aletear su presencia por todas partes. Una sensación que me oprimía el corazón. ¿Qué sería del pacto de los príncipes que yo mismo había hecho jurar? Costaba creer que la belleza pudiera desencadenar la violencia hasta las más terribles consecuencias. Y continuamente me venían a la memoria los momentos en que habíamos estado el uno cerca del otro, tal como se me había aparecido la noche en que me había llevado a Penélope de Esparta. ¿Qué sentiría si volvía a verla?

La cena se desarrolló según el ceremonial. Los invitados debían de ser la flor y nata de los nobles de la ciudad a juzgar por las vestiduras, las armas y los joyas. Los vi desfilar uno por uno para ocupar su sitio en la sala. Por último, entró un anciano llevado en brazos por cuatro siervos y asistido por un joven guerrero.

Los troyanos hablaban una lengua muy parecida a la nuestra, aunque de acento distinto. Antenor se hacía comprender perfectamente y cuando no entendía algo se valía de un intérprete. Así nos fue posible mantener una conversación. Sobre cacería, perros, caballos, armas, animales de caza y tiro con arco. ¿Habíamos venido a Troya para aquello? Nos dimos cuenta de que no era así apenas todos se hubieron despedido y solamente nos quedamos cuatro. El rey Menelao y yo, nuestro anfitrión y el joven príncipe troyano que asistía al viejo inválido con devoción filial. Su nombre era sonoro y vocálico como un grito de guerra o como el canto de una mujer, según como se pronunciara: ¡Eneas! Un muchacho de tez cetrina, de cabello moreno y ondulado y de ojos negros y relucientes. Antenor se puso inmediatamente a hablar:

—El príncipe Paris es hijo de Príamo y por respeto al rey no diré abiertamente lo que pienso de él, pero lo que ha sucedido es terrible y, de haber sido hijo mío, lo habría castigado duramente y habría devuelto la esposa al rey Menelao con una reparación proporcional a la ofensa.

Menelao y yo nos miramos el uno al otro, cogidos por sorpresa por semejante afirmación. Recobré la esperanza de que podría volver a mi isla a amar a mi esposa entre las ramas de un olivo, a criar a mi hijo, a respetar a mis padres, a llevar a mi perro a cazar.

—Noble Antenor —intervine entonces—, tus palabras me alientan porque hemos venido aquí en son de paz para obtener solamente lo que es el derecho del rey Menelao. Ahora te pregunto si estarás dispuesto a repetir delante de la asamblea del pueblo lo que nos has dicho a nosotros entre estas cuatro paredes.

Eneas hizo un gesto con la cabeza como para anticiparse a lo que afirmaría el dueño de la casa.

—Es esto precisamente lo que diré y me alegra haber tenido esta ocasión para ofreceros mi hospitalidad. No quiero que nuestros hijos hayan de enfrentarse con vosotros en la batalla y perder la vida o quitaros la vuestra. Pero ahora no pensemos en cosas tristes y vayamos a descansar; estaréis cansados después de un viaje tan largo. Estáis en vuestra casa.

Pasamos tres días en el palacio de Antenor y comenzábamos a confiar que el litigio podría arreglarse. Dedicué mucho tiempo a Menelao para hacerle comprender que debería hablar antes de cederme a mí la palabra.

—Esta es una ciudad orgullosa —dije—, por lo que no hay que herir el orgullo de sus habitantes y de sus guerreros. Aunque conscientes de haberse equivocado, podrían ceder a la tentación de demostrar que, cuando se posee la fuerza, se tiene la razón. También nosotros lo hacemos. Recuerda que la opción del enfrentamiento se revela siempre fácil, porque todos piensan que serán los vencedores. Hacer la guerra es otra cosa.

El día de la asamblea convencí a Menelao de que no se pusiera la armadura, sino solo las vestiduras, sin adorno alguno, sin joyas. Debía de dar la imagen de un hombre ofendido que pide justicia en nombre del derecho. Cuando todos estuvieron reunidos en el ágora y el rey Príamo se hubo sentado en el trono y a su lado la reina Hécuba, uno de los ancianos con un heraldo acompañó a Menelao hasta el centro de la asamblea y reclamó atención. Al poco cesó el rumor y se hizo el silencio. Estaban presentes todas las personas que había conocido durante nuestra estancia en Ilión: el rey y sus hijos, entre quienes resplandecía el más poderoso y valiente, el heredero al trono, Héctor, y el príncipe de los dárdanos, Eneas; ambos iban revestidos con la armadura; estaba el padre de Eneas, Anquises, inválido; y Antenor, así como muchos de los nobles que había conocido en su casa. Fue este último quien invitó con un gesto a Menelao a tomar la palabra.

El rey de Esparta avanzó hacia el centro del ágora. Lucía unas largas vestiduras verdes orladas de oro, calzado de piel de ciervo con cordones plateados y el sol hacía resplandecer sus cabellos de llama. En la mirada era semejante a un león que observa a su alrededor antes de dar el salto; en los andares parecía un toro que se prepara para embestir. Solo verle despertaba admiración. Pensé que únicamente los dioses podían haber hecho perder el juicio a Helena convenciéndola de que dejara a tamaño marido para seguir a un jovencito cobarde e inconsciente. No podía ser esa la Helena que había conocido cuando era poco más que una niña, una tarde a la hora de la puesta del sol junto al recinto de los caballos. O, en cambio, era precisamente aquella la que dentro de mí presagiaba que causaría la ruina de muchos por su devastadora belleza.

Menelao comenzó a hablar:

—¡Rey Príamo, reina Hécuba, hombres y mujeres de la gran ciudad de Ilión, escuchad!

»Estoy aquí para pedir que reparéis una injusticia: el príncipe Paris, llegado de visita a Esparta, fue recibido como un huésped en mi casa, pero aprovechando mi ausencia se llevó a mi esposa, Helena, en su nave y luego huyó a Troya. ¡Tal vez está aquí entre vosotros y no tiene el valor de mostrarse, de enfrentarse conmigo de hombre a hombre! —Un fuerte rumor acompañó sus últimas palabras y yo temí que su carácter impetuoso le traicionase.

Yo grité en mi fuero interno «¡Cuidado!», esperando que su corazón me oyese.

Prosiguió:

—Devolvedme a mi esposa y reparad conmigo la injusticia que he padecido y olvidaré lo que ha sucedido: si no lo hacéis... —Intenté detenerlo, pero inútilmente, con un gesto de la mano—. ¡Será la guerra!

Hubo un largo y pesado silencio durante el cual decenas de heraldos-intérpretes diseminados entre la gente y próximos al rey y a las autoridades difundieron el discurso de Menelao; luego un estruendo irrumpió en la asamblea con gritos confusos, frases de burla que tal vez Menelao no consiguió comprender, pero que no dejaron de herirle por cómo resonaban. Yo ya había comprendido cuáles eran los elementos que diferenciaban la lengua de los troyanos de la nuestra y en qué cosas se parecía, o tal vez Atenea, a la que sentía cerca, me susurraba al oído el significado de las palabras. Vi palidecer a Antenor, pero después se levantó y se dirigió al centro. Se hizo de nuevo el silencio mientras llegaba al podio, se inclinaba ante el rey y el pueblo y reclamaba atención.

—Rey nuestro, y vosotros, hijos de nuestra amada patria, escuchad también las palabras del *wanax* Odiseo, rey de Ítaca. También él desea hablar.

Me tembló el corazón en el pecho: ahora el peso de evitar una guerra ya desencadenada por Menelao recaía sobre mis espaldas. Invoqué a la diosa para que me asistiera, para que corriese a mi lado e inspirase mi discurso. Abrí la boca y hablé en su lengua, convencido de que esto sería para ellos un signo de respeto, pues confiaba en que Atenea llevaría a cabo el milagro. Dije:

—¡Rey Príamo, reina Hécuba y vosotros, todos los nobles habitantes de Ilión, grande y gloriosa!

Y la asamblea enmudeció, asombrada.

—El *wanax* Menelao, que reina en Esparta, ha hablado movido por la amargura y la ira. ¿No habríais hecho vosotros lo mismo de haber tenido que soportar una humillación semejante? ¿Si la hospitalidad y la amistad hubiesen sido pagadas con la ofensa y la

traición? ¿Acaso vuestro príncipe no fue tratado como el hijo de un rey amigo? ¿Habéis olvidado que nuestros países están unidos por vínculos de hospitalidad y hasta de sangre? ¿Acaso la hermana de vuestro rey no es esposa de uno de los reyes de Acaya?

»Pero, si esto no bastase, pensad si al final no quedase otra solución que luchar, ¡cuántos males deberíamos afrontar tanto vosotros como nosotros! ¡Cuántos de nuestros hijos y de los vuestros caerían en la batalla, cuya sangre embebería la tierra! ¡Cuántos padres y cuántas madres que me están escuchando habrían de soportar una angustia indecible al ver a sus hijos arder en la pira! ¡Y cuántos otros durante largo tiempo escrutarían el horizonte marino esperando el regreso de los hijos perdidos para siempre!

Yo vi a Helena. La vi lejos, blanca y soberbia sobre la torre del palacio. Miraba y yo creo que me oía. Hubiera querido gritar: ¡perra! Dije, en cambio, otras palabras.

—Si nos negáis lo que pedimos, por el honor y por el derecho, nos veremos obligados a tomar las armas. ¿Acaso no haría lo mismo cada uno de los hombres, de los que se sientan en la asamblea, si se viera privado de su dignidad? ¿Cuánto duraría la guerra? ¿Cuántas familias se sumirían en el luto y la desesperación? ¿Y todo por una mujer? Encontremos un acuerdo, troyanos; hay mil maneras de evitar una guerra si existe voluntad de hacerlo. El rey Príamo tiene muchos hijos y ciertamente los quiere ver crecer y sentarse espléndidos en la asamblea entre los mejores, perpetuar en los tálamos su estirpe. Espero que os aconseje con su cordura. Nosotros nos quedaremos en la casa del noble Antenor hasta que hayáis tomado una decisión.

Empezaron a dispersarse y, mientras salíamos de la asamblea, oí las palabras de Antenor que exhortaba a sus ciudadanos a devolvernos a Helena.

—¿Lo conseguirá? —preguntó Menelao.

—Eso espero —respondí.

Seguimos en silencio al guía que nos llevaba de nuevo a casa de Antenor, quien en cambio se ausentó esa noche. Cenamos por tanto solos, atendidos por un siervo frigio.

Mientras recogía y quitaba las mesas le dirigí la palabra.

—¿Comprendes lo que digo? —inquirí.

—Sí, mi señor —contestó.

—¿Sabes por qué estamos aquí?

—Por la princesa Helena, mi señor.

—¿Qué piensas de esta historia?

—Preferiría, si puedo, no contestar.

—No puedes —dije.

—No os será devuelta.

—¿Por qué?

—Porque el príncipe Paris siempre consigue lo que pide a su padre el rey. Y a quien él quiere es a Helena.

Menelao se encendió. De no haberle yo parado, le habría estrangulado.

El siervo se alejó rápidamente, huyó, podría decirse.

—No es más que un esclavo —dije a Menelao soltando su brazo.

—También un esclavo puede decir la verdad y él lo ha hecho.

—No lo creo —respondió—. El rey no aceptará afrontar una guerra por no descontentar a su hijo.

A la mañana siguiente fuimos llevados de nuevo a la asamblea. Había un gran silencio y unas nubes altas y finas velaban el sol. En el ágora el bochorno era sofocante. Un perro ladraba a lo lejos. El rey se puso en pie y todos los presentes, millares, se levantaron. Héctor estaba al lado de su padre revestido de sus armas resplandecientes. Eneas, el príncipe dárdano, estaba detrás de él.

Príamo habló:

—Nobles soberanos, el pueblo ha pronunciado su veredicto después de haber escuchado las palabras del príncipe Paris. No podemos devolveros a Helena porque ella no quiere y siguió a mi hijo por su propia voluntad. Ahora es su esposa y mi nuera. Como una hija.

Me acerqué a él sin que los soldados de la guardia trataran de detenerme y cuando estuve delante dije en voz baja para que nadie más me oyese:

—Gran rey, esto significará la guerra. Sangre y luto infinitos. ¿Para qué? Detengamos la batalla mientras estamos a tiempo. He propuesto negociar incluso en secreto. Llegaremos a un acuerdo.

—No podemos pactar la libertad de una persona que decide su propio destino, rey Odiseo, pero te agradezco de todos modos que hayas tratado de conjurar la guerra. Yo también lo habría hecho. Y mientras nuestras armas aún no hayan derramado sangre, te ruego que saludes de mi parte a tu padre, el rey Laertes. Le conocí cuando pasó con la nave *Argo* directo a Cólquide y recuerdo su valor y su cordura.

—Así lo haré.

Volví sobre mis pasos y miré a los ojos a Menelao meneando la cabeza. El rey de Esparta arrugó el ceño y su rostro adoptó un aspecto temible mientras gritaba con toda la fuerza de su voz tonante:

—¡Esto significa la guerra! ¡Volveremos con un ejército como no habéis visto nunca y recuperaré a mi esposa legítima! ¡Asolaremos vuestra ciudad y os llevaremos como esclavos a Acaya!

No sé si el pueblo había comprendido, pero reaccionó como si hubiera entendido cada una de las palabras. Se lanzaron enfurecidos hacia nosotros, algunos de ellos blandiendo bastones o amenazando con piedras. Aquella muerte que veía llegar corriendo no era la que había deseado para mí. Menelao me miró y vi por un instante extravío en sus ojos, pero enseguida estuve seguro de que se habría batido con uñas y dientes antes de dejarse masacrar, y lo mismo habría hecho yo. En ese mismo momento más de cien guerreros se interpusieron entre nosotros y la enfurecida multitud.

—Nadie os tocará un pelo —dijo Héctor con una sonrisa descarada— mientras estéis dentro de nuestro territorio y bajo la protección del rey Príamo. Podéis llegar hasta vuestras naves.

Salimos de la ciudad acompañados por los guerreros troyanos, hasta el puerto donde nuestra escolta reemplazó a la suya.

Pasé en el bajel mi última noche en Ilión, esperando, a menudo con los ojos abiertos de par en par, que rayase el alba. Apenas apuntó el sol ordené soltar amarras.

—¡Remos al agua! —grité—. Volvemos a casa.

Tuvimos viento favorable y costeamos Asia hasta el cabo Mimas, luego tomamos hacia poniente pasando de una isla a otra, hasta atravesar todo el mar y entrar en el golfo de Gitión. El séptimo día de navegación echamos el ancla sin izar las enseñas y los estandartes. No había nada de qué alegrarse.

Allí me separé de Menelao para tomar la ruta que había de llevarme a mi hogar. Nos abrazamos porque aquel viaje que había concluido sin resultado consolidó, sin embargo, nuestra amistad. Antes de subir a mi nave pensé que siempre había una salida y le comenté:

—Tienes el poder de dispensar a los príncipes de su juramento. ¿Lo harás? Por mí, por ellos, por todas las madres y las esposas que llorarán a sus hijos y a sus maridos caídos.

—No —respondió.

Mi nave parecía volar sobre las olas, empujada por el viento de levante y más aún por nuestro deseo de llegar a casa. No me extrañó que Menelao rehusase dispensar a los príncipes del juramento de Esparta y sin embargo había algo que no conseguía comprender del todo. Pero yo no había estado entre los brazos de Helena, no había gozado de la flor de oro de su vientre ni sabía qué significaba morir de deseo y de rabia, enloquecer de celos. ¡Oh, Menelao de fuerte grito, de cabellos leonados, qué privilegio y qué maldición!

Me venían a la mente mis palabras ante los troyanos: «¿Y todo por una mujer?». Sí, era cierto. ¿Acaso nuestras ansias no llevaban al final a ese punto oscuro y tórrido entre los muslos de una mujer? ¿Y quizá confluían en Helena las mujeres del mundo? ¿Todas las bellezas y las gracias, todos los perfumes en un solo cuerpo? ¿Todas las miradas en una sola mirada, para condenar a cualquier hombre y a cualquier dios?

A cualquiera, excepto a mí.

Era capaz de reflexionar, pensar, decidir, pero debía admitir que una guerra por la mujer más bella del mundo era la única contienda que podía tener sentido.

Me volvía a la mente la última noche en nuestra nave, en el puerto de Ilión, la víspera del regreso. Un regreso triste, sin esperanza. Esa noche tuve un sueño agitado y me desperté varias veces para ir a proa a mirar la luna, roja, enorme, que descendía lenta sobre el mar. Bajé a tierra para caminar a lo largo del puerto, respirar el aire salobre, escuchar el silencio.

—¿No puedes dormir, *wanax*? —resonó una voz desde un oscuro rincón. El cantor callejero, el poeta que nadie escuchaba.

—Pregunta inútil, viejo. Si pudiese dormir, no pasearía a esta hora por el puerto.

—Por favor, escucha mi canto. Calmará la angustia que oprime tu corazón. Lo haré por ti, sin gratificación.

—No, déjame. No es el momento.

—Después estarás en paz. No puedo hacerte feliz, pero sí proporcionarte visiones que te llenen el espíritu de tenue luz, dulce como una puesta de sol en el mar.

Proseguí, pero escuché su narración, voz solitaria, que me acompañaba en la oscuridad.

No había palabras; una sola, interminable melodía, inmensa, ilimitada. Lloraba el poeta, sí, pues el suyo era canto y llanto, lágrimas y gotas de luz en la oscuridad. Comprendí que lo que tenía en el corazón y me oprimía, pedrusco, piedra molar, insoportable angustia, se disolvía en aquella poesía nocturna, invisible, incorpórea.

Cuando me volví ya no estaba, pero había quedado su canto, lleno de vida propia. ¿Resonaría para siempre? Quién sabe...

Levanté la mirada hacia allí donde el canto parecía insinuarse empujado por el viento, con el polvo entre los caminos de la sagrada Ilión, sobre las murallas construidas por los dioses, y vi también oscilar una figura entre el ser y la nada, entre nubes finas como una hoja de espada, transparente: «¡Eres tú, soberbia Helena, maldita e implorada! ¡Tú que llamas a falanges de bronce a hacerse pedazos en los baluartes, en las puertas Esceas! ¿Eres divina y abyecta? Por ti millares de jóvenes varones se inmolarán; clavándose unos a otros la lanza en el pecho, descenderán, demasiado jóvenes, al Hades sin luz».

Mi padre el rey Laertes había dirigido la mirada al mar cada día desde lo alto de una peña para escrutar el horizonte por si veía aparecer la vela de mi nave, como Egeo, rey de Atenas, esperando a Teseo cuando había partido para matar al hombre-toro en su laberinto. Me abrazó estrechamente y me susurró al oído:

—¿Mal, verdad, hijo mío?

—Sí, *atta*. Menelao quiere la guerra. Y también Príamo, o su gente, no hay diferencia.

—Pues entonces, si ha de ser así, adelante. Te batirás, rey de Ítaca, te revestirás de bronce, ceñirás la espada y embrazarás el escudo; armas que adornan las paredes del palacio, instrumentos de guerra sin mancha que fueron de nuestros antepasados, antes de ti y de mí. En los días que te separan de la partida estarás cerca de tu madre y de tu esposa y les darás el amor que durante años no tendrán.

Subimos al palacio en lo alto del monte donde me esperaba la reina madre.

Lloré cuando le dije el resultado de mi misión.

—He hecho todo lo posible, he intentado convencerles y uno de ellos, el noble

Antenor, ha tratado de persuadir a los troyanos de que devolvieran a Helena, evitar la guerra con su infinito duelo. En vano.

Mi madre maldijo a Helena y su belleza y la locura que se apodera de los hombres y los empuja a la contienda. Condenó el fulgor de las armas, las ansias de poder que los lleva lejos a perder a sus hijos, a abandonar a sus esposas que se quedan dominadas por el tormento de la espera. Penélope no apareció. Me esperó en el tálamo entre las ramas del olivo, cuando se apagaron las luces en la casa alta sobre el monte y el silencio y la oscuridad la tragaron.

Sabía, había escuchado, lloraba.

—No vayas, amor mío, no hagas que maldiga el día en que te conocí, tus ojos que cambian de color cuando sonríes. No nos dejes solos, a mí y a Telémaco, en esta isla oscura, de repente..., tan oscura.

Me acerqué y ella se retiró hasta el borde de la cama.

—Eres hija de guerreros y sabes cuál es la regla. Yo hice un juramento por los infiernos, el más tremendo que exista. Me comprometí para que no se desencadenase la guerra, la discordia, ni corriese la sangre. Y ahora todo se vuelve contra mí y mi labor. ¿Acaso crees que esto sucede por casualidad?

—Tu abuelo —respondió— siempre ha roto los juramentos, no ha tomado nunca parte en empresa alguna.

—Y vive solo como un perro, odiado por todos. Yo no podría.

—En la elección de un hombre debe sopesar lo que vale y lo que no tiene valor o importa menos. ¿Qué vale más que tu casa, tu esposa, tu hijo y tus padres? ¿Una lucha por una mujer que ha traicionado al marido que eligió?

—Escúchame, un rey vive en un palacio, recibe hospitalidad de los otros reyes y la devuelve, tiene comida abundante, siempre, y vestiduras preciosas, disfruta de muchos privilegios, pero debe demostrar que es el mejor, el más valiente, dispuesto a dar la vida si es necesario. ¿Cómo podría soportar el desprecio de mis compañeros, de mis amigos, del pueblo y de los otros soberanos? También mi padre ha hablado con palabras claras. No es tan simple.

—Sí que lo es. Simple como el agua, como el día y como la noche, como el amor y como el odio. Simple, Odiseo, mi señor, mi rey, mi único amor...

Y ocultó el rostro entre los pliegues del lecho. Traté de mantenerla entre mis brazos y de transmitirle mi calor y mi pasión. En ciertos momentos me parecía escuchar el canto

del poeta que en Ilión me había seguido en la noche, una voz melancólica y sobrecogedora, solitaria como el ruiseñor que canta en las tinieblas.

Ninguno de nosotros dos durmió, lloramos el uno en los brazos del otro, en silencio en nuestro lecho entre las ramas de un olivo, porque no había una salida y cualquier recurso habría supuesto miseria y vergüenza.

Las primeras luces pálidas del alba nos encontraron abrazados, desnudos, rodeados de amor, tan intenso y profundo hasta resultar doloroso. Cuando me hube separado de sus brazos tan blancos, de sus *ojos negros, negros, negros*; cuando me hube retirado de su regazo encendido, tan cálido como para disolver el miedo y la angustia como el horno funde el bronce, nos abandonamos exánimes el uno al lado del otro y Atenea, yo creo, apiadada, nos derramó sueño sobre los párpados. Y me pareció, en aquel descanso ligero y delicado, oírla entonar en voz baja su canción.

¿Cuántas veces la habría de cantar en los tiempos futuros? ¿Cuánto tiempo estaría lejos? ¿Cuándo volvería a su lado? Pensaba en cómo, aún niño, esperaba el regreso de mi padre. Recordé esa vez que volvió traído en brazos de sus guerreros, con el torso envuelto en vendas ensangrentadas, el rostro pálido como el de un muerto, el llanto de las plañideras. En ese momento me sobresaltaba en el lecho como si un dardo me hubiera traspasado, luego me sumía de nuevo en un sueño semejante a la muerte.

Mi madre parecía inconsolable y, sin embargo, ¿cuántas veces había experimentado la soledad, la espera de un retorno que no llegaba nunca?

—Volveré, madre, y te traeré preciosos regalos, joyas y preseas salidas de las manos de grandes artistas...

Sollozaba con la barbilla apoyada en el pecho y no quería escuchar, ni hablar. Solo, de vez en cuando, durante unos breves instantes, alzaba los ojos llenos de lágrimas y me miraba fijamente con una expresión desesperada que me rompía el corazón.

—Es solo una guerra como tantas otras. Unos mueren, otros regresan. Volveré, no lo dudes. Te lo prometo. Espérame, ayuda a Penélope, estate cerca de mi hijo, también te necesitará a ti, y también a *atta*. Te ruego que no llores. ¡No llores como si yo estuviese ya muerto!

Entonces callaba y se ponía rígida. Como una estatua.

Pero ¿dónde estaba Mentor? ¿Por qué no recuerdo dónde estaba? ¿Lejos en uno de sus viajes? ¿Acaso vagaba por tierras salvajes y desoladas? ¿Andaba tras el rastro de héroes perdidos, olvidados? Imaginaba a Heracles. ¿Le asomaba ya algún cabello gris en

las sienes? ¿Cómo vivía Admeto, señor de Feras, su segunda vida después de haber escapado a la primera muerte? Y su esposa Alcestris. ¿Qué parte de su corazón se había visto helada por el aliento del Hades al asomarse al abismo? ¿Dónde estaban Cástor y Polideuces, los luchadores invencibles? ¿Y Jasón, el héroe de la nave *Argo*? ¿Disfrutaba aún del amor de la princesa salvaje?

Me parecía que aquellas historias estaban lejos como la luz de las estrellas. Meditaba, caminaba durante días enteros en los bosques de mi isla. *Argo* me seguía, me escuchaba y me miraba también él con ojos húmedos: parecía que comprendiese... A veces nos sentábamos, al caer la tarde, en un espolón rocoso para contemplar el sol que incendiaba el mar. Y le hablaba y él respondía con un quedo bisbiseo.

Pensé que podría llevármelo conmigo. ¡No! Debía acompañar a Telémaco para que lo protegiese y lo siguiese paso a paso. Bastaría con poco: ganaríamos la guerra en un tiempo corto porque éramos los más fuertes, los más poderosos, y luego volveríamos.

Llegó un día al pequeño puerto una embarcación rápida y ligera, que anunciaba una visita de gran renombre y prestigio: el rey de Mesenia, señor de Pilos, el jinete geranio. ¡Néstor!

El rey atracó al día siguiente con la puesta del sol, y encontró listo el carro tirado por una yunta de bueyes blancos de gran cornamenta que el pequeño Filecio, hijo de nuestro boyero, sujetaba por el ronzal, una escolta de veinte guerreros con armadura de bronce reluciente y, para representarme, mi padre, el *wanax* Laertes, con sus mejores galas, ceñida la espada y empuñada la lanza.

Recibí a Néstor sentado en el trono con Penélope a mi lado. Ya no era solo mi esposa, sino también una reina que exhibía en su rostro y en la mirada la grave expresión de la responsabilidad y de la autoridad. Tenía los ojos pintados alrededor de bistro y la frente ceñida por una rica diadema, regalo de boda de mi padre; en un dedo lucía el anillo que mi madre había recibido de la suya, de cornalina roja engastada en oro. Llevaba un vestido de un rojo llameante y un cinturón blanco tejido con hilos de oro y de púrpura. Yo lucía una larga vestimenta blanca con dos listas doradas, llevaba la corona de mi padre y sostenía el cetro. Delante de mí había hecho colocar un asiento de bellísima factura, tan alto como el mío, para el *wanax* Néstor, que rendía a nuestro reino un honor semejante. Al lado, un banco de un imponente y de una belleza en poco inferiores, destinado a mi padre.

Apenas cruzó la puerta de la gran sala, mientras mis guerreros y los suyos se

disponían en abanico alrededor, el rey de Mesenia vino a mi encuentro con los brazos abiertos.

—¡Muchacho mío! ¡Qué gusto saludarte, deja que te vea en la majestad de tus funciones reales! Y tú, criatura mía —dijo vuelto hacia Penélope—, si tu prima hubiera tenido al menos una pizca de tu cordura, yo estaría aquí de visita, dispuesto a sentarme en el banquete con vosotros, y no para una misión de guerra como me han confiado los Átridas.

Nos abrazó a los dos sin ninguna consideración para con el ceremonial, como lo hubiera hecho un padre, y nos atrajo hacia su pecho. Penélope le besó conmovida en una mejilla mientras murmuraba:

—*Wanax*, querido padre y amigo...

—Rey mío —respondí—, la alegría que me embarga al verte nace del corazón y el afecto que te tengo es semejante al que siento por el héroe Laertes, mi padre...

Agotados los saludos ceremoniales y los honores correspondientes a un huésped de tal rango, nos retiramos a la sala de los argonautas (nuestro huésped, mi padre y yo) para hablar libremente, sin que nos vieran ni oyeran.

—El motivo de mi visita —comenzó diciendo Néstor— es de suma importancia y necesito de tu ayuda.

—Me tienes a tu disposición —respondí.

—Debes acompañarme a Tesalia, a Ftía, a ver a Peleo, amigo mío y también de tu padre. Tiene un hijo, Aquiles...

—Le conozco bien. Es un rayo de la guerra, corre como el viento y nadie puede equipararse con él. Juró conmigo el pacto de los príncipes.

—Sí, pero alguien está haciendo todo lo posible para lograr que no acuda a la contienda.

—¿Quién?

Néstor dudó por un momento.

—Lo desconozco. Dicen que su madre. No se sabe nada de ella, nadie puede afirmar haberla visto nunca y quien asegura lo contrario miente. Le atribuyen poderes sobrehumanos. Solo se conoce su nombre, Tetis, y únicamente Peleo sabe dónde encontrarla. De ella tuvo ese único hijo, una criatura quimérica, y dicen que es... —y aquí se interrumpió—, ¿vendrás conmigo?

—Iré, *wanax*. He hecho todo lo humanamente posible para impedir esta guerra, pero

ahora que está decidida haré todo lo que esté en mis manos para ganarla. Sin Aquiles no tendremos esperanza. Yo he visto el ejército de Príamo.

—¿Vienes también tú, Laertes? Tu presencia sería preciosa. Tu prestigio es grande y todos los jóvenes te respetan.

—Pídeselo a él —contestó señalándome a mí—. Es él el rey de Ítaca.

—Mi padre sabe perfectamente que puedo decidir cualquier cosa —respondí—, pero asimismo comprende que en mi ausencia el hecho de que él se siente en el trono para administrar justicia, para mandar al ejército si fuese necesario y para proteger a mi familia es motivo para mí de gran alivio.

—Como tú mismo has podido oír, he sido encargado de ocuparme del reino en ausencia del rey —dijo mi padre con una sonrisa irónica—. Por fortuna, conozco el oficio. Deberás contentarte con mi hijo, pero creo que bastará.

Así habló, pero prosiguió durante bastante rato repartiendo consejos de todo tipo, y recomendándome al final que saludara de su parte al rey Peleo, su amigo y compañero de aventuras, y que le invitara, cuando la guerra hubiese acabado, a una partida de caza en la isla de Same con su muchacho.

Partimos al día siguiente y cuando me despedí de Penélope me pareció que este distanciamiento temporal la ayudaría a prepararse para la separación mucho más dura que tendría que afrontar muy pronto. Me besó en la boca, pero no derramó ninguna lágrima.

—Vuelve cuanto antes —dijo—, pues quiero disfrutar de cada instante, de cada día y de cada noche que nos separe de tu partida.

—Volveré, reina mía y mi amor, volveré esta vez y también la siguiente. Te lo juro.

Sonrió y los ojos le brillaron como perlas negras.

—Empiezo a creer que puedes dirigir tu propio destino y que tu diosa te ama de veras. Pero ni siquiera ella, que sin embargo es inmortal, puede amarte más que yo.

Se quedó en el embarcadero saludándome con su mano blanca y ligera como una hoja de plata y no aparté la mirada de ella hasta que desapareció detrás de la cresta de las olas.

—Sé lo que sientes —resonó detrás de mí la voz de Néstor.

—¿Lo crees, *wanax*?

—Sí. Esto es amor, una enfermedad terrible de la que nunca podrás liberarte. Yo siempre he pasado de una mujer a otra: esposas, concubinas..., cuando una se ajaba tomaba otra más joven; también ahora. Pero, de todas formas, te envidio, ¿sabes?

También yo sentí lo que es el amor, hace mucho tiempo. Un sentimiento humano que transforma a una mujer mortal en una diosa y vuelve eterna su belleza y su encanto. Lamentablemente, para mí esa felicidad duró poco. Vivía por entonces en las montañas, defendiendo los pasos hacia Arcadia. No sobrevivió a un invierno muy frío, acostumbrada al sol siempre cálido de Creta. Tenía la piel oscura, reluciente y lisa como el bronce y una sonrisa luminosa; era sinuosa, como una pantera. Se pintaba de rojo los labios y las puntas de los pechos, como las antiguas reinas de su tierra.

Me volví y vi que los ojos del señor de Pilos brillaban de lágrimas.

—Eres un hombre afortunado —siguió diciendo—, porque tienes a la suave, prudente y hermosísima Penélope, dulce como la miel.

Costeamos Lócride, donde reinaba Oileo, que tenía un hijo llamado Áyax, como el hijo gigante de Telamón de Salamina, y proseguimos hasta Corinto, que entonces visitaba por segunda vez. ¡Quién nos hubiera dicho que Jasón, el héroe de la nave *Argo*, estaba en la ciudad!

—Quiero saludarlo, *wanax* —dije a Néstor—. No tendré nunca más ocasión en la vida de conocer al héroe que trajo el vellocino de oro de Cólquide y navegó con la nave más grande del mundo y una tripulación de cincuenta reyes y héroes.

Néstor arrugó el ceño.

—¿De veras quieres verlo? ¿No sabes lo que ha pasado?

Hizo echar el ancla y bajamos al embarcadero.

—Ahora atravesaremos el istmo en el punto más bajo. A pie. Del otro lado nos espera otro bajel que nos llevará a nuestra meta y nos librá de una larga navegación alrededor de la península meridional de Acaya con sus promontorios y escolleras.

«He aquí por qué —pensé— el rey Néstor disfruta de tanta consideración entre todos los aqueos. Por su saber, por su increíble experiencia, por su gran prudencia.»

Y el hecho de que él me quisiera a su lado para la misión más importante de aquel momento, convencer a Aquiles para que participase en la guerra, me llenaba de orgullo. Marchábamos durante horas a través del istmo llevando con nosotros mulos cargados de nuestras provisiones y de todo lo necesario para nuestro viaje. Hasta que llegamos al punto desde el cual se veían el mar oriental, el golfo y el segundo puerto.

Por unos instantes permanecimos inmóviles en el lugar que separaba las dos pendientes. La vista que se ofrecía ante mí era asombrosa. Néstor indicó una escollera en la orilla septentrional del golfo.

—Mira allí —dijo— ese enorme derrelicto encallado entre los arrecifes.

Un frío terror me mordió el corazón. No tuve fuerzas en aquel momento para dejar escapar una sola palabra.

—¡Esa es la nave *Argo*! —añadió Néstor.

Retomamos nuestro camino profundamente afligidos hasta que llegamos, abajo, a la orilla del mar oriental y al embarcadero en el que estaba atracado el bajel que nos esperaba.

—Ahora podemos subir a bordo —puntualizó—, pero recuerda lo que voy a decirte: lo que verás no va a gustarte. Y menos aún lo que oirás.

—No puedo creer, *wanax*, lo que me estás advirtiéndome.

Néstor dio orden al barquero de dirigir nuestra embarcación hacia el enorme casco.

—¿Has visto alguna vez en tu vida una nave de esas dimensiones? Escucha. Jasón, cuando hubo vuelto a Yolco, se dio cuenta de que la princesa salvaje no podía vivir como cualquier otra persona; la gente la temía y la detestaba por sus hechicerías. Odiada por todos, estaba locamente enamorada de él, el único al que aceptaba estar sometida y al que había dado dos hijos. Cuando vio al viejo rey Pelias, sabiendo que en el pasado había usurpado el trono de su príncipe, lo atrajo mediante un ardid a un lugar secreto, lo mató y lo hizo pedazos. Descubrieron que estaba cocinando esos pobres restos para luego devorarlos.

»Jasón tuvo que huir de la ciudad horrorizada. Montó en su nave con su esposa y los hijos y con una tripulación de mercenarios se dirigió aquí, a Corinto, donde el rey era amigo suyo. Se enamoró de la hija del rey, Glauce, que era muy hermosa. Y ella de él. La princesa salvaje, Medea, loca de celos, se transformó en una tigresa como las que viven en su tierra. Fingió aceptar a la nueva esposa de Jasón y le dio un vestido nupcial como regalo de boda. El día de los esponsales, acompañada por los hijos ataviados como pajes y coronados de flores, se acercó a Glauce sujetando una de las antorchas sagradas y la aproximó al vestido, que, impregnado de una sustancia desconocida, se incendió al instante. La bella Glauce se transformó en una tea, sus aullidos desgarradores resonaron por toda la ciudad. Se redujo a una cosa informe, un negro tizón. Inmediatamente después, la princesa salvaje dio muerte a los dos hijos que había tenido de Jasón ante los ojos aún aterrados del padre. Les cortó la garganta. Luego saltó sobre un carro, fustigó a los caballos y desapareció. La persiguieron, la buscaron por todas partes, pero nunca la encontraron. Jasón enloqueció, subió a su nave totalmente solo, esperó que soplar el

viento de poniente e izó la vela; enseguida se puso al timón y se lanzó contra los arrecifes.

No había terminado de hablar cuando del tétrico derrelicto de *Argo*, marchito, cubierto de algas, surgió un grito inhumano, una voz de pena y de locura que helaba la sangre. Por un instante me pareció distinguir bajo la engañosa luz del crepúsculo una silueta espectral que daba vueltas entre los jirones de la vela, entre las jarcias enmohecidas.

—Sí —dijo Néstor—, esa era la voz de Jasón, el héroe del vellocino de oro. Y este es su último desembarco.

Lloré.

Aquella voz desgarradora y la visión del casco destrozado de *Argo* me atormentaron durante días mientras remontábamos la costa oriental de Acaya hacia Ftía de los mirmidones. Doblamos el cabo Sunion y recorrimos el canal que separaba el continente de la isla Eubea. Néstor tuvo todo el tiempo del mundo para decirme lo que sabía de aquella tierra y quién la gobernaba, pero de muchas cosas ya estaba enterado tras haber conocido a sus príncipes en Esparta con ocasión de la elección de Helena.

—Peleo es el hermano mayor de Telamón, rey de Salamina, y por tanto Aquiles y Áyax, el gigante, son primos hermanos. El hecho de que dos jóvenes como ellos, con quienes nadie puede rivalizar en fuerza en toda Acaya, se encuentren unidos por un vínculo de sangre tan estrecho ha provocado muchos comentarios sobre su ascendencia. Aquiles nació cuando su padre era ya de edad muy avanzada y su invisible madre, a la que nunca ha visto nadie y ninguna persona conoce en realidad, ha dado pie a muchas historias que andan en boca de los poetas y de los cantores.

—¿Una diosa?

—Una diosa marina, Tetis.

Néstor continuó:

—Ftía, la ciudad de Peleo, domina la llanura en el mediodía. Y, por la otra parte de esa planicie, está Feras, la ciudad de Admeto y de Alcestis. Pero no iremos hasta allí. Su hijo Eumelo ha dicho que vendrá al puerto de Áulide, en Beocia, para la concentración de todas nuestras fuerzas...

—Eumelo —repetí en voz muy baja—, el pequeño, valeroso testigo de la inocencia de Heracles. ¿Por qué?

Néstor me oyó igualmente, o bien dedujo mis palabras. Enseguida añadió:

—Como ya conoces el pacto entre sus padres, sabes lo que hizo Heracles para traer de vuelta a Alcestis de la puerta del Hades. Tal vez para Eumelo arrojarse al infierno de la guerra es mejor que ver cada día a un padre que ha temblado de miedo frente a la muerte,

una madre que ha regresado de donde nadie ha vuelto jamás y reconocer que no se sabrá nunca cuándo está viva y cuándo muerta...

Hice un gesto con la cabeza.

—Sí, tienes razón, *wanax*, han sucedido cosas tremendas en nuestra tierra. Y me pregunto qué es lo que aún nos aguarda.

—Ya te encargarás de convencer a Aquiles. Eres el único que puede hacerlo. Y si ves a Aquiles, conocerás también a su primo Patroclo. Son inseparables.

»Patroclo es un desterrado. Huyó de su ciudad porque dio muerte a un hombre tras una disputa por un juego de dados y los parientes andan tras él para darle muerte, pero mientras esté con Aquiles nadie se atreverá a hacer nada. Porque su destino estaría marcado.

»Lo que no consigo comprender —continuó— es por qué Aquiles no ha sido el primero en presentarse: la guerra es su elemento. Como el agua para un pez, como el aire para un pájaro. Es un asesino.

—¿Tú le has visto combatir, *wanax*?

—Sí. Infunde pavor solo de verlo. La armadura que lleva es deslumbrante, el escudo refleja como un espejo la luz del sol, el yelmo deja entrever solo los ojos color hielo; es rápido como el rayo, nadie puede prever sus movimientos, mata casi siempre al primer golpe, y si no lo hace es porque quiere prolongar la lucha y la agonía del adversario.

—Entonces ¿cómo se explica su renuencia?

—Es lo que deberás descubrir —respondió.

Dejamos a la derecha la bahía de Yolco de la que había partido la enorme *Argo* para arribar donde ninguna otra nave había llegado con anterioridad. Y recalamos en una pequeña ensenada resguardada, dominada por la cima imponente del monte Otris. Desembarcamos y trepamos por un sendero de montaña. Nos esperaban o quizá nadie podía acercarse a Ftía sin ser visto por los invencibles guerreros mirmidones.

A medida que avanzamos se sumaron a nosotros en silencio y nos acompañaron hasta la ciudad. Parecían autómatas fabricados por el dios Hefesto: marchaban con el mismo paso, sus armaduras bruñidas y todas iguales, las cimeras que ondeaban a cada sople de viento. Parecían hormigas gigantes, como decía su nombre. Y tal vez lo habían sido en otro tiempo; ¿quién podía asegurarlo? Al final Ftía se mostró ante nosotros desde la cima de la montaña y casi me faltó el aliento.

Peleo recibió a Néstor como un hermano, pero nos dimos cuenta de que no había

preparativos para una fiesta ni para un gran banquete. La sombra de la guerra apagaba la alegría.

—Deja que te presente al rey de Ítaca —puntualizó Néstor haciendo ademán de acercarse a mí.

—Eres el hijo de Laertes... Aquiles me ha hablado de ti —dijo pensativo Peleo—. ¿Cómo está tu padre?

—Te manda recuerdos y espera que un día aceptes una invitación para ir a Ítaca cuando... —dudé—, cuando la guerra haya terminado.

Peleo suspiró.

—Desde el mismo momento que dejéis Acaya, tu padre y yo, y todos los padres, no pensaremos en otra cosa que en vuestro regreso, pero, si no fuerais a partir, ¿dónde podríais esconderos?

—Mi deseo no es ocultarme —respondí—. He hecho todo lo posible para que la guerra no tuviese lugar, pero ahora que es inevitable hay que ganarla.

—¿Has venido a llevarte a Aquiles?

—No podemos vencer sin él.

—Es esta su maldición.

—¿Dónde está ahora?

Peleo indicó un punto en la ladera de la montaña que teníamos enfrente. Una nube de polvo se desplazaba muy rápida a media cuesta. Era un carro de guerra. Una figura íntegramente de metal deslumbrante, con una cimera roja, dos caballos relucientes, con unas crines largas con flecos, testeras de bronce, rostradas, como unicornios.

—Allí —contestó.

Por la manera en que miraba había ya comprendido que Néstor no llevaría la conversación, que me la dejaría a mí.

Estaba fascinado por lo que veía: el carro de Aquiles se precipitaba cuesta abajo a una espantosa velocidad y luego irrumpía en la llanura, pasaba entre los campos cultivados, los rebaños pastando, las manadas.

En poco tiempo, el ruido de las ruedas y la armazón del vehículo se oyeron cada vez más fuertes y próximos, hasta que el carro entró en el patio y Aquiles saltó a tierra. Se despojó del yelmo y de la armadura y se lavó en la fuente. Mojó el morro a sus magníficos sementales.

—Balio y Janto —dijo señalándolos mientras venía hacia mí.

—Unos animales soberbios, Aquiles —respondí mientras los siervos les liberaban del yugo y los secaban.

Fui a su encuentro y nos detuvimos emocionados el uno enfrente del otro.

—Bienvenido, rey de Ítaca.

—¡Aquiles! Es una alegría para el corazón volver a verte.

—¿Estás solo?

—Estoy con Néstor. Está conversando con tu padre.

—¿Y tú?

—He venido para hablar contigo.

Aquiles inclinó la cabeza durante un instante en silencio, luego dijo:

—Sígueme.

Salimos del palacio y nos encaminamos por un sendero que se dirigía hacia un robleal. Los caballos vinieron detrás de nosotros, paso a paso uno al lado del otro. Nos detuvimos cerca de una fuente que brotaba de un peñasco enorme cubierto de musgo. Aquiles se sentó sobre un tronco caído. Lo tocó.

—Derribado por un rayo. Era una planta muy hermosa y vigorosa.

Comprendí lo que trataba de decir.

—He venido para saber si mantendrás el juramento hecho en Esparta.

El silencio me produjo estremecimientos.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—Un pacto puede ser interpretado de muchas formas.

—Yo estoy aquí porque creo que el pacto es claro. El troyano se llevó a la mujer de Menelao. Él y yo fuimos a Ilión y pedimos la restitución de Helena. Obtuvimos una negativa. El pueblo se burló e insultó a Menelao.

—Helena se fue por su propia voluntad. Y nuestro acuerdo tendría razón de ser si hubiera habido un rapto.

—En cualquier caso, se trata de una usurpación. Helena es de Menelao y le ha sido arrebatada. Me esperaba de ti otras palabras.

—¿Y tú por qué quieres partir?

—Porque el juramento es obra mía. No puedo evitarlo. He tratado de conjurar esta guerra. Pero ahora ya no es posible y solo pienso en que debemos vencer. Pero sin ti es poco probable. ¡Dime por qué dudas, Aquiles!

Los caballos se le habían acercado y lo tocaban con los morros. Parecían comprender

la voz de su corazón.

Aquiles los acarició.

—Para mí son como personas. Me hablan, ¿sabes? A su manera me hablan.

—Ya lo veo... Responde, Aquiles, ¿por qué dudas? Eres como un dios de la guerra, nadie puede hacerte frente. ¿Por qué no eres el primero en presentarte?

Sonrió triste.

—Te diré algo. Cada uno de nosotros, cuando hay una contienda, se enfrenta a dos posibles destinos: partir, morir joven en combate y ser recordado para siempre por los que vendrán, o no partir y vivir tranquilo llevando una vida oscura siempre idéntica y carente de sentido.

—Hay una tercera posibilidad, Aquiles: se puede conquistar la gloria y volver vivo a casa y con la familia. Y es lo que nosotros haremos.

—Esta es para ti, Odiseo versátil y astuto, no para mí. Para mí solo hay dos destinos.

No comprendía.

—Lo que afirmas no tiene sentido. ¿Quién te lo ha dicho, un oráculo? ¿Un acertijo? ¿Tu madre, tal vez, el ser misterioso que nadie ha visto? He de saberlo, Aquiles, porque de esto dependerá la vida o la muerte de muchos miles de jóvenes combatientes y el futuro de nuestro mundo.

—¿Qué importancia tiene? Estos son mis posibles destinos y he hecho ya mi elección. Cuando morimos, lo único que queda de nosotros es el nombre. El resto es consumido por la hoguera. Yo quiero que mi nombre persista para siempre. La gloria es la única luz de los muertos, Odiseo. Adiós, nos veremos en Áulide, en primavera.

Partimos de vuelta al día siguiente y vi, solo de pasada, a Patroclo. Aparentaba más años que Aquiles y de repente recordé haberlo visto entre los pretendientes de Helena, en Esparta.

Néstor y Peleo se estrecharon en un largo abrazo y cuando se separaron ambos tenían lágrimas en los ojos. Oí a Néstor murmurar:

—No soy capaz de esperarle desde los glacis de mi palacio, torturándome con la incertidumbre. Me voy con ellos, necesitarán los prudentes consejos de un viejo.

Luego retomamos en silencio nuestro camino, escoltados como a la llegada por un grupo de guerreros mirmidones. Solo cuando hubimos llegado a la nave Néstor me dirigió la palabra:

—¿Vendrá?

—Sí, en primavera estará en Áulide, en Beocia.

Néstor asintió sin decir nada más. Me acompañó de vuelta hasta Ítaca.

Transcurrió el tiempo, demasiado rápido, y llegó el día. Los heraldos de Agamenón y de Menelao atracaron en el puerto grande y yo convoqué a los jóvenes más valiosos, los hijos de las familias más importantes y mis amigos. El mío era un llamamiento a las armas. De las islas vecinas llegó también la flor de nuestra juventud; resplandecientes en sus armaduras, los mancebos no eran conscientes de que lejos, en el campo de batalla, podría esperarles la muerte. Parecían partir para una gran aventura que cantarían los poetas, que fabularían los cantores, de la que volverían cargados de botín y de fama. Bromeaban entre ellos, reían insolentes, hablaban de tesoros que someter a pillaje, de las mujeres bellísimas de Asia que se llevarían a casa como esclavas y concubinas.

Armamos doce naves, las cargamos de víveres, de armas, de tiendas de campaña y de ropas, de todo cuanto sería necesario para una larga guerra.

Desde que había vuelto de Ftía, mi corazón se preparaba para decir adiós a Penélope. Telémaco no era aún capaz de comprender; quién sabe si me recordaría, si me reconocería como yo lo había hecho con el héroe Laertes, mi padre, liberado de Cólquide.

Pero ¿cómo me despediría de Penélope? Hubiera preferido batirme contra un dragón que contra la angustia de su mirada, contra la expresión de cierva herida de sus ojos. Porque sería yo quien dispararía la flecha. Y sin embargo, ella me ayudó, increíblemente. Bajó al puerto a pie como otra cualquiera de las mujeres de la isla, con el mismo agudo dolor en el corazón. Esperó a que mis padres me abrazasen, a que mi madre llorase todas sus lágrimas con los brazos rodeando mi cuello, a que mi padre dijese:

—Gana esta guerra, rey de Ítaca, haz que estemos orgullosos de ti y... vuelve, *pai*, vuelve a nuestra casa donde te esperaremos.

La nodriza Euriclea venció el instinto de abrazarme como una madre e inclinó la cabeza delante de su señora, de Penélope, que le confió al niño para que lo sostuviera. Mi reina me arrojó al cuello sus brazos tan blancos y perfectos, me besó largamente, con pasión ardiente, como un amante que no tiene ningún pudor; luego acercó la boca a mi oído y murmuró:

—Recuerda mis labios, mi rey; recuerda cómo te he acogido esta noche entre mis brazos, recuerda con qué pasión te he entregado mi cuerpo. Ninguna mujer en el mundo puede amarte como yo.

Inmediatamente después se desprendió y me miró con los ojos trémulos de lágrimas.

—Y ahora sonrío para que pueda ver una vez más tus ojos cambiar de color.

Me esforcé por sonreírle. Ella me echó sobre los hombros su último regalo, un magnífico manto rojo, y me lo abrochó con una fíbula de oro que representaba un ciervo entre las patas de un perro de caza. Le susurré al oído:

—Pensaré en ti cada instante y cada noche; recuerda, cuando la luna surge del mar. Cuida de nuestro hijo, de mi lecho, de mi perro y de mi arco.

Euriclea se arrodilló a mis pies, me besó la mano y la oí que murmuraba en su llanto:

—Criatura mía, criatura mía...

Besé a Telémaco y me encaminé a lo largo del muelle hasta la escalerilla de la nave real, pero mientras apoyaba el pie en el primer escalón oí un ladrido y me volví hacia atrás: ¡Argo!

—No puedo llevarte conmigo —dije—, debes quedarte con Telémaco, tienes que protegerlo mientras estoy fuera y cuando vuelva iremos a cazar juntos.

Pareció como que hubiese entendido. Me lamió la mano y me miró aullando mientras subía a bordo. Un marinero soltó amarras y mi nave se fue alejando de la orilla, de Ítaca y de todo cuanto tenía de más querido en el mundo. Sentí que mi corazón se rompía en mi pecho, pero recordé que mis hombres en los remos y en el timón esperaban el triple grito de los reyes de Ítaca que anunciaba el inicio de una guerra, y subí a la proa. Las otras naves se estaban disponiendo en abanico, de modo que estaban todas igualmente distantes de la mía. Los marineros retiraron los remos y los alzaron como si fueran lanzas de guerreros. Me puse la armadura reluciente y grité a grandes voces:

¡Eih! ¡Eih! ¡Eih!

¡Eih! ¡Eih! ¡Eih!

¡Eih! ¡Eih! ¡Eih!

Y todos respondieron con un estruendo, golpeando rítmicamente la empuñadura de los remos contra la madera de cubierta.

Partimos.

Recuerdo y veo, como si fuese ahora, cómo avanzaba nuestra expedición. Tal vez nunca como entonces comprendí por qué era indispensable mi participación en la guerra. Mi pequeño reino era el más septentrional. Era la fuente de poniente del ejército. *Recuerdo* cómo desde la popa observaba a las otras once naves seguir al bajel real construido por Laertes. Y a medida que descendíamos hacia el sur se iban sumando las otras flotas desde los puertos, los golfos y las ensenadas, como riachuelos que afluyeran a un río principal: la de Meges de Calidón; la de Toante de Calcis; la de Áyax de Lócride, hijo de Oileo; la de Anfímaco y Políxeno de Élide, tierra costera que tenía a septentrión el gran golfo, a poniente la mar abierta. Tras echar el ancla, nos presentamos con la imponente armada en la bahía, delante del palacio de Pilos. La escuadra de Néstor nos esperaba. Entramos en dos formaciones por dos desembocaduras entre la isla y el continente y nos reunimos en dos líneas de frente con la flota mesénica alineada en toda su gran extensión. Noventa naves llenas de guerreros igualaban y superaban a toda nuestra escuadra agrupada hasta entonces.

Subí personalmente a la nave real de Néstor para cederle el mando de toda la formación. Le correspondía porque era el mayor en edad y porque su flota y su ejército eran los más poderosos y numerosos.

—Nos volvemos a ver, *wanax* —le dije a modo de saludo—, y tu poderío se manifiesta aquí indudablemente. Nunca lo había visto de igual modo.

—Mira a quién tengo conmigo, *pai* —respondió afectuosamente e hizo acercarse a Antíloco, aquel entre sus hijos que en ese momento era perfecto para la guerra. Perfecto para vencer, perfecto para morir.

—Antíloco..., ayer, sin ir más lejos, éramos unos muchachos y ahora...

—Y ahora tú eres rey —me respondió.

—Y tú eres el orgullo y la gloria de Mesenia, de Pilos glorioso y del *wanax* Néstor, el jinete gerenio.

Sonrió.

—Será un honor luchar a tu lado, rey de Ítaca.

Nos abrazamos dándonos mutuamente unas palmadas en la espalda recubierta de bronce. Había en el aire una fuerza y una vibración tremendas, un olor a pez y a pino, el sonido del bronce y el del mar. En aquel momento, entre tantos miles de jóvenes, nadie habría querido faltar, estar en casa contemplando cómo desfilaban las naves a lo largo de la costa, escuchando el movimiento de la resaca, sentado inerte sobre un arrecife.

Tampoco yo.

Permanecimos en el fondeadero durante tres días para completar la carga con otras provisiones en parte suministradas por Néstor. Las tenía en gran abundancia. La tercera noche estuve velando hasta tarde porque al día siguiente partiríamos de nuevo. Desde hacía tiempo un pensamiento turbaba mi mente, y era el de no haber visto a Mentor en el puerto en el momento de mi partida de Ítaca. Mi consejero no había venido a despedirse. ¿Por qué? ¿Dónde se encontraba? ¿Por qué no se había presentado para recibir de mí las palabras con las que le habría pedido que velara por Telémaco y toda mi familia? ¿Y por qué yo no lo había hecho buscar? Aquella noche me sentí de nuevo en ese estado de lucidez que ya había experimentado otras veces, en Acarnania y en Arcadia, consciente de hallarme en la frontera entre dos mundos: el uno visible y el otro invisible, pero no menos fuerte y presente.

En mitad de la noche, cuando las estrellas comenzaban ya a declinar y las aguas de la bahía eran como una losa de mármol, vi centellear sobre el mar una luz tenue. Una barca se estaba acercando a mi nave, silenciosa como si los remos no tocasen el agua. ¿Quién podía ser a aquella hora? ¿Y cómo es que no había ningún centinela para vigilar? Estábamos a cubierto y en territorio amigo, pero alguien debía en cualquier caso montar la guardia de noche.

—¿Quién es? —pregunté cuando la barca se hubo acercado al costado derecho de mi embarcación.

Un hombre se aferró a la cuerda del ancla para subir a bordo y una voz respondió:

—¿No me reconoces?

—¿Mentor? ¿Qué haces por aquí a esta hora? ¿De dónde vienes?

—Si me ayudas a subir, te lo diré.

Alargué mi mano y le ayudé a salvar la barandilla. Era ligero como el aire.

—¿Tienes hambre? ¿Tienes sed?

—No —respondió.

—¿Cómo has encontrado mi nave en medio de tantas otras y de noche?

—Normalmente el *wanax* Odiseo no hace preguntas, sino que da respuestas. He visto el estandarte.

—¿En la oscuridad?

—Hay luna.

—Sí —contesté—, pero solo ahora.

—También la había antes, créeme, pero tú no la veías porque tu pensamiento estaba en otra parte.

—¿Por qué no estabas en Ítaca para despedirme?

—¿Por qué no me hiciste buscar?

—Esta es una pregunta que me atormenta desde que dejé la isla y no encuentro una respuesta.

—¿Porque presentías dentro de ti que nos encontraríamos igualmente?

—Tal vez. ¿De dónde vienes?

—De un largo viaje. Y tengo noticias.

—¿Tristes? Lo veo en tu mirada.

—Tremendas. Pero si quieres no las diré, no las haré salir de mi boca, me las guardaré en el corazón.

—Quiero saber.

—Heracles ya no está con nosotros.

—¡No puede ser!

—Sabes que no te miento. No hay duda de que, si estuviese vivo, nos esperaría en Áulide, en Beocia, su tierra. ¿Acaso crees que lo verás?

—No. Tienes razón. Aquiles estará, pero él no.

—Ya no forma parte de nuestro tiempo.

—¿Cómo ha sido posible si no existe hombre o monstruo o animal que pueda vencer su fuerza? ¿Acaso una enfermedad lo ha agotado antes de matarlo?

Entretanto mi corazón lloraba, porque Heracles había vivido, por poco tiempo, en la misma época que yo, pero no en mi región ni en mi espacio y yo no había podido verlo. No llegué a conocer al hombre más grande nacido sobre la faz de la tierra de los mortales, solo pude imaginarlo.

—Yo lo vi —respondió Mentor— no hace mucho, en una montaña, en un acantilado

sobre el mar espumeante de Palene, sobre el que se extiende la sombra del Olimpo. Se erguía inmóvil como una columna de piedra, semejante a un dios, delante de una pira gigantesca. Un joven pastor empuñaba una antorcha encendida. Él le hizo una seña y este prendió el fuego. A escasos metros, una rampa de tierra batida llevaba hasta lo alto. Creo que la había construido él. Lo vi arrojar la clava al suelo, que rebotó un par de veces y se quedó inerte en el piso. Se despojó de la piel de león y avanzó desnudo por la rampa en medio de un remolino de llamas. Estas se alzaban crepitando hacia el cielo, vomitando un torbellino de humo y chispas contra las nubes del ocaso. A cada paso que daba oía gritos, divisaba entre las llamaradas imágenes de monstruos, de fieras, de criaturas salvajes que él había combatido y aniquilado; veía los espíritus del Hades que había desafiado y derrotado. Ahora todos querían su venganza. Lo desgarraban.

—¿Por qué no trataste de detenerle? Habías llevado a Eumelo a Feras a fin de que le revelase su inocencia y él había librado a Alcestis de los Infiernos para devolvérsela al marido.

Pasó por el mar un leve soplo de viento que hizo estremecerse las jarcias como cuando un cantor experto roza apenas con los dedos las cuerdas de su instrumento. El corazón estaba colmado de dolor por lo que evocaba el relato de Mentor: el final del más grande de los héroes.

—No había nada que yo pudiese hacer. Heracles subía en vida a su propia pira fúnebre porque, pese a ser inocente, no soportaba la imagen de su familia exterminada, no soportaba la soledad a la que el hado le había condenado. Llegado a la cima, se arrojó entre las llamas.

—¡No quiero seguir escuchándote! —grité—. ¡No lo soporto!

Mentor prosiguió igualmente su discurso:

—Su grito de agonía quebró las rocas del monte que rodaron hacia abajo, arrancó de cuajo los pinos que se precipitaron los unos sobre los otros con retumbo de trueno, desgarró las nubes ya negras de la noche.

Descendió sobre el mar y la nave un largo silencio opresivo. Ahora mi mente era transparente como el alabastro, como vidrio egipcio. Mis pensamientos eran como piedras en el fondo reluciente del mar.

—¿Quién eres? —pregunté.

Mentor no abrió la boca, pero oí igualmente su voz que decía:

—No hagas preguntas cuya respuesta ya conoces.

—Atenea... ¿Dónde está Mentor? Dime dónde está, te lo suplico.

Tuve la impresión de que sus labios se movían.

—Duerme. En un lugar secreto que solo yo conozco. Y de este modo yo puedo adoptar sus rasgos.

—¿Y desde cuándo eres Mentor? ¿En qué momento Mentor ha desaparecido? ¿Dónde te he encontrado a ti creyendo que era él? ¿Dónde puedo hallarlo?

—No te apenes. Yo he de hacer cosas que él no sabría ni podría hacer. No temas, estaré siempre a tu lado.

Dicho esto, se zambulló en el mar e inmediatamente emergió bajo el aspecto de una blanca gaviota. La miré volar lejos, casi transparente en la claridad lunar.

Me entró una amargura profunda, una melancolía infinita porque Heracles había tenido que sucumbir a la desesperación; porque Jasón, príncipe de Yolco, había destrozado su nave precipitándose contra los arrecifes y con ella también su mente, su corazón; porque Mentor, mi fiel amigo, había desaparecido a fin de que mi diosa pudiera ocultarse bajo su indumentaria. O tal vez estaba muerto.

Esperé al amanecer, esperé a que saliese el sol y que el viento hiciese oír su voz entre las jarcias; luego vi la nave real de Néstor atravesar la bahía impulsada por muchos remeros que cantaban una vieja canción marcando la boga. Siguieron otras naves y yo me puse en su estela, y después de mí once barcos más y los otros reyes y el resto de las embarcaciones.

Trataba de olvidar las imágenes y los sonidos de la noche, de pensar que todo había sido un sueño, pero dentro de mí una voz me decía que era todo cierto y que no había escapatoria a aquella verdad, porque en realidad nunca había caído presa del sueño.

Doblamos la punta extrema de Mesenia donde dicen que hay una de las entradas del Hades, luego el cabo Ténaro en dos días de navegación. Entre este cabo y el de Malea se sumó a nosotros el contingente de Menelao, rey de Esparta, con sesenta naves. Acerqué mi embarcación a la suya y nos encontramos en mi bajel.

—Salve, *wanax* Odiseo, amigo mío —dijo, y me abrazó.

—Salve, *wanax* Menelao, amigo mío —respondí.

El rey Néstor, Áyax de Oileo y los otros soberanos se reunieron con nosotros y les hice servir vino. Lo había traído en una gran vasija de terracota que hacía mojar de continuo con agua de mar para mantenerla fresca. Cenamos todos juntos tras haber anclado las naves, en una mar calma. Todo parecía favorecer nuestro viaje. Los dioses

sabían de qué lado estaba la razón y de qué parte estaba el error.

—Nunca he bebido un vino mejor —dijo Menelao.

Derramó en el mar una parte invocando al dios del abismo para que nos fuera propicio en la navegación.

Avanzada la noche, cada uno de mis huéspedes volvió a su nave y al apuntar el alba retomamos nuestro viaje. En el golfo de Argólida se unieron a nosotros las cien naves del *wanax* Agamenón, rey de reyes de los aqueos, señor de Micenas, a quien no veía desde hacía tiempo, y las de Menesteo de Atenas. Llegó también con su flota Diomedes de Argos, comandante de los epígonos que habían vengado la muerte de sus padres, los siete contra Tebas. Finalmente apareció Áyax de Salamina, natural de una isla pequeña y pobre. Traía, al igual que yo, solo doce naves, pero una enorme gloria y fama: era primo hermano de Aquiles, así como gigantesco y fortísimo. De la proa de la nave pendía su escudo, hecho de siete pieles de buey superpuestas, fabricado expresamente para cubrir su enorme mole. A cada flota que se añadía, el ejército se engrosaba cada vez más, y sugerí a Néstor que distanciara las columnas, porque si estallaba una tempestad se romperían unas contra otras.

Al cabo de cuatro días de navegación, llegamos a Áulide, en Beocia, adonde ya habían arribado Aquiles, Patroclo y Automedonte, el cochero que sujetaba a Balio y Janto, los caballos raudos como el viento. El príncipe de Ftía de los mirmidones había mantenido, pues, su juramento al pacto de los príncipes. Allí estaba anclada también la gran flota de cien naves del rey Idomeneo, señor de Cnossos y de toda Creta.

Subí al monte que dominaba la bahía y me encontré frente a un espectáculo que nunca habría podido siquiera imaginar. Mil naves fondeadas y tal vez cincuenta mil hombres. Casi no podía creer en lo que veían mis ojos. La mejor juventud de Acaya estaba reunida en aquel puerto para atravesar el mar y llevar la guerra a la ciudad de Príamo. Pero la vista de tanto poderío hizo nacer en mí otros pensamientos. ¿Cuándo tantos barcos y tantos guerreros habían sido agrupados para una batalla? ¿Por cuánto tiempo perduraría en la memoria una empresa semejante? ¿Y de veras era posible que la finalidad de un poderío ilimitado como era aquel que se extendía ante mi mirada no fuese más que vengar el honor ofendido de uno de los soberanos de Acaya? No solo estaban presentes los príncipes que habían prestado juramento, sino también otros que no se hallaban presentes en Esparta aunque afirmaran lo contrario. Tal vez Agamenón los había convencido.

No podía soportar que uno de los objetivos de la guerra, distinto del que conocía, se me ocultara.

Cuando el sol, a mi espalda, se puso tras los montes y los caminos de la tierra y del mar se oscurecieron, conté cuántas noches había pasado en el mar, lejos de Penélope, y comprendí lo mucho que añoraba su amor, su perfume, su mirada y sus cabellos, sus blancos brazos y su pecho rozagante. Entendí cuánto echaba de menos a Telémaco, el toque de sus manitas, el sonido de su vocecita que un día, vuelta adulta y tonante, lanzaría el triple grito de los reyes de Ítaca. ¿Cuántas otras noches y cuántos otros días pasaría lejos de ellos? ¿Cuándo tendría noticias de ellos y ellos de mí?

Después de los primeros momentos de entusiasmo, los banquetes, las invitaciones entre los reyes y las fiestas entre los guerreros, los días que siguieron se hicieron pesados como pedruscos. El sol se alzaba sin que la aurora lo anunciase, inmediatamente llameante. Un bochorno insoportable sofocaba la tierra y el agua de la bahía estaba quieta y estancada en el fuego del mediodía. Parecía que el carro del sol se hubiera detenido en el centro del cielo y que nadie pudiera desplazarlo de esa posición. El sudor corría copioso por las frentes y los aqueos, a millares, buscaban alivio en el agua. Las naves estaban inmóviles como los escollos y las rocas; los estandartes pendían inertes de sus pendones; las velas, enrolladas; las jarcias, aflojadas. Ni un soplo de viento, ni una ondulación en el mar. Parecía una maldición y este fue el rumor que comenzó a correr entre los hombres. Los dioses estaban seguramente irritados, por una razón aún desconocida. ¿Quién les había ofendido y qué se podía hacer para reparar el error?

Nos reunimos con Aquiles, Diomedes, Áyax de Lócride y Áyax de Salamina, Néstor, Menelao y Agamenón. También el rey Idomeneo de Creta estaba muy preocupado: existía el peligro de que los hombres creyesen que la empresa era una ofensa para los dioses. Demasiado grande, demasiado soberbia y presuntuosa. Tal era también para mí la preocupación, que a veces me parecía olvidar a mi familia, a mis padres, a mi isla, en el intento de encontrar una solución.

Pero la solución no existía, si no venía del jefe supremo de la grandiosa expedición: Agamenón, el rey de reyes de los aqueos.

Con este comentario dejé la junta de jefes y volví a mi tienda en tierra firme. Subí al promontorio y contemplé la bahía atestada de naves y la luna que surgía del mar. Me acordé de las palabras que le había dicho a Penélope antes de dejarla. Pensé en ella tan intensamente que sentía su piel bajo mis dedos, sus labios en los míos y el sonido de su

voz. Me volví y vi a Mentor que subía lentamente por el sendero en dirección a donde yo estaba.

Parecía más maduro, alguna cana destacaba en sus sienes y también en la barba que le enmarcaba el rostro.

—Te traigo noticias de tu familia —anunció.

—Te lo agradezco, amigo mío. Dime, pues, ¿cómo están?

—A Penélope... le has roto el corazón, pero se comporta como una verdadera reina. Tu padre cumple con sus deberes de soberano tal como le pediste, pero siempre le pide a ella su parecer; la trata con gran respeto. Telémaco camina cada vez más expedito. Le hice una pequeña lanza de madera y una pequeña espada y practicamos juntos en la lucha...

Sonreí conteniendo a duras penas las lágrimas.

—Sé que eres un buen instructor, si bien me fiaría más de Damastes. Quién sabe dónde se encontrará ahora ese viejo erizo.

—En su tierra. Va a cazar, enciende el fuego y prepara su comida en el bosque, donde se ha construido una cabaña de madera, su morada.

Le miré con fijeza a los ojos que se tornaron verdes y entonces le hablé sin contenerme:

—¿Por qué esta calma chicha letal? ¿Qué debemos hacer? Estamos en guerra, y si nos quedamos en esta charca de agua estancada estaremos derrotados antes de partir. ¡Ayúdame!

Oí su voz dentro de la mente, clara y tajante:

—Descuida. El poder supremo no es tuyo. Un adivino hará una sugerencia. Luego el viento volverá a soplar. De la tierra hacia el mar.

Ninguno de nosotros la vio, pero la fama de las mil bocas habló a todos. Una divinidad ofendida mantenía prisionero al viento en las lejanas cavernas del Hemo. Para dejarlo salir pedía al máximo caudillo del ejército el sacrificio supremo: inmolar a su hija en el altar. La que más quería: Ifigenia, prometida a Aquiles cuando alcanzara la edad casadera.

Nadie la vio.

Se dijo que, en el momento en que la hoja se hundía en el tierno cuello, la diosa, aplacada, la había llevado a buen recaudo, a un nevado santuario de Táuride, y la sustituyó en el altar por una cierva. Nadie sabría de ella nunca más. No la volvería a ver

la madre, Clitemnestra. Concebí dentro de mí un odio inextinguible que no hizo sino crecer, como un monstruo, con el tiempo.

Luego sopló el viento, una mañana silenciosa. Las jarcias vibraron, crujió el maderamen, el agua se encrespó de miles de temblores relucientes. Después un largo sonido de cuerno; un estandarte flameó al viento, muchos otros desplegaron estupendos colores e imágenes fantásticas. Las velas se hinchieron. Una nave se movió y se hizo a la mar, otra zarpó tras ella con los remos tomando una velocidad cada vez mayor, luego diez y cien; velas blancas como alas de mariposa, que en cambio llevaban muerte allende el mar orlado de espuma. Me coloqué detrás de la escuadra de Menelao; oía muy fuerte su grito, veía la nube roja de sus cabellos, furioso. Las otras naves de mi flota vinieron alrededor de la mía como cuando una bandada de gansos salvajes alza el vuelo para emigrar lejos y uno solo los guía delante.

Y finalmente, otras mil.

La vista de la inmensa flota, de cientos de naves, de miles de remos que batían la superficie del mar bullente de espuma, me llenó de asombro. Aquella era una empresa que arrojaba sombra sobre cualquier otra aventura humana. El mundo de Heracles, de Jasón, de los siete reyes contra Tebas, de Teseo de Atenas, que había vencido al hombre-toro en su laberinto, se desvanecía en la bruma que el viento levantaba de la cresta de las olas. Un mundo perdido para siempre se disipaba en los vapores de la mañana estival y el sol que surgía por Asia iluminaba una ilimitada extensión de navíos, una selva de estandartes, una miríada de relampagueantes escudos. El estruendo de los tambores que marcaban la boga y las trompetas que emitían sonidos de bronce hacia el cielo terso por el que galopaban blancas nubes eran la imagen y la voz del mayor ejército que el mundo hubiera visto nunca. Miles y miles de hombres cruzaban el mar; aquella vista soberbia grababa en los corazones de cada uno de ellos un recuerdo que pasaría a los hijos y a los hijos de estos durante siglos y siglos futuros, durante miles de años.

Dejaron atrás esposas e hijos pequeños, o incluso bebés, padres debilitados por la edad y por la angustia que ya no los abandonaría mientras viviesen. Ahora se sentían parte de esa multitud, de los gritos y de los toques, del redoble incesante de los tambores, del estrépito de las olas al romper contra la proa, de la tripulación marina, de los chillidos de las aves; pero luego llegaría el tiempo de las terribles fatigas del combate, de la pelea cruel, de la sangre, de las noches insomnes, de los ojos abiertos de par en par en la oscuridad. ¡Vendrían las heridas y la muerte y, peor que la muerte, el miedo!

Muchos, demasiados, no regresarían jamás, descenderían al Hades despiadado. Aquella visión que llenaba mis ojos y mi corazón sería la última tan grande y gloriosa; lo presentía. No habría otras tan brillantes. Ahora ya el destino seguía su curso. La ruta estaba trazada, el viento soplaba fuerte y constante, su enorme fuerza empujaba mil naves en un solo soplo y decenas de miles de hombres revestidos de bronce. ¿Dónde estaba la diosa? Tal vez se hallaba sentada en su trono de marfil sobre el luminoso

Olimpo a fin de contemplar también ella el espectáculo, y cerca de ella estaban los otros númenes inmortales: Zeus y Hera; Apolo; Ares, que olfateaba ya el olor de la sangre, y Afrodita, que protegía a la bella por la que se libraba aquella guerra. ¡Oh, Atenea! ¿Acaso tus ojos glaucos me buscaban entre la espuma del mar, entre las velas flotantes? Yo, erguido en la proa empuñando la lanza que me había regalado el *wanax* Autólico, señor de Acarnania, rastrea tu mirada. ¿Veía tu relámpago cegador?

El viento continuó hinchando las velas sin cambiar de dirección durante dos días y dos noches. ¡Oh, cuántos, cuántos habrían sido necesarios para recorrer hacia atrás el mismo camino! La fuerza de los remos añadía velocidad y los timoneles mantenían firme la proa a rumbo levante. Era como si un dios hubiese abierto de golpe las puertas de la gran caverna del monte Hemo, donde había mantenido largo tiempo prisionero al viento, y este se hubiera lanzado como un corcel jadeante, a galope desenfrenado, ansioso de espacios infinitos.

Las naves de los reyes iban cada una a la cabeza de su propia escuadra: algunas más veloces, otras menos. Y yo los veía, a los soberanos de Acaya, resplandecer en la proa. A veces nuestros navíos casi se tocaban y se intercambiaban saludos, superando a voz en grito el silbido del viento. A mi izquierda podía ver a Menelao de los cabellos cobrizos y me parecía volver al día en que Helena lo había elegido desviando en el último momento de mí su mirada.

El bajel de Aquiles se acercó al mío y hablamos. Quería desembarcar en Esciros y ver al hijo de pocos años que había tenido de una joven princesa hija del rey Licomedes cuando había vivido como paje en su palacio. El pequeño se llamaba Neoptólemo, pero él le decía Pirro, porque tenía el pelo color de fuego. Hizo avisar a Agamenón; la flota nos esperaba anclada al socaire de un promontorio aprovechando para reabastecerse de agua y de comida. Tan solo Aquiles y yo, seguidos por dos lapitas de su guardia, llegamos al palacio. No quiso ver personalmente al hijo, sino solo en brazos de su madre y desde detrás de una cortina. Lo contempló largamente en silencio. Yo, en cambio, me reuní con él y le regalé una pequeña armadura que había hecho fabricar por uno de mis carpinteros de ribera con el cobre de un caldero. Dije:

—Te la manda tu padre que ha partido para la guerra. Prepárate, un día te reunirás con él para luchar a su lado.

El niño rió de forma estridente, aferró la espada y comenzó a soltar golpes como un pequeño guerrero. Sus ojos eran los de un lobezno, fríos e inexpresivos.

—¡Se convertirá en un guerrero como tú! —comenté a Aquiles—. Pero necesitará que alguien le instruya y le prepare. Debemos dejar aquí a tus lapitas.

Asintió en silencio.

Fui a despedirme del rey Licomedes.

—*Wanax*, te agradezco tu acogida. No podemos quedarnos por más tiempo porque hemos de atravesar el mar, pero volveremos. Te dejo estos dos guerreros que deberán instruir al niño, de inmediato, como maestros de armas. Tienen con qué pagar su estancia.

No sé por qué me vino ese pensamiento ni por qué dije estas palabras; era como si obedeciese a una orden que una voz desconocida me susurraba al oído. Aún hoy lo que hice entonces no me deja tranquilo...

—Es mi sobrino —respondió con dureza el rey—. Soy yo quien decide cómo debe crecer.

—Es la voluntad de su padre Aquiles —repliqué.

Su solo nombre imponía miedo, silencio y obediencia. No añadí nada más. Entonces hablé bajo mano con los dos lapitas.

—Escuchadme, el resultado de esta guerra será muy incierto. Él debe convertirse en nuestra última arma cuando no haya otra esperanza. Debéis criarle como un guerrero implacable, un asesino. Ninguna piedad, ningún afecto; separadlo de la madre desde mañana mismo.

Al día siguiente nos reunimos con el resto de la flota. Las tripulaciones expusieron la vela a pleno viento, exhortaron a los compañeros a agachar el lomo, a hacer hervir el mar con la fuerza de los remos. Cada uno quería ser el primero en llegar a la orilla. Ilión se dibujaba ya en la lejanía, sobre la colina.

Parecía una carrera, como el día en que se celebra la fiesta de Poseidón, el dios azul, señor del abismo; las naves, sin el mástil y la vela, se lanzaron a todo trapo empujadas por los remos; los cascos surcaron las olas y las proas se disputaron el espacio que las separaba de la línea de llegada.

Agamenón hizo proclamar enseguida por sus heraldos que todo el mundo se dispusiera ordenadamente en la orilla con los navíos, por grupos y por lugares de origen. Yo fui a parar al centro, equidistante del extremo en el que recalaron las naves de Áyax por una parte y las de Aquiles por otra. Todos descargaron las tiendas junto con todo lo necesario para instalar el campamento. Entretanto las murallas de Troya se llenaron de

guerreros, pero también de gente del pueblo: ancianos, mujeres, muchachos, hasta niños. Ciertamente, tras el resultado infructuoso de nuestra visita, no podían esperar que aceptásemos el rapto de una reina de Esparta sin reaccionar. Príamo estaba al corriente con toda seguridad de los preparativos y sabía cuántas naves y cuántos guerreros llegarían.

¡Yo veía los refuerzos contruidos al lado de las puertas ladeadas, las Esceas! Pero sobre todo me llamó la atención que su flota no se hubiera hecho a la mar contra nosotros. Me preguntaba por qué no nos habían atacado en el momento del desembarco, en el que habrían tenido todo a su favor. Era como si una ciudad, tan poderosa como para dominar los estrechos, no contase con una armada. ¿Cómo era posible?

La primera nave que tocó la orilla fue la de Protesilao, que mandaba a los tesalios, y este se lanzó adelante seguido por sus hombres. Inmediatamente después desembarcó Aquiles, acto seguido se encaminó Menelao con sus lacedemonios, luego me tocó a mí y al resto de mis compañeros. A continuación apareció Agamenón con sus micenos, Diomedes con los argivos, el Pequeño Áyax con sus locrenses, el Gran Áyax con los guerreros de Salamina al lado de los atenienses de Menesteo, y finalmente todos los demás. Enseguida corrí a donde estaba el primer Átrida para pedirle que llamara a Protesilao, pero era demasiado tarde. Una flecha había traspasado al rey de los tesalios en pleno pecho, y un grupo de guerreros troyanos, ya apostados detrás de la empalizada que protegía la segunda puerta del lado de las Esceas, se lanzó desde derecha e izquierda y atacó al ejército de Protesilao. Sus hombres se habían estrechado en torno al cuerpo del rey caído para protegerle, pero estaban expuestos por todas partes, ¡y los troyanos atacaban con los carros!

—¡Aquiles! —grité—. ¡Aquiles!

Pero el príncipe de los mirmidones ya estaba al corriente. Sus guerreros habían hecho descargar ya los carros de las naves. Balio y Janto, espléndidos animales, uno moteado de blanco y de color pardo, el otro rubio como el trigo, eran uncidos al carro. Los mirmidones, todos armados con corazas y grebas bruñidas, se juntaban con rapidez y corrían entre los carruajes en escuadras de cincuenta. Grité a Diomedes y a Menelao que buscaran ayuda, y también ellos siguieron en una segunda oleada de carros y de guerreros a pie. Yo formé a mis arqueros para proteger su vuelta cuando regresaran al campamento.

El contraataque rompió la formación troyana. Su cohesión no era lo bastante fuerte y

numerosa como para aguantar el impacto furioso de Aquiles y luego la fuerza de Diomedes y de Menelao. Es cierto que el rey de Esparta esperaba que Helena, desde lo alto de las murallas, le viese y le reconociese por el esplendor de sus armas y de las enseñas en su carro. Diomedes irrumpió inmediatamente después de Aquiles. Lanzó un anclote que había cogido de la nave y trabó la rueda de un carruaje enemigo mientras su cochero, Esténelo, incitaba a los caballos en una trayectoria oblicua que desequilibró aparatosamente al adversario, derribándolo sobre otros carros en un revoltijo aullante de hombres, caballos, astillas y extremidades rotas, sangre negra que manchó la tierra. Yo iba adelante con mis arqueros cuando vi abrirse las puertas Esceas a nuestra izquierda y vomitar miles de guerreros en el campo empapado de sangre. ¡Cuántos, cuántos eran! Lancé el triple grito de los reyes de Ítaca y me volví hacia la izquierda. Inmediatamente todos los arqueros se alinearon en tres filas a mis flancos. Plantaron en el suelo las aljabas, embrazaron los arcos, empulgaron y esperaron.

¡Eih! ¡Eih! ¡Eih!

¡Eih! ¡Eih! ¡Eih!

¡Eih! ¡Eih! ¡Eih!

Mi garganta ardía como el fuego.

Sudaban copiosamente, sus frentes relucían. El sol asaeteaba por nuestra derecha. Ninguno de nosotros, ocupados en la lucha, advertía la amenaza. Yo recordaba al jabalí de Acarnania. La herida del muslo me ardió de repente.

—¡Disparad! —exclamé, y una nube de dardos llovió dura como una granizada, delante de las puertas Esceas, sobre la formación troyana.

Se agacharon.

—¡Disparad!

Gritaron.

—¡Disparad!

Se volvieron hacia nosotros. Desenvainamos las espadas, embrazamos los escudos. Reinaba la confusión. No distinguía los aullidos y el sonido de los diferentes metales; las armas hablaban lenguajes distintos, pero pronunciaban la misma palabra: ¡muerte, muerte, muerte! Jadeaba en medio de la refriega, con un resuello más acelerado, irregular, doloroso. Pero el estruendo de los carros agrietó la tierra entre nosotros, la llenó de surcos con unas roderas profundas. ¡Los nuestros! ¡El carro de Aquiles! ¡El carro de Diomedes! ¡El carro de Menelao!

—¡Esceas! —aulló el troyano. Poderoso, yelmo rutilante al sol, alta cimera. ¡Héctor!

Las puertas ladeadas se abrieron de nuevo con un chirrido, estridencia ensordecedora. La ciudad se tragó a sus hijos para no dejarlos morir.

Se cerraron.

El Gran Áyax avanzó. Le recibió una lluvia de dardos, pero él levantó el escudo, inmenso, hecho de siete pieles, de siete bueyes despellejados. Con la otra mano blandía un hacha de dos filos; la tierra temblaba a su paso. Hasta delante de las Esceas.

—¡Disparad! —grité de nuevo—. ¡A los bastiones! ¡Proteged a Áyax! ¡Cubridle!

Él estaba ya debajo de los parapetos. Blandió la enorme hacha, la abatió contra la puerta una, dos, tres veces. Hizo temblar los batientes, gemir los goznes y los pernos de bronce.

Rió mi corazón dentro del pecho: ¡Áyax llamaba a la puerta!

Muchos de los suyos quedaron sobre el terreno, pocos de los nuestros. Demasiados, sin embargo. Los tesalios habían retirado a su rey Protesilao, a hombros, cantando un lamento fúnebre. Antes de la noche los aqueos habían levantado una pira y depositado su cuerpo en ella. Los días amargos no tardaron en llegar. Recién casado, había pasado una sola noche de amor con su joven esposa. Apenas puso el pie en Asia perdió la vida. Por esto sería recordado: como el primer aqueo en pisar tierra y el primero en morir.

En Troya los guerreros vigilaban con la mirada nuestro campamento desde las torres más altas, mientras otros abrían cautamente la puerta y recogían de prisa a los muertos del campo de batalla para rendirles las honras fúnebres.

Apenas cayó la noche, unas altas columnas de humo y de fuego ascendieron de una colina oscura, de negros cipreses, próxima al bastión oriental de la fortaleza de Ilión. Si, a la cabeza de un grupo de audaces guerreros, hubiese subido hasta allí y hubiera atacado a todos los que, ignorantes, esperaban el triste cumplimiento de las exequias, habría exterminado sin duda a muchos, pero pensé que debía haber un límite a las iniquidades de la guerra. No había pasado aún mucho tiempo. A continuación las cosas iban a cambiar.

Otras columnas de fuego ascendieron de nuestro campamento. Jóvenes reducidos a cenizas que nunca más lucharían y a los que sus padres y madres en duelo no volverían a ver. Las cenizas fueron recogidas en ánforas de bronce y enterradas. Esto era lo que se había decidido: no se haría retornar ninguna nave para transportar los restos de las incineraciones. Las familias erigirían a orillas del mar tumbas vacías que mojar con sus

lágrimas.

Entrada la noche, Agamenón envió a los heraldos para convocar el consejo de los jefes. Quiso saber el número de los caídos de uno y otro bando y cómo se habían batido los troyanos; lo fuertes que eran en la refriega y en los enfrentamientos hombre contra hombre; cuántos carros habían lanzado al campo de batalla. Rindió honores a Aquiles, a Menelao, a Áyax y a Diomedes y, por último, a mí por haber protegido con los arqueros a nuestros combatientes manteniendo a distancia a los troyanos. Todos nos congratulamos, comimos juntos y bebimos vino para revigorizar las fuerzas. Entonces Néstor me preguntó qué pensaba de la ausencia de una flota troyana.

—Sí —intervino también Agamenón en ese momento—, ¿cómo lo explicas?

—Yo creo que han escondido las naves. No podían hacernos frente, y en lugar de asistir a su destrucción han preferido dispersar la flota por los puertos de varias ciudades de las costas aliadas de Príamo.

Agamenón meditó un rato sobre mis palabras y asimismo Néstor, que luego comenzó de nuevo a decir:

—Tal vez deberíamos atacarlas y tomarlas una por una: privar a Príamo de sus amigos, aislar Troya, destruir la flota dondequiera que se encuentre y acto seguido estrechar el cerco en torno a la ciudad y hacerla caer.

Los jefes comenzaron a discutir y existía discordancia de pareceres. Aquiles quería lanzar enseguida el ataque a las murallas. Menelao le apoyaba y todos podían comprender el porqué: para asaltar la ciudad, exterminar a los habitantes, hacer pedazos a Paris y darlo en pasto a los perros, recuperar a Helena, llevarla de vuelta a casa y olvidarlo todo, si se tenía éxito. Pero no era tan simple. Troya estaba defendida por una gran muralla, por un vallado; las puertas, por empalizadas. El ejército era poderoso y seguramente Príamo tenía muchos amigos, tal vez incluido el gran rey de los que teos, que se sentaba en su trono de piedra en su ciudad de piedra ubicada en el corazón de Asia. Finalmente se impuso el parecer de que había que hacer incursiones en las ciudades aliadas de Príamo, o situadas en las cercanías. Pero dejar, en cualquier caso, el grueso de nuestras fuerzas manteniendo el asedio de Troya.

La decisión se reveló prudente. En el curso del primer año de guerra Aquiles y Patroclo, a la cabeza de su flota y de la de Protesilao, asaltaron distintas ciudades de la costa y las saquearon, destruyendo las naves. Solo se quedaron fondeados con la mala estación y con el viento de Bóreas, que barría el mar con ráfagas violentas. Trajeron un

gran botín del que se entregó una parte a Agamenón, supremo comandante del ejército.

En la primavera siguiente, Aquiles, Patroclo, Menesteo, Meriones y otros atacaron la más grande y próspera ciudad de la costa en torno a Troya. Se llamaba Tebas y se alzaba al pie de una enorme montaña llamada Plakos, habitada por cilicios del mar meridional. Aquiles mató por su propia mano al rey y tomó como esclavos a sus habitantes. Fue una gran victoria, pero yo no conseguí alegrarme por ello. El rey muerto se llamaba Eetión y era el suegro del príncipe Héctor, primogénito de Príamo, heredero del trono de Troya. A la esposa de Héctor, Andrómaca, la había visto cuando había ido con Menelao a pedir la restitución de Helena a fin de evitar la guerra. Era muy hermosa y tenía unos ojos profundos y melancólicos.

La muerte violenta de su padre, el rey de Tebas, Hipoplaquia, encendió más aún los odios e hizo cada vez más encarnizado el enfrentamiento. Los troyanos intentaron continuas salidas para expulsarnos hacia el mar o incendiar nuestras naves y nosotros respondíamos tratando de destruir su ejército y de forzar el vallado y el muro del primer recinto. Una empresa que se hacía cada día más difícil.

También yo tuve mis primeras bajas. No había sucedido nunca antes y mi dolor fue mucho mayor porque esos muertos eran de Ítaca. Conocía a sus familias, a sus esposas, y había visto nacer a sus niños. Les vengaría matando otros tantos enemigos, porque esta es la ley de la guerra: perpetuar los estragos, pese a saber que eso no devolverá a la vida a quienes han caído. Lo que me hirió el corazón fue ver sus rostros, que estaban enrojecidos por el sol y por el mar, tan pálidos. Un color indescriptible y que solo tienen los muertos. *¡Cabezas pálidas!*

A continuación Aquiles atacó otras ciudades y las saqueó. Regaló a Patroclo una muchacha hermosísima de nombre Ifis para que le diese placer por la noche. Tenía unas piernas largas y esbeltas y unos pechos firmes y altos. Se quedó otra para sí, la espléndida Diomedea, de alto talle.

De aquellos primeros tiempos de la guerra, más que las batallas y la sangre, más que las victorias y las derrotas, más que las gestas mías y de mis compañeros, recuerdo las palabras. Conmigo hablaron todos.

Áyax de Salamina, desmesurado, fuerza incontenible, montaña andante. Creo que ninguno de los reyes y de los príncipes de los aqueos llevó a cabo empresas como las suyas, soportó inmensos esfuerzos sin pedir ayuda nunca a nadie, ni hombre ni dios. Y sin embargo era simple e ingenuo como un niño. Áyax era tan pesado como un pedrusco,

y Aquiles era ligero, raudo como el viento, mortífero, despiadado, pero frágil como una copa de arcilla. Mataba para que no le matasen a él, combatía para sobrevivir a la Cer de muerte que sentía siempre a su lado. La veía correr, yo creo, sobre un carro tirado por cuatro caballos negros como ala de cuervo empuñando la guadaña. Invencible para cualquier otro, incitaba a Janto el rubio y a Balio el moteado a volar sobre el campo de sangre, y ellos le respondían con palabras que solo él comprendía. No quería escapar a la muerte, lo que quería era que el último instante de su vida fuese como un fulgor, como un relámpago deslumbrante. No ser olvidado, ni desvanecerse en el olvido.

Menelao, devorado por el rencor y por la humillación, me confiaba sus pesadillas, sus dudas, sus sueños. No hablaba de aquel modo con nadie más. Una vez me preguntó:

—Ese día estabas cerca de mí. ¿Por qué me eligió Helena a mí? ¿Por qué me quiso para luego traicionarme y abandonar mi casa?

Yo le miraba a los ojos y me parecía sincero. Pero ¿era de veras posible que mil naves y cincuenta mil guerreros hubieran atravesado el mar solo para traer de vuelta a su esposa? Buscaba dentro de mí otros motivos más verdaderos, aunque menos visibles. Tanto para los hombres como para los dioses. Pero no los encontraba. Aún no.

—No te tortures —le respondí—, mira a tu alrededor: mil naves han atravesado el mar, miles y miles de guerreros. ¿De veras piensas que esto ha sucedido por lo que creemos? La mejor juventud de Acaya derrama su sangre en este campo abrasado por el sol. ¿Hay una manera de explicar el porqué? No, no la hay, no aunque creas saberlo. Estamos aquí sin conocer el motivo ni la finalidad. Somos como pajuelas a merced de un río en crecida; soportamos esfuerzos, incomodidades, heridas, miedo y hambre, para luego terminar en la boca del implacable Hades. Alguien quiere que sea así, alguna fuerza irresistible, arrolladora, sin rostro y sin voz. La única defensa que nos queda es la de estar juntos, como ahora, entre compañeros, entre amigos, para ahuyentar las tinieblas, el miedo.

—Sin embargo, había un pacto entre nosotros...

—Ningún acuerdo podría mantener aquí a cincuenta mil guerreros tan largo tiempo, ¿no crees? ¿Y puedes explicar por qué no hemos vuelto antes de que comenzase el invierno? ¿Qué nos retenía aquí? Yo no lo sé. ¿Acaso tú sí? ¿Es que lo sabe Agamenón, el rey de reyes de los aqueos? Si tienes una explicación, dímela; quisiera saber por qué estoy aquí para perder la vida. Helena no me basta.

Menelao guardó silencio y no supe nunca si por propia voluntad o porque no sabía.

—¿No has notado algo extraño, algo que te vuelve inquieto y te llena de ansiedad el corazón?

Menelao me miró fijamente como si me viese por primera vez, como si se diese cuenta de que yo era capaz de percibir cosas que a los otros se les escapaban.

—Dicen que la diosa Atenea te habla. ¿Es cierto?

—No importa lo que la gente pueda decir de mí, sino lo que está sucediendo aquí. ¿No ves que el tiempo se nos va? ¿Serías capaz de recordar lo que ha sucedido hace apenas siete días? ¿O cuatro, o dos? ¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí?

Una noche llegué hasta casi la base de las murallas de Troya para escuchar su voz, pero solo aleteaba el silencio sobre la ciudad dormida. Era como si estuviera deshabitada, vacía. Aquel silencio me producía escalofríos. ¿Acaso estábamos poniendo cerco a una ciudad fantasma? Pero acto seguido recordé que había visto Troya, que había entrado en ella, había disfrutado de la hospitalidad de Antenor y habíamos hablado durante noches enteras. Caminé todavía largo rato hasta casi los pies de la ciudadela y llamé a Helena. Quería que oyese nuestra voz mientras yacía entre los brazos de Paris, quería que evocase días lejanos: un muchacho y una niña en el recinto de los caballos, el sol que se ponía...

Volví entrada la noche y tuve que alertar a mis centinelas para que no me matasen. Aquella noche, *¿qué noche?*, sentí de forma aguda la falta de mi padre. Él había velado muchas veces con los ojos abiertos de par en par en las tinieblas.

Vi a Diomedes cuando Agamenón pasó revista al ejército por primera vez. Se dirigió a él como si dudase de su valor.

—¿Por qué estás dubitativo? ¿Por qué te da miedo lanzarte a la refriega?

—No temo nada —respondió—, no olvides que soy el único que antes de venir aquí ha luchado y vencido ante Tebas de las siete puertas. He vengado a mi padre.

Agamenón no dijo nada más y continuó avanzando con el carro por delante del ejército formado de los aqueos. Diomedes se volvió hacia mí y tuve la certeza de que me había reconocido.

—Eras tú —dijo, y comprendí lo que pretendía decir.

—Sí —respondí—, era yo.

—¿Y qué hacías en Argos?

—Devolver a Eumelo de Feras a sus padres: Admeto y Alcestis. Sabes qué quiero decir, ¿verdad?

—Lo sé —contestó—. Muchos lo buscaban...

—Pero nadie lo encontró.

—Tú tienes algo que yo no tengo. ¿Qué es?

—Sé que la mente es un arma más poderosa que cualquier espada o lanza o garra o colmillo afilado.

—Juntos podremos ser invencibles.

—Puedo serlo también solo —respondí—, pero si me quieres contigo aceptaré con mucho gusto ser tu compañero. Nuestros padres estaban juntos en la nave *Argo*.

—Nuestros padres estaban juntos en ese bajel —repitió con una sonrisa y subió al carro junto con Esténelo, su cochero, preparándose para el combate.

Aquiles conquistó también otras ciudades de la costa, pero no por eso mejoró la suerte de la guerra. Otros guerreros de diferentes países llegaban a Troya para ayudar a Príamo a repeler a los invasores extranjeros. Asimismo los dioses en aquel punto habían elegido de qué bando estar, lo cual se podía sentir en el aire y en los acontecimientos. El tiempo, las manifestaciones inesperadas del cielo y de la tierra, truenos y relámpagos, y en una ocasión también el terremoto que hizo encabritarse a nuestros caballos y rebullir el mar, lanzaban mensajes que los adivinos no dudaban en interpretar. Agamenón había traído consigo a Troya a su vidente Calcante, aunque este había hecho un vaticinio horrible cuando una interminable calma chicha mantenía inmóvil a nuestra flora en Áulide. Le odiaba, pero le mantenía con él. En una ocasión, molestando por su actitud y por sus palabras, le hice una pregunta:

—Dime, profeta, ¿cuántos higos hay en este árbol?

Me miró gélido, se acercó.

—Mis artes no sirven para contar los higos —respondió— y tú lo sabes bien. ¿Crees que no te he oído cuando hablabas con alguien que los otros no ven?

Me quedé estupefacto. Estábamos bajo una gran higuera frondosa y no sé cómo ni cuándo nos encontramos caminando por la orilla del mar mientras asomaba la luna, y sabía que en aquel momento Penélope esperaba que yo pensara en ella, *amarga nostalgia...* Él continuó: «¿Acaso no es cierto?», como si estuviésemos aún bajo la higuera.

No contesté. No quería que otros se inmiscuyesen entre mi diosa y yo.

—Ella te ama y te protege. Tú la sientes cuando está cerca de ti, pero también yo la percibo cuando está presente, ¿sabes? Pero te envidio porque la ves. Dime, ¿cómo es?

—Cuidado —respondí—, si ella quisiera que la vieses, no deberías pedirme nada.

Agachó la cabeza y seguimos caminando en silencio.

—Quiero proponerte un pacto. Tú dime cuál será el día de mi muerte y yo te diré cuál

será el tuyo.

—Nadie quiere conocer el día de su propia muerte —puntalicé.

—Entonces lo anunciaremos sin mover los labios, sin pronunciar palabra. Así cada uno de nosotros sabrá la verdad, pero será libre de ignorarla.

—¿De qué sirve? —pregunté—. Aquí es fácil morir. A diario.

—Vale para comprender si de veras somos distintos de todos los demás, por qué motivo los dioses nos han concedido tan raro regalo. Hay fronteras que solo a muy pocos les es dado atravesar. Tú eres uno de ellos.

—Aceptaré tu pacto a condición de que respondas a esta pregunta: ¿por qué se me escapa el transcurrir del tiempo? ¿Por qué no sé cuánto llevo en este lugar y mis compañeros tampoco hablan nunca de ello?

—Porque hay dos fronteras en nuestro mundo: la del tiempo y la del lugar. Tú has franqueado la primera y, si para ti pasa un mes, para los otros puede transcurrir un año. O al contrario. Y un día rebasarás también el otro límite. Atravesarás una línea invisible para alcanzar lugares que ningún otro puede ver. Atenea..., tal vez es ella la que así lo quiere. No sé decirte más.

Me volví hacia él y, en el momento en que me miraba a los ojos, se abrió para mí un pozo de tinieblas sin fondo. Le di una respuesta y él me la dio a mí. Pero su réplica no era un día o un año. Era una imagen que me parecía haber visto. No pensaría más en ello durante mucho tiempo. La guerra siguió su curso, cada vez más dura, cada vez más violenta y cruel, cada vez más difícil. Y aborrecida. Para sostener un ejército tan grande habían saqueado todos los lugares de los alrededores, habían tomado las cosechas, el ganado y los rebaños, mientras que el bronce y el cobre, el oro y la plata y las mujeres hermosísimas eran para el rey. Yo quería que la contienda acabase, por eso luchaba en el campo de batalla con todas mis fuerzas, y mis hombres conmigo. Debía servirles de ejemplo, compartir con ellos los esfuerzos, los peligros, las vigilias y también la comida. Únicamente cuando era invitado a la mesa de Agamenón con el resto de los soberanos comía carne asada y bebía un vino puro, embriagador. Había banquetes interminables que tal vez servían para hacernos olvidar lo que estaba pasando.

Una noche me di cuenta de que había un huésped al que nunca habría imaginado encontrar. El cantor callejero, aquel al que nadie escuchaba, en el puerto, y que se había ofrecido a cantar solo para mí. Recordaba su canto como un largo lamento, misteriosa armonía de un llanto. ¿Era acaso un dios que ideaba desgracias para nosotros y que

andaba merodeando bajo una falsa apariencia? ¿O era un numen amigo venido para traer ayuda? ¿Se habría percatado Calcante de él?

Solo entonó su poema después de terminado el banquete y yo escuché cada sonido que salía de entre sus dientes. Ni Diomedes, ni Aquiles, ni el Gran Áyax, ni tampoco Néstor, el jinete gerenio, ni el espléndido rey de los cretenses Idomeneo prestaban oídos. Unas esclavas bellísimas se habían unido a ellos y hasta Néstor que era viejo deseaba disfrutar de sus cuerpos perfectos. Me di cuenta de que el poeta me miraba, que sus labios se movían sin emitir sonido alguno. Vi y comprendí una palabra: «Antenor». Cuando se alejó fui detrás de él.

—¿Cuándo? —pregunté.

No se volvió. Repuso:

—Ahora, en la higuera. —Y desapareció en la oscuridad antes de que pudiera decirle nada.

Pasé por mi tienda, cogí un manto oscuro con la capucha y me ceñí la espada al costado. Dejé la fila de naves varadas en la playa y me adentré en los campos. Notaba la presencia de muchas sombras inquietas, espectros de héroes caídos en la durísima refriega, y dentro de mí percibía su dolor, la añoranza que sentían de la vida perdida.

La higuera era una planta enorme, tan grande que cien hombres habrían podido encontrar refugio a la sombra de su copa. Desde que habíamos desembarcado, era un punto seguro en medio de la llanura y mostraba las señales de nuestras batallas; flechas clavadas en el tronco y lanzadas, profundas heridas y rajadas en la corteza y en la madera, y sin embargo era frondosa, y daba frutos que se comían los pájaros. Allí vi una sombra y, permaneciendo a distancia, dije:

—Un poeta me ha pedido que viniera a este encuentro, noble Antenor. Y lo he hecho porque estaba seguro de que no olvidarías los vínculos de la hospitalidad.

—*Wanax* Odiseo..., reconozco tu voz aunque mantengas oculto tu rostro. Ningún otro, aparte de ti, podría estar en este lugar a esta hora. Sabía que aceptarías. —Nos encontrábamos el uno enfrente del otro, oscuros, estatuas esculpidas por la luz de la luna —. Nosotros fuimos los únicos en batirnos en la asamblea para evitar la inútil masacre.

—En vano, *wanax* Antenor. ¿Qué motivo te ha empujado a convocarme en este sitio?

—Tanto nosotros como vosotros sufrimos enormes bajas. Lo dicen las piras que arden incesantemente al borde de vuestro campamento y en nuestra colina de los cipreses. Jóvenes en la flor de la vida caen a diario en el campo de batalla, las madres estrechan

contra su pecho las urnas con sus cenizas y lloran inconsolables, dos pueblos se desangran sin que nadie consiga prevalecer sobre el otro. Tiene que haber una solución, una salida.

—¿Tú sabes ya cuál, noble Antenor?

—Un duelo...

—... entre los dos contendientes principales: Paris y Menelao. Pero ¿cómo convencer a Paris? Es un bellaco. Deja que miles de jóvenes mueran por un capricho suyo.

Antenor dudó, reflexionó en silencio a la sombra de la higuera veteada por la claridad de la luna.

—No es un capricho, es amor, pero ello no cambia las cosas. Héctor le convencerá. Paris está siempre cerca de él en la batalla: tiene miedo de combatir solo. Escúchame, Odiseo, y prométeme que no te aprovecharás de lo que voy a decirte para sacar ventaja...

—Te lo juro. Tengo interés igual que tú en lograr que acabe esta guerra sin sentido.

—Héctor estará alineado mañana a la derecha, su primo Eneas estará en el centro, su hermano Deífobo a la izquierda. Convince a Menelao para que desafíe a Paris a duelo. Es fácil reconocerle, pues llevará sobre la coraza una piel de leopardo. Di que se adelante, debe gritar con voz tonante para dominar el fragor del choque. Mejor si lanza su desafío antes de que los dos frentes se encuentren. Paris, en ese momento, solo de verlo, querrá huir, pero Héctor se encargará de detenerle y obligarle a combatir; es demasiado orgulloso, noble e intransigente y no le tiene el menor aprecio. Lo empujará a redimirse, a demostrar que también él está preparado para asumir riesgos, para no dejar que sean solo los otros, los que no son hijos de rey, quienes mueran por los muslos de Helena. Paris no tendrá elección y así Menelao podría tener su satisfacción. No me interesa quien venza. Se jurará un pacto y yo convenceré al rey Príamo para que sea personalmente su garante. El rey está afligido por el gran número de caídos, entre ellos no pocos de sus hijos, y no creo que se oponga a un duelo por más que quiera a ese desgraciado de Paris. Tú convence a Menelao y a Agamenón, no te será difícil. En ese punto, cualquiera que sea el resultado del combate entre los dos, se acabará la guerra.

Mi corazón estaba exultante ante aquellas palabras. El regreso estaba próximo. Tal vez dentro de un par de días las naves surcarían el mar después de haber comprobado que los cascos estaban en condiciones de afrontar la travesía. Siete ocasos más y dormiría al lado de Penélope en el tálamo suspendido entre los brazos de un olivo, volvería a ver a mi

hijo, a mis padres. No podía creerlo y rogaba en silencio a mi diosa para que me ayudase. Ahora todo dependía de mí.

Nos dimos un apretón de manos y, antes de separarnos, dije:

—Si Agamenón acepta, verás flamear un paño amarillo en la proa de mi nave.

Antenor asintió. Cada uno regresó buscando en la oscuridad su propio rastro.

Yo volví a la tienda de Agamenón, en la que el banquete había terminado, pero él todavía no se había acostado e hice llamar a Menelao. Referí mi encuentro y la propuesta de Antenor apenas el rey de Esparta hubo entrado en la tienda de su hermano. Se le iluminó el rostro.

—¡Por fin! —exclamó—. Masacraré a ese bellaco a la primera acometida. Escupiré sangre en el polvo y se sacudirá como un chivo degollado que está a punto de morir. Lo daré en pasto a los perros como he prometido. Seré yo mismo quien le coma el corazón.

—No —respondí—, así no. El rey Príamo vendrá a sancionar personalmente el pacto. Se harán sacrificios solemnes a los dioses del cielo y a los que reinan en el subsuelo. El que caiga traspasado de muerte será devuelto a su gente para que reciba las honras fúnebres. Luego, la victoria será nuestra...

—¡Puedes estar seguro! —interrumpió Menelao.

—Si es nuestra —proseguí—, los troyanos deberán restituir a Helena y una consistente reparación en oro, plata y bronce. Si fueran ellos, por el contrario, nosotros nos comprometemos a levantar inmediatamente el cerco y volver a Acaya. Decidme si para vosotros está bien el acuerdo. Le he dicho a Antenor que, si por mí fuese, aceptaría estas condiciones.

—También yo las acepto —dijo Agamenón.

Le vi soltar un profundo suspiro y sonreír. Él sentía el peso de las muchas vidas desperdiciadas sin ningún fruto y temía al mismo tiempo la pérdida del prestigio del que siempre había gozado. En su fuero interno le pesaba también la pérdida de su hija, la más bella y dulce, Ifigenia; Ifí, como él la llamaba. Solo yo, tras el primer momento de entusiasmo, estaba dudoso. Sabía cuánto el hecho o la voluntad o el capricho de los dioses podían arruinar los planes de los hombres. Añadí:

—Héctor, el príncipe hereditario, combatirá a la derecha y Paris estará con él. Eneas, en el centro, mandará las formaciones de los dárdanos y a la izquierda combatirá con Deífobo, el hermano más querido de Héctor. Tú, por tanto, Menelao, estarás al mando del ala izquierda de nuestro ejército. Serás el primero en adelantarte para desafiar a Paris.

Nosotros te protegeremos, pero no creo que tengas nada que temer, pues Antenor lo tiene todo preparado. Nadie más que él quiere que acabe la guerra, y ahora también Príamo lo desea. Situada a Aquiles lejos de nuestra ala izquierda. Es demasiado incontenible, podría echarlo todo a perder.

Salimos juntos y Menelao me abrazó.

—Te juro que, si todo va como pienso, te regalaré tierras fértiles en mi reino, cerca del mar, y ciudades en las que puedas establecerte para pasar al menos algún tiempo cerca de mí, porque de todos los reyes de Acaya eres el más querido para mi corazón y el que más aprecio.

—Te doy las gracias por honrarme con tu amistad. Pero recemos a los dioses esta noche para que nos sean propicios. Solo ellos lo pueden todo, mientras que a nosotros el hado puede arruinarnos los planes que hemos trazado y también nuestra propia vida. Duerme todo lo que puedas, descansa y acumula fuerzas para que mañana tu brazo sea incontenible. Recuerda: sin duda ella te estará observando desde lo alto de las murallas.

No dije nada más, pues esperaba ardientemente que todo fuese tal como habíamos ideado el noble Antenor y yo. Al llegar a mi nave, icé junto a los pendones de proa un paño amarillo que se veía de lejos antes de que hubiesen apuntado las primeras luces del día.

A la mañana siguiente, cuando los rayos del sol iluminaron las nubes detrás de la línea de los montes, reunimos al ejército y lo condujimos fuera del campamento hacia la ciudad. Las puertas de Ilión se abrieron, los carros del ejército salieron a campo abierto ganando el terreno que los separaba del enemigo. Faltaba ya poco, y miraba por todas partes por si podía reconocer alguna presencia misteriosa que pudiera perturbar los acontecimientos, pero no vi nada. Si había dioses que nos eran adversos, sin duda estaban bien disimulados bajo rasgos humanos. Muy pronto vi resplandecer el casco reluciente de Héctor y, junto a él, a Paris. Una piel de leopardo le cubría parcialmente pecho y hombros.

—¡Ahí está! —grité a Menelao que avanzaba sobre el carro a no mucha distancia de mí.

Era imponente de ver: el bronce que recubría su pecho resplandecía cual oro y despedía a cada movimiento destellos deslumbrantes; una alta cimera ondeaba sobre el yelmo a cada ráfaga de viento. Cuando vio a Paris gritó con voz tonante:

—¡Paris! Traidor, bellaco, hasta ahora te has escondido, has evitado en todo momento

enfrentarte a mí. Muestra por fin lo que vales, si eres solo capaz de vencer a las mujeres o si tienes el valor de luchar con un hombre.

Dicho esto, tras embrazar el escudo y empuñar la lanza, saltó a tierra y avanzó con paso pesado hacia su adversario. Paris trató de retroceder al resguardo de las filas de los guerreros troyanos, pero Héctor le detuvo y gritó alguna cosa que no comprendí. Paris se dio la vuelta y se dirigió, con poco entusiasmo, hacia la primera fila.

—¡Troyanos! —gritó entonces Menelao.

El ejército demoró la marcha y también los nuestros se detuvieron ante la señal de Agamenón, que alzó la lanza manteniéndola de través.

—¡Troyanos, os propongo un pacto! No es justo que todos vosotros sufráis por culpa de uno solo. Estoy dispuesto a batirme con Paris: ¡seremos solo dos los que arriesguemos la vida!

Ambos ejércitos estaban ahora a pocos pasos de distancia; los guerreros de la primera línea mantenían las armas tendidas los unos contra los otros, prestos al más mínimo movimiento del enemigo para lanzarse al ataque.

Paris miraba en torno a él preocupado, sin comprender lo que estaba pasando. Héctor, acompañado por su heraldo, se aproximó a Agamenón, que me hizo un gesto de que me acercara.

—Estamos dispuestos a escuchar la propuesta de Menelao —dijo el príncipe troyano.

El corazón me brincó en el pecho de la alegría: otro paso decisivo para el final de la guerra. Los dos máximos jefes estaban de acuerdo. Aquiles se hallaba lejos.

Respondió Agamenón, nuestro jefe supremo:

—¡Príncipe Héctor! Hemos sufrido demasiados males, nosotros los aqueos y vosotros los troyanos, por culpa de uno solo. Dejemos que tu hermano, el príncipe Paris, se bata con mi hermano, el *wanax* Menelao. Si vence Paris, dejaremos la Tróade sin pedir nada, zarparemos dentro de tres días para no regresar nunca jamás. Si vence Menelao, vosotros restituiréis a Helena con muchos bienes preciosos en reparación por los daños que hemos sufrido.

Héctor pidió que el pacto fuera aprobado y sancionado por el rey Príamo y nosotros aceptamos. Todos los guerreros de los dos ejércitos se sentaron y dejaron las armas en el suelo, como cuando el viento se abate sobre un gran campo de espigas erguidas con las aristas apuntadas y las acuesta a todas en la superficie. El espectáculo era tal vez extraordinario e increíble para la mayoría, pero no para mí: las cosas estaban yendo

precisamente como Antenor y yo habíamos previsto. Sin duda, también Héctor estaba al corriente y de acuerdo. Tal vez el único que no sabía nada era Paris.

Esperamos con ansiedad a que el rey, avisado por un mensajero, se acercara al campamento y jurase delante de los dos ejércitos armados el acuerdo ya decidido. Finalmente lo vimos llegar y, cuando el carro estuvo cerca y comprobé que junto a él se hallaba Antenor, pensé que verdaderamente aquella era la jornada en la que estableceríamos el regreso.

Se degolló a dos pares de corderos, dos de pelaje blanco y dos de pelaje negro, y se juró el trato, se concretaron las reparaciones. Solo por un instante mi mirada se cruzó con la de Antenor. Debía de sentirse mal en aquel momento, sin duda por haber aceptado un compromiso doloroso, humillante, pero necesario. ¿Acaso el orgullo valía lo que la vida de tantos jóvenes? ¿La angustia de tantas mujeres, tanta sangre derramada, tanto dolor? Mi aprecio por él en ese instante solo era comparable al amor y a la estima que sentía por mi padre, el héroe Laertes.

Y, sin embargo, en lo profundo del corazón sentía una extraña inquietud, una vaga desazón que no conseguía definir ni ahuyentar. Pensé que estábamos cerca de la conclusión porque ciertamente Menelao haría pedazos a su adversario, todo apariencia y nada de fuerza, y la guerra terminaría. Por eso estaba inquieto: porque faltaba poco.

Los dos adversarios estaban enfrente el uno del otro y ya muy cerca, armados hasta los dientes, estudiando la fisura a la que arrojar la lanza, buscando el corazón del enemigo, la garganta o la ingle. El primero en hacerlo fue Paris, quien tiró la lanza sin esperar un instante. Pero Menelao alzó rápido el escudo. Y aunque lo penetró la punta del arma ofensiva, esta se dobló por el peso del asta. Entonces le tocó el turno a Menelao y su lanza atravesó el escudo y la coraza del adversario. Todos miraron pensando que Paris había sido herido, pero no era así. No brotaba sangre que manchase la túnica. Me mordí el labio de la desilusión. Menelao, una vez abandonado el inservible escudo, se precipitó de nuevo al ataque pero ahora con la espada. Paris rompió la lanza enemiga para extraerla del escudo y una vez más lo embrazó para protegerse.

Mi inquietud no hacía sino crecer, del corazón a la garganta.

Menelao le atacó con furia, como una fiera hambrienta; su espada caía con martilleante violencia, de modo que el gran bronce que protegía a Paris resonó, ensordecedor como un trueno. El príncipe troyano resistía retrocediendo como si buscara refugio entre las filas de su ejército, pero no había protección posible, pues todos estaban

sentados; solo Héctor se hallaba de pie, apoyado en la lanza; con semblante sombrío, se mordía el labio inferior. Oí un ruido lejano como de viento que corre por la llanura, entre los árboles. Una leve neblina avanzaba por levante.

A la segunda acometida, la espada de Menelao quedó hecha pedazos, tal vez un dios la quebró, y empecé a perder la esperanza. No podía creerlo. La bruma se hizo más densa, empujada por el viento entre ambas formaciones. Menelao recogió el trozo roto de su asta y con él descargó un golpe tremendo en el brazo derecho de Paris, que dejó caer la espada. Menelao le saltó encima, cargando con su mole sobre el escudo del príncipe para aplastarle pecho y corazón. Paris se deslizó a un lado para escapar a la muerte, pero el rey de Esparta le aferró por la cimera del yelmo y lo arrastró por el suelo hacia las filas de los aqueos, que le incitaron a estrangularlo. La correa del casco se hundió en la carne. La neblina lo cubrió todo, a los dos ejércitos y a los combatientes encarnizados.

Luego el viento cambio de golpe, disolvió la niebla y vi a Menelao a escasa distancia de mí: apretaba entre las manos el yelmo de Paris, la correa arrancada, lágrimas de rabia le caían de los ojos.

El príncipe troyano había desaparecido. Y ahora todos los hijos de Troya estaban de pie.

Un sordo zumbido, un silbido agudo.

Un golpe seco, metálico.

Un rugido.

¡Menelao traspasado por un dardo!

La flecha se le había clavado en un costado. Un riachuelo de sangre le descendía lentamente por el muslo. Escarlata.

¿Viste la sangre, Helena? ¿La viste? ¿La sangre de tu esposo, el padre de tu niña?

Estaba demasiado lejos, muy alta, en la torre más elevada, junto al rey, al lado de Antenor. Junto a Paris en el lecho donde todo se exalta y todo se aplaca.

Se había terminado. ¡Había llegado a su fin el sueño, el plan tan bien preparado! Se violó el pacto jurado por dos grandes reyes, y yo que estaba tan seguro de que partiríamos, pronto, y tan penosamente inquieto. ¿Cuántas veces aún había de experimentar esa desesperación en mi vida? De ser repelido hacia lo desconocido cuando todo estaba preparado y era seguro, fácil y visible; cuando parecía al alcance de la mano.

Los dos ejércitos se enfrentaron como en el cielo unas nubes de tempestad

relampagueantes de destellos; el odio, el rencor, la desilusión incendiaban los corazones de los hombres; la furia los arrojaba a la feroz pelea, los envolvía en la sangre, en el aullido, en el bronce fragoroso. El horror ceñía sus sienes; apretaban el aliento entre los dientes y solo se oía el gruñido bestial; el odio emanaba de los ojos. ¡Cuánto tiempo había de pasar antes de que cayese la tarde! ¡Antes de que las piadosas tinieblas cubrieran los cuerpos, concediesen a los heridos la esperanza de la vida y a los muertos, el llanto!

Lancé el triple grito de los reyes de Ítaca, lo modulé estridente y agudo, llamé a los míos en retirada. Muertos muchos, de lanza o de espada; otros heridos o mutilados golpeándose en los brazos, en las piernas, en el rostro; otros incluso cegados, privados para siempre de la luz del sol. Mandé con furia a mis compañeros para que ninguno de nosotros quedase sin llevar a cabo la justa escabechina.

Macaón estaba entre nosotros, gran guerrero, el mejor de los médicos, hijo de Asclepio, el que derrotaba a la muerte. Lo mandaron llamar para que mirase la herida de Menelao, sondease hasta dónde había llegado el dardo a través de la carne. Puso al rojo vivo su puñal y lo empujó siguiendo la flecha hasta encontrar la punta. El músculo contraído la había frenado e impidió que perforara los órganos internos. La extrajo, cauterizó la herida, cosió los labios y aplicó un bálsamo que no conocía más que él, herencia de su padre. Luego dio a Menelao una poción para que lo calmase, favoreciese el sueño, y el rey de Esparta, tras haber sufrido mucho en el corazón y en el cuerpo, se durmió. Aquella noche, Diomedes me invitó a su tienda junto con Aquiles. Este no padecía, pues la guerra era su elemento, como el aire para los pájaros y el agua para los peces. Y Diomedes se le parecía en muchas cosas. Fui para olvidar la amargura, para no llorar por lo que había sucedido, para no desesperarme.

—¿Por qué estás tan abatido? —preguntó Aquiles—. Menelao sobrevivirá y tendrá otras ocasiones para dar muerte a Paris.

Asentí con la cabeza. De haber respondido por cómo me sentía, no lo hubieran entendido. Entrada la noche, volví a mi nave. No quería dormir en la tienda, lo que deseaba era tumbarme sobre los bancos de boga, tal como hacía mi padre cuando seguía a Jasón de Yolco en busca del vellocino en Cólquide.

En mitad de la noche, cuando la Osa Mayor comenzaba a declinar hacia el mar, oí

unos pasos en la oscuridad, un andar que conocía desde chico. Salté a tierra y escruté las tinieblas que tenía delante de mí. ¡Damastes!

Me pareció más grande de lo que era, pero idéntico a como lo había visto la última vez antes de su partida, revestido de las mismas armas, las sienes entrecanas, los brazos fuertes, los hombros anchos de combatiente.

—Te creía en tus montes, espiando las quimeras que emprenden el vuelo desde las peñas de Pelión y de la Osa, para escuchar el eco de sus chillidos. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Te sigo siempre, rey de Ítaca; de hecho, te protejo en todo momento.

Suspiré. A duras penas contenía el llanto.

—Entonces, oh, diosa, ¿por qué has permitido hoy a Paris esfumarse en la espesa neblina, escapar a la muerte, cuando Menelao estaba a punto de estrangularlo? Ahora estaría preparando la partida, fijaría las chumaceras y tendería los estays entre el mástil y las cabillas de las batayolas. El corazón me cantaría en el pecho, a mí impaciente de empujar la nave al mar. Y en cambio estoy afligido y pienso en cuánto se ha alejado de mí y de mis compañeros el día del retorno. ¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué has roto mis esperanzas y sigues engañándome adoptando un falso aspecto?

—¿De veras no comprendes? ¿No entiendes por qué tengo la apariencia de Damastes?

—¿Porque Damastes no ha existido nunca? ¿Eras tú por tanto quien me golpeabas con el bastón cuando me enseñabas a combatir? ¿Y tampoco Mentor ha existido nunca?

—No puedes pretender comprender, por más agudo y versátil que sea tu ingenio. Aprovecha en lo que puedas mi benevolencia y no preguntes más. Lo que ha sucedido hoy yo no podía cambiarlo porque era la voluntad de los dioses que habitan en el cielo. No era su deseo que la guerra terminase, pues quieren que este juego mortal prosiga para su deleite. Algunos de ellos ayudan a los troyanos, otros a los aqueos. Así la lucha continuará sin descanso ni interrupción aún por mucho tiempo. Resignaos: a los mortales no les es dado sustraerse a la voluntad de los númenes.

—¿Por esa razón corre nuestra sangre, por eso muchos jóvenes se precipitan al Hades?

—No, no solo por eso: lo que ocurre es también un misterio para nosotros. El hado insondable no tiene rostro ni expresión, no tiene finalidad ni causa.

—¿Qué te mueve, pues, a ayudarme si todo es inútil?

—El hado no es otra cosa que el resultado de mil y mil voluntades, infinitas, humanas y divinas, de la fuerza de las olas y del soplo de los vientos, del canto de los pájaros y del

movimiento de los astros, así como un gran río está hecho de mil y mil corrientes y su potencia es invencible. Yo estoy a tu lado porque desde los orígenes de los tiempos hasta el final nadie ha sido nunca como tú, nadie lo será jamás. Yo amo tu miedo y tu coraje, tu odio y tu amor, tu voz y tu silencio y por tanto vive tu vida, rey de Ítaca, mientras te quede aliento. Ningún dios podrá ser nunca lo que tú eres, ni aunque quisiera.

Se fue, y durante un buen rato escuché su paso que se alejaba.

Durante largo tiempo traté de vencer mis dudas, mis incertidumbres, mis miedos. Lo que más temía era la locura que sentía propagarse entre nosotros, infiltrarse en las mentes, tomar posesión de los más débiles, pero también de los más fuertes. Vivir y matar eran, en realidad, dos acciones distintas, pero la una era la negación de la otra. Al inicio, mi vida estaba ligada a los orígenes, a una tierra con sus aguas, sus árboles, sus frutos, sus sonidos, sus cantos y sus llantos. Venía de una familia con los padres, la esposa, el hijo, los siervos, el perro, los rebaños y el ganado. Un equilibrio casi divino.

Luego todo había cambiado. Antes de partir para la guerra no había dado muerte más que a animales en las cacerías, ahora mataba a hombres, de continuo, a veces al primer mandoble, o bien los remataba después de haberlos herido o dejado cojos o mutilados. Los veía estremecerse, dar las boqueadas. Estaban aún vivos cuando mis hombres los despojaban de sus armas. Un derecho mío y de todos los reyes. De este modo el vencedor podía adueñarse de preciosos trofeos que a su regreso pondría en la armería del palacio, testimonio de su valor, de su riqueza y de su prestigio.

Por lo que se refería a mí, mis compañeros transportaban los restos de los vencidos a mi nave y los colocaban en el cofre de proa. Al comienzo me atormentaban sobre todo los ojos; las miradas de los moribundos me observaban después de que me hubiera dormido y no me daban tregua durante toda la noche. Luego me habitué porque también nuestros adversarios hacían otro tanto. A veces, al intensificarse la refriega, en medio del delirio de los gritos y de la sangre, me venían a la mente las palabras de Damastes cuando me enseñaba a batirme con la espada en el cuerpo a cuerpo: «Esto es lo que llaman gloria».

Con el paso del tiempo, *¿cuánto tiempo?*, me acostumbré y me di cuenta de haber cambiado, de parecerme más a Diomedes. En efecto, Diomedes y yo nos habíamos hecho amigos. También él había dejado en palacio a una joven esposa, muy hermosa, Egialea, y cada noche, cuando solo se oía el rumor del mar que nunca duerme, lo veía

sentarse en la orilla cabizbajo para pensar tal vez en su reina lejana, inalcanzable. No le consolaba entonces el botín que se había traído del cruento campo de batalla. Algo nos diferenciaba, en cualquier caso: el carro. Yo no lo tenía y no habría sabido combatir desde aquel podio que corría por el terreno de lucha, entre las filas, segando hombres lo mismo que el segador con las espigas de trigo.

El carro distinguía a los grandes reyes de los menos poderosos como yo o como Áyax de Oileo, audaz, feroz, sin temor de los dioses, o como Áyax hijo de Telamón, el gigantesco príncipe de la árida Salamina, isla tal vez aún más pobre que la mía. Áyax era él mismo una fortaleza, tan maciza que nadie ni nada podía moverlo del sitio cuando se situaba con las piernas abiertas, un pie adelante y otro atrás, dominando a todos. Blandía una lanza hecha con el tronco de un joven fresno, irrompible, con una punta de casi un codo de largo, y un escudo que cubría casi toda su persona, tan grande que conseguía proteger también a Teucro, su hermano, pero de distinta madre. Arquero formidable, se asomaba por el borde del escudo, asaeteaba y enseguida se retiraba tras la protección para empulgar otro dardo.

Néstor, el prudente señor de Pilos, era de todos quizá el más tranquilo: tan solo una vez, para mi asombro, lo vi combatir, entre sus guerreros y siervos. Y fue un día amargo, angustioso. Tal vez quería la embriaguez del combate que no experimentaba desde hacía muchos años, o tal vez aquel era un momento en que prefería afrontar una muerte que siempre había evitado, inmediata, sin un triste, largo declinar. Del mismo modo, a veces se hacía llevar a la tienda o al catre alguna bella muchacha, botín de guerra, para ver si los muslos suaves de ella y las estupendas formas le despertaban los sentidos.

En aquellos años ruidosos, ensordecedores, combatimos por todas partes y con el tiempo que fuera. A veces ni siquiera la lluvia imprevista, los truenos y los rayos consiguieron desenredar la madeja monstruosa de cuerpos de hombres y de caballos, de metal retumbante. Y en aquellos momentos, sí, me sentía distinto de cualquier ser humano. Creía que explorar los límites extremos de lo que un hombre puede sentir y soportar en el curso de su existencia lo hace diferente e incapaz de volver a la que siempre había considerado una vida normal y deseable. *No existe el regreso de los confines de nuestro mundo, de nuestra mente. Y cuando un hombre ha comprendido esto está preso de un tiempo por una especie de vértigo que lo hace sentir más semejante a los dioses, tanto a los del cielo como a los del infierno. Pero también de una melancolía infinita, la misma que sienten los marineros cuando abandonan la tierra que aman, en la*

que han nacido, la esposa y los hijos, porque el corazón les habla de un triste presentimiento, que tal vez no volverán nunca más.

Comprendía por qué aquellos que habían tomado parte en determinadas empresas, si la suerte o los dioses les concedían regresar, sentían la necesidad de encontrarse, de hablar, de cazar, de comer y de gozar en el lecho con mujeres muy hermosas, quizá también solo para dormir, en la misma casa, en el mismo palacio. Juntos. Solo en esos casos, durante las visitas, los banquetes, las cacerías, se sentían rodeados de sus semejantes. Solos, eran víctimas de la angustia.

No tenía otro sentido lo que hacíamos, ningún otro que ir más allá de todo límite y de toda imaginación en la furia o en el sufrimiento, en un campo del que cada día, a la salida del sol, podían medir la amplitud y la extensión con la mirada. Y de la misma manera que los segadores se levantan a diario, cogen la hoz y salen al campo a segar las rubias espigas, doblan el lomo bajo el sol abrasador y al atardecer regresan a sus hogares, cansados, para tomar la cena y luego dormir, también nosotros volvíamos cada día al campo de batalla para segar hombres.

Y aprendí cuántas maneras hay de morir, todas infinitamente dolorosas. Vi a un joven troyano ser arrojado del carro por una lanzada de Diomedes. Tan fuerte, tan contundente que el cuerpo fue impulsado hacia atrás. Había sido golpeado en pleno pecho y la lanza le había salido por la espalda y le destrozó el corazón. Su cochero, aterrorizado, había hecho dar la vuelta a los caballos para escapar, pero Diomedes había arrojado una segunda lanza que le atravesó la nuca, cortó la lengua y asomó por delante, entre los dientes. Mientras los siervos liberaban a los caballos de su yugo para llevarlos a las naves, vi a otro traspasado por uno de los glúteos y la lanza asomarle por el vientre, que chorreaba sangre y orina. Le había atravesado la vesícula.

Avisté a Diomedes asestar un mandoble tan violento contra uno de los guerreros de Licia que trataba de detener que le cercenó el hombro entero y lo separó del cuello y del busto, mostrando la cavidad interna y los órganos que contenía, y escapándosele la vida por ese tajo horrendo. Y lo que observé fue como si lo contemplara con unos ojos ajenos porque yo mismo, a escasa distancia con mis formidables cefalenios, presionaba con todas mis fuerzas contra los enemigos formados y debía estar atento a no ser atravesado, traspasado por una de las mil lanzas, por innumerables espadas.

Y aprendimos a ignorar el dolor, acostumbrados como estábamos ya a él. Yo mismo vi a Diomedes hacerse arrancar por su cochero Esténelo una flecha que le habían clavado

en un hombro. Apretaba los dientes para no gritar y gruñía como un lobo, y acto seguido aferró la lanza y la arrojó contra aquel que le había herido. Y en otra ocasión avisté a Teucro extrayendo un dardo del muslo de su hermano Áyax.

Muchas veces, en lo más reñido de la refriega, en medio del ruido insoportable del bronce que chocaba y de los miembros rotos, escuchaba resonar más alto el canto del poeta, el mismo que aquella noche en el puerto de Ilión había oído debilitarse por la lejanía y desvanecerse. El mismo que me había guiado en el encuentro con Antenor, que habría podido poner fin a la guerra. Un canto que era un largo lamento, un gemido desolado, pero también una melodía sublime y sobrecogedora que lo dominaba todo, distinta como era de los gritos de lucha y de muerte. Nunca supe qué era: tal vez mi corazón le hacía de eco, quizá aquel poeta era un dios que tenía el poder de hacer resonar una voz incomparable: llanto de madres, de padres, de esposas, música del corazón que siempre es más fuerte que cualquier otra cosa.

En varias oportunidades los campeones troyanos se midieron con nuestros héroes más poderosos y el enfrentamiento era pavoroso. Entonces todos se detenían para ver lo capaces que eran el príncipe Héctor, Eneas que mandaba a los dárdanos y Deífobo, hermano de Héctor, de enfrentarse a los guerreros más valerosos. Pero ninguno se atrevió nunca a desafiar, solo, a Aquiles, pues sabía que iba al encuentro de una muerte segura. A él se le oponía una masa compacta, escudo contra escudo y hombro contra hombro, a fin de limitar las bajas, rodearlo, pero sin exponerse jamás a solas. Al igual que hacen los pastores cuando tratan de expulsar del recinto del ganado a un león. Permanecen todos juntos uno al lado del otro, agitan sus puntiagudos bastones hasta que la bestia se detiene o salva la cerca de un salto, pero nadie sería tan necio como para adelantarse por sí solo porque sería masacrado de inmediato.

Aquiles creía que debía morir joven, que había hecho la elección fatal, y quería que la fama le hiciese inmortal, así como a todo lo que él había tocado; sus armas, sus amigos, los enemigos a los que había dado muerte, uno por uno serían recordados. Pero si Aquiles moría, ¿cómo podríamos vencer? ¿No habría sido todo inútil? No encontraba una respuesta a este interrogante, ni siquiera cuando hablaba con él. «Volveremos —le decía—, volveremos ambos.» Él sonreía sin responder. Lo que me impresionaba era la mirada tranquila, casi serena, cuando conversábamos en su tienda o en la mía mientras bebíamos vino. Pero cuando se ponía la armadura y subía al carro se transformaba, los ojos brillaban con una luz siniestra detrás de la celada del yelmo, las manos se apretaban

cual garras al asta de la lanza, la voz resonaba en el interior del casco con un timbre profundo y cavernoso. Su propia carne y sus huesos vibraban como bronce sonoro.

Parecía que hubiese un acuerdo tácito entre los dos máximos campeones, Aquiles por nuestra parte, Héctor por parte de los troyanos, de no enfrentarse entre sí: la apuesta era demasiado alta y no valía la pena arriesgarse. Mejor que cada uno ganase gloria inmortal abatiendo grupos de enemigos incapaces de resistir a su potencia.

La guerra se prolongó por largo tiempo, durante años, y todos cambiamos. No creo que nos volviésemos peores o mejores: tan solo distintos. Y como los cambios eran más o menos los mismos para todos, cada uno de nosotros mantenía la misma diferencia que los otros, como al comienzo de la contienda. Lo más importante era, cada día, tener un objetivo.

¡Cómo me hubiera gustado hablar con mi padre! Estaba seguro de que nunca tendría una experiencia semejante, aunque solo fuera por el tiempo, por el número, por las fuerzas en el campo de batalla. Tampoco la empresa de los argonautas podía compararse con la nuestra.

Para Aquiles yo era un amigo especial, de algún modo único y difícil de entender.

—No consigo comprender qué es lo que te aleja tanto de mí.

—¿Tal vez el hecho de que tenga una esposa y un hijo? —fue mi respuesta.

Él sonrió, como cuando hablaba de la muerte.

—¿Por qué te sonríes?

—Lo sabes perfectamente y lo has visto. También yo tengo un hijo, pero no de una esposa. Ahora debe de tener doce o trece años.

Ciertamente, doce años...

Aquella noche yo había traído vino de Tracia. Mis hombres y yo habíamos salido, habíamos atravesado el brazo de mar que nos separaba de la costa de enfrente y habíamos desembarcado, cargando dos naves con ánforas de vino tinto, fuerte, dulce, que nos hacía buena compañía.

—Ya sabes que mi padre Peleo me mandó para que pasase un período de tiempo en la vivienda de Licomedes, el rey de Esciros, con el fin de que aprendiese unos usos y unas costumbres distintos y viviese en un palacio real más rico y refinado que nuestro tosco palacete de montaña. Yo tenía trece años y el rey era padre de seis o siete hijas cuyas edades rondaban los diez y los quince años. Una de ellas era muy graciosa y me gustaba estar en su compañía y jugar con ella. Nadie se preocupaba porque parecíamos unos

niños, pero ni yo ni ella lo éramos ya. Una tarde de invierno me metí en su cama y ella me recibió sin ninguna renuencia: se sentía protegida y el calor de mi cuerpo la confortaba y le daba placer. Lo hicimos como un juego, las caricias se volvieron cada vez más atrevidas e íntimas y cuando entré en ella nos sentimos envueltos por un calor intenso como nunca había experimentado, arrastrados en una embriaguez semejante a la que me produce ahora tu vino...

—Y ella se quedó embarazada.

—Efectivamente. Pero nadie habría podido imaginarlo nunca. Yo era tan rubio y con un rostro tan delicado que casi me confundía entre aquellas niñas. Te habría costado identificarme.

—Oh, sí, no te creas. Yo te habría reconocido enseguida.

—¿Y cómo?

—Como hice con tu hijo, ¿recuerdas? ¡Habría traído regalos! Ropas recamadas, muñecas, cintas para el pelo o también una pequeña armadura, muy bonita y bien hecha, con una espada y una lanza, y una de esas niñas se nos habría echado encima. ¡Tú!

—¡La zorra es un animal ingenuo comparada contigo! —exclamó Aquiles entre risas.

—¿Y lo has vuelto a visitar después de esa vez que fuimos juntos a la isla?

—No, no le he visto más. El rey me odia. Estaba furibundo cuando sucedió y mandó decir a mi padre que viniera a buscarme de inmediato. Pero era invierno, y también la primavera fue muy ventosa y agitada, y tal vez mi padre no pudo dejar el reino de improviso. Cuando finalmente llegué, el niño había ya nacido. Tenía un pelo color de fuego, por eso le llamo Pirro. Pedí que ese fuese su nombre. Ellos lo llamaron de otro modo, Neoptólemo, pero para mí será siempre Pirro, pelo de fuego. Licomedes dijo a mi padre que me llevara de regreso a casa, tanto a mí como al bastardo, como lo tildó, pero la madre, mi dulcísima amiga, lo quiso tener consigo y amamantarlo como una verdadera mujer.

—Pero para ti es como si no existiese. En cambio, yo quise tener a Telémaco, así como he amado a su madre, Penélope.

—Te equivocas, a menudo pienso en él, trato de imaginar cómo será actualmente. Y él sabe de mí y me llama continuamente, quisiera venir aquí a combatir a mi lado. ¡Es un cachorro de león!

—Con esta guerra inacabable tal vez lo consiga. Pero cuando llegue el momento no encontrará ya a nadie. Los dos ejércitos se habrán consumido el uno al otro en una

continua matanza feroz.

—No —añadió Aquiles—, venceremos nosotros y la ciudad será arrasada, borrada de la faz de la tierra.

Y mientras lo decía sus ojos se encendieron con esa luz fosca y turbia, como cuando empuñaba la lanza y saltaba sobre el carro.

A veces le gustaba cantar. Tenía una cítara consigo, obra de un buen artesano, con incrustaciones de marfil, y su voz era bonita, fuerte y aguda, casi cortante; en el campo de batalla, en el grito de guerra, se convertía en intenso terror para el enemigo, pero en el canto encontraba su armonía sonora y melancólica.

Patroclo era su sombra, su ayudante de campo, pero también una especie de hermano mayor que tal vez conocía los secretos de su alma. Era originario de Opunte, había encontrado acogida entre Peleo, el padre de Aquiles, a raíz de un homicidio en una pelea de juego, un accidente involuntario, pero no por eso menos grave. Los parientes de la víctima no habían creído en su testimonio, se habían negado al rescate que su padre Menecio había ofrecido y le habían dado caza desde el primer momento. Consciente de ser un hombre muerto fuera de las fronteras del reino de Peleo, que simplemente le había aceptado, era fiel al linaje y estaba dispuesto al extremo sacrificio, de haber sido necesario, en cualquier situación. Patroclo y Aquiles habían crecido juntos, si bien Aquiles era unos años más joven, y se habían ejercitado al mismo tiempo en el uso de las armas. Por eso Patroclo conocía más que nadie la manera de luchar de Aquiles, la manera de asestar los golpes, de hacer las fintas, de esquivar o de reaccionar de forma fulminante, pero nunca habría podido igualarle. Le faltaban la ferocidad bestial, la reacción fulgurante y el poder devastador, la velocidad asombrosa en la carrera que le permitía, a pesar del peso de la armadura, alcanzar inexorable a sus presas en fuga.

Aquella tarde había abierto poco la boca, se había dedicado al cuidado de sus armas, afilando las espadas y las puntas de lanza, bruñendo como espejos los escudos, las grebas y las corazas, pero seguramente lo había escuchado todo, no se le había escapado una palabra.

Cuando me levanté para volver a mi tienda y tomarme un momento de descanso, Aquiles me acompañó durante un rato, paseando conmigo a lo largo de la orilla del mar.

—Hace una bonita noche —dijo mirando las nubes que el viento empujaba.

—Sí, este viento ha pasado por nuestras casas antes de llegar aquí.

—Querías volver, ¿verdad?

—No a cualquier precio —respondí—. Si se entra en guerra hay que vencer y no hemos vencido.

—Aún no.

—El ruido del mar me trae a la mente mi isla. ¿Y a ti?

—A mi madre —contestó.

Recorrimos en silencio un breve trecho, escuchando el rumor de la resaca.

—¿A tu madre? Dicen que es una diosa del abismo.

Aquiles sonrió, como cuando pensaba en la muerte.

A partir de aquella noche se instauró un pensamiento fijo en mi mente: no me interesaba contar los enemigos que había abatido, pesar el botín que había acumulado en el cofre de proa. Quería encontrar la manera de entrar en la ciudad, descubrir qué era lo que daba a esa gente la fuerza para batirse con tanta saña, y los recursos para proveerse de todo cuanto se precisaba para una tan larga guerra. No podía esperar de brazos cruzados el curso de los acontecimientos. No tenía noticias de mi tierra, no sabía nada de mi familia; no podía explicarme el porqué y la idea era insoportable.

Reflexioné que solo había dos vías de salida. La primera era volver a casa. Había mantenido la fe en el pacto jurado; las cosas no habían ido como yo esperaba. No podía seguir poniendo cerco eternamente a aquella ciudad, pero sería el primero y tal vez el único. Una vergüenza que acabaría con el buen nombre de mi familia y que no aceptaría jamás.

La segunda era caer sobre la ciudad y yo debía encontrar la manera.

Pocos días después reuní a mis compañeros: Euríbates, Sinón, Euríloco, y les expuse mi plan.

—Mañana entablaremos batalla, vosotros estaréis a mi lado y detrás. Si Atenea me concede, tal como espero, abatir a un enemigo, os adueñaréis enseguida de su cuerpo, lo desnudaréis y pondréis a buen recaudo sus ropas y armas. Cuando llegue el atardecer y los guerreros troyanos vuelvan a la ciudad, yo me confundiré con ellos, me cubriré la cara y el cuerpo de sangre, pareceré uno de los que después de una cruenta batalla regresa herido a la ciudad para que le curen.

—Si te descubren, te buscarás terribles tormentos —me dijo Euríloco.

Le mostré una punta afilada.

—No. Si fuera a suceder, usaré esto, y dejaría en sus manos solo un cuerpo exánime.

—Que tal vez no será sepultado, sino dejado a los perros —replicó Euríloco.

—Lo sé, pero he tomado ya una decisión y nada ni nadie podrá convencerme de lo contrario.

No entablamos de nuevo combate hasta ocho días después, porque los troyanos no salieron por las puertas durante todo ese tiempo a pesar de que nosotros les provocábamos cada día formados en campo abierto. Cuando finalmente se decidieron, la batalla prendió áspera y cruel como, y más incluso, lo había sido hasta ese momento. Yo me alineé con mis guerreros apartado de los combatientes más ilustres, que avanzaban sobre los carros tirados por fogosos corceles, y cuando la caída de la tarde puso fin al enfrentamiento y cada bando retiró a sus propios caídos, yo me escondí con mis más fieles compañeros detrás de la higuera, me despojé de mis armas y me vestí con las de un guerrero troyano que yo mismo había derribado con una lanzada y que Euríloco había rematado con la espada. Empapé la túnica de sangre y me la pasé por el rostro, de manera que mi aspecto fuese terrible a la par que miserable. Luego me uní a un pequeño grupo de enemigos que se apresuraban hacia la puerta antes de que los batientes se cerrasen. Algunos de ellos, viéndome cojear, incluso me asistieron, sosteniéndome por las axilas de modo que pudiese superar los escalones torcidos que llevaban a las puertas Esceas.

Poco después, tras quedar casi solo, desaparecí en un oscuro callejón.

De vez en cuando encontraba guerreros que patrullaban las calles o socorrían a los heridos, pero la mayoría de ellos llevaba los muertos hacia la colina oriental donde se alzaban las piras. Se había talado un bosque entero para levantarlas y celebrar unas dignas exequias a los héroes que habían dado su vida por la patria. Oía llantos y gemidos atenuados por la distancia, *ecos de angustia*... Cuando nadie me veía podía correr libremente y desplazarme con rapidez de un lado a otro de la ciudad. Quería alcanzar la fortaleza y dominar desde allí arriba los muros, las puertas, el palacio y cualquier otro punto importante. En buena medida ya la conocía, por haber venido con Menelao, pero muchas cosas habían cambiado, se habían preparado obras de defensa, se habían llevado a cabo supresiones en la fortaleza para eliminar los puntos desde los que se habría podido subir fácilmente hasta lo alto de los muros. Y un vallado, por la parte de septentrión (¡nunca lo había visto!), protegía los campamentos de los aliados: tracios, frigios, licios y otras naciones de Asia. Millares y millares de guerreros que a menudo combatían contra nosotros al lado del ejército de Príamo. Otras veces estaban ausentes para dedicarse a la siembra o a la cosecha de las mieses en sus campos.

La fortaleza estaba ya próxima: desde allí podía ver arder las piras en nuestro campamento y otras sobre la colina oriental de Ilión; y el puerto desierto, otrora un hervidero de naves. Trataba de grabar cada cosa en mi mente antes de que la noche lo oscureciese todo. Y finalmente llegué casi enfrente del más imponente de los santuarios, el de Atenea, en la parte más alta de la fortificación. Un misterio para mí: ¿cómo podía la diosa apartar su mirada de la ciudad que la honraba en aquel punto? Y en torno al santuario veía una fila de guerreros revestidos de bronce que empuñaban lanzas macizas, de larga sombra. La luz de las antorchas las proyectaba sobre el suelo de la fortaleza.

Debía acercarme y esperar el momento oportuno para descubrir el motivo por el que tantos guerreros estaban formados para proteger un templo, un recinto sagrado, ya de por sí resguardado por su condición. Pero ¿cómo superar la fila de los guerreros que

montaban la guardia? Me acerqué cuanto pude y permanecí a la sombra de la parte porticada que flanqueaba el muro meridional de la fortaleza, tratando de encontrar una rendija. Debía distraerles de algún modo y lancé el yelmo lo más lejos posible hacia el extremo opuesto del porche. El bronce resonó muy fuerte al chocar contra el muro y luego en cada rebote contra el pavimento. Algunos soldados de la guardia se precipitaron en la dirección del sonido. Alguien encendió unas antorchas en los braseros para tener visibilidad y mientras tanto me arrastré sin ser visto hasta la entrada. La puerta no estaba cerrada, sino solo entornada, como si alguien acabase de acceder y tuviese que salir. Entré. Desde dentro oía llamadas y ruidos y luego las pisadas de la guardia que se acercaba de nuevo. Miré afuera por la rendija y los vi apretar las filas en torno al santuario: ¿cómo saldría de esta?

Me volví hacia el interior y vi una figura femenina inmóvil frente a la imagen de Atenea, una efigie pequeña, de no más de tres codos, que la representaba de pie, lanza en ristre y tocada con el yelmo. No era de metal y ni siquiera de madera. Parecía tallada en una piedra desconocida, áspera y porosa con unos cristales que brillaban y se teñían de rojo reflejando la luz de las antorchas y de los braseros. Sus ojos eran de madreperla y tenían pestañas y cejas y parecían mirar fijamente a todo el que se encontraba en el interior del santuario. La joven, erguida delante del simulacro, debía de ser una princesa de sangre real por la riqueza de su atuendo y por la diadema de oro que le ceñía los cabellos, lo cual explicaba el motivo del cinturón de los guardias armados en torno al recinto sagrado. ¡Una hija de Príamo! Pero ¿quién podía ser? ¿O acaso era la esposa de Héctor, el héroe exterminador?

Continué desplazándome ligero como un fantasma hasta que me encontré enfrente de ella. Vi su rostro y su expresión, así como correr por sus ojos abundantes lágrimas. Unos ojos tristes y aterrados. ¿Y si la hubiera robado y llevado al campamento? No. No cometería un acto execrable en el interior del santuario.

La princesa mojó los pies de la estatua con sus lágrimas y pronunció entre sollozos una invocación que no comprendí; luego se dirigió finalmente hacia la salida. Escuché el paso de los guerreros escoltándola hacia su morada y oí cerrarse de nuevo la puerta. Me quedé a solas con la diosa y me acerqué al simulacro.

Había algo de inquietante en aquella imagen. Los ojos de madreperla, inmóviles y fijos, eran capaces de una mirada penetrante; la lanza parecía casi vibrar en la mano de la diosa. Aunque el esfuerzo que tenía que hacer ante una presencia tan poderosa hacía que

desviara a ratos la vista hacia otras partes, estaba seguro de que en el mismo instante en los ojos de la diosa había disminuido el parpadeo. Lo sabía porque notaba agitarse el aire a golpes secos y rápidos, antinaturales en aquel lugar cerrado.

«¡Indícame una salida!», gritó mi corazón, pero tan solo oía el retumbo lejano de un trueno. Un relámpago imprevisto alumbró el cielo revelando la apertura que permitía a los humos del incienso y a las antorchas ascender hacia el cielo.

¡La diosa me había respondido!

Trepé por una pilastra hasta el techo y me encontré al aire libre en el tejado. La luna asomaba en aquel momento entre las nubes de tormenta e iluminaba la ciudad con una luz azulina.

Todo era ahora silencio, los troyanos buscaban en el sueño un descanso a sus penas y lutos cotidianos. Su vida debía de ser un tormento permanente. Nosotros éramos tan solo guerreros, acostumbrados a causar y a recibir la muerte; ellos eran una comunidad de familias con esposas, maridos, prometidos, hijos e hijas, padres: el dolor se veía multiplicado en desmesura dentro del recinto amurallado como el eco de un grito entre las paredes de un valle rocoso. Miré a la sagrada Ilión durante unos largos, interminables instantes, espléndida con sus torres y murallas, sus palacios y santuarios, sus casas en terraza que descendían hasta el valle exterior y las empalizadas, los altares, las estelas pintadas y esculpidas en memoria de los antiguos reyes y héroes, pináculos y manchones. Pensé que un día venceríamos y que todo aquello sería nuestro botín, pero no conseguí sentir ninguna alegría en el corazón porque en aquel momento casi era parte de la visión hechizadora.

Me descolgué al suelo sin hacer ruido y, cuando me disponía a deslizarme en la sombra del porche, una mano se apoyó en mi hombro. Me volví de golpe con la espada adelantada para matar. El bronce se detuvo a escasísima distancia de un cuello de divina perfección, blanco y purísimo, de un rostro del que solo podían enorgullecerse las diosas del Olimpo: ¡Helena! Mi espada temblaba en la mano como vibraba mi corazón en el pecho el día en que ella estaba a punto de elegir un esposo en la lejana Esparta.

—Odiseo —dijo—. El guerrero que primero cojeaba y luego corría como un joven carnero, saltando de un punto a otro del recinto amurallado, no podía ser otro que tú.

—¿Qué pretendes decir? —pregunté.

Un grito suyo y estaría muerto. Pero mi mano ahora había ya titubeado y no podía matarla. Y sin embargo esa habría sido una manera de poner fin a la guerra. ¿Por qué no

se me había ocurrido? Ella pareció adivinar mis pensamientos.

—¿Por qué ha dudado tu mano? ¿Por qué no has dado muerte a la perra que se entregó a un visitante nunca visto con anterioridad, que traicionó al marido que ella misma había elegido? Se habría acabado la batalla y habrías vuelto con Penélope.

Yo temblaba y jadeaba por la emoción que agitaba mi corazón y cerraba el paso a las palabras.

—Sígueme —añadió, y se volvió dándome la espalda.

Fui detrás de ella, ¿qué otra cosa podía hacer? Helena, hermosa como una flor púrpura, el tormento de toda una ciudad sacrificada a su belleza; la muerte de millares de jóvenes en el sangriento campo de batalla no la habían marcado en absoluto; el cuerpo sinuoso, sublime, contoneante bajo el fino vestido, casi transparente; los cabellos como la espuma del mar a la luz de la luna, pero centelleaban dorados cuando los relámpagos incendiaban el cielo seguidos del ruidoso trueno.

Abrió una portezuela bajo un arco y entró en un largo y estrecho corredor iluminado por alguna lucerna, luego abrió otra puerta y accedió a una magnífica morada, sin duda la casa en que vivía.

—Ven —dijo de nuevo, y abrió otra puerta.

Nos encontramos en una estancia revestida de alabastro con una pileta de agua perfumada al fondo y unos frascos llenos de esencias raras.

—Lo había hecho preparar para mí —puntualizó—. Desnúdate y toma un baño. En otro tiempo los príncipes se bañaban en el mar, pero ahora están las naves de los aqueos y deben lavarse en sus casas.

Me quité las ropas, dejé la espada y me quedé desnudo e inerme delante de ella. Helena cogió un cuenco de plata, sacó agua de una jofaina y me la derramó por encima lavándome la sangre coagulada, el pelo, los hombros, el rostro. Me comentó:

—Mirando desde las torres, no he conseguido ver en ningún momento a mis hermanos Cástor y Polideuces. ¿Dónde están?

—No se sabe. Partieron para una expedición militar hacia septentrión. No han vuelto. Se dice que uno murió por salvar al otro. En tu ciudad son venerados como héroes inmortales.

Suspiró escondiendo el rostro mientras me hacía meterme en la bañera. Luego se sentó cerca, en el borde, y me lavó la espalda y el pecho con una esponja de mar. ¿Acaso estaba en una de las moradas del Olimpo? ¿Cómo era posible lo que estaba sucediendo?

Sus ojos brillaban con una luz trémula, una expresión que nadie habría podido interpretar, creada por sentimientos encontrados, y sin embargo por un momento, en esos gestos de ella, en la manera como me miraba, me pareció reconocer a Penélope.

—¿Por qué haces esto conmigo? —pregunté.

—Porque siempre lo he deseado —respondió—. ¿Recuerdas el recinto de los caballos? ¿Lo que te dije?

—¿Cómo olvidarlo?

Se oyó llegar de la calle unas fuertes pisadas. Un grupo de hombres armados se acercaba.

—Paris vuelve del consejo de guerra en el que todos lo desprecian. Vete ya y no me olvides. Yo no te he traicionado.

Me puso unas vestiduras limpias y me estrechó en un abrazo que no había de olvidar nunca para el resto de mis días. Las lágrimas descendían de sus ojos.

—¿Por qué? —seguí cuestionando.

—Porque es esto lo que soñé la noche antes de hacer mi elección: tú y yo, como marido y mujer, en un hermosísimo lugar, en la intimidad de nuestra casa. Pensé que era una señal, un mensaje sobre mi futuro. Lo era, en efecto, pero no como yo imaginaba entonces. He aquí cómo los dioses me engañaron. Esta es la visión de ese sueño y yo la he hecho realidad sin querer; solo ahora me doy cuenta. Maldito sea el dios que me la mandó, pues se mofó de una muchacha enamorada. No era ese mi destino, no. Mi destino era esta guerra espantosa, cruel, sangrienta, cuya verdadera finalidad sigue escapándoseme, pero que tanto gusta a los dioses... Y ahora vete, rey de Ítaca, que tu audacia no te pierda.

Me besó. Un largo, loco beso desesperado.

Ahora me asemejaba de nuevo a un troyano, a un aristócrata con aquellas vestiduras, que andaba por la ciudad a esa hora de la noche. Pedí a mi diosa desde lo profundo del corazón que guiase mis pasos en la oscuridad, y mientras me movía con cautela, evitando las patrullas, los cuerpos de guardia, pero reteniendo todo en mi corazón y en mi mente sobre las defensas de la ciudad, pensaba en esa imagen del santuario, misteriosa, enigmática, tremenda con su mirada de madreperla y los cristales relucientes sobre el cuerpo. ¿Qué era aquel simulacro antiquísimo?

Llegué finalmente a la galería que llevaba a las puertas Esceas, las únicas que daban a campo abierto. Me descolgué agarrándome a los salientes de las piedras, despellejándome las manos entre las grietas y los bordes cortantes de los bloques de roca. Luego me dejé caer al suelo. Rodé hiriéndome los codos, los hombros, la espalda y me detuve contra un pedrusco que habría podido matarme. Es cierto que la diosa de ojos azules velaba desde su santuario por mí. Un perro ladró a lo lejos, otro le respondió con un largo ululato mientras caían unas escasas gotas de lluvia. Llegué jadeando a la higuera y de nuevo me puse mis ropas: vestido de aquel modo, en la oscuridad, alguno de los nuestros habría podido matarme.

Entré, no mucho después, en la tienda de Agamenón e inmediatamente fue convocado el consejo de los jefes. Referí que la ciudad no había cedido a la desesperación: que se había levantado un vallado por la parte septentrional para proteger los campamentos de los aliados que no habían podido ser alojados en el núcleo urbano, que había troyanos, licios, frigios y otras naciones de Asia. Referí que se habían hecho trabajos para aislar más las puertas Esceas del territorio circundante y hacer más difícil el acceso. Y expliqué que un ataque frontal a las fortificaciones sería de hecho imposible. Por el momento no quedaba más que continuar los enfrentamientos en campo abierto buscando una victoria decisiva; sin esta no sería posible doblegar la fuerza de ánimo de los troyanos.

—El dolor no se manifiesta en público, solo durante los funerales cuando las madres y los padres ven colocar a sus hijos en la pira. Seguramente hay algo que les da fuerza para seguir soportando la desesperación, las heridas y las mutilaciones.

—¿Y qué es, prudente Odiseo? —preguntó Agamenón.

Me quedé un largo instante sin saber qué decir mientras la imagen de Atenea en el santuario de la fortaleza me volvía nítida y casi real a la mente. Luego respondí:

—El amor por su ciudad y su tierra. Por este amor están dispuestos a arrostrar cualquier peligro y a perder la vida si fuese necesario. Nosotros estamos solos. Ellos tienen ante sus ojos cada día a sus mujeres e hijos, a los padres y hermanos, a las personas que aman. Esta es su fuerza. Espero que la noche os sea buena consejera y que los dioses nos concedan un sueño tranquilo.

Me encaminé hacia mis naves y mi tienda, y cuando hube llegado a escasa distancia noté una figura oscura de pie delante de la entrada. Calcante me estaba esperando.

—He escuchado tus palabras aunque no me hayas visto.

—¿Y no tienes bastante con lo que has oído?

—La persona que has visto en el santuario era Casandra, la hija de Príamo. También ella posee el don.

—A mí me ha parecido únicamente una mujer sola, asustada y triste.

—Todos los que poseen el don están solos. El don es también una maldición. Dicen que, cuando nació Paris, ella, aún niña, entró en el aposento de la reina que acababa de dar a luz. Hécuba y sus siervas sonrieron al ver que la pequeña había ido a conocer a su hermanito. Pero ella, mirando al recién nacido con ojos de hielo, dijo: «Matadle».

»La reina rompió a llorar ante aquella espantosa sentencia, tanto más terrible cuanto que salía de la boca de una niña inocente. Nadie comprendió aquel acontecimiento. Se pensó que ella, hasta ese momento la predilecta de sus padres, odiaba al recién nacido que le robaría su afecto y sus caricias. El pequeño Paris fue mandado lejos con una nodriza, la mujer de un pastor que vivía en el monte Ida, temiendo que Casandra pudiera hacerle daño. Aún ahora Príamo y su esposa se niegan a comprender el mensaje, aunque vean caer a sus propios hijos bajo los golpes de Aquiles.

—¿Y cuál es el mensaje?

—Lo comprenderás perfectamente: Paris sería la ruina de su patria y por eso era necesario eliminarlo.

—Y por lo tanto Troya caerá.

—Así está escrito. Pero no ahora.

—No te burles de mí, el motivo lo has visto con tus propios ojos. No es el amor a la patria, o no solo: es esa estatua de piedra cubierta de estrellas luminosas. Mientras permanezca donde se encuentra la ciudad no sucumbirá.

No quise preguntar nada más. La imagen de la diosa con los ojos de madreperla todavía me turbaba y el beso de Helena me envenenaba la sangre. Me limité a decir:

—Deseo que tengas una noche sin pesadillas, Calcante.

Y me despedí de él.

Aún pasó mucho tiempo y la tierra tuvo que embeber mucha sangre antes de que la balanza de Zeus hiciese inclinarse la suerte de un bando o de otro. Sucedió a veces que algunos de nuestros más fuertes campeones eran heridos y no podían tomar parte en la lucha; en otras ocasiones nosotros éramos superiores, pero entonces las inexpugnables murallas de Ilión se volvían un refugio seguro y nuestro ímpetu se estrellaba contra las

jambas ensangrentadas de las puertas Esceas. Tratamos, pues, en varias ocasiones de alinear contra Héctor al propio Aquiles, pero el troyano evitó el enfrentamiento dirigiéndose con el carro a otra parte de la primera línea de ataque que estaba cediendo ante el ímpetu de Agamenón, Menelao y Diomedes. No ocurrió nada de decisivo. Héctor se comportaba como hombre prudente: sabía que no debía arriesgar la vida para no privar a su ejército de un mando fundamental. Para él, estaba antes la vida de su gente y de su ciudad que su gloria de combatiente.

Parecía que nada había de cambiar, que los dioses hubieran fijado con clavos de bronce nuestro destino en el espantoso campo de estragos y de llanto, cuando sucedió algo que cambió la suerte de todos nosotros.

Aquel año el verano fue tórrido, sofocante. El calor era tan insoportable que también la guerra se había diluido. Ningún griego ni troyano conseguía combatir ya dentro de una armadura que el sol volvía candente, con las fuerzas que se desvanecían antes incluso de que comenzase el choque, por lo que los combatientes fueron escaseando hasta casi desaparecer del todo. Pero en medio de la canícula estival se propagó en nuestro campamento una enfermedad que segaba la vida de numerosas víctimas cada día y cada noche y que sumió a todos en la consternación. Un guerrero puede soportar las heridas, la sed y el hambre, la muerte en la batalla, pero no marchitarse en una fétida yacija empapada de sudor y de vómito, de morir de una muerte sin sentido.

El flagelo era ciertamente debido a la ira de un dios. Era necesario comprender cuál había sido la ofensa y qué numen era preciso aplacar con sacrificios y ritos de expiación. El mismo Aquiles quiso que se convocase la asamblea de los reyes y de los príncipes de Acaya y que se consultase al adivino Calcante.

Nos reunimos al atardecer cerca de la orilla del mar, dentro de un círculo trazado en la arena y marcado por doce antorchas encendidas. Agamenón estaba enojado porque la asamblea había sido congregada por Aquiles y no por él. Y fue Aquiles quien tomó la palabra.

—Habla, pues, oh, vidente. ¿Qué dios está tan irritado con nosotros que nos manda un flagelo semejante? ¿Cuál es la causa de su desdén?

Pero Calcante parecía reacio a responder.

—Dime, ¿qué te frena? —le apremió Aquiles.

—Lo que diré no gustará a nuestro jefe supremo.

Aquiles, sin mirar siquiera a Agamenón, contestó:

—No debes temer nada y a nadie porque estás bajo mi protección.

Era un desafío pronunciado delante de todos y contra el soberano más poderoso de toda Acaya.

Calcante levantó su bastón agitando los cascabeles que adornaban la punta y en la asamblea de los reyes y de los príncipes se hizo el silencio; se podían oír el rumor de la resaca y los lamentos de los moribundos. El humo de las piras oscurecía de negra niebla el disco solar que se ponía. En aquella atmósfera de muerte resonó la palabra del vidente:

—Apolo está airado con nosotros porque su sacerdote, Crises, como alguno de nosotros ha visto, ha venido al campamento trayendo muchas riquezas a fin de rescatar a su hija que es esclava de Agamenón, pero ha recibido una negativa. Afligido, el sacerdote ha invocado al dios para que vengase su humillación y Apolo le ha escuchado desencadenando sobre nosotros sus dardos mortales. La única posibilidad de hacer que cese el flagelo es que Agamenón restituya la hija a Crises e inmole muchas víctimas en el altar de Apolo con la esperanza de que el dios quiera aceptar este acto de expiación.

Nunca en tantos años de guerra el jefe supremo de los aqueos había sido tan humillado públicamente y obligado a agachar la cerviz frente a la arrogancia de Aquiles. Pero el rey de reyes de los aqueos reaccionó duramente a las palabras de Calcante.

—¡Profeta de mal augurio, nunca me has dado una noticia que alegrase mi corazón, sino nada más que penas y desgracias! No he querido privarme de mi esclava. ¿Y bien? Criseida me pertenece, es hermosísima de cara, de cuerpo, de mente y quería tenerla aquí conmigo. Era mi derecho poseerla y era mi facultad aceptar el rescate o rechazarlo. ¡Lo mismo habría sido para cada uno de vosotros! Pero si es cierto lo que afirmas, no quiero que se crea que no me importa la suerte de mis hombres, de los guerreros que combaten bajo los muros de Troya, pues no pienso en otra cosa.

»La devolveré a su padre si esto sirve para aplacar la ira de Apolo. Pero no es justo que yo me quede sin la parte más preciosa de mi conquista de guerra. Y por tanto vosotros, reyes y príncipes aquí presentes, deberíais hacerme un regalo del mismo valor y belleza. ¡No es justo que yo, el cabeza supremo, me quede sin él!

Podía prever fácilmente lo que sucedería: Aquiles era el más fuerte guerrero de todo el ejército; Agamenón, el jefe supremo y el más poderoso de los soberanos; sus palabras se volverían cada vez más duras y agresivas. No eran previsibles, sin embargo, las consecuencias de un enfrentamiento si de las palabras se pasaba a los hechos. Tal vez el final de la gran empresa. La vergüenza y la ignominia de la derrota. Aunque desease el

regreso más que cualquier otra cosa, prefería morir antes que asistir a esa humillación.

Aquiles respondió:

—Grandísimo Átrida, y no menos codicioso, no hay ya botines que repartir para darte satisfacción, pero si conseguimos conquistar Troya podrás elegir primero las cosas más preciosas y las mujeres más bellas.

Respiré durante un instante. El príncipe de Ftía de los mirmidones había conseguido al menos en parte controlarse. Esperaba hecho un temblor la respuesta de Agamenón.

—No —rebatí con dureza el rey de Micenas—, quiero mi regalo ahora y si no me lo dais me lo tomaré: de ti, Aquiles, o de Áyax o de Odiseo.

Sonreí con amargura ante este último nombre: no habría encontrado nada en mi nave que valiese tanto como su espléndida esclava y también él lo sabía. Y también sabía cuánto había hecho antes por la paz y luego por la guerra. Se comportaba como un hombre de escasa importancia. Ahora cabía esperarse cualquier cosa. Y, en efecto, así sucedió. Aquiles lo insultó con ferocidad, le echó en cara su codicia y voracidad, lo llamó «perro asqueroso» y «desvergonzado», pero aquellas palabras no me impresionaron mayormente; fue lo que dijo a continuación lo que me rompió el corazón.

—Siempre he luchado con todas mis fuerzas, he conquistado pueblos y ciudades, ganados y rebaños de miles de cabezas y siempre te he reservado la parte más rica por un respeto que no mereces. Es sobre mis espaldas que recae el peso mayor de la contienda. Estoy aquí con mis hombres porque ha sido raptada la mujer de tu hermano, para mantener la fidelidad a una promesa —y sus ojos me miraron penetrantes por un instante—, pues a mí los troyanos no me han hecho ningún daño, no me han robado ni han invadido el reino de mi padre, por lo que me marché, vuelvo a casa, no tengo ningunas ganas de estar aquí acumulando riquezas para ti, ¡haciendo tu guerra!

—Vete —replicó Agamenón—. No seré yo quien te retenga, otros no menos valerosos que tú se quedarán luchando a mi lado y me sostendrá el rey de los dioses que protege a los reyes de los hombres. ¡No te añoraré, pendenciero, furioso, rebelde, siempre en busca de trifulca y de discusiones! Vete, tienes mi permiso, pero como seré yo quien deberá pagar devolviendo mi esclava a su padre, entonces me quedaré con Briseida. Sí, me la llevaré a mi tienda.

Esto era demasiado, Aquiles no lo aceptaría. Estampó contra el suelo el cetro, se le enfrentó con todo tipo de insultos y echó mano a la espada. Era el fin.

Pero he aquí que, de pronto, sentí su presencia, Atenea; no la vi, no. Pero ¿qué otro

habría podido detener de golpe, en pleno ataque de cólera, al más fuerte e incontenible guerrero que hubiera pisado nunca la tierra? ¿Inducirlo a enfundar la espada?

Néstor aprovechó la ocasión para tratar de poner paz, pero yo no intervine. Se explayó como era su costumbre, recordó las empresas de su juventud y el prestigio, por lo que todos escuchaban sus consejos, trató de calmar a los dos contendientes recordándoles sus deberes. Demasiado tarde. Agamenón mandó a sus hombres que tomaran la mujer de Aquiles, una joven de resplandeciente belleza a la que él amaba y por la que era correspondido apasionadamente, por más que hubiera dado muerte a su esposo. Luego hizo preparar la más poderosa de sus naves de guerra y el más grande de sus barcos de transporte para embarcar los animales destinados a la hecatombe y me mandó llamar mientras me encaminaba pensativo y triste hacia la tienda.

—Tengo necesidad de ti, Odiseo. Quiero que mandes los navíos en este viaje y que me prestes tu ayuda cuando veamos al padre de la muchacha. No podemos cometer errores, han sucedido ya cosas terribles. Tengo mucha confianza en ti.

Acepté, aunque no lo mereciese, y al día siguiente me levanté temprano, hice empujar al agua la nave de transporte mientras estaba vacía y solo después hice subir a las víctimas que había que sacrificar, a través de una rampa de madera. Luego, una vez que se hubo completado la carga y también Criseida, de cuerpo escultural, ojos de mirada profunda y húmedos, hubo sido embarcada en mi bajel, di orden de izar la vela y a los remeros de ponerse a la boga. Antes de hacerse a la mar, Agamenón vino a despedirse.

—¿Por qué has provocado al guerrero salvaje? —pregunté—. Sin Aquiles no tenemos esperanza. No podemos contar con la ayuda de los dioses. Ellos no ayudan a los necios.

Agamenón no respondió y también yo me quedé en silencio con el corazón oprimido. El sol iluminaba con sus primeros rayos las torres de Ilión mientras subía a la nave.

Una vez más tenía en mis manos el destino de Acaya, como había sucedido en Esparta cuando había propuesto y obtenido el pacto de los príncipes. Una vez más todo tenía como origen la disputa por una mujer. La fuerza de Aquiles, pura, tajante e inexorable como el relámpago, ya no existía; quedaban mi corazón y mi mente para guiar la maciza potencia del gigante Áyax y la furia de Diomedes, la noble fuerza de Idomeneo y Menelao. ¿Bastaría? Pero en el ínterin debía detener el azote; no había tenido éxito con Macaón, nuestro médico guerrero, hijo de Asclepio, que detenía la muerte. Había que llegar a un acuerdo con hombres y dioses, reparar la ofensa: era mi hora.

Hablé con la muchacha durante el viaje y descubrí que su nombre era Astínome, aunque todos se referían a ella llamándola, por el nombre del padre, Criseida.

—¿Cómo nos recibirá tu padre? —le pregunté—. He decidido venir sin guardia armada, desarmado yo mismo por presentarme al dios como es justo y necesario.

Dudó, acostumbrada como estaba a ser propiedad de otro hombre y a no hablar con él como se hace con los propios iguales y amigos. Luego aceptó responder con una voz intensa y ligeramente ronca, acerba y por eso más perturbadora:

—Se sentirá muy feliz de volver a verme, soy su única hija, estaba dispuesto a pagar mi libertad con todos sus bienes. Comprenderá que te lo debo a ti, porque serás tú quien me restituyas.

—Esto me anima. ¿Cómo te ha tratado Agamenón, nuestro jefe supremo?

—Como a una esclava —contestó.

No hubo más palabras tras aquella respuesta, pero aun así quise continuar:

—También a los esclavos es posible atenderlos de manera distinta. ¿Te ha tratado bien o mal?

—Me ha tratado como a una esclava... hermosa.

Me impresionaron su mente clarividente y sus palabras sinceras.

—También yo poseo esclavos en el palacio y en los campos de mi isla. Todos me

quieren y yo les quiero a ellos como parte de mi familia.

—¿Tienes hijos, *wanax*?

Era la primera pregunta que me hacía. Estaba ganándome su confianza.

—Uno nada más; se llama Telémaco y me lo dio mi esposa. Le dejé cuando no sabía aún hablar, pero a veces me parecía que decía *atta*.

Sonrió.

—Todos los niños dicen esta palabra cuando no saben hablar.

No sé qué pensaba de mí, pero traté de hacerle comprender que era una persona con mente y corazón, pensamientos y esperanzas. Sobre todo esperanzas. Y creo que lo entendió.

Cuando llegamos a Crisa, había aprendido a hablarme sin que yo tuviese que llevar la iniciativa, lo que estaba bien. Tomé tierra con mi nave y con el bajel de carga, hice bajar a Astínome y también a las víctimas para los sacrificios.

Llegué al santuario y al altar con la muchacha. El padre estaba a punto de comenzar los ritos en honor de Apolo y al vernos se le iluminó el rostro; la alegría le brillaba en los ojos. Puse la mano de ella en la de él y dije:

—El señor de nuestros pueblos, Agamenón, me ha mandado a ti para devolvarte a tu hija tan querida y para ofrecer al dios una hecatombe que lo aplaque, si tienes a bien invocarlo.

Oí que Astínome le hablaba en su lengua. No comprendí más que una palabra: mi nombre.

Él, el sacerdote, invocó al dios con su plegaria:

—Dios del arco de plata que reinas soberano sobre nuestra ciudad, escuchaste mis palabras y has hecho pagar duramente a los aqueos su culpa, me has hecho justicia. Ahora es reparado el error y te será ofrecida una hecatombe y un coro que cante tu gloria. Retira tu cólera, te lo ruego, del campamento de los aqueos.

Luego ofrecimos en sacrificio a los animales que habíamos traído, y por último se repartió la carne y todos comieron y libaron con el vino. Pasamos la noche durmiendo en los bancos de las naves y en la playa y yo rogué mucho a mi diosa para que intercediese ante Apolo, le convenciese de que atendiese la plegaria de su sacerdote. Cuando la aurora nos despertó, largamos las velas y zarpamos. Únicamente entonces me di cuenta de que la muchacha caminaba por la playa, descalza por la arena fina. Había vuelto a vivir.

Incluso ahora pienso a veces en ella. ¿Vive aún? ¿Qué fue de su vida? Fue para nosotros esperanza de salvación o amenaza de catástrofe durante el corto tiempo en que la vi y conocí. ¿Tuvo hijos? ¿Un marido? ¿No afirmó alguien después que había compartido el lecho del rey de reyes de los aqueos? ¿Se dedicó, siendo aún virgen de corazón, al culto del dios de su padre? En mi mente vive aún en esa última imagen...

La ira de Apolo no se apagó enseguida. Tal vez quería agotar las flechas que todavía le quedaban en la aljaba, tal vez era tan lento en renunciar a la ira como rápido había sido en encenderse. Es difícil comprender la mente y las intenciones de los dioses. Al final el flagelo cesó, pero se reanudaron los combates. Aquiles no tomó parte en ellos, pero no se había ido como había prometido. Se quedó donde estaba y se corroía por el hecho de no participar en la lucha. Estar lejos de la guerra era un castigo para él, no para Agamenón. No pasaron muchos días antes de que el enemigo reparase en su ausencia y nosotros todavía lo acusamos más. Aquiles infundía terror y era imparable. Cada noche retirábamos del campo de batalla un número creciente de muertos y se difundía entre los hombres el desaliento. Mi misión había sido inútil. Sin embargo, no me rendía en ningún momento.

Una vez encontré a Patroclo que volvía de una cacería en el bosque trayendo sobre sus hombros un gamo que había abatido con el arco. Enseguida se dio cuenta de que no estaba allí por casualidad y se detuvo al abrigo de un árbol, pues no quería que Aquiles nos viese salir de la tienda, y mientras hablábamos había empezado a despellejar al animal y vaciarlo de sus vísceras.

—Él te aprecia —me dijo— y no comprende cómo un hombre como tú puede seguir reconociendo la autoridad de Agamenón. Pero lo que más le atormenta es que la mujer que ama esté en su tienda o tal vez en su lecho. Ha demostrado, sin embargo, ser más prudente de lo que se habría imaginado. Habría podido matarlo y en cambio no lo ha hecho.

—Tal vez un dios le ha inspirado buenos pensamientos. Yo aún sigo esperando. Aquiles no ha partido, sigue todavía aquí. A menos que tú conozcas unas intenciones distintas que él te haya confiado. No tiene secretos para ti.

Patroclo suspiró. También él sufría por nuestras desdichas, pero no podía hacer nada.

—Esa misma noche, después de que los heraldos de Agamenón hubieran venido a prender a Briseida, lo vi sentado en la orilla del mar, sobre un escollo. Creo que lloraba. Un hombre que soporta el dolor y las heridas sin un lamento, siempre dispuesto a

afrontar cualquier peligro..., lloraba de rabia, de humillación, lloraba por su amor ofendido.

»La había dejado sin el marido, el rey de Lirneso, tras matarlo en combate. Se llamaba Mines y se batió como un león, pero tuvo que sucumbir a la fuerza de Aquiles. Durante mucho tiempo ella lo odió. No hablaba, no le miraba nunca a la cara, temía que le clavase un puñal en la espalda cuando dormía o que le envenenase. Pero no sucedió nada de todo ello. Antes lo sufría como una esclava tolera a su amo, sin participar de la excitación del amor, pero luego se vio arrastrada por su fogosidad, por su ardor, por su pasión. Se enamoraron. También ella era una reina, aunque fuera aún muy joven, lo cual volvía elevada y noble su unión. Sus brazos eran para él un refugio seguro. Las horas que pasaba con ella en el lecho después de la batalla calmaban su furor, amansaban a la fiera que vive en él. Ahora no puede soportar que esté en poder del hombre que detesta. Ha hecho este sacrificio a sabiendas de que de lo contrario el desastre llegaría más allá de todo lo imaginable. Una renuncia inmensa: Briseida era su amante, su hermana, su madre.

—Madre... —murmuré—. Nadie la ha visto nunca. Dicen que es una diosa marina.

—¿Tú crees? —preguntó Patroclo—. Yo he visto muchas veces correr la sangre de Aquiles, y era la sangre de un hombre, puedes creerme.

—Y entonces ¿quién es su madre si no una diosa que puede esconderse siempre de nuestras miradas y revelarse solo a él?

—Tal vez no ha existido nunca. Tal vez murió cuando él acababa de nacer. Tal vez él habla con un fantasma cuando se sienta por la noche en la orilla del mar y canta una triste melodía tocando la cítara.

—O bien es una diosa del abismo —respondí—, pues no a todo lo que nos rodea conseguimos encontrarle una explicación. Solo él conoce el misterio. Un enigma tan grande que incluye el postrer epílogo de su vida.

Patroclo inclinó la cabeza y calló. Observaba cómo su cuchillo separaba la piel, cortaba la cabeza; sus manos se hundían en las vísceras del animal, arrancaban las entrañas.

Proseguí hablando:

—¿Has conocido a algún hombre como él en toda tu vida? Yo no, fui yo quien le convenció para que viniera aquí y ahora me siento mal por eso. ¿Lo comprendes?

—Sí, lo comprendo.

—Has dicho que tal vez habla con un fantasma cuando se sienta de noche en la orilla del mar. ¿Y qué pide a ese ser invisible?

Patroclo alzó la cabeza.

—Venganza.

Y hubo venganza.

Los troyanos no tardaron en darse cuenta de que Aquiles ya no estaba (desde ninguna parte se podía ver, desaparecido su carro reluciente de plata y de auricalco, ausentes sus magníficos corceles con el frontal de bronce; Janto el rubio y Balio el moteado) y se volvieron cada vez más audaces. El desaliento se propagaba entre nuestras filas. Hasta el punto de que un día, como cuando un pastor prende fuego a escondidas a un bosque frondoso para ganar espacio para el paso de sus rebaños, se difundió y corrió, no se sabe cómo, el rumor de que los jefes habían decidido regresar a la patria y miles se lanzaron a las naves y comenzaron a empujarlas hacia el mar. El pánico se apoderó de todos y no sabíamos cómo reaccionar. Fue la diosa la que me habló apoyando en mi hombro su mano de bronce:

—Detenlos.

Y yo obedecí. Grité como un loco:

—¡Deteneos, aqueos! ¿Adónde vais?

Hacía molinetes con el cetro como si fuera una maza y repelía a todos los que se acercaban a una nave. A otros los golpeé en la espalda, en los hombros y en el rostro. Ninguno se atrevió a reaccionar. En aquel momento también los otros reyes me ayudaron y finalmente conseguimos reunirlos en una inmensa asamblea. Me encontré al lado a Calcante y le dije:

—¡Profetiza que Troya será vencida dentro de un año a partir de este momento. ¡Hazlo!

Y él me contó en un instante, ya fuese verdadero o falso, un prodigio acaecido en Áulide antes de la partida. Grité de nuevo:

—¡Escuchadme! —Y en unos instantes se hizo el silencio.

Hablé de una serpiente de cabeza roja que había salido de debajo del altar de Áulide, había subido a un plátano y había devorado ocho polluelos de gorrión y que también la madre se había convertido en piedra. Lucharíamos nueve años ininterrumpidamente y al

décimo caería Troya.

—¿Y querriais iros ahora? ¿Huir como bellacos? ¡Quedaos y combatid! Troya será arrasada. ¡Os lo prometo! ¡Os lo juro!

No sabía lo que estaba diciendo, pero chillé tan fuerte que la garganta me sangró. Debían oírme todos.

Hasta los otros reyes me miraron asombrados; ¿qué estaba diciendo?

—¡Y ahora todos en línea de combate! —me hizo eco Agamenón.

Fue una jornada memorable, tremenda. Diomedes se había convertido en el nuevo Aquiles. Una vez desaparecido del campo de batalla el hijo de Peleo con sus mirmidones, el rey de Argos empezó a brillar como un nuevo astro de la guerra. En el primer enfrentamiento se lanzó con el carro. Lo mandaba Esténelo, el hijo de Capaneo, que había luchado en la Tebas de las siete puertas. Espoleó a los caballos a galope, irrumpió entre las filas de los troyanos como un pedrusco que rueda por una rápida pendiente, arrollando y aplastando todo a su paso. Golpeaba con la lanza y con la espada, sin descanso, animado por una fuerza inextinguible. A medida que avanzaba el terreno se cubría de sangre y de cuerpos masacrados, sus siervos no tenían tiempo de despojar a los caídos y de adueñarse de las armaduras y de los adornos preciosos.

Yo estaba en otro punto de la formación, con mis itacenses y cefalénios, y veía a los otros reyes batirse con un vigor nunca visto antes, como si quisiesen demostrar que no necesitaban la fuerza de Aquiles para derrotar a los troyanos y a sus más valerosos guerreros. Se dijo que Atenea en persona y Ares y Apolo habían tomado parte en la batalla y que Atenea había quitado de los ojos de Diomedes la nube que impedía a los mortales ver a los números. Visión espantosa que a mí me fue ahorrada.

Arrebatado por el torbellino de la batalla, de los gritos, de los relinchos, del ruido de los carros de guerra, del relampaguear de las armaduras, también yo me había lanzado a la refriega con una violencia que *solo mostraría otra vez en mi vida*. Arrollé y maté con la lanza y la espada a todos los que se me pusieron por delante. El cordero que pacía en el prado de Ítaca se había convertido en el gran carnero blanco de cuernos curvados que tenía la fuerza de un toro y una carga inexorable.

Vi, en un cierto momento, a Diomedes dirigir el carro hacia Eneas, luego hacia Héctor, el más fuerte de los troyanos, y enfrentarse a él sin vacilación. Veía destellar su yelmo al sol, oscilar la punta de la lanza mientras con el puño aferraba el asta, dispuesto a arrojarla. Luego se perdió en medio de la pelea y no observé nada más; no podía

distraerme de la lucha que me rodeaba por cada lado con ensordecedor estruendo. Pero supe, al regreso, y vi, que Esténelo guiaba unos caballos de antiquísima y noble casta, regalo de los dioses a uno de los antepasados de Eneas, quien sin embargo se había salvado, pese a ser derribado del carro, pero había perdido los dos espléndidos animales que desde entonces seguirían a Diomedes. No murió de puro milagro y de nuevo, lamentablemente, lo íbamos a ver combatir contra nosotros. Al final compareció Héctor, revestido de bronce, formidable, fresco de fuerzas, y el destino de la batalla comenzó a decantarse a favor de los troyanos. Lancé contra él, para detenerlo, al Gran Áyax, el único que podía aguantar el impacto, firme como una roca, héroe que confiaba solo en sus fuerzas, de quien nunca se había dicho que fuese ayudado por alguno de los dioses. Ya le habían regalado su mole desmesurada, más no podían darle. Como jaurías de perros en torno a un jabalí, se habían lanzado a su alrededor los guerreros troyanos y él había abatido a muchos de ellos, pero no había podido despojarles de las armas y llevarse el premio de su valor, a duras penas conseguía arrancar la lanza del cuerpo de los adversarios abatidos pisándoles con el pie mientras el enorme escudo era golpeado por numerosos dardos como una granizada.

Áyax de Lócride se colocó a su lado como otras tantas veces, de manera que la rapidez fulminante se añadió a la potencia, pero no fueron suficientes para contener el ímpetu de Héctor; parecía que las flechas y las lanzas no lograran acertarle, como si un dios las desviase con la mano. Así seguimos adelante hasta el atardecer, cuando la oscuridad separó a los combatientes. Había sido la jornada de Diomedes. El guerrero formidable, feroz, resplandeciente en los rayos del sol había brillado como un astro, y ciertamente Eneas habría caído bajo sus golpes si un dios no lo hubiese sustraído al día fatal. Aunque al final se hubiera echado atrás, había dado muerte a muchos enemigos y contenido la fuerza de Héctor.

Mientras regresaba al campamento, volví a ver a Patroclo, que estaba sentado delante de su tienda. Detrás, al final de la playa, observaba a los poderosos mirmidones nadar en el mar como muchachos que juegan y no podía creerlo. Veía, por la parte opuesta, a uno de mis compañeros, apoyado con la espalda en un bloque de piedra, rugir de dolor mientras otro le extraía una flecha del muslo. A otros arrastrarse hacia el campamento mojando el suelo de sangre.

Las horas siguientes a la batalla eran las más penosas. Mientras se combatía, a uno le parecía vivir en otro mundo, en otro lugar, no se sentía el miedo ni el dolor, se estaba

embargado de una embriaguez delirante semejante a la que producen el vino, la fiebre y el amor juntos. Y la proximidad de la muerte. Después, se hundía uno en una especie de serena desesperación y de frío vértigo, de miedo al vacío y a la oscuridad.

Hice una seña a Patroclo, levantando el mentón como para interrogarlo. Él meneó la cabeza. La venganza no era aún suficiente para aplacar su ira. Quería verla y saborearla: por eso se había quedado, no había levado anclas para emprender el retorno a Ftía, donde su viejo padre le esperaba escrutando el mar cada día.

Se contaron los muertos y los heridos. También Diomedes estaba herido en un hombro. Esténelo lo había arrastrado fuera de la primera línea, al abrigo del carro y de los guerreros argivos apretujados unos contra otros, y le había extraído el hierro mientras él aullaba:

—¡Llévame de nuevo atrás, he de matar al que me ha herido!

E inmediatamente después había vuelto a la lucha buscando al arquero licio que le había lacerado. Se llamaba Pándaro, y cuando vio reaparecer a Diomedes se quedó parado e incrédulo como si viera volver a un espectro del Hades y así fue traspasado por la lanza inexorable del hijo de Tideo.

En los días siguientes, se siguió luchando de forma incesante. Habría sido imposible evitarlo, aunque lo hubiésemos querido. Los troyanos, al mando de Héctor, Deífobo y Eneas milagrosamente restablecido, salían a diario por las puertas y nosotros debíamos pararles para que no llegasen hasta nuestras naves. Un día Héctor apareció de entre las líneas y lanzó un desafío a uno de nuestros campeones: cualquiera de ellos habría querido batirse con él. Era un comportamiento extraño que no me habría esperado. El príncipe troyano siempre lo había evitado porque el adversario habría sido Aquiles. Ahora, seguro de vencer, nos desafiaba para arrebatarnos también a otro de los más valerosos combatientes y doblegar el orgullo y la voluntad de luchar de todo el ejército aqueo.

Recuerdo ese momento terrible. El miedo helaba a todos. Y no bastaba la vergüenza para hacernos encontrar el coraje. Menelao se alzó gritando:

—¡Ya me enfrentaré yo con el príncipe troyano, porque tal es mi deber si ninguno de los que podrían hacerlo se adelanta!

Néstor, el rey de Pilos, nos cubrió de insultos y de desprecio. Añoraba la juventud perdida y maldecía sus canas que le impedían desafiar al atrevido retador. Entonces se levantó, en primer lugar, Agamenón, el jefe supremo, lo hizo también Diomedes y, tras

él, Áyax de Lócride y el Gran Áyax, hijo de Telamón, y luego Idomeneo, señor de Creta y del laberinto, y luego Meriones, su escudero, y Toante, señor de Calidón. Al menos cuatro de ellos no tenían ninguna esperanza contra la fuerza mortífera de Héctor.

Fui el último en levantarme esperando no ser elegido. Quería sobrevivir, quería volver con Penélope, a la que saludaba cada tarde cuando el sol se ponía en el mar de púrpura, quería volver con Telémaco para sentirme llamar *atta*, quería ver de nuevo Ítaca besada por el mar, pero lucharía si la elección recaía sobre mí.

Éramos nueve.

Se introdujeron las tabas de la suerte en el yelmo de Agamenón y fueron agitadas; un heraldo extrajo una y la paseó en redondo para que todos la viesan: ¡Áyax, Áyax colosal! Todos estaban exultantes. Y él, baluarte de los aqueos, montaña andante, se levantó. El escudo de siete pieles de buey superpuestas, recubierto de bronce, parecía una torre; sobre su rostro cayó la celada del yelmo; solo los ojos negros brillaban siniestros en la oscuridad. La mano aferraba la lanza de cinco codos de largo, maciza. Sus pisadas hacían temblar la tierra. Héctor palideció, quizá nunca se había encontrado frente a frente con el hijo de Telamón y ahora el miedo, como un perro, de golpe le mordía el corazón.

Se situaron el uno enfrente del otro. Áyax gritó:

—¿Acaso creías que no había otros entre los aqueos capaces de batirse contigo? Es cierto, Aquiles ya no combate, no lo ves entre nosotros, pues, si estuviese, no habrías lanzado el desafío. Pero hay otros no menos capaces, aunque no sean tan famosos. ¡Y ahora, príncipe troyano, demuestra lo que vales!

Héctor respondió:

—¡No me trates como a un niño ignorante o como a una mujer, Áyax, pues soy experto en la guerra y en matanzas! ¡Ea, vamos!

E inmediatamente arrojó la lanza que traspasó las seis pieles de buey superpuestas y se detuvo en la séptima. Lanzó Áyax, en segundo lugar; el extremo del arma atravesó el escudo, la coraza de Héctor y desgarró su túnica, pero apenas rasguñó la piel. Luego cada uno arrancó la pica del escudo del otro y se agredieron como leones hambrientos. En el duelo cuerpo a cuerpo, Áyax perforó de nuevo con la lanza el broquel de Héctor y la punta le hizo un corte en la piel del cuello. Vimos la sangre y se alzó un bramido del ejército. Pero de nuevo no era más que una leve herida. Héctor cogió un pedrusco y lo estampó contra el arma defensiva de su adversario, que sonó como un trueno, ruidoso, pero sin causar daño. Áyax arrojó a su vez una piedra enorme y aplastó a su adversario

bajo el escudo; casi lo destrozó. Estábamos a punto de clamar victoria, pero el príncipe troyano se liberó increíblemente del peso, recuperó el aliento y la fuerza y los dos se agredieron de nuevo con las espadas.

Combatieron durante horas con fogosidad, con una energía que parecía inagotable, muertos de sed, chorreantes de sudor y sucios de sangre, ante los ojos de los dos ejércitos. La noche los separó. Apenas desapareció el sol en el horizonte, Taltibio e Ideo, los heraldos de ambos ejércitos, se acercaron y arrojaron sus cetros entre los dos contendientes. La lucha cesó. Los dos campeones intercambiaron unas palabras de cortesía y regalos de valor: la faja de púrpura de Áyax, la espada tachonada de plata de Héctor, objetos gloriosos que durante años hablarían de una empresa formidable. *Pero yo siempre me he preguntado: ¿qué habría sucedido si Áyax hubiese dado muerte a Héctor? ¿Qué habría parecido la cólera de Aquiles, que había sacrificado la vida de miles de compañeros por orgullo? Pero estaba destinado que el más poderoso, generoso y fiel de nuestros campeones no pudiera llevar a cabo una gran empresa.*

Regresamos para recuperarnos de una jornada de fatiga, de miedo, de ansiedad y de luto. El campo de batalla estaba lleno de muertos. Yo alcancé mi tienda y mi nave. Quería arrojarme al mar para renacer de las aguas cristalinas, de las olas cabrilleantes. Volví a emerger, en efecto, con el corazón más tranquilo y la mente más lúcida.

Una voz que venía de lejos resonaba cerca:

—¡*Wanax* Odiseo!

Me volví; un joven guerrero con las señales de la lucha en el cuerpo y en el rostro, en la luz febril de los ojos.

—¡Eumelo!

—Hace mucho tiempo que no nos vemos, *wanax*, pero yo siempre te sigo y aprecio tu labor, tu ingenio, tu multiforme inteligencia.

—En un lugar como este, cuando no se ve a una persona desde hace mucho tiempo es fácil creer que ya no vive... En otro tiempo no me llamabas así.

—Eres el rey de Ítaca, *wanax*, y yo te honro.

Me senté en un taburete e hice traer otro de mi tienda, así como dos copas de vino de unas ánforas refrescadas en el mar. Todo lo transportó una de las mujeres que me habían correspondido como justa parte del botín tras la conquista de una ciudad de Asia.

—Hubieras tenido que venir a buscarme. Nos unen muchas cosas.

—Te pido perdón. No sé por qué, pero no me atrevía; cuanto más esperaba, más me avergonzaba indagar para saber dónde estabas. Ha pasado mucho tiempo. Heracles está muerto... —comenzó Eumelo.

—Heracles no podía morir. Ha desaparecido de nuestra vista. Es cierto que ha sido acogido entre los dioses, porque tuvo una vida amarga, padeció dolores indecibles y al final no consiguió soportar la falta de las personas que quería, pero siempre llevó a cabo empresas para socorrer a quienes no podían defenderse. A veces pienso en esos días y recuerdo a tus padres, el *wanax* Admeto, la *wanaxa* Alcestis, tu madre, una mujer sin igual, noble, bellísima y altiva, generosa como ninguna otra. ¿Cómo te despediste de ellos al partir?

Eumelo bajó la mirada y en su semblante pude ver pintado el espanto.

—Les prometí que volvería con las naves cargadas de bronce y plata y telas preciosas.

—¿Nada más?

—Todas las noches pienso en mi madre, en cómo será ahora, en cómo recordará lo que estaba a punto de afrontar.

—¿Es para esto para lo que viniste a hacer esta guerra? ¿Para escapar de las lágrimas de tu madre? ¿De la mirada confusa de tu padre?

—También. Pero recuerdo con pasión esa noche en que rasqué las piedras de debajo de tu puerta. Viví en ese lugar un largo tiempo de terror, pero vi a Heracles y esa sola imagen vale para dar sentido a una vida. No lo olvidaré nunca.

Transcurrió rápido el tiempo para nosotros que recordábamos juntos unos momentos y unos sentimientos pasados llamándolos desde el fondo del corazón, mientras se oscurecía el aire y el mar se serenaba lentamente. También nos quedamos en silencio a ratos: era una manera de compartir nuestra memoria común y vivir de nuestros afectos. Nos sacudió la voz de un heraldo y las fuertes pisadas de un hombre revestido de bronce.

—*Wanax* Odiseo, se te convoca al consejo de los reyes y de los príncipes, con carácter urgente. El heraldo de los troyanos, el noble Ideo, ha llegado al campamento para solicitar audiencia y exponer una petición.

El hombre revestido con la armadura era, en cambio, Diomedes.

—Hace falta alguien que sepa usar las palabras incluso mejor que la espada... —dijo.

Apoyé la mano sobre un hombro de Eumelo.

—He de ir, *pai*, tal vez haya noticias importantes, pero veo que tienes unas espléndidas yeguas uncidas a tu carro y te espero un día para ver cuánto valen lanzadas a galope.

Eumelo sonrió y me abrazó.

—¡Cuando quieras, *wanax*, cuando quieras!

Casi todos los jefes estaban ya reunidos en corrillo cerca del mar, con las antorchas encendidas a todo el alrededor, y llegaban otros según lo lejos que estuvieran sus tiendas del lugar de reunión. Luego Agamenón pidió silencio y dio la palabra al heraldo.

—Vengo de parte del rey Príamo —dijo Ideo—, esta tarde se ha celebrado una asamblea. El noble Antenor ha propuesto devolver a Helena y pagar además una reparación y ha planteado también pedir una tregua para enterrar a los muertos. A la primera petición el príncipe Paris ha respondido que es su deseo restituir los tesoros y

otros que añadiría como compensación, pero no quiere retornar a Helena bajo ninguna condición. El rey Príamo apoya la petición de tregua. Estoy aquí para obtener vuestra aprobación y volver, si es posible, con una respuesta satisfactoria.

Antenor no cejaba en su propósito de detener una guerra sangrienta y restituir a Helena, pero Paris era aún fuerte y Príamo no se veía capaz de contradecirlo.

Diomedes, que estaba derecho delante de mí, se adelantó para responder, antes incluso que Menelao:

—Yo propongo rechazar la primera propuesta. No podemos aceptarla. Y si hacen esta petición quiere decir que la gente está harta de la guerra y no quiere pagar con más sangre los errores del príncipe. Han comprendido que incluso sin Aquiles podemos vencer. Aceptemos, en cambio, la proposición de la tregua. Es justo que cada uno recoja a sus muertos y celebre unas dignas exequias.

Acto seguido habló Menelao:

—Diomedes ha expresado con palabras lo que yo mismo pienso. Un derecho que todos juramos defender ha sido violado y la reparación no puede ser más que una sola, la que ha planteado el prudente Antenor. No pueden ser aceptadas otras.

Me quedé sorprendido de que nadie me hubiera pedido intervenir y que otros hubiesen tomado la palabra para decir cosas que no dejaban margen a ninguna negociación, pero comprendí el porqué cuando Agamenón me pidió que acompañase a solas a Ideo hasta el límite del campo de batalla después de que hubiese intercambiado con el heraldo unas palabras amables y le hubiese rogado que diera las gracias a Antenor por las sensatas propuestas que había hecho en la asamblea.

—Noble Ideo —dije apenas nos pusimos en camino—, el *wanax* Diomedes y el *wanax* Menelao no podían dialogar de un modo distinto a como lo han hecho, pero aquí nadie nos oye y podemos emplear otros términos distintos, buscando una vía posible en un camino tan arduo.

—Te escucho, rey Odiseo. Muchos en Troya recuerdan aún tus prudentes palabras, que habrían evitado mucho duelo.

—Existe una posibilidad. Lo que el rey Príamo y el rey Menelao no pueden aceptar a la luz del sol y con pactos jurados puede hacerse en la oscuridad de la noche y con acuerdos secretos.

Ideo se detuvo y buscó mi mirada en la oscuridad.

—Habla —dijo.

—Entregadme a Helena. Puedo estar en el puerto viejo con una barca, disfrazado, cuando me digáis. Con un regalo simbólico de reparación. Unas grandes cantidades de bronce y oro y plata no son adecuadas para alguien que quiere pasar inadvertido.

—Pero ¿Menelao aceptaría?

—Nadie puede resistirse a la belleza de Helena y él menos que nadie. Traerla de vuelta a Esparta sería, en cualquier caso, para él un trofeo suficiente.

Esperé a que Ideo tuviese autorización para negociar esa posibilidad que lo resolvería todo, que permitiría a dos pueblos vivir la vida y no encontrar la muerte a diario. Su breve silencio me llenó de ansiedad.

—Es muy difícil —respondió finalmente—. Ahora Héctor es el obstáculo mayor. Tampoco Andrómaca, su esposa, que le implora no exponerse, consigue refrenarlo. Él ve la posibilidad de la victoria. Es un guerrero, la gloria de derrotar al más grande ejército de todos los tiempos, de ahogarlo en el mar, quemar las naves y convertirse para su ciudad en poco menos que en un dios es un premio demasiado grande. Rechazaría lo que tú propones y sin él es imposible hacerlo. Si la cosa es factible, dentro de tres días verás, en este momento de la noche, encenderse una lumbre al pie de la higuera. Mañana estará en vigor la tregua para recoger a los muertos.

Asentí. No comenté nada de Aquiles, ni lo mencionó ni yo dije una palabra. Pero su fantasma estaba entre nosotros, un gigante mudo que con su sola ausencia hacía inclinarse la suerte de la guerra de parte de nuestros enemigos.

Cada uno de nosotros retomó su camino.

Al día siguiente, antes de la salida del sol, se abrieron las puertas de Troya y las familias llegaron al campo de batalla cubierto de muertos. Por nuestra parte, los aqueos se mezclaron con los troyanos al desenredar y separar los cadáveres presa aún de los últimos espasmos del combate. Unos y otros los cargaban en los carros.

Las piras ardieron durante todas las noches que duró la tregua. Solo los jefes fallecidos recibían el honor de su nombre gritado diez veces por unos guerreros formados, la espada ritualmente doblada, la urna de buena factura y adornada; los otros se convertían en cenizas sin nombre cubiertas de tierra o dispersadas por el viento. Al tercer día pasé la noche escrutando la llanura, pero no vi ninguna lumbre iluminar el tronco de la higuera. Ninguna esperanza.

Cuando reanudamos el combate, pareció claro que nuestro valor y nuestra fuerza, y el mismo ahínco que ponía en ganarme honores en el campo de batalla, no bastaban para

mantener lejos a los troyanos del campamento: eran ellos los que arremetían, los que lanzaban el ataque. Teníamos que resignarnos a excavar un foso y levantar una empalizada para defensa de las naves. Si las hubiesen quemado, nuestra suerte habría estado marcada. Era una obra enorme que se veía de lejos y la levantamos en poco tiempo: el monumento a nuestro miedo.

La noche que terminamos, el cielo se cubrió de unas nubes negras, el retumbo del trueno hizo temblar la tierra. Estábamos reunidos en la tienda de Agamenón tomando vino. Vi el líquido rojo y reluciente temblar en mi copa. Vi a Menelao palidecer. Era un presagio infausto.

Pero la tregua había ya vencido. A la mañana siguiente, Héctor lanzó a su gente al ataque; también nosotros, tras salir del vallado y del foso, formamos. El grito de Agamenón y su brazo blandiendo la lanza desde lo alto del carro nos arrojaron hacia delante. Corríamos, los unos al encuentro de los otros, sin pensar, con la mente en blanco, el corazón que parecía estallarnos en el pecho, la respiración que no encontraba el camino para salir entre los dientes, apretados, rechinantes; veíamos los pies recorrer el espacio que nos separaba todavía del momento del choque, de la boca del Hades. Miríadas de escudos impactaron haciendo alzarse un sonido ensordecedor. La tierra se volvió en un instante roja, resbaladiza por la sangre derramada. Encima de nosotros el cielo estaba negro, unos nubarrones, lívidos, orlados de amarillo, henchidos de relámpagos, pero no llovió sino sangre, por todas partes, ¡y nosotros cegados de rojo, lacerados, desgarrados y gritos, gritos, gritos!

Un rayo golpeó la punta de la lanza de Áyax de Telamón. Cayó el gigante, de rodillas. Nubes de dardos volaron de una parte a la otra; muchos se derribaron, muchos se resguardaron tras el escudo como si fuera una torre. Aterrados por aquel prodigio comenzamos a retroceder. ¡Zeus personalmente combatía contra nosotros! Reculó el propio Diomedes, y los dos Áyax, e Idomeneo. Néstor, que se había adelantado demasiado con su carro, quedó aislado. Una flecha hirió a uno de sus caballos, entre las orejas, perforándole el cerebro y haciéndolo desplomarse. El viejo guerrero cayó, volvió a levantarse, se quedó solo cerca del carro volcado. Héctor se le plantó encima en una carrera desenfundada, pero yo en aquel momento, aterrado, corría, huía. Diomedes gritó:

—¡Odiseo! ¿Adónde vas tan rápido? ¡Vuelve atrás, defendamos a Néstor, él solo no puede!

Pero yo no comprendía ya nada, no sentía, no respiraba, ya no tenía nada: ni fuerzas,

ni valor, ni vergüenza.

Oí a Diomedes vociferar aún:

—¡Morirás con una lanza en la espalda, bellaco!

Crucé el foso, la empalizada, fui a refugiarme en mi nave, a esconderme.

El fragor de la lucha que se estrellaba contra el vallado llegaba furioso hasta mí, pero no me afectaba gran cosa; lloraba doblado en dos, oculto bajo los bancos. Luego sentí el frío y quise que se hiciera la oscuridad, que la noche negra como la pez me cubriese, que envolviera el campamento y las naves y los rostros de los vivos y de los muertos.

Oscuridad, densas tinieblas, lágrimas ardientes. Y por último, silencio.

¿Cuánto tiempo pasó, cuánto dolor? Finalmente me levanté. El viento soplaba desde los montes y trepé a un árbol, alcancé jadeando la cima y desde allí se desplegó la llanura ante mí. Ardían fuegos en la honda oscuridad, cientos, miles, miríadas de hogueras. No había tregua, no había escapatoria. Héctor nos asediaba, esperaba al amanecer, paciente como un lobo hambriento, para desencadenar el último ataque y poner fin a la guerra. Luego vi encenderse fogatas en el campamento, en este lado del vallado; oí llamadas y el largo sonido del cuerno.

Unos momentos más, silencio; luego una voz. La voz del hijo de Tideo, salvaje, indomable.

—El viejo quiere hablar contigo —dijo— y también Agamenón, en su tienda.

—¿Hablar conmigo? ¿Para qué?

—Tiene que volver Aquiles. No hay otro modo de salvarnos. Lo tenemos todo en contra.

No dije nada de mi fuga ignominiosa, por lo que le estuve agradecido. Lo seguí hasta la tienda de Agamenón.

Encontré a este sentado junto a Néstor, Idomeneo, los dos Áyax, Menelao y sus heraldos. También Diomedes se acomodó, y yo junto a él.

Habló Néstor, que todavía tenía en el rostro y en el cuerpo las señales de la violenta caída:

—Agamenón ha comprendido su error y está dispuesto a enmendar lo ocurrido, pero tú deberás convencer a Aquiles para que vuelva a combatir a nuestro lado. Los troyanos son mucho más fuertes y valerosos ahora que saben que Aquiles no lucha, y sin él

nosotros no tenemos ya la fuerza para vencer. Agamenón ofrece enormes riquezas en bronce, oro y plata, así como una de sus hijas como esposa con siete pueblos como dote y campos frondosos con rebaños y ganados, viñedos y olivares y siete mujeres hermosísimas, entre ellas Briseida, a la que él tanto amaba y que le fue injustamente arrebatada. Jura por su honor que no la ha tocado, no ha yacido con ella, cosa que podrá confirmar personalmente. Vamos, Odiseo, solo tú puedes convencerle. De ti se fía.

Tras él habló Agamenón, con el semblante pálido, demacrado por el cansancio y la vigilia:

—Lleva contigo a Áyax, que es su primo y al que aprecia mucho; convéncelo, Odiseo, y podrás contar con mi gratitud para siempre y también con la de Menelao, mi hermano.

Vi que también Diomedes me miraba, tratando de leer mis intenciones en el rostro.

Respondí:

—Iré porque sufro de ver a mis compañeros, a nuestros guerreros, caer masacrados en ese campo ensangrentado. Y esperemos que Atenea nos guíe e inspire nuestras palabras.

Salimos y nos dirigimos, caminando por la orilla del mar, hacia la tienda de Aquiles. Ardía una lumbre bajo el pabellón y difundía una tenue luz alrededor. Patroclo velaba y nos vio, vino a nuestro encuentro y nos llevó a donde estaba su amigo, el guerrero ceñudo e irreductible, lleno de rencor.

Aquiles nos acogió como a viejos amigos.

—Odiseo, Áyax, ¿qué os trae a mí en plena noche? ¿No deberíais estar en vuestro catre descansando? Me alegra en cualquier caso veros, me hace sentir mejor el recibirlos en mi tienda, ofreceros vino e intercambiar algunas palabras.

—Aquiles, supongo que sabrás por qué hemos venido. ¿No has oído los gritos de nuestros compañeros? ¿No has visto arder las piras durante días? Escucha, Agamenón ha comprendido que cometió un terrible error contigo y quisiera repararlo. Te ofrece grandes riquezas. Una de sus hijas como esposa con siete ciudades en dote, siete bellísimas mujeres, entre ellas Briseida, a la que amas. No la ha tocado, ha sido respetuoso con ella...

Aquiles meneó la cabeza mientras aún hablaba y se me murieron las palabras en la garganta.

—No, amigo mío, no me fío de él, no le aprecio, sus frases son como aire para mí. Y además es demasiado tarde, ahora ya está decidido: me marchó, Odiseo; mañana zarparemos y si encontramos buen tiempo en tres o cuatro días estaremos en casa. ¿En

casa, comprendes? Hemos pasado años y años, descuidándolo todo, malgastando inútilmente nuestra vida. ¡La vida, Odiseo! ¡Nuestro único verdadero tesoro! ¿Una hija suya? No me casaría con ella ni aunque fuese más bella que Afrodita. Hermosas muchachas hay muchas en mi tierra natal, ¿sabes? Hijas de hombres ilustres, nobles, de gran linaje. Y no necesito ningún regalo. Mi padre tiene el palacio lleno de ellos. No puedo imaginar lo feliz que será mi viejo *atta* al verme. ¿Y además de qué te preocupas? Habéis construido el vallado y la empalizada. Tendría que bastar para detener a Héctor, ¿no?

Se burlaba de nosotros. Pero lo intenté de nuevo. No quería rendirme.

—¿Y no piensas en tus compañeros? Los has visto volver del campo heridos, sangrientos. Los has visto arder en las piras. ¿Ni siquiera por ellos estás dispuesto a renunciar a tu rencor?

—No, Odiseo, todo esto no ha sucedido por mi culpa, él es dado a tratarme como a un ser insignificante, a quitarme a la mujer que amaba, a humillarme delante de todos; yo que he luchado por él años y años, he conquistado decenas de pueblos y ciudades, le he traído enormes riquezas. No lo merecía, no. Habría podido matarle como a un perro, pero le he perdonado la vida para no armar guerra entre nosotros y provocar la destrucción del ejército. No, de veras, no le daré esa satisfacción; es más, di incluso a los otros de mi parte que sigan mi ejemplo, y hazlo también tú. Volved a casa: esta maldita ciudad no caerá nunca.

—¡No te vayas, Aquiles! —le supliqué.

—Déjale estar —dijo Áyax—, no le importamos nada. Por él ya podríamos morir todos y no moverá un dedo. Y todo por una mujer. Pero ¡si le ofrecemos siete!

Sonreí amargamente ante la ingenuidad de mi gigantesco amigo, pero tuve que admitir que tenía razón. No había nada que pudiese convencer a Aquiles para que abrazase de nuevo las armas.

Patroclo no abrió la boca durante todo el tiempo, ni tampoco Aquiles le dirigió en ningún momento la palabra para saber qué pensaba. Patroclo era simplemente su sombra, su doble. Me puse en camino para regresar sobre mis pasos y referir mi derrota, el triste resultado de mi misión...

—Odiseo...

Me volví. ¿Había todavía una posibilidad?

—Tal vez..., quizá no parta mañana.

No había otra cosa que pudiera pedirle y no debía insistir, pero con esas palabras me dejaba un rayo de esperanza.

Volvimos entrada la noche. Los otros reyes nos habían esperado y la tienda de Agamenón estaba iluminada.

—¿Qué? —preguntaron agolpándose en torno a nosotros.

—No hay nada que hacer. Es inflexible. Es más, ha dicho que también nosotros deberíamos seguir su ejemplo e irnos.

—Que se vaya donde le plazca —dijo Diomedes—. ¡Al diablo! Lucharemos solos. Que cada uno de nosotros les hable a los suyos y trate de infundirles valor. Cada batalla tiene su suerte. Hoy tenemos problemas, mañana podremos vencer.

La asamblea se disolvió, cada uno tomó por su lado.

Miré al fondo la larga línea de naves varadas, hacia septentrión; en la tienda de Aquiles había todavía luz.

El fracaso de mi misión había dejado bien claro a todos que no teníamos otra posibilidad que batirnos. Huir y volver a casa era impensable.

El más consciente de ello debía de ser Agamenón, el caudillo supremo, el rey de reyes de los aqueos. Lo sucedido con Aquiles había empañado su imagen ante sus hombres, les había quitado las ganas de combatir, de afrontar sacrificios cada vez mayores. Él debía dar ejemplo, ser el primero delante de todos, demostrar que era merecedor del poder que ejercía con el cetro.

Esto le aconsejé, y le exhorté a concentrar la mayoría de los carros en la parte del frente donde los troyanos no se esperarían un ataque rápido e imprevisto, lejos de la entrada al vallado y al campamento naval. Comprendió lo que quería decir y se preparó para ello.

Apareció sobre el carro revestido con una armadura nunca antes vista ni llevada, la más espléndida y deslumbrante, de esmalte, de plata y de bronce, embrazando un gran escudo con la gorgona en el centro, tocado con un yelmo de doble cimera, alado, maravilla increíble. Todos comprendieron que aquella sería su jornada, si solo el dios que protegía a Héctor y le infundía un vigor insostenible distrajera durante un rato su mirada hacia otra parte. De aquel modo, con esas nuevas y distintas enseñas, aparecería ante el enemigo como un guerrero nuevo y desconocido, glorioso y temible, si no un dios o un semidiós. Y tal vez no les resultase siquiera reconocible a los propios dioses por lo que era antes. Bajo aquella apariencia distinta se sintió ciertamente lleno de un poderío y de una energía arrolladores.

Se lanzó hacia el frente adversario flanqueado por los otros grandes campeones, de manera que la masa de los carros, de los caballos y de los guerreros se abatió con espantoso estruendo y con fuerza irrefragable contra los guerreros troyanos. Héctor estaba en la parte opuesta de la formación en la que con mayor facilidad podía imponerse a unos hombres menos aguerridos y potentes. Yo llegué de refuerzo protegido por los

carros con mis hombres para completar la masacre y para ampliar la brecha que habían abierto.

Hasta mediodía, Agamenón se batió como un león, con una furia que habría asombrado a Aquiles, y derribó con su mano a una decena de enemigos. Durante todo aquel tiempo pareció que nada ni nadie podía detenerlo, su figura era espantosa. El efecto de sus golpes multiplicaba su fuerza y la de los otros que luchaban a su lado.

Yo mismo no conseguía dar crédito a lo que veían mis ojos. A nuestra izquierda la tumba de un antiguo rey troyano se erigía como un escollo entre las olas del mar en medio de los guerreros en fuga y en un momento dado aparecieron ante nosotros las puertas Esceas y el baluarte principal de la ciudad. A medida que avanzaba veía en tierra miembros y cabezas cortadas, los signos tremendos de la furia de Agamenón y de los otros combatientes.

Pero cuando teníamos el sol ya en su cenit, la suerte comenzó a decantarse en contra de nosotros. Vi el carro de Agamenón correr hacia atrás en dirección al campamento y en su rostro, no cubierto ya por el yelmo, una mueca de dolor. ¡El rey estaba herido!

Héctor debió de darse cuenta de lo sucedido y se dirigió hacia nuestra parte. Era algo tremendo de ver, pues llegaba a una increíble velocidad arrollándolo todo a su paso. Sin duda había visto huir a Agamenón hacia el vallado y pensaba en poder desbaratarnos. También los nuestros retrocedían hacia el vallado; el mismo indomable Diomedes cedía terreno con los suyos y luego se replegaba decididamente ante la furia de Héctor, que quería alcanzar las naves para incendiarlas. Ahora me tocaba a mí reclamarle a él, y grité con todo el aliento de que era capaz:

—¡Eh, valiente! ¿Qué ha pasado con tu coraje? ¡No pretenderás que detenga yo solo a toda esa furia! ¡Échame una mano, que entre los dos podremos conseguirlo!

Diomedes se volvió hacia mí y me miró con esa misma extraña expresión con que me había observado aquel día en Argos entre la multitud que seguía el funeral de su padre. A los pocos instantes lo tenía a mi lado y apuntaba con la lanza. La arrojó con un impulso muy agresivo contra Héctor, que no estaba a más de veinte codos de nosotros. La lanza voló derecha cual una flecha disparada por un arco y le dio de lleno en el yelmo. Lo vimos tambalearse y luego desplomarse dentro del carro. Su cochero volvió los caballos en dirección a las puertas mientras Diomedes le gritaba detrás todo tipo de insultos y trataba de abrirse paso entre los enemigos a golpes de escudo y de mandobles a fin de recuperar su lanza. Solo confiaba en esta. Fui detrás de él para no dejarle solo y

me reuní con él apenas a tiempo: una flecha le había clavado un pie en el suelo.

Me planté delante de él protegiéndolo con el escudo y tratando de mantener a distancia a los enemigos que ahora ya me rodeaban por todas partes.

—¡Resiste! —gritaba—. ¡Estoy tratando de extraer el dardo!

Pero de inmediato me di cuenta de que había perdido contacto con los otros. Diomedes no se sostenía de pie y sus hombres lo habían puesto sobre el carro y lo hacían llevar rápido por su cochero Esténelo.

Era el fin para mí.

Sentí aún su voz que repetía:

—¡Resiste, Odiseo! ¡Resiste, que venimos a buscarte!

Y en aquel momento recordé la promesa que había hecho a Penélope, *de que regresaría de la guerra*, y volví a ver sus ojos y su mirada reluciente. Hacía molinetes con la espada y la lanza en todas las direcciones manteniendo firmemente el escudo sujeto al brazo. No sabía por cuánto tiempo tendría fuerzas suficientes. Me detuve un instante porque me faltaba el aliento y en ese mismo momento fui blanco de un desconocido *que no tardaría en recibir un nombre: el hombre que había dado muerte al wanax Odiseo, fecundo en ardid*. Una lanza maciza, rápida, inició el vuelo desde su mano mientras yo emitía el triple grito de los reyes de Ítaca.

¡Eih! ¡Eih! ¡Eih!

¡Eih! ¡Eih! ¡Eih!

¡Eih! ¡Eih! ¡Eih!

La lanza había traspasado el escudo, la coraza, sin ahogar mi grito.

Pero estaba en las últimas, en breve estaría vencido. Extraje la lanza del escudo y de la coraza para defenderme y sentí la sangre caliente chorrear por mi muslo. Bramó exultante el guerrero desconocido, pero un clamor más fuerte, poderoso, chillón como una trompeta tronó a mis espaldas:

—¡Estamos aquí, Odiseo!

E inmediatamente un escudo enorme, un muro de bronce se plantó delante de mí, un cuerpo desmesurado me cubrió, otro guerrero resplandeciente se situó junto a mi costado herido. ¡El Gran Áyax! ¡Menelao!

Menelao me aferró por un brazo, alguien me puso sobre un carro. Partimos raudos, saltando sobre los cuerpos caídos, sobre las armas abandonadas, hasta el vallado y la empalizada, hasta las naves.

Me acostaron con cuidado, alguien me despojó de la armadura, la arrojó al suelo, oí el fuerte ruido. A continuación un dolor agudo me desgarró el costado herido, pero apreté los dientes. Ya eran muchos los gritos de dolor en todas partes.

Perdí la luz de los ojos por un momento. No vi ya nada, pero de nuevo sentí arder el fuego en mi carne, un olor acre, a quemado, e inclinado sobre mí vi a Euríloco, mi primo, con un puñal candente en la mano.

—He taponado la sangre —dijo—. Te curarás.

—¿Qué está pasando?

—Entre los grandes solo los dos Áyax resisten, e Idomeneo y Menelao; los otros están todos heridos y son incapaces de combatir. Héctor está fuera de sí y lo flanquean los mejores: Eneas, Héleno, Deífobo; hasta ese cobarde gusarapo de Paris se ha envalentonado y no para de disparar con precisión con el arco. Han dejado los carros al otro lado del foso y han bajado a pie e intentado salvar por nuestro flanco el muro de contención. Están presionando contra la empalizada con todos sus medios, tratando de arrancar la puerta de sus goznes; las trancas de refuerzo parece que van a ceder en cualquier momento. El esfuerzo de los nuestros es ya insostenible. No descansan desde hace mucho rato, no comen desde el amanecer, están exhaustos.

Sentí que se me moría el corazón en el pecho. ¿Era posible que tantas fatigas, tanta sangre e infinitos lutos hubiesen sido inútiles? Mi diosa no se manifestaba desde hacía mucho tiempo. Tal vez me había abandonado, no podía oponerse al hado, ni siquiera ella, o bien ya no me quería como en otro tiempo. Era natural: ¿cómo puede un ser que no muere experimentar verdaderos sentimientos?

Dije:

—Ve afuera, hacia el muro y el vallado y luego vuelve a referirme lo que está pasando. Esta incertidumbre me mata. ¡Ve, y estate atento!

Euríloco salió y yo me dejé caer exhausto sobre el catre. El costado me dolía mucho; el padecimiento era tan agudo que ninguna parte de mi cuerpo podía acomodarse, reposar.

Pasó el tiempo y a mi oído llegaba un ruido confuso, miles de aullidos se fundían en un solo grito, en una sola lengua, en un solo, inmenso, insensato dolor.

¿Cuántos regresaríamos? ¿Quién sobreviviría a la carnicería y quién sería precipitado al Hades, dejando sueños, deseos, esperanzas a merced del viento?

Mientras seguía estos pensamientos en el corazón, oí unas voces muy próximas a mi

tienda. Una de ellas me era familiar: ¡Patroclo!

Me deslicé al suelo desde el catre, me arrastré casi hasta la entrada de la tienda y miré fuera. Lo vi a menos de cinco pasos de mí. Patroclo ayudaba a uno de nuestros guerreros que había sido herido; el soldado tenía una flecha clavada en el muslo y sangraba copiosamente.

—Te extraeré la flecha del muslo y te curaré, pero no podré quedarme mucho tiempo asistiéndote: Néstor me ha confiado una misión importante. He de hablar enseguida con Aquiles.

Poco después Patroclo pasó cerca de mí corriendo.

—¡Patroclo! —llamé.

—¡Odiseo! También tú estás herido.

—Y así Agamenón, Diomedes y tantos otros; asimismo Macaón, nuestro experto médico, ha sido herido. El ejército sin mando. Únicamente resisten los dos Áyax, Menelao e Idomeneo. Néstor, viejo como es, ha aceptado desafiar a la muerte.

—Perdóname —respondió—, he de irme.

—Ve. Pero dime ¿qué misión te ha confiado el viejo? Os he oído sin querer.

—No puedo decírtelo. ¡No puedo contárselo a nadie! Nadie debe saberlo. Es la última esperanza que nos queda.

Escapó, raudo como el viento. Y mientras me arrastraba nuevamente hacia el catre entró Euríloco, sudoroso, jadeando.

—Héctor ha arrollado nuestras defensas —dijo—, los troyanos están desparramándose por todas partes. ¡Traen fuego!

—Asísteme —contesté—. Véndame la herida, muy apretada, y ayúdame a ponerme la armadura. No moriré en la cama.

Salí de la tienda, apoyándome en la lanza, y me dirigí a la de Agamenón, donde encontré a Diomedes. Decidimos reunirnos con los nuestros que combatían para infundirles valor, al menos con nuestra presencia.

El enfrentamiento se hizo aún más feroz. Héctor sentía la victoria ya al alcance de la mano, estaba convencido de que Zeus personalmente lo protegía y parecía animado por una energía inagotable. Por nuestra parte, el ver que yo y Diomedes estábamos todavía vivos dio fuerzas a nuestros guerreros que se reagruparon, formaron un muro compacto y

siguieron a Idomeneo, los dos Áyax y Menelao.

La batalla se prolongó sin que ninguno de los dos bandos se impusiese, pero con bajas considerables para unos y para otros. Vi cabezas cortadas rodando por el suelo entre mis piernas; otras fueron arrojadas por los nuestros entre las filas adversarias. Avisté hombres traspasados de parte a parte desplomándose con fragor en tierra y apretando con las manos la arena marina en el espasmo de la muerte; vi en el rostro de Agamenón el color terroso de la angustia, los rasgos contraídos, la mano derecha apretada y temblorosa en la empuñadura de la lanza, y oía el aullido de la batalla subir de intensidad hasta horadar las nubes, hasta el paroxismo. Me encontré de nuevo en la ventolera de la locura, en una especie de excitación, de deliro que me hacía sentir fuera de mí, fuera de mi cuerpo, de mi tiempo y del lugar no ya percibido, no ya medido por el ojo ni por la mente. Era en este tipo de dimensión en la que advertía la presencia de los dioses y, si Atenea hubiese apartado de mis ojos la niebla, se me habría aparecido en sus verdaderos rasgos. ¡Si tan solo hubiera podido empuñar un arma, si hubiera podido aguantar mi costado herido!

Las antorchas de Héctor se acercaban cada vez más a las naves, la lucha se producía ya a escasa distancia de las embarcaciones, en ciertos puntos arreciaba entre casco y casco. La mayoría trataba de aislar la nave de Protesilao, la más lejana del centro del campamento, la más próxima al vallado y la más expuesta al viento, la que podría propagar el fuego a todas las otras, y entonces Áyax saltó dentro del navío varado que desde el momento del desembarco no se había vuelto a hacer a la mar.

Se plantó sobre la proa y con ambas manos aferró una lanza enorme con la punta de metal macizo, de combate naval. Normalmente la empuñaban varios hombres y con ella trataban de perforar con grandes impulsos la quilla de los barcos enemigos por debajo de la línea de flotación con objeto de hundirlos. Él la blandía por sí solo segando a adversarios, traspasando a dos, tres a la vez, derribándolos en gran número al suelo; saltaba de un banco a otro, rugiendo como un león salvaje. Los dardos llovían como granizo sobre su yelmo, sobre los hombros revestidos de doble placa de bronce, pero él parecía no sentir. Ciertamente el corazón le gritaba en el pecho: «Resiste, combate, roca de los aqueos, montaña andante; no cedas al cansancio que destroza los músculos, que oprime el pecho. ¡Resiste, amigo, Gran Áyax!».

Ahora ya todo era inútil, pues también él, rodeado por todas partes como un jabalí por una jauría de perros, se vendría abajo. Ya solo era cuestión de tiempo. Áyax no pedía

nunca ayuda a los dioses, solo a su brazo, a su gran corazón y a su amigo homónimo. En aquel momento lo que veía cambió lentamente ante mis ojos, *no conseguía ya seguir el movimiento de la realidad*, los colores se confundían y el aullido desgarrador de la batalla, el coro agudo de miles de hombres golpeados, cortados, se mezclaba para mí con un único sonido, el mismo que el del poeta de aquella noche en el puerto, muchos años antes. *¿Acaso era yo mismo llorando muy amargamente?* Era como un hombre caído en un río tumultuoso, que no consigue ya vencer la fuerza de la corriente. Los dardos me silbaban junto a la cabeza, no veía y no sentía. Y mientras esperaba el golpe mortal buscaba las fuerzas para el último asalto, para el último, triple grito de los reyes de Ítaca.

Pero aquel sonido cambió de sopetón. Era ahora un estruendo, un trueno de tormenta, un estrépito de mil y mil escudos percutidos por miles de espadas. Algo había invertido el curso de los acontecimientos, la balanza del hado había cambiado de repente su equilibrio. El clamor antes confuso e irreconocible se volvió cada vez más claro y nítido. El grito era: «¡Aquiles!».

¿Era posible? Sin preocuparme del dolor, corrí hacia la nave y hacia las llamas que ya se propagaban. Cientos de hombres con cubos y jofainas, con los yelmos, arrojaban agua para apagarlas cuando nacían. Los troyanos huían; de las tiendas de los mirmidones, negras sus armaduras refulgentes, llegaba un guerrero rutilante como la estrella de Orión, magnífica, pero que trae luto, llanto y desventura.

¿Era él, deslumbrante en su coraza divina, el que causaba estragos con la lanza y la espada, segador de hombres? Todos iban tras él, y él fulgurante sobre el carro. Lo flanqueaban Menelao, el poderoso Idomeneo, Áyax de Lócride y el mismo Áyax de Telamón. Ya no sentía el cansancio inmenso, agotador, había abrazado de nuevo el escudo de siete pieles superpuestas de buey y avanzaba con los otros. Ahora me daba cuenta de que a mi lado Diomedes y Agamenón observaban incrédulos cómo los aqueos, arrastrados por el guerrero imparable, pisaban los talones a los troyanos aterrorizados, en fuga, hacia las puertas Esceas.

Llegamos hasta la empalizada para seguir con la mirada a los troyanos que huían, atravesaban el foso y buscaban escapar hacia la ciudad. También el carro de Héctor. Y vimos el yelmo de Aquiles, fulgurante, rematado por la cimera, atravesar a su vez el vallado. Automedonte, el cochero, incitaba a los caballos prodigiosos de su patrón, Balio y Janto, a la persecución. Lo perdimos de vista.

Diomedes gritó:

—¡Ha vuelto Aquiles!

Pero yo no pude creer en sus palabras, me volví hacia Agamenón y dije:

—No es Aquiles. Es Patroclo.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —preguntó Agamenón.

—He oído hablar a Patroclo de una misión que le había confiado Néstor y le pregunté de qué se trataba. Me ha respondido que no podía decírmelo, que era un secreto, lo único que podía salvarnos de una completa derrota.

»He aquí lo sucedido: Patroclo se ha revestido con las armas de Aquiles, ha tomado su carro y su cochero. Rápido, *wanax* Agamenón, manda a alguien al campo de batalla para que nos cuente lo que está pasando.

No hubo necesidad de decírselo dos veces; Agamenón inmediatamente mandó a uno de los suyos más fieles, Alcátoo. Le pidió que tomara un carro y dos caballos de refresco y siguiera a nuestro ejército y no perdiera de vista a Aquiles. Así le llamó. Y luego que volviera a informar. Y el hombre cumplió con lo que se le había ordenado. Le seguimos durante un rato con la mirada, hasta que se esfumó en medio del polvo rojizo que lo cubría todo.

Entretanto nuestro ejército seguía avanzando, nada parecía poder detenerlo, continuaba acercándose a las puertas Esceas, en tropel, como las olas del mar tempestuoso.

—Debe de ser Aquiles. ¿Quién podría hacer esto si no? —dijo Agamenón.

—Es el terror de Aquiles —respondí—, él no. Solo ver su armadura, su carro, su cochero ha infundido miedo.

Nos quedamos en silencio largo rato, no conseguíamos pronunciar una sola palabra, manteníamos los ojos fijos en el ejército y calculábamos la distancia entre la higuera y las puertas Esceas, que se acortaba cada vez más. Me mordía el labio inferior hasta hacerlo sangrar y el dolor en el costado se agudizaba precisamente como si la lanza me traspasase la carne en ese momento. ¿Qué se había hecho de Alcátoo, el escudero de Agamenón? ¿Por qué no volvía? ¿Le habían matado?

No recuerdo cuánto tiempo pasó, pero fue el grito de Diomedes el que me devolvió a la realidad.

—¡Ha sucedido algo, mira! ¡Los nuestros retroceden!

Luego un carro atravesó la llanura hacia nosotros a una velocidad de locos: ¡solo los caballos de Aquiles podían correr de aquel modo! Un negro presentimiento se apoderó

de mi corazón, pero no dije nada. Reconocí el carruaje de Aquiles y a su cochero e inmediatamente después, casi en su estela, llegó el carro de Alcátoo y se detuvo delante de la puerta de entrada. El escudero nos alcanzó jadeante y se veía que había tomado parte él mismo en el combate.

—¿Qué ha pasado? ¡Habla! —le ordenó Agamenón.

—¡No era Aquiles, sino Patroclo con su armadura! —respondió—. Al principio su avance ha sido arrollador, nada ni nadie podía pararlo, pero luego ha sucedido algo. Tal vez ha llegado demasiado lejos tratando de alcanzar a Héctor y de darle muerte, y así se ha encontrado con él de frente y otro troyano a su espalda, que le ha golpeado en el hombro con la lanza. E inmediatamente después Héctor lo ha tenido todo a su favor. Le ha dado muerte y le ha arrancado de encima las armas de Aquiles.

—¿Y el cuerpo? —pregunté—. El cuerpo de Patroclo, ¿qué ha sido de él?

—Se ha desatado una pelea tremenda por el cadáver. Los troyanos han conseguido atarle un pie con una soga y lo han arrastrado a viva fuerza en su terreno, pero luego el rey Menelao y los dos Áyax se han lanzado adelante causando estragos y lo han recuperado. Al irme para venir a avisaros, Héctor se había enzarzado personalmente en la refriega, decidido a adueñarse de él; Áyax y el *wanax* Menelao han conseguido levantarlo del suelo y alzarlo sobre sus hombros, de manera que todos vieran que el cuerpo de Patroclo estaba aún en nuestro poder y cobrasen nuevos ánimos. Se están retirando para traerlo aquí, al otro lado del foso y del vallado, y entregárselo a Aquiles, pero no sé si lo conseguirán, pues los troyanos los atacan por todas partes como jaurías de perros rabiosos.

—Solo Aquiles puede pararlos —respondí.

—¿Y cómo? Está sin armas y las únicas que podría ponerse son las de Áyax de Telamón, pero este las necesita más que nunca.

—¡Llévame a donde está Aquiles! —dije—. Enseguida.

Alcátoo me hizo montar en el carro y lanzó los caballos hacia las tiendas de los mirmidones. Cada tambaleo me producía punzadas desgarradoras y temía que se me reabriese la herida, pero mantuvimos la velocidad y llegamos cuando Automedonte, el cochero, acababa de detener su carro y estaba atando los caballos a un mástil de nave hincado en el suelo. Aquiles había ya salido y estaba enterado. Parecía que lo hubiese herido un rayo. Estaba trastornado y pálido, inmóvil. Nunca le había visto así.

—Aquiles —intervine—, nadie podía imaginar..., pero ahora la batalla arreciaba para

apoderarse de su cuerpo: no podemos dejárselo para que lo den en pasto a los perros y a los buitres. Áyax y Menelao no podrán resistir en todo momento, y el peso del cuerpo de Patroclo demora su paso. Ahora los enemigos están cerca del campamento. Detenlos, Aquiles. Solo tú puedes hacerlo.

Aquiles me miró como si hubiera hablado un loco. Acto seguido comprendió. Subió al terraplén corriendo raudo como el viento y allí se plantó con las piernas abiertas. Se llevó las manos a la boca y lanzó su grito de guerra. Y fue como si un estruendo surgiese de la tierra, como si el rugido de un león se transformase en el agudo estridor de un águila herida, prolongado, interminable, ensordecedor.

Los nuestros reaccionaron como si una energía misteriosa hubiese invadido sus miembros exhaustos, y todos gritaron uniendo sus voces al estrépito lacerante del príncipe de los mirmidones. Los aterrados troyanos huyeron, sus caballos se encabitaron delante del foso y volvieron atrás lanzándose a un galope desenfrenado.

Antes de que el sol se pusiera en el horizonte, Áyax de Telamón, Áyax de Lócride y Menelao, agotados, entraron por la puerta del vallado escoltando el cuerpo de Patroclo traído sobre los hombros por cuatro guerreros mirmidones. El resto del ejército abría paso al héroe que había perdido la vida para salvarlos de la derrota y de la masacre.

Encontré a Aquiles esa misma noche muy tarde, cuando el campamento estaba sumido hacía largo rato en el silencio. El cansancio de una jornada espantosa, interminable, que había extenuado a todos tanto el corazón como los miembros, había producido en los guerreros un sueño pesado, semejante a la muerte. Únicamente se oían las voces intermitentes de los centinelas que vigilaban junto al vallado y al foso.

Nadie había pedido una tregua tal como había sucedido en otras ocasiones, porque no había un solo hombre entre Ilión y el campamento naval que considerase aún posible una suspensión temporal de la guerra. La muerte de Patroclo imponía a Aquiles el deber de una venganza brutal o sanguinaria, que no dejaría escapatoria a nadie. La sangre reclamaría sangre hasta el postrer límite de la vida y de la muerte.

Noventa y nueve guerreros mirmidones en tres filas y en tres posiciones, con túnica negra y armaduras bruñidas, eran la guardia de honor para Patroclo, que yacía en un catafalco, con un paño de púrpura sobre el cuerpo pálido y desnudo.

Aquiles, que había derrotado a un ejército solo con su grito de guerra, lloraba desconsoladamente con el rostro oculto entre las manos.

Lloraba Briseida, devuelta esa misma tarde por Agamenón, porque Patroclo la había tratado siempre con afecto y consideración desde el primer día de su cautiverio. También los guerreros mirmidones, inmóviles y rígidos como estatuas en la vela fúnebre, sufrían en silencio, con las mejillas bañadas en lágrimas. Pero ese luto no era solo por el guerrero caído, el amigo más querido y más fiel de su príncipe, sino también por el propio Aquiles. Su inevitable regreso a la guerra significaría también su muerte.

Asimismo Balio y Janto, liberados del yugo y de los arreos, con el lomo recubierto por una gualdrapa de púrpura recamada con oro, estaban quietos, con sus grandes ojos relucientes y febriles, como si llorasen. Nunca me habían faltado las palabras que el corazón me sugería en cualquier tesitura, aun la más difícil, pero en ese momento no me venía ninguna a los labios, ante aquel dolor inmenso.

Fue Aquiles quien me habló:

—De haberte escuchado y puesto fin a la cólera, Patroclo no habría muerto. Yo mismo le permití que se pusiera mi armadura para que trajera alivio al ejército derrotado, y al hacerlo lo he condenado a la muerte.

No tuve el valor de hablarle de la sugerencia de Néstor.

—Tampoco yo me lo hubiera imaginado, Aquiles. Cuando ocurre una desgracia semejante, el dolor nos induce a buscar mil otras alternativas al destino que nos ha golpeado, ninguna de las cuales es real. Solo una, la que nos hiere cruelmente, es la verdadera. Somos mortales, Aquiles; debemos aceptar la muerte.

—Yo la elegí desde siempre, en cambio quería que mi nombre sobreviviese a mi breve existencia. Y si la ira me llevó a pensar para mí otro futuro ahora no tengo ya dudas; quien le ha matado deberá morir, y lo que me suceda luego a mí carece de importancia. Ve a ver a Agamenón, dile que acepto su reparación, pero que sobran sus regalos. Lo que quiero es que mañana con las primeras luces del alba el ejército esté listo para el combate. Yo y mis mirmidones lo estaremos.

—¿Luchar? ¿Y cómo? ¿Desnudo y sin armas? Ya tres de nosotros han sido heridos. ¿Acaso quieres añadir luto al luto? ¿Deseas que junto al cuerpo de Patroclo yazca también el tuyo en la pira? Calma. Deja que mañana tenga lugar la reconciliación con Agamenón en presencia del ejército y esperemos hasta que un hábil artesano, pues no faltan entre nosotros, te haya forjado una nueva armadura, digna de ti. Hazme caso, Aquiles, pues ya una vez desoíste mi consejo y no fue una prudente elección.

Aquiles me miró intensamente a los ojos y esa mirada, melancólica y feroz a un tiempo, no la olvidaría nunca. Apoyé una mano sobre su hombro y me alejé hacia el centro del campamento naval, hacia mi tienda.

Al día siguiente se produjo la reconciliación entre Agamenón y Aquiles en medio del corrillo de la asamblea. Agamenón juró sobre una víctima sacrificial que jamás había tocado a Briseida y no había compartido su lecho con ella. Los regalos prometidos me fueron confiados a mí y yo los llevé con un cortejo hasta el campamento de los mirmidones. Aquiles anunció que a la mañana siguiente, al amanecer, atacaría, aunque fuese solo. Todos respondieron que estarían con él para vencer o morir.

Tuve un sueño agitado por pesadillas, pero antes del alba vi cernerse a mi diosa sobre la proa de mi nave y mirarme intensamente. Tal vez soñaba aún, tal vez Atenea había decidido hacerme sentir su presencia. La invoqué:

—Diosa de los ojos glaucos, dime, ¿cómo podrá combatir Aquiles hoy sin armas? ¿Acaso ha convencido al Gran Áyax para que le ceda las suyas?

La diosa me respondió con una sonrisa enigmática y se desvaneció en el aire ligero.

Abrí los ojos y me sentí más fuerte; mi herida estaba seca y la cicatriz se consolidaba. Me hizo pensar en mi aventura durante la caza del jabalí en la primera visita al abuelo Autólico. Quién sabe dónde estaba. Quién sabe si le llegaba el eco de esa guerra interminable, de esa masacre sin fin.

Euríloco me ayudó a revestirme con la armadura y me encaminé hacia el extremo septentrional del campamento naval donde se encontraba la tienda de Aquiles. Un viento salobre lamía el cuerpo de Patroclo y alejaba la corrupción de sus miembros. Seis guerreros mirmidones lo velaban insomnes. Aquiles había dado orden de que no fuese puesto en la pira antes de que él hubiese dado muerte a Héctor con sus manos. El campamento estaba en silencio, solo las olas del mar nunca fatigado hacían oír su voz borboteante. Me acerqué hasta casi la línea de la resaca para observar la salida del sol, y el primer rayo hizo que me petrificara de estupor. Delante de mí pendía de dos lanzas cruzadas una panoplia de asombroso esplendor: un yelmo crestado con la cimera bermeja, una coraza de deslumbrante brillo, unas grebas repujadas y orladas con láminas de oro, y un escudo completamente esculpido en franjas concéntricas con cientos de figuras. Una verdadera maravilla que el mejor de los artesanos alumnos y devotos de Hefesto habría podido realizar en el curso de un año entero. No daba crédito a lo que veía, por lo que me acerqué para rozar el metal con los dedos y cerciorarme de que era cierto.

—¿Ves? Mis armas están preparadas y no he tenido que pedírselas a mi primo Áyax de Telamón.

—¿Cómo las has conseguido? ¿Quién las ha fabricado para ti?

—No lo sé. ¿Acaso tiene explicación un prodigio?

Miré la grava esplendente a lo largo de la playa. Las olas espumosas acariciaban las piedrecillas de todos los colores; mil reflejos hacían brillar los cantos rodados cual piedras preciosas. Podía ver *las armas de Aquiles traídas por el oleaje y dejadas en la orilla*. ¿Este portento había tenido lugar durante la noche salobre y amarga?

Y pensé en el estado en que estarían esa misma tarde las magníficas armas, maravilla de arte, melladas por miles de golpes, desfiguradas, deformadas por la violencia del combate.

Aquiles me leyó el pensamiento.

—Es despreciable, ¿no es cierto?

—Sí, lo es. Pero no creo que haya otra elección.

Su rostro se volvió de golpe gris como el hierro; su mandíbula se contrajo.

—La guerra es la fiesta más cruel, pero es siempre un festejo. Hay que adornarse con las mejores galas para danzar con la muerte. Hoy Héctor morderá el polvo, traspasado por mi asta.

Lo vi acercarse a sus caballos. Hablaba con ellos.

—¿Qué les has dicho a Balio y a Janto, Aquiles?

—Les he pedido que me lleven de nuevo a mi tienda esta tarde: no hagáis como con Patroclo, le dejasteis abandonado en medio del campo.

—¿Y ellos? ¿Te han respondido?

—Por supuesto. Me contestan siempre.

—¿Y qué te han dicho?

Agachó la vista y le vi disimular el llanto; el inexorable guerrero, el exterminador despiadado. ¿Por qué aquel luto tan desgarrador, interminable? Muchos compañeros habían muerto, muchos amigos, y nunca había mostrado tanta desesperación. Volví la mirada hacia el mar, al cuerpo blanco de Patroclo difunto. ¿Qué empresas gloriosas había realizado aparte de la que le había llevado a la muerte? Ninguna. Y si las había hecho nadie las recordaba, porque él era nada más que la sombra de Aquiles. La gloria había sido siempre del hijo de Peleo y de la diosa marina misteriosa e invisible. Pero nadie puede vivir sin su propia sombra. Quien no la posee no tiene ya vida. Es un espectro nada más.

Dijeron los corceles:

—También esta vez te devolveremos a tu tienda sano y salvo, Aquiles. Pero, cuidado, después de que hayas dado muerte a Héctor, será tu turno. Te tocará morir a ti, y nosotros no podremos hacer nada aunque seamos raudos como el viento.

Le sonreí.

—Podrían tal vez fallar en la predicción. En el fondo, no son más que caballos.

—No se equivocan nunca, amigo mío —respondió—. ¡Nunca!

Saltó sobre el carro al que había subido ya el cochero Automedonte, y los dos caballos divinos, con paso solemne, enarcaron el cuello poderoso y avanzaron hasta el punto en que estaban formados los guerreros mirmidones.

A ellos se añadían la multitud de los aqueos revestidos de bronce. Las puertas del vallado se abrieron, fueron arrojadas unas pasarelas de madera sobre el foso y los carros pasaron; el primero de todos, el de Aquiles, refulgente como el sol. Cruzaron las escuadras; una selva de lanzas de haya con la punta esplendente se movía ondeando como un campo de espigas al viento.

En lontananza, veía abrirse las puertas Esceas y la puerta de la ciudad inferior, y dos ríos de infantes y de carros se mezclaban en un único frente poderoso. Los guerreros troyanos sabían que habían resistido valientemente a Aquiles durante muchos años y habían hecho acopio ciertamente de todas las energías que les habían quedado en el corazón y en los brazos para hacer frente al guerrero implacable. Pero no conocían su cólera. O solo habían oído hablar de ella. Aquel día la experimentarían.

Ni yo, ni Diomedes, ni tampoco Agamenón hubiéramos tenido que tomar parte en aquella jornada de sangre y de delirio, pues no habíamos recuperado nuestras fuerzas y, si éramos derrotados, muchos perderían su vida para salvar la nuestra. Pero yo no me vi con ánimos de quedarme bajo la tienda en un enfrentamiento semejante, y me acordé de un arma que bajo las murallas de Troya no había usado nunca en el campo de batalla, sino solo en una cacería en los bosques de Ida: el arco.

Lamenté no haber podido traer el que mi abuelo Autólico me había regalado, pero elegí en cualquier caso un arma excelente, de gran potencia, y me dirigí a las tiendas y a las naves de los tesalios de Feras para dar con Eumelo.

—*Pai* —dije—, me prometiste que me dejarías probar tus yeguas.

—Y yo siempre mantengo mis promesas, *wanax*.

—Añadiste: «¡Cuando quieras!».

Eumelo comprendió.

—¿Hoy?

Asentí.

—Y tú deberás ser el cochero. En Ítaca no tenemos calles, sino solo senderos y por tanto no he adiestrado nunca a un cochero ni he poseído un carro. Pero mi puntería es de lo mejorcito, y si me llevas cerca de nuestra formación y corres delante y atrás de las filas y sabes detenerte allí donde veamos la pelea en su máxima intensidad, mis flechas podrán diezmar a los asaltantes y ayudar a Áyax o a Idomeneo o a Menelao o a cualquier otro.

Los ojos de Eumelo sonrieron a mis palabras.

—Dame tiempo para uncir a mis amadas y para pasar el mando de mis tesalios a un amigo de confianza y me reuniré contigo delante de tu tienda.

Entonces me encaminé, me cubrí cabeza y rostro con un yelmo que dejaba al descubierto tan solo los ojos, me puse el coselete de cuero y colgué la espada de mi hombro. Cogí el arco y dos aldabas. Las llené de dardos, muy duros, de tres puntas, y esperé a que pasara Eumelo. Subí, él incitó a sus yeguas y volamos haciendo retemblar los maderos del vallado. Atravesamos oblicuamente la gran llanura y elegí el primer dardo, que empulgué en el nervio.

La jornada fue solo de Aquiles. Los dos Áyax, Idomeneo y Menelao se batirían, como siempre, contra los hombres y, esta vez, quizá también contra los dioses, pero en unas partes más oscuras del campo de batalla. Yo vi desde el carro donde se encontraba Aquiles, vi, o quizá creí ver también lo que un común mortal no puede ver cómo había sucedido ya cuando Atenea pasó cerca de mí, en el sueño o en la vigilia, en el bosque, en los montes, en el mar.

Entretanto la cima del monte Ida se había oscurecido y cubierto de negros nubarrones. El retumbo del trueno saludó el inicio de la carnicería, los dioses se mezclaron con los hombres: no tendría ya nunca la suerte de dar muerte a tantos mortales en una misma jornada.

El ejército de Héctor se había desplegado con todo su poderío. También guerreros queteos habían llegado del corazón de Asia, de la lejana Hatti, para ayudar, así como los tracios de la zona de los estrechos, los licios y misios del mediodía, los paflagones y énetos de las riberas del Termodonte.

Aquiles se lanzó hacia el centro de la formación esperando encontrar a Héctor, el aborrecido enemigo. Pero no halló más que a los que trataban de detenerlo. En varios puntos el frente oscilaba, según quien consiguiese imponerse, o cuando un valeroso campeón lograba repeler a los enemigos con el escudo y con la potencia de la lanza.

Yo hice seña a Eumelo de que corriera a lo largo de las filas y luego se detuviese. Armé el arco, disparé y volvimos a irnos. Tiré de nuevo y otras veces sin descanso. Las yeguas de Eumelo eran raudas como el viento y mi joven cochero las gobernaba ligero con las riendas y el bocado.

La batalla continuó arreciando durante toda la jornada y asimismo la tempestad en el monte Ida. Zeus mostraba su cólera, pero también él, que había tendido siempre su mano para proteger la ciudad, debía doblegarse al hado. Vimos hincharse el Escamandro y el

Simunte de aguas turbias y espumosas y por un momento pareció que los nuestros serían arrollados, pero Aquiles no dejó que le detuvieran. Entró en el Escamandro enfrentándose a la corriente con el escudo, pasando entre los cuerpos de los troyanos muertos que eran arrastrados hacia las murallas. Sus mirmidones fueron detrás de él y así consiguieron atacar al ejército troyano por ese flanco, derrotándolo.

Las puertas Esceas se abrieron, y del mismo modo la entrada de la ciudad baja, para acoger a los guerreros en retirada. ¿Dónde estaba Héctor?

—¡Mira! —gritó Eumelo—. ¡Allí, entre la higuera y las puertas Esceas! Es él, lleva las armas de Aquiles arrebatadas a Patroclo.

—Es cierto. Será su fin si Aquiles lo ve y consigue dejarlo fuera.

Desde nuestro carro veíamos a los dos campeones, por las cimeras de los yelmos, de estatura superior a la de los otros guerreros. Héctor, dándose cuenta del peligro, trató de llegar a las puertas. Aquiles llamó a sus caballos y saltó sobre el carro.

—No tiene escapatoria —dije—, para él es el fin.

Luego la masa de nuestros combatientes que pisaban los talones a los fugitivos se detuvo, se agolpó delante de las Esceas.

Estas se estaban cerrando para que el enemigo, ya muy próximo, no irrumpiese en la ciudad. Había llegado el momento de la última prueba. Sobre las murallas se amontonaban hombres y mujeres y los estandartes que siempre acompañaban al rey ondearon en las torres que flanqueaban la entrada. Tal vez Andrómaca, angustiada, miraba a su esposo afrontar un riesgo terrible.

No quise asistir al epílogo de la vida de un héroe valeroso y digno que se había dejado deslumbrar por la sed de gloria y vencer por el amor a su patria. Tampoco habría podido: decenas de miles de guerreros formaban una muralla y habría sido imposible atravesar el enorme gentío.

—Volvamos atrás —dije—. Hemos hecho lo que podíamos. Ahora todo será decidido por el hado al que temen hasta los dioses.

Fuimos los primeros en llegar al vallado. Eumelo ató sus yeguas a uno de los troncos de la empalizada, sin liberarlas del yugo, y ambos subimos a la galería. El llano estaba sembrado de cuerpos sin vida y ya los perros vagabundos comenzaban a acercarse. Otros guerreros, heridos, cojos, trataban de volver atrás hacia el campamento. El sol a nuestra izquierda descendía hacia el mar. Las grandes nubes negras que coronaban el monte Ida eran rasgadas por relámpagos. El sol moribundo las teñía de sangre en los bordes

desgarrados por el viento.

De improviso los truenos callaron, los relámpagos se apagaron, también el rumor del mar se desvaneció. En el gran silencio se oyó, amortiguado por la distancia, un grito de desesperación y de locura que subió como un dardo hacia el cielo impasible y, finalmente, murió en un largo y desgarrador lamento.

—Héctor ha muerto —concluí.

Luego vimos al ejército desplegarse y abrir paso. Apareció el carro de Aquiles, que atravesó la llanura y luego el foso y el vallado. Detrás, arrastrado por el polvo, despojado de las armas, el cuerpo desgarrado de Héctor, el príncipe troyano, el defensor incansable de la sagrada Ilión.

Aquiles anunció unos solemnes juegos fúnebres en honor de Patroclo, en los que participaron todos los reyes y príncipes, a fin de que la sombra del amigo pudiera descansar en paz. Se le había aparecido en sueños, decían, para pedirle el rito sagrado cuanto antes. Entretanto Meriones, el escudero del *wanax* Idomeneo, había conducido a hombres armados de hachas con recuas de mulos a cortar un gran número de encinas al monte Ida. Los troncos fueron escamondados con segures y amontonados para levantar la pira. Luego, cuando esta estuvo lista, arrancó el cortejo fúnebre. Delante, los carros de guerra con los soldados y los cocheros vestidos con las armaduras más hermosas. A continuación los infantes, en gran número. En el centro, el féretro sujetado por seis guerreros; detrás, Aquiles, que sostenía la cabeza del difunto entre sus manos. A medida que el cortejo pasaba, los mirmidones se iban cortando los cabellos y los arrojaban sobre el cuerpo del fallecido. Por último, Aquiles se cortó la melena, que tenía sumamente larga por un voto que había hecho en su patria al dios del río Esperqueo y que rompería a su regreso. Pero no habría retorno y sus cabellos honrarían al amigo caído. La pila, cuadrada, de cien pies de largo por cada lado, estaba lista y el cuerpo de Patroclo fue depositado en lo alto junto con su imponente espada.

Dieron comienzo a los juegos. Se delimitó una parte del campamento para las competiciones cuyo árbitro sería el propio Aquiles. Se compitió en la carrera de carros, a pie, en el tiro con arco, en la lucha y en el duelo con espada. También yo tomé parte en ellos y conseguí ganar en la carrera de velocidad, porque Áyax de Oileo resbaló en el estiércol de los bueyes sacrificados. Y también me batí honrosamente en la lucha contra Áyax de Telamón. Nadie lo hubiera creído jamás. Áyax disputó asimismo el duelo a espada con Diomedes; el rey de Argos fue el primero en herirle, ligeramente, con un corte superficial, pero Aquiles dio por terminado enseguida el combate asignando la victoria en paridad a uno y a otro.

Había llegado el momento de los últimos honores al cuerpo del héroe: el fuego y la

sangre.

Todos los reyes y los príncipes estaban presentes en primera fila: los dos Átridas, Agamenón y Menelao, en el centro; Diomedes, Toante, Esténelo, Néstor y Antíloco, a la derecha; Áyax de Telamón, yo mismo, Áyax de Oileo, Idomeneo, Macaón y Menesteo de Atenas, a la izquierda. Detrás se amontonaba el ejército entero, cada uno revestido de las más hermosas armas. Cuatro mirmidones de la guardia de honor prendieron fuego a los cuatro ángulos de la enorme pila.

Las llamas, estimuladas por el viento marino, se alzaron chisporroteando y zumbando y de rojas se convirtieron de inmediato en blancas, a medida que la masa de madera se ponía candente. También el mar pareció incendiarse reflejando el resplandor del fuego en un amplio trecho. Los prisioneros troyanos fueron arrastrados al lugar del rito fúnebre con las manos atadas a la espalda con ramas de sauce. Como bestias para el sacrificio, se les hizo arrodillarse y fueron inmolados uno por uno con un puntazo dado con la espada entre la paletilla y la clavícula. Cuando la punta se hundía en el corazón, una fuente de sangre brotaba hacia lo alto y la víctima se desplomaba inerte.

Uno tras otro los cuerpos de los troyanos sacrificados fueron arrojados a la hoguera, oblación al señor del Hades y servidores del difunto en el más allá.

Ahora ya me había habituado a cualquier atrocidad en muchos años de guerra y me di cuenta de que un gesto tan brutal no me trastornaba. Mi corazón no se horrorizaba. Pero fue esta falta de terror la que me hirió como si me hubieran clavado una flecha en el pecho.

El nombre del caído fue gritado diez veces por los mirmidones formados y luego por los reyes y a continuación por todo el ejército que golpeaba las lanzas contra los escudos con retumbo de trueno.

Cuando la pira se hubo consumido, los sacerdotes recogieron los huesos del difunto y doblaron con unas tenazas su espada incandescente para sepultarla junto con la urna. Aquiles parecía fuera de sí: ya sin lágrimas, estaba erguido e inmóvil frente a la hoguera que despedía los últimos fulgores. Creo que se veía a sí mismo reducido a cenizas entre los tizones ya apagados de la pira. Habían quemado a su sombra y ahora los ministros de la Muerte se apretujaban ladrando como perros hambrientos a su alrededor. Fuera de la tienda, el cuerpo de Héctor yacía insepulto, y su espíritu vagaba en aquella hora sin descanso por la orilla fangosa del Aqueronte buscando inútilmente un sitio en la barca de Caronte, de camino a los Infiernos. El espectro de Patroclo pasaría corriendo por delante

de él, sería el primero en atravesar las negras aguas.

Lo miré por un instante, lívido, cubierto de grumos de sangre, irreconocible; no había quedado nada del glorioso guerrero resplandeciente como un astro que atacaba gritando nuestras tambaleantes defensas. Por un instante me pareció contemplar *mi propio cuerpo abandonado en una playa desierta de un lugar remoto y desconocido. Me vi a mí, a cualquiera, a nadie. No había escapatoria al hado.* ¿Y si también yo tuviese enseguida un destino semejante?

Esperé a que todos se hubieran ido; aguardé en la sombra hasta que la luna se ocultase, como si tuviese un presentimiento. La Osa Mayor había descendido hacia los montes, en su punto más bajo del cielo, cuando apareció de la nada una figura encapuchada que entró furtivamente en la tienda de Aquiles. No hizo ningún ruido, como si no tocase el suelo; los soldados de la guardia no se movieron... ¿dormían? ¿Acaso era un dios que se movía en la oscuridad bajo el aspecto de un mortal? No di un paso, me quedé escondido en la sombra. No mucho tiempo después, el hombre cubierto con capucha salió de la tienda de Aquiles, y apareció un carro tirado por un caballo. Cuatro guerreros mirmidones levantaron el cuerpo de Héctor y lo depositaron en él. La figura encapuchada, quienquiera que fuese, lo cubrió con un paño negro, subió al carruaje, cogió las riendas y se alejó lentamente sin hacer el menor ruido.

Una voz a mi derecha dijo:

—Aquiles ha dado muestras de piedad.

Me temblaron las rodillas. Solo un dios podía haber obtenido tanto.

—¿Quién eres?

—Ideo, el heraldo del rey.

—¿Príamo? ¿Ha venido hasta aquí?

—Sí. Creo que alguien más poderoso que nosotros nos ha guiado en la oscuridad. Príamo se ha arrodillado a sus pies, ha besado la mano que dio muerte a su hijo, le ha suplicado. Ese viejo rey postrado por el dolor le ha conmovido el corazón. Héctor tendrá el honor del llanto..., de su madre, de su esposa abatida, de sus compañeros, de la ciudad entera. Es esta la verdadera gloria, *wanax* Odiseo; el llanto de quien nos ama cuando dejamos este mundo. ¿Quién llorará a Aquiles?

—¿Quién? Su padre lejano y también Príamo derramarán lágrimas, porque se ha apiadado de su tormento y porque, cuando la guerra arrecia en el mundo entero, el dolor es de todos; cada padre es padre de todos los hijos; cada hijo es hijo de todos los padres.

Me volví de espaldas y me encaminé hacia mi nave.

En los días siguientes no sucedió nada. Parecía que los dos ejércitos y los dos pueblos estuviesen dominados por el luto y por el agotamiento. Muerto Patroclo, muerto Héctor, Aquiles no tenía ya ningún objetivo al que dedicar su vida como no fuera luchar buscando una muerte gloriosa. Y cuando volvió a prender la batalla, empezó a desafiar y a golpear a guerreros troyanos, que, tras la desaparición de Héctor, habían ocupado su puesto: Deífobo y Eneas. Todos pensaban que ahora la suerte favorable estaría de nuestra parte. Aquiles había vuelto a combatir, mientras que nuestros adversarios ya no tenían a su guerrero más fuerte. Pero la suerte de la guerra no cambió mucho: los troyanos se exponían menos y alineaban a todos sus mejores hombres contra nuestro campeón. Aquiles los arrolló varias veces con su ímpetu y los obligó a refugiarse entre los muros de la ciudad, pero las poderosas fortificaciones permanecían inexpugnables.

Luego, un día, a comienzos de otoño, cuando finalmente parecía que la derrota de los troyanos era irremediable, mientras se volvía hacia atrás para incitar a los suyos a seguirle y bloquear los batientes de las puertas Esceas antes de que se cerrasen de nuevo, una flecha envenenada hirió a Aquiles en una pierna, cerca del talón. Se tambaleó y trató de arrancársela para proseguir el ataque y entrar en la ciudad, pero su ímpetu no tardó en extinguirse y se desmoronó finalmente en el suelo justo delante de las inexpugnables, malditas Esceas.

Los gritos de triunfo de Paris, que alzaba un arco en la mano derecha para que todos lo viesen, nos hizo comprender que correspondía a él la victoria sobre el más grande guerrero que hubiese pisado la faz de la tierra. ¡Una burla del destino! Pero su exultación duró bastante poco. Yo estaba en una posición de retaguardia, cerca de la higuera, porque de vez en cuando mi herida se dejaba sentir y tenía que recuperar el aliento, pero lo vi claramente. Coloqué la flecha. No podía lanzar en línea recta porque delante de mí había demasiados obstáculos y por eso disparé ligeramente más alto; un tiro curvo, muy difícil si no imposible, pero mi diosa debió de escucharme: «Ayúdame —dije— y nadie sabrá de dónde ha venido este dardo. Dedicar tu victoria a Heracles, porque es en él en quien pienso en este momento». Por un instante tomó la figura junto a mí de Damastes y oí en el corazón su voz: «¡Ten en cuenta el viento!». La flecha, pesada, bien equilibrada, recorrió su arco parabólico, hasta el punto más alto, luego comenzó a inclinarse hacia abajo adquiriendo mayor fuerza y velocidad. Golpeó de lleno en el blanco clavándose en la garganta de Paris, que murió en el acto. En torno a él todos se quedaron estupefactos

como si el dardo hubiese sido disparado desde la cima del monte Ida y desde el mismo Olimpo.

Enseguida se desató una feroz pelea por la posesión del cuerpo de Aquiles y yo mismo me abrí paso entre los guerreros para echar una mano. Los troyanos querían el cuerpo de aquel que había arrastrado por el polvo, atado de su carro, a Héctor, el héroe generoso hasta el último sacrificio. Nosotros queríamos impedirlo a toda costa porque ello hubiera significado nuestra derrota definitiva. Y muchos de los nuestros y de los suyos perdieron la vida en la flor de la edad por la conquista de un cuerpo exánime. Estaba habituado ya, al cabo de muchos años de una guerra sin cuartel, a ver cualquier cosa, incluso la más horrenda, la más macabra. Sin embargo, observar ahora totalmente inerte el cuerpo que hasta hacía poco desprendía una fuerza invencible; verlo arrastrado, machucado, pisoteado por quienes pocos momentos antes no se habrían atrevido a mirarle a los ojos, me producía amargura y desesperación infinitas. Y furia. Luchaba gritando, llorando, gruñendo como un lobo. El único remedio a tanta desolación era combatir, irradiar energía, sudor, pasión ardiente. Avistaba el brazo del Gran Áyax abatiéndose como un mazo sobre los enemigos, la lanza haciendo estragos en manos de Diomedes, y comprendía que matar, en aquel momento, era la única manera de sentirse vivo.

La brutal pelea duró hasta la puesta del sol; me había plantado entre Menelao, a quien la muerte de Paris había multiplicado la energía, y los dos Áyax, que ya se batían como un par de leones. Finalmente, la llegada de Diomedes con su asta mortífera nos permitió dar cuenta de los troyanos. El Gran Áyax cargó entonces sobre sus hombros el cuerpo de Aquiles y abandonó la lucha después de haberse colocado el gran escudo para proteger su espalda.

A la caída de la tarde, el cuerpo de Aquiles fue depositado sobre el féretro que había acogido a Patroclo solamente cuatro meses atrás. Nos oprimía el más negro desconsuelo, por más que los presagios desde hacía tiempo nos habían avisado de que esto sucedería. Pero, lamentablemente, todavía no había terminado. Me esperaba una desgracia, si ello era posible, más amarga y desgarradora aún.

El funeral de Aquiles se celebró tres días después al atardecer. Miles y miles de antorchas iluminaron la explanada junto al mar, donde se alzaba la enorme pira de troncos de pino y de encina. Los guerreros se habían revestido con las armaduras más preciosas y refulgentes; calzaban yelmos de altas cimeras de crines de caballo y estaban formados, reino por reino, ciudad por ciudad, con sus príncipes, reyes y comandantes.

Hacía una mar brava y grandes oleadas con encajes de espuma rompían ruidosamente contra los escollos que delimitaban la bahía del campamento naval. El trueno retumbaba a lo lejos, nubes de tormenta cabalgaban en el cielo lívido. El mundo entero, el cielo, el mar y la tierra se aprestaban a dar el postrer adiós al guerrero divino y salvaje, el Périda Aquiles, príncipe de Ftía.

Mil guerreros mirmidones daban escolta al féretro, y detrás venía el carro del héroe, vacío, tirado por Balio y Janto, que caminaban majestuosamente marcando el paso con el sonido de las flautas y de los cuernos.

Luego cuatro guerreros, los primeros dos de la derecha y de la izquierda de la primera fila, portaron a hombros el féretro con el cuerpo de Aquiles envuelto en un paño de púrpura. Avanzaron por la rampa que llevaba a lo alto de la pira y lo depositaron sobre un podio de madera chapada en oro. Pero no iba revestido con sus armas, su espada no descansaba al lado del muslo izquierdo. Pendían de dos lanzas cruzadas delante de la pira y, también así, infundían terror. Alguien, no se supo nunca quién había sido, quiso preservarlas. Su valor era demasiado grande, la fuerza del Périda tal vez aún las impregnaba. Su corazón había hecho vibrar la coraza hasta pocos días antes, su mano había estrechado la empuñadura de la espada; esas armas habían aparecido de improviso sin que nadie en el campamento, por lo que se sabía, las hubiera fabricado, y yo había sido el primero en verlas después de él.

Llegó el momento y los cuatro mirmidones que habían traído el cuerpo de Aquiles a lo alto de la pira prendieron fuego a las cuatro esquinas. De ahí a poco, el más grande guerrero nacido nunca sobre la tierra estaría convertido en cenizas, abandonaría los avatares de la historia humana y entraría para siempre en la leyenda, en el canto y en el planto de los poetas. Briseida, en un ángulo oscuro y medio oculta, lloraba a su amor y a su amo, y solo a ratos la llama que la consumía enrojecía sus mejillas. No supe ya nada de ella y tampoco la vi más en el campamento. *Aún pienso en ella y en su destino.*

Hubo quien me dijo que había oído un lamento que brotó de las profundidades del mar cuando las llamas lamieron el cuerpo del héroe, pero aquella noche fueron muchos los sonidos, los gemidos y los gritos que recorrieron el aire.

Cuando el cuerpo de Aquiles hubo recibido los honores debidos y fueron sacrificados otros prisioneros troyanos a su sombra inquieta, el campamento se sumió en el silencio. Agamenón se me acercó.

—Serás tú quien custodie las armas de Aquiles —dijo.

—¿Por qué?

—Porque de ti me fío. En espera de que decidamos qué hacer con ellas.

—Habría sido mejor revestir con ellas a Aquiles en la pira. Ahora serán objeto de disputa.

Agamenón me miró por algunos instantes en silencio como meditando sobre mis palabras, luego dijo:

—Creo que habrá cosas mucho más difíciles de afrontar mañana que disputarse las armas de Aquiles. Los troyanos recobrarán el valor. Ellos dieron muerte al mejor de los nuestros y, ese mismo día, perdieron al peor de los suyos.

No respondí nada.

Dos hombres recogieron las armas de Aquiles, las envolvieron en unos paños de lana y las cargaron en un carro tirado por un caballo. Las llevaron a mi tienda y las montaron en una percha. Me acordé de la armadura que había visto de chico en mi viaje a Micenas, en la sala de armas. Me había parecido el espectro de un guerrero caído. Me dormí tarde ante la mirada vacía del yelmo de Aquiles, y me desperté pronto. Había alguien en mi tienda.

—¡Áyax!

—He tenido que tomar lo que es mío, Odiseo.

Volví la cabeza hacia la panoplia.

—¿Esas?

—Sí. Aquiles era mi primo y por tanto me pertenecían por línea hereditaria. Y ahora que él está muerto soy yo el guerrero más fuerte de este ejército, el único que las puede lucir, y por tanto son mías por mi valor en el campo de batalla. ¡Fui yo quien le trajo a las naves, cargándolo sobre mis hombros!

—El *wanax* Agamenón me las ha dejado en consigna y en consecuencia se quedarán aquí hasta que no se haya tomado una decisión al respecto.

—No te entrometas. Eres un buen amigo y te aprecio, pero no permitiré a nadie que coja lo que me pertenece.

—Y si yo me opongo, ¿qué harás? ¿Me matarás?

La mirada de Áyax era extraña. Pensé que era la luz incierta de la mañana la que le daba esa expresión a su rostro, pero me equivocaba. La locura que brillaba en sus ojos de manso gigante era verdadera.

Y me helaba el corazón.

—No te pongas en contra de mí, no te pongas de parte de Agamenón o tendré que usar mi fuerza. Ahora cogeré las armas y tú te harás a un lado.

Desenvainé la espada.

—Ahora tú sacas la tuya y dentro de poco uno de nosotros dos estará muerto.

—Tú —respondió él, y desnudó la espada regalo de Héctor.

Me vinieron a la mente las palabras de Penélope la primera vez que la conocí: «¿Sabes lo grande que es ese Áyax de Telamón?».

Sonreí, a pesar de su expresión amenazadora.

—¿Y aunque fuese así? ¿Te parecería bien? ¿Matar a un amigo que desde hace años combate a tu lado? Y no por nada. Te derribé en la competición de lucha, ¿lo recuerdas?

—Con malas artes.

—No, con habilidad. Yo pienso antes de actuar. Por eso no merezco tu desprecio.

Aceptaba hablar. Tal vez había aún una manera de evitar la violencia.

—Escúchame, estas armas serán sin duda tuyas. ¿Qué otro podría enfrentarse a ti? Nadie, aunque fuera digno de ellas. Todos nosotros sabemos cuánto vales, qué empresas has llevado a cabo; muchos de los nuestros te deben la vida. Así pues, si las armas de Aquiles son atribuidas a uno de los reyes o de los príncipes, las obtendrás tú seguramente. ¿Para qué entonces tomarlas por la fuerza y deshonorarte a ti mismo? Juramos un pacto hace muchos años y tú siempre lo has honrado, con constancia, con valor, con generosidad. Respeta a quien tiene el mando y la responsabilidad del ejército y recibirás el honor que mereces.

Su mirada se enturbió de nuevo.

—No me gusta como hablas. No me complace que las palabras sean más fuertes que la espada. No es justo.

—También los animales tienen cuernos, garras y zarpas, asimismo las bestias se enfrentan en una lucha mortal. Nosotros tenemos el corazón y la mente, Áyax. Te ruego, espera y verás.

Áyax permaneció en silencio, la espada troyana resbaló dentro de su funda.

—Yo nunca he conocido la gloria —dijo—, jamás he logrado una verdadera victoria, nadie ha reconocido nunca mi valor. Como un buey paciente, como un mulo terco que nunca es elogiado por lo que hace, y al final el corazón se le rompe al buey bajo el yugo, el mulo se desfonda bajo el peso de las piedras que transporta, pero ninguno se da cuenta de ello, así ha sido para mí. Nunca he pedido nada a los dioses. Los dioses jamás me han

concedido nada. ¿Me comprendes, Odiseo?

Sí, le entendía, y tenía razón. Áyax no había montado nunca en cólera, no había abandonado jamás el combate dejando que los compañeros muriesen superados por los enemigos para que luego le implorasen, suplicasen que volviera. Áyax era una montaña, y las montañas no experimentan la ira. Áyax había salvado las naves porque era el escollo que detiene los golpes de mar, y los escollos no se irritan. Siguen siendo escollos y montañas, día tras día, año tras año.

Pero ahora el escollo, la montaña, había descubierto que tenía un corazón y sentimientos de amistad, de melancolía, de dolor, como el resto de los mortales.

Y de desesperación.

Quería que se supiese. Que se reconociese que un corazón latía bajo su coraza, detrás del escudo de siete pieles de buey superpuestas. Cómo había sucedido esto y por qué, en aquel momento, no podía comprenderlo.

Se volvió antes de salir.

—No me traiciones, Odiseo.

Hice trasladar y exponer la panoplia de Aquiles en el centro de la asamblea. Agamenón decidió que las armas serían para aquel que más las mereciese y por eso había preguntado por separado a cada uno de los miembros del consejo que se pronunciara, pero al final se encontró con un veredicto de paridad.

Dio media vuelta y miró hacia mí.

—Tú no has votado, mientras que Áyax sí lo ha hecho. Expresa tu voto y se tomará la decisión.

Hubiera querido hacerlo, decantarme por Áyax; sabía que era él quien merecía esas armas y recordé sus últimas palabras: «No me traiciones, Odiseo».

Pero no lo hice.

Y aún me pesa, siento un agudo remordimiento.

Traicioné al Gran Áyax, fortaleza de los aqueos, cuando hubiera podido salvarlo y salvarme a mí mismo con solo pronunciar su nombre tan corto y sonoro, como había hecho tantas veces en la batalla cuando había tenido necesidad de él.

En cambio, dije:

—Repitamos la votación y esta vez que sea secreta. Cada uno se sentirá más libre.

Agamenón consintió.

—Cada uno de vosotros recibirá dos astrágalos, uno negro y otro blanco. Cuando oiga decir su nombre por el heraldo avanzará hasta el centro de la asamblea y depositará el suyo en el yelmo de Antíloco. Negro significa Odiseo, blanco significa Áyax. Luego contaremos los astrágalos.

Comenzó la votación: el primero en votar fue Agamenón. Acto seguido el heraldo Eurílates llamó al rey y a los príncipes, uno por uno. Y mientras los llamados se acercaban al yelmo que descansaba sobre una mesita en el centro de la asamblea y depositaban su astrágalo, yo me preguntaba por qué tantos habían votado por mí cuando era evidente que Áyax había salvado el campamento naval, había hecho frente valientemente a Héctor, había arrancado a los troyanos y traído el cuerpo de Aquiles después de haber peleado por él. Pero en el fondo lo sabía, aunque no quería admitirlo siquiera ante mí mismo: otros habrían podido aspirar a esas armas por muy distintas razones, pero al votarme a mí nadie se sentiría derrotado y todos dejarían fuera de la disputa al único que seguramente los habría vencido a todos.

Al final salió mi nombre y todos me aplaudieron. Excepto uno. Áyax abandonó enfurecido la asamblea y desapareció enseguida de la vista de todos. Las armas fueron traídas a mi tienda.

Aquella noche no conseguía conciliar el sueño más que por breves momentos, pero aunque me hubiese dormido me habría despertado el grito de Áyax.

—¡Sal fuera, traidor! ¡Ven a ver la suerte que les toca a quienes han negado mi derecho! ¡Los mataré a todos, aquí, delante de tu tienda y a ti en último lugar!

En el sopor de la duermevela primero no conseguía comprender qué estaba pasando, qué estaba haciendo Áyax. Me precipité afuera, desarmado, y vi algo que nunca habría imaginado siquiera. Áyax había estampado contra el suelo a los dos hombres que guardaban el ganado y los rebaños que servían para nuestro sustento, no daban señales de vida, y ahora estaba matando a los animales, uno tras otro, sucio de sangre como un carnicero, con una antorcha en la mano que iluminaba aquel desastre. Los balidos y mugidos de terror, el amontonarse de bestias enloquecidas y un hedor insoportable nos sumergían en una niebla de locura y de pesadilla. Euríloco se me acercó, jadeante.

—Cree que son los que se han puesto en contra de él. ¡Ha enloquecido, voy a dar la

alarma!

—No —respondí—. No hagas nada. Está matando solo animales.

El recinto estaba solo a unos cincuenta pasos de mi tienda y esta se hallaba en el centro de la formación naval, a la misma distancia que las de los mirmidones y la de Áyax. Aunque había parado a Euríloco, en poco tiempo una multitud asustada de cientos y luego miles de hombres se agolpó para ver aquel lamentable espectáculo; los príncipes y los reyes, los guerreros, los siervos, las esclavas y las concubinas. También vi a la esclava y amante de Áyax, Tecmesa, que sollozaba. Todos habían comprendido lo que estaba pasando, porque las noticias habían corrido por el campamento y muchos lloraban petrificados sin disimular las lágrimas. Otros habían encendido antorchas para iluminar aquella escabechina. El último en llegar fue Teucro: espantado y sin decir una palabra, miraba a su hermano como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

Finalmente Áyax, extenuado, enronquecido, jadeante, ensangrentado de pies a cabeza, resbaló y cayó sobre las vísceras, la sangre y los excrementos de oveja y de vaca.

Ninguno de nosotros se movió, ninguno dio un paso ni trató de acercarse. También Agamenón, Menelao y Diomedes observaban consternados. Néstor e Idomeneo se miraban a la cara el uno al otro y acto seguido dirigían la mirada hacia mí para buscar una respuesta que nadie era capaz de dar. Nadie en tantos años de guerra había visto nunca nada parecido; ninguna persona habría querido contemplar jamás al gigante de cien batallas cometiendo aquella abominación. Y sin embargo los destellos rojizos de las antorchas destacaban en determinados momentos solo fragmentos de la realidad y exaltaban colores saturados y violentos. Pero cuando la luz fría y pálida de la hora que precede a la mañana volvió todo igual e inerte, la angustia creció entre nosotros hasta volverse insoportable. Habría querido gritar, arrancarme los cabellos, arañarme las mejillas como las plañideras que asisten a los funerales en los pueblos de campo; en cambio, me quedé allí inmóvil como una estatua de sal.

Y llegó el momento del horror extremo. Áyax se despertó, se puso en pie con esfuerzo, miró en torno a los amigos y a los compañeros de tantas batallas y luego a sí mismo. Segundo tras segundo su mente ganaba ese poco de luz que venía del cielo pálido y de la mar serena y gris, y se daba cuenta. Instante tras instante, el asco desfiguraba su rostro, la vergüenza le llenaba los ojos de lágrimas abrasadoras, se apoderaba de su corazón tan grande. Áyax emitió un grito igual al de cien hombres, un alarido de desesperación, de repugnancia y de tormento infinito. Empuñaba aún la

espada que Héctor le había dado tras el largo duelo que solo la caída de la noche había interrumpido y, caminando a duras penas entre los cadáveres descuartizados, se dirigió hacia mí.

No me moví, merecía que me matase. Y por el contrario mi castigo fue mil veces más amargo. Llegó hasta un paso de mí mirándome en todo momento a los ojos; sin emitir un sonido alzó la espada...

Sí, mi última hora había llegado. Tendría una muerte de hombre despreciable. Y, en cambio, volvió el arma en el último instante contra sí, la clavó justo debajo de su diafragma y, como el cansancio mortal no le permitía empujarla hasta el corazón, plantó la guarnición en el suelo y se apoyó sobre la punta con todo el peso de su cuerpo enorme. La hoja de Héctor traspasó su corazón y salió por la espalda. La mole del gigante se desplomó. La tierra tembló bajo nuestros pies.

Los guardianes del recinto, golpeados por Áyax, no habían sobrevivido; su muerte había sido de lo más repugnante para quien hubiera estado presente sin pensar ni preguntarse el porqué. Agamenón quería enterrarlo como a una carroña, pero yo me batí con todas mis fuerzas para que le fuera concedido el honor de la pira, el funeral de los héroes. Y no fue ciertamente esto un mérito, solo una manera de aliviar mi remordimiento.

—Se ha quitado la vida con la espada para redimir la vergüenza y siempre se ha batido como un león. ¿No basta acaso para ganarse el fuego en vez de los gusanos?

—Creía matarnos a nosotros mientras destrozaba a esas pobres bestias.

—Debía de tener sus buenas razones, ¿no crees? Estaba enloquecido. ¿Es que no lo ves? De no haber estado loco no habría matado ovejas, cabras y vacas, nos habría matado a nosotros, a los reyes de los aqueos, a los compañeros de mil batallas que lo habían traicionado. Luego un dios ha querido devolverle el juicio a tiempo para que pudiera avergonzarse de sí mismo y para sentir el dolor más terrible de toda su vida. Ahora está muerto y hemos perdido al más grande de nuestros combatientes, uno de los últimos que nos quedaban de esa raza.

Celebramos así el rito fúnebre de Áyax de Telamón, príncipe de Salamina, igual que habíamos oficiado el de Patroclo y el de Aquiles. Solo entonces nos dimos cuenta de cuánto lo querían todos. Cada uno tenía de él un recuerdo, un gesto, una opinión; cada uno quiso dejarle algo suyo arrojándolo a la hoguera. Fui yo quien dobló ritualmente la espada de Áyax, la hoja cruel que había sido del enemigo, que el adversario no había podido clavar en su corazón.

Luego levantamos en el lugar de la sepultura de sus cenizas, en el cabo Reteo, un alto túmulo en su recuerdo.

Jamás nos habíamos sentido tan solos como después de su desaparición; jamás tan tristes. Pero era necesario reaccionar. El ejército debía comprender que había aún la certeza de vencer. Áyax debía ser sustituido por otro guerrero de estirpe semidivina,

formidable por su fuerza y su ardor combativo.

—¡El hijo de Aquiles!

—Pero si no es más que un muchacho —dijo Agamenón.

—Tiene diecisiete años —respondí—. Es perfecto. No tiene hijos ni mujer y tampoco patria. Ha crecido en una isla lejana de la tierra de sus antepasados, que no ha visto nunca. No ha conocido a su abuelo Peleo, y ha visto a su padre solo una vez cuando no era aún consciente. Lo que sabe de él es por haberlo oído y su único objetivo es superar su fama. Ha sido criado únicamente para una cosa: combatir. Carece de afectos y de raíces, no tiene sentimientos ni recuerdos que compartir con nadie. Es un animal de guerra.

—¿Y cómo sabes estas cosas?

—Cuando partimos de Áulide para atravesar el mar hicimos escala en Esciros para aprovisionarnos de agua y de víveres y sobre todo porque Aquiles quería ver a su hijo. Fui yo quien dicté las reglas para su educación a sus maestros de armas, dos lapitas gigantescos, dos verdaderas fieras. Presentía ya algo.

—Si es así, entonces parte inmediatamente y vuelve cuanto antes.

—Iré, *wanax*. Mañana mismo.

Armé mi nave, llevé conmigo a Euríloco y a Elpenor y a otros entre los mejores y zarpé al alba. Hasta ese momento solo había navegado en tramos cortos, normalmente hasta la costa tracia a fin de comprar vino para el ejército. El mar me recibió como a un viejo amigo al que no se ve desde hace mucho tiempo y mi bajel surcaba las olas como si estuviese en su viaje inaugural. Había una brisa ligera pero constante de septentrión, que debíamos compensar en parte con el timón y a veces con los remos; el sabor y el olor salobres me hacían recordar mi hogar y muchas veces, sin quererlo, me di cuenta de que calculaba cuántas jornadas, navegando a aquella velocidad, serían necesarias para llegar a Ítaca.

Esciros se halla en el centro del mar a igual distancia de Tróade y de Eubea.

Llegué allí en solo dos días y atraqué en el puerto principal. Me identifiqué y el rey Licomedes me acogió con los honores debidos. La fama del interminable asedio había llegado a todas partes, distorsionada, ampliada, subdividida en mil historias distintas de las que se habían apropiado los cantores que iban de palacio en palacio, de pueblo en pueblo. El rey ofreció una gran cena a la que invitó a los notables de su reino y de las islas vecinas, que me hicieron muchas preguntas a las que respondí en parte y en parte

evité. Al final, cuando todos hubieron vuelto a sus casas y los siervos comenzaron a levantar las mesas, el rey se me acercó y me preguntó:

—¿Cuál es el motivo de tan inesperada visita?

—Aquiles ha muerto. He venido a buscar al muchacho.

—Ya me he enterado —respondió el rey sin añadir nada más.

—¿Él lo sabe?

Licomedes asintió.

—Quiere vengarle y superar al padre en fama y valor.

—¿Cuándo podré verle?

—Mejor mañana. Ahora debe de estar con sus concubinas. Cuando he sabido de tu llegada he esperado que viniera para que te lo llevaras. Ahora se ha vuelto imposible vivir con él. Es como tener en casa una fiera en libertad. Si no fuera el hijo de mi hija y no me lo impidiera el vínculo de sangre, me habría desembarazado hace tiempo de él. Es indomable. Irascible, violento. A duras penas consigo frenarlo.

—Pasa una noche tranquila, *wanax*, mañana me lo llevaré.

Lo vi al apuntar la aurora. Se había zambullido en el mar y nadaba como un delfín, arrostraba con decisión la fuerte resaca que el viento nocturno empujaba contra los escollos que guardaban el puerto. Luego volvió a la orilla y empezó a correr por la playa, cada vez más rápido, tanto es así que casi era imposible distinguir el movimiento de sus pies. Era como si quisiera superar y batir a un adversario invisible.

Su padre.

Esperé a que se detuviese. Podía advertir la energía que desprendía como cuando se está delante de un gran fuego encendido; tenía cabellos de llama, largos hasta los hombros, ojos de color gélido y unos poderosos brazos, mucho más macizos que los que solía desarrollar un muchacho de su edad. Pero las manos eran extremadamente largas y ahusadas, con grandes venas azules bajo la fina piel.

—Soy Odiseo, rey de Ítaca.

—Uno que usa más la lengua que la espada, por lo que se oye decir.

Desenvainé mi afilado bronce y se lo apunté a la garganta en un abrir y cerrar de ojos, y cuando trató de retroceder mantuve la presión hasta que vi sangre.

—La próxima vez te cortaré el tendón del cuello, de modo que estarás con la cabeza gacha el resto de tus días, delante de quienes valen mucho más que tú y también de quienes valen menos. No olvides que soy el hombre que tu padre apreciaba más que a

nadie en el ejército. Él te engendró, pero he sido yo quien ha hecho de ti lo que eres. Fui yo quien estableció cómo debías ser educado, adiestrado y castigado cada vez que fuera necesario y también cuando no. ¿Dónde están tus instructores?

—Uno tras otro han querido probar lo que había aprendido de sus enseñanzas. Están muertos.

No dejé traslucir emoción alguna en mi rostro ante aquella noticia, ni pestañeeé. Dije:

—Prepara tus cosas, zarpamos dentro de una hora.

Mientras duró el viaje intercambiamos unas pocas palabras y nunca me preguntó nada de su padre, ni manifestó el deseo de visitar su tumba y de hacer sacrificios a su sombra. Cuando llegamos a la vista de nuestro destino y apareció sobre la colina la ciudad, extendió el brazo para señalarla.

—¿Es aquella?

Asentí.

—Y en diez años, con mil naves y cincuenta mil guerreros, ¿no habéis conseguido expugnarla?

—No. Como puedes ver. Por eso he venido a buscarte. Recibirás el carro de tu padre y sus caballos, llevarás la armadura que Aquiles prestó a Patroclo y que él mismo le arrebató a Héctor tras haberle dado muerte.

—Tenía otra —replicó—, la que llevaba cuando lo mató. ¿Dónde está?

Nunca hubiera imaginado que supiera tantas cosas.

—En mi tienda.

Y cuando respondí le miré directamente a los ojos. No añadí nada más.

Esa misma tarde de nuestra llegada, vestido con la primera armadura de su padre, fue presentado sobre un podio iluminado por ocho grandes braseros y por decenas de antorchas encendidas, con el ejército formado, que le rindió honores gritando siete veces su nombre, golpeando veinte veces las lanzas contra los escudos con ensordecedor estruendo.

Cuando pasó por delante de mí le dije:

—Mañana estaré en la línea de combate a la cabeza de tus mirmidones.

Combatió todo el día hasta después de la puesta del sol, sobre el carro con el cochero de su padre, Automedonte, o a pie, sin un instante de descanso, sin tomar alimento ni

agua, y su aparición tuvo un efecto espantoso sobre los troyanos. Creyeron encontrarse frente a Aquiles redivivo y no aguantaron su ataque. Hasta Eneas se expuso a perder la vida enfrentándose con él.

El muchacho llegó hasta delante de las puertas Esceas y casi consiguió forzarlas en el momento en que se habían cerrado pero no habían sido aún atrancadas. El entusiasmo del ejército creció con desmesura. Pero los troyanos multiplicaron las defensas, espaciaron los encuentros en campo abierto y cuando atacaban sabían dónde se encontraba Pirro y lo mantenían bajo el tiro de cientos de arqueros que lo obligaban a defenderse.

Estábamos de nuevo en una situación de tablas. Comenzaba a correr la voz de que Troya no caería nunca porque los dioses no querían que la guerra concluyese.

Si esta habladuría se difundía, sería el final de la empresa. Pero los días pasaban y la presencia de Pirro, si por una parte había dado al ejército la fuerza y la voluntad de continuar y llevar a término la contienda, por la otra corría el riesgo de consolidar el convencimiento de que ni siquiera la formidable energía del hijo de Aquiles sería suficiente para vencer.

Además, Pirro era incontrolable, no soportaba la disciplina, varias veces atacó a solas a la cabeza de los mirmidones, que le habrían seguido a los mismísimos Infiernos de habérselo ordenado. En una ocasión estuvo a un paso del éxito, escalando las murallas de noche solo con sus manos y exponiéndose a caer y descalabrarse. No soportaba el fracaso, se volvía detestable o agresivo, incluso con sus compañeros. Tal vez mi idea no había sido tan acertada como me había parecido muchos años antes cuando, al mando de mis hombres y de mis naves, navegando hacia Troya, me había detenido en Esciros.

Al final me convencí de que debía encontrar yo la manera. Atenea me había otorgado fuerzas suficientes para batirme en primera línea con los más grandes guerreros, pero sobre todo me había dado una mente capaz de meditar, reflexionar y pensar otras cosas. Pero ¿cuáles? También de noche, durante el sueño, buscaba la solución. Mi intelecto intentaba cualquier sendero, y muchas veces por la mañana, apenas despierto, estaba convencido de haberla encontrado; la alegría me llenaba el corazón, pero todo se desvanecía.

Transcurrió el tiempo.

Una tarde, a comienzos del otoño, exhausto por una larga jornada de combates, disgustado por la inútil ferocidad de Pirro y por los macabros trofeos que cosechaba en

el campo de batalla, entristecido por el pensamiento que nunca me abandonaba de la muerte de Áyax, estaba sentado en la orilla del mar escuchando el rumor siempre parejo de la resaca. Me acunaba, calmaba el gran resquemor de mi corazón y ponía paz en mi mente. Esperaba el instante en que saldría la luna para mi cita con la lejana Penélope. Sabía que, en ese mismo momento, estaría pensando en mí como yo en ella.

Oí una voz:

—*Wanax* Odiseo...

—Eumelo.

Se sentó a mi lado. Aún no se había quitado la armadura, notaba su sudor, y su corazón todavía excitado por la lucha contra la muerte. Me pareció endurecido, como tallado en madera; la luz gris lo volvía más pálido, sufriente.

—¿Aún piensas en tus padres?

—Siempre.

—¿Y te acuerdas de Mentor?

—Como si lo hubiese visto ayer por última vez.

Mientras hablaba observé que había introducido una mano en la faja que ceñía su cintura y había sacado algo.

—¿Esto lo recuerdas?

Sonreí incrédulo: daba vueltas entre las manos al caballito que yo había tallado en madera muchos años antes y que le había regalado para hacerle comprender que era su amigo.

—¡Aún lo conservas! ¡No puedo creerlo!

—Es una de las cosas más preciosas que poseo, mi amuleto.

—No es más que una figurita de madera.

—Sí, pero dentro de esta pequeña talla está el corazón del rey de Ítaca, Odiseo el fecundo en ardides, mi amigo. ¿En qué pensabas, *wanax*?

Tomé de su mano ese caballito y le di vueltas entre las mías.

—Pensaba..., pensaba que ha llegado la hora de volver a casa.

Eumelo me miró perplejo.

—Sí, es cierto. Pero no antes de haber llevado a término la empresa.

—No antes de haberla terminado —convine.

Las yeguas de Eumelo, liberadas del yugo, habían venido a buscarle.

—Están acostumbradas a tomar el alimento de mi mano —dijo, y las siguió.

Me vi dominado por una ansiedad misteriosa, tuve un escalofrío, y no era el viento. Era lo mismo que había sentido la noche en que dormí en la casa del bosque de mi abuelo Autólico. Sabía lo que ello significaba.

—¿Dónde estás? —pregunté mirando en torno de mí para buscarla.

«Aquí —me respondió una voz interior—. Aquí, dentro de tu corazón.»

Esa misma noche hice saber a Agamenón que necesitaba hablar con él y que convocase en un consejo restringido solo a Néstor y, después, al maestro de los herreros y de los artesanos, un locrense llamado Epeo.

—Lo que se diga aquí esta noche —comencé— deberá permanecer en secreto, porque os revelaré cómo podremos ganar la guerra en poco tiempo.

Agamenón y Néstor se sobresaltaron.

—El tiempo dependerá de lo que nos diga Epeo. Ahora os explicaré lo que vamos a hacer en realidad. A él le preguntaremos únicamente si estará en condiciones de ejecutar la obra, pero no le dejaremos que comprenda el verdadero motivo por el que la hará.

»Y ahora escuchadme: construiremos un gigantesco caballo de madera, tan grande que pueda contener en su cavidad a una treintena de hombres, que yo elegiré personalmente uno por uno la misma noche en que actuemos. Haremos circular la voz de que volveremos a casa porque la ciudad es inexpugnable y porque los dioses son contrarios, que construiremos un presente votivo, un caballo, animal consagrado a Poseidón, para propiciarnos el favor del dios azul en la travesía por mar. Cuando el caballo esté listo, zarparemos, pero no para regresar a casa. La flota se ocultará detrás de la isla de Tenedos, algunos hombres subirán al punto más elevado y esperarán una señal.

»En las cercanías del caballo dejaremos, atado con las manos a la espalda, a uno de mis hombres, un amigo mío de confianza y muy hábil llamado Sinón. Cuando salgan los troyanos de las murallas y se lo encuentren, les dirá que es un fugitivo, que nosotros queríamos sacrificarlo a las divinidades marinas y pedirá asilo y protección. A cambio revelará lo que es el caballo y con qué fin ha sido construido. Explicará que es un importante presente votivo a Poseidón para garantizarnos el retorno. Así podremos atravesar el mar, embarcar otro ejército más grande aún que ya nos espera y volver la próxima primavera.

»Nada será dejado al azar, cada momento de esta acción será pensado cuidadosamente

y puesto en práctica. Nada de lo que hagamos deberá fracasar. De ahora en adelante solo yo pensaré en torno a esto, vosotros alejaréis de vuestra mente esta idea para que los dioses que nos son adversos no la descubran. Yo sé que en este instante ninguno de ellos nos está escuchando... Y por tanto les engañaré también a ellos. A todos, excepto a uno.

Siguió un largo silencio, más de asombro, se hubiera dicho, que de incredulidad. Las cosas, sin embargo, debían seguir adelante e inmediatamente hice entrar a Epeo, a quien expuse nuestro proyecto para el presente votivo, rogándole que no hablara de él con nadie, aunque sabiendo que no resistiría a la segunda o a la tercera pregunta. Juró repetidamente que por nada del mundo dejaría escapar ni un suspiro de lo que había oído aquella noche en una conversación de tres reyes, y yo le expuse las características del gigantesco presente a Poseidón, que él tendría el honor de construir. Un caballo de treinta pies de alto por treinta y siete de largo y doce de ancho. La cola y las crines debían ser auténticos cabellos de caballo entrelazados expresamente y tenían que descansar sobre una plataforma.

—Creo que eres el único capaz de dar forma a un objeto semejante —le dije lisonjeramente—. ¿Acaso me equivoco?

—No, *wanax*, claro que no, porque yo lo construiré precisamente como tú me lo has descrito.

—¿En cuánto tiempo?

—En un mes, *wanax*.

—Puedo darte diez días. Ni uno más ni uno menos. Y todos los hombres que necesites.

Dudó unos instantes, luego respondió:

—En diez días, *wanax* Odiseo.

Antes de la puesta del sol del décimo día, Epeo se presentó ante mi tienda y me hizo seña de que le acompañara. Había seguido de lejos el avance de los trabajos, porque no quería que se atribuyese a mí la construcción de aquel coloso y se sospechase por tanto un ardid. Del mismo modo habían observado su desarrollo los troyanos. Se los veía atestar, cada vez más numerosos, los bastiones de las murallas. La mole del caballo crecía día tras día, rodeada de andamiajes de maderos de fresno y de tablas hechas de troncos de chopo. Debía de parecer una carrera contra el tiempo. El mal tiempo.

La estación otoñal estaba ya avanzada, con el declinar de Orión, y todos podían percibirlo en la manera en que refrescaba el aire y por la creciente humedad.

Durante los días que duraron los trabajos no tomamos las armas en ningún momento y los troyanos nos secundaron. Tampoco ellos salieron armados por las puertas. Alguno se aventuró a acercarse a nuestro campamento, fuera del tiro de arco, para observar más de cerca lo que estaba sucediendo, pero había dado orden de no reaccionar de ningún modo. Mientras tanto Epeo debía de haber hecho correr la voz de que regresaríamos a casa para el invierno y se había propagado por todo el campamento una extraña aura de alegría, ligera y secreta, como si nadie se atreviese a creer en lo que se decía.

Le había hecho saber a Epeo, apenas mediado su trabajo, que en el vientre del caballo se colocaría una ofrenda a Poseidón, un ulterior tributo secreto y oculto; el resto lo sabría inmediatamente antes de la acción. La apertura del vientre del caballo debía ser preparada de noche solo por él y por nadie más. Llegué confundido en medio de muchos otros y me encontré bajo el vientre del enorme simulacro. No se notaba nada, ningún desajuste en el entramado de los largueros, de las tablas, de las ramificaciones, de las gruesas cuerdas tensoras. El secreto del caballo era invisible, insospechable. Un trabajo perfecto.

Miré con fijeza a Epeo a los ojos sin decir una palabra. Solo hice un leve signo con la cabeza para manifestarle mi aprobación. Él respondió del mismo modo.

Durante todo el tiempo de la construcción ninguno de los reyes y de los príncipes había venido a verme, excepto Eumelo.

—Los caballos siempre te han gustado, pero eres el único de los reyes que no tiene un carro de guerra. ¿Cómo es eso?

—En Ítaca no hay caminos, lo sabes bien, solo senderos de cabras. Nuestros carros son las naves: en el mar somos los mejores.

—En un breve espacio de tiempo —continuó él—, un caballito tan pequeño que cabe en mi mano ha engendrado un caballo enorme que podría contener a muchos hombres. ¿Es correcto?

No respondí.

—Entonces es así. También yo quiero estar, porque tal vez soy el único que ha comprendido tu pensamiento.

—No. Quiero que vuelvas sano y salvo con tus padres a Feras. Entrarás en la ciudad con los demás en el momento del ataque. Hasta ese instante no debes hablar de ello ni siquiera con el aire. Un dios adverso a nosotros podría oírnos.

—¿Y aquí no es lo mismo?

—Aquí, en mi tienda, hay un ruido permanente que ningún mortal puede oír y que cubre nuestras voces y hasta nuestros pensamientos.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana por la noche habrá luna nueva.

Asintió y volvió a su tienda siguiendo la orilla del mar, pero antes de salir me mostró, sonriendo, el caballito que le había dado cuando era todavía un niño.

Aquella misma noche hice convocar por Agamenón el consejo de los reyes de modo totalmente insólito. Debían venir uno por uno a mi tienda, sin escolta, sin armas ni insignias, con la cabeza cubierta o embozados con el manto. Algunos antes de la puesta del sol, otros después, y otros también con la oscuridad. Dudé hasta el último momento de si citar asimismo a Pirro, pero luego, tras habérmelo pensado mucho, decidí que también él entraría en mi tienda.

Agamenón admitió que las habladurías sobre nuestra vuelta a Acaya para el invierno y para un nuevo reclutamiento habían sido propaladas hábilmente. La verdad era otra y yo la revelaría de ahí a poco. Por tanto me pasó la palabra.

—Amigos, valerosos compañeros de armas, durante años y años Zeus ha extendido su mano protectora sobre la ciudad de Troya para que no pudiera caer, no obstante la

fuerza, el valor y el sacrificio de unos grandes héroes como Patroclo, Aquiles, Áyax de Telamón y otros, muchos otros que recubren esta tierra. Tampoco ahora la ciudad parece a punto de perder; todo intento por nuestra parte se ve frustrado y tampoco el valor del hijo de Aquiles ha sido suficiente para expugnar las puertas Esceas. Ha llegado el momento de poner fin a esta guerra interminable que podría acabar con nosotros. Es la única manera de conquistar Troya. Y lo haremos...

»¡Ahora!

Los presentes, a excepción de Agamenón y de Néstor, se miraron a la cara atónitos; algunos dejaron escapar palabras mordaces, otros rieron.

—Mañana, al oscurecer, toda nuestra flota será empujada al mar, se hará mar adentro de forma silenciosa al amparo de las tinieblas e irá a esconderse detrás de la muy próxima isla de Tenedos. Se quedaran conmigo, aquí en esta tienda, los que ahora llamaré. El Átrida Menelao, por ti se ha librado esta guerra, para ti ha llegado el momento que mucho has esperado: ¡ganarla y vengar tu honor! Áyax de Lócride, después de Aquiles eres el más rápido, rayo de bronce; golpearás sin descanso y serás el primero en alcanzar el punto más alto. Diomedes de Argos, dicen que heriste en la batalla a Ares, el mismísimo dios de la guerra, y yo bien que lo creo, pues nadie puede competir contigo a la hora de arrojar la lanza maciza, pesada, que siempre está sedienta, siempre derecha al blanco. Idomeneo, poderoso soberano de Creta, señor del laberinto, no te perderás aunque sea de noche, por las calles oscuras, intrincadas; volverás a aparecer donde sea echando fuego. Eurímaco, tu vista es penetrante como la de los depredadores nocturnos, nunca te he visto temblar; tus ojos perforarán la oscuridad también para nosotros. Macaón, alumno de Asclepio, médico de guerra, tú que sabes devolver la vida infligirás la muerte; Menesteo de Atenas, que dominas la ciudad que fue de Teseo, demostrarás que eres digno de sentarte en su trono; Meriones, Esténelo... —a medida que pronunciaba los nombres escrutaba los rostros de los llamados, tensos, contraídos, algunos espantados; nadie sabía aún el motivo de la llamada... Toante de Calidón, eres el mejor aliado de Aquiles; Podalirio, inseparable compañero de Macaón, vamos a tener necesidad de vuestra destreza; Polipetes el lapita, tu padre bajó vivo a los Infiernos, y tú no llevarás a cabo una empresa menor; ¡Teucro!, contigo el espíritu del Gran Áyax, tu hermano, estará ciertamente presente para vencer con nosotros esta guerra... Neoptólemo, llamado Pirro, hijo de Aquiles; el fuego que devorará la ciudad será más rojo que tus llameantes guedejas; realizarás lo que tu padre no pudo, pues un

dios se lo impidió, nadie habría podido.

»Todos vosotros entraréis conmigo dentro del caballo. Y el caballo será llevado al interior de la ciudad, os lo aseguro. Cuando esto suceda, alguien hará una señal desde la orilla a nuestros compañeros en Tenedos. La flota se hará de nuevo a la mar, sin velas ni mástiles; a fuerza de remos, invisible, regresará. En plena noche, cuando la ciudad haya terminado de festejar el final de la guerra y esté sumida en el silencio y la oscuridad, saldremos y tomaremos el control de las Esceas. Abriremos desde dentro estas puertas que no podemos forzar desde el exterior y haremos una seña desde las torres. Los nuestros correrán rápido y se precipitarán dentro de la ciudad. Y será el fin.

»Yo seré el comandante indiscutido de la empresa y con nosotros vendrá también Epeo, el artífice. Solo él sabe cómo abrir el vientre del monstruo, porque lo ha construido. No está enterado aún de nada, pero pronto lo sabrá. Os he elegido a vosotros porque sois los mejores, y vuestros nombres serán conocidos por los siglos futuros. ¿Aceptáis seguirme en esta aventura? Aquellos de vosotros que estáis de acuerdo, poneos ahora en pie.

Pirro fue el primero en intervenir con arrogancia, como era su costumbre:

—Nos hablas como si quisieras llevarnos a una empresa gloriosa, cuando lo que pretendes en cambio es tomar la ciudad mediante el engaño. Entraremos ocultos, en la oscuridad como ratones, para sorprender a los troyanos en el sueño. ¿Es esta la gloria que nos ofreces?

—Sí, lo es —respondí—. El hombre no está hecho solo de músculos y tendones, la mente es su parte más elevada y noble, la que lo vuelve semejante a los dioses. El intelecto es el arma más poderosa. Te ha sido dada la posibilidad de vencer combatiendo en campo abierto: no me parece que lo hayas conseguido. No tengo el cuerpo del Gran Áyax, ni el vigor de tus años ni la fuerza de Aquiles que revive en tus miembros. Yo soy Odiseo de multiforme ingenio, así me llaman. Esa es mi mayor fuerza. ¡Donde no ha tenido éxito el brazo de tu padre triunfará mi ingenio! Pero tú eliges lo que deseas: entra conmigo en la trampa, porque necesito a los mejores y no a los cobardes, o bien quédate con el *wanax* Agamenón o en tu tienda.

Después pasaron unos minutos cargados de incertidumbre y luego los elegidos se levantaron, uno tras otro, y aceptaron someterse a mi mando desde aquel momento hasta que el Átrida mayor, el *wanax* Agamenón, traspusiera las puertas Esceas.

Desde afuera llegaba el clamor de los guerreros que empujaban las naves dentro del

mar, una por una, hasta que todas llenaron la bahía y se hicieron mar adentro envueltas por la oscuridad.

En aquel momento, Sinón, con las manos atadas a la espalda y con señales de golpes en cuerpo y rostro, estaba ya en su escondite, donde sería encontrado al día siguiente. Nosotros salimos y nos reunimos con Epeo, que, finalmente, puesto al corriente, nos esperaba. La trampilla estaba abierta, y había una escalera apoyada en el borde de la abertura. Uno por uno subimos, primero yo y luego todos los demás. Epeo se incorporó con nosotros y cerró la portezuela. La lucerna que llevaba creaba un globito de tenue luz que nos permitía existir allí dentro. La cogí de las manos de Epeo y pasé revista a mis hombres. Pirro se había unido a nosotros; le conté el primero y enseguida a los demás. Tuve unas palabras para cada uno, una palmada en el hombro, una mirada. Luego, de golpe, llegado al final, desenvainé fulminante la espada y la apunté a la garganta de un hombre con el rostro cubierto que no era parte del grupo que había convocado.

—¿Quién eres, amigo? O hablas o eres hombre muerto.

Se quitó la capucha y sonrió.

—¡Eumelo!

—Estuve dos años en el palacio de Euristeo, ¿no crees que puedo pasar una noche aquí dentro? No pensarás que le tengo miedo a la oscuridad.

Epeo se adelantó.

—No puedo volver a abrir la trampilla ahora y luego cerrarla, mañana se podría ver el engaño.

Tuve que rendirme. Suspiré.

—¿Y tus yeguas? ¿Quién pensará en ellas?

—Están escondidas en un lugar seguro. No tardaremos en volver a verlas.

Pasamos la primera parte de la noche hablando en voz baja. De la empresa, de los aliados y adversarios, del hogar lejano y de la esposa, de las esperanzas, de los miedos, de los amigos perdidos y de los que quedaron.

—¿Y si se dan cuenta? ¿Qué haremos? —preguntó Toante.

—Ya pensaré en algo si eso ocurre —respondí—, pero no sucederá.

—Y si venciéramos —preguntó Diomedes—, ¿qué haremos? ¿Quién será perdonado y quién habrá de morir? ¿Quién será reducido a la esclavitud y quién liberado? ¿Quién decidirá cómo repartir el botín?

No contesté, y siguió un largo silencio. Cada cual permaneció solo consigo mismo y

con sus pensamientos hasta el amanecer.

La luz de la mañana se filtró por las juntas de las tablas y de los largueros y estrió de negro y gris nuestros rostros, tensos e inquietos. Algunos se habían dormido durante un rato; Pirro, en particular; *los muchachos tienen un sueño pesado*.

—¡Escuchad! —dijo Áyax de Oileo—. Alguien anda alrededor.

—¡Ha llegado el momento! A partir de ahora todos callados e inmóviles. Un error y estamos todos muertos.

Se oía correr alrededor, se escuchaban llamadas y luego gritos de alegría.

—¡Se han ido, hemos vencido, hemos vencido!

Y luego también clamaban:

—¡El rey! ¡Llega el rey Príamo!

Epeo me mostró que había puntos en las paredes que permitían mirar al exterior, invisibles desde fuera por estar demasiado distantes o confundidos en la superficie del coloso. Y vi un río de personas que se derramaba por las puertas Esceas y por las puertas de la ciudad baja. Hombres, mujeres y viejos. Y niños que habían conocido únicamente la guerra. Miraban a su alrededor como si no pudiesen dar crédito a lo que veían; reconocían los surcos dejados por las quillas de las naves empujadas dentro del agua, las huellas de las tiendas, los hogares que habían ennegrecido y endurecido el suelo como piedra en años y años de ardiente calor, los talleres que habían forjado espadas y puntas crueles de lanzas y de dardos amargos. Muchos lloraban de la alegría y a mí me temblaba el corazón, porque tramaba mientras tanto para ellos la última noche de vida, el último día de libertad.

Luego el gentío se abrió y pasó el carro del rey. No lo veía desde que había estado en Troya con Menelao para pedir la restitución de Helena. Estaba desmejorado: una arruga profunda como una herida surcaba su frente, tenía las mejillas demacradas y hundidas. ¿Cuántos hijos, legítimos y bastardos, había perdido en el campo de batalla? Pero entre todos y más que ninguno Héctor, baluarte del reino y de la ciudad, hijo amadísimo, le había destrozado el corazón.

Bajó del carro y caminó hasta debajo del vientre del caballo. Yo me desplacé hacia el centro, me incliné, sin hacer el mínimo ruido, y pude ver sus blancos cabellos, el broche de ámbar que cerraba sus vestiduras sobre el hombro izquierdo. Tenía la impresión de

que habría podido tocarlo de haber alargado la mano. Un rumor confuso corría por todas partes, una pregunta: «¿Qué es?». Ninguna respuesta. Temblaba: si Sinón no aparecía, nuestra aventura tendría un final terrible y vergonzoso. Un grito:

—¡Han encontrado a un enemigo! ¡Lo han apresado!

La agitación iba en aumento.

—Sinón —dije a los compañeros—, lo han atrapado.

Otro paso me acercaba al cumplimiento.

Finalmente lo vi, rodeado por la multitud, atado, con las ropas hechas jirones, el pelo enmarañado, grumos de sangre en el brazo izquierdo. Se arrojaba a los pies del rey implorando. No podía oír las palabras, pero deducía por la expresión de los rostros, de los gestos y de la actitud del rey y de su séquito qué era lo que me esperaba. Ello me hacía cobrar ánimos y transmitía a los compañeros con gestos el aliento que necesitaban. Habitados a moverse en campo abierto, con el enemigo enfrente, vivían un momento de profunda incomodidad, prisioneros e impotentes, rodeados por una multitud enorme y ahora ya también por muchos hombres armados.

El viento cambió de dirección y pude oír las voces de Príamo y de Sinón.

—Pero ¿por qué tan grande? —preguntaba el rey.

—Para que no podáis llevarlo a la fortaleza —contestó Sinón—. Si así fuese, está escrito que un día Asia entera vengaría estos años de estragos, y sus ejércitos llegarían a derribar incluso las murallas de Argos y de Micenas.

De improviso un grito que todos pudieron oír claramente:

—¡Quemadlo! ¡No es un presente votivo, sino ciertamente una amenaza! ¡Cualquier cosa que venga de nuestros enemigos es un peligro y debe ser destruido!

Poco después, la punta de una lanza penetró en el vientre del caballo y asomó en su interior casi un palmo. El impacto y la vibración del arma invadieron nuestra oscura caverna.

Toante echó mano al pasador de la trampa diciendo:

—¡No quiero morir en esta maldita trampa!

Lo bloqueamos Menelao y yo y lo mantuvimos firme hasta que se hubo calmado. Volví a mi punto de observación: se había hecho un gran silencio y todos, desde abajo, miraban hacia mí... Luego le oí decir a Príamo:

—Si este es un presente votivo a Poseidón, solo él podrá asegurarlo, por tanto será Laocoonte quien inmole un sacrificio en el mar al dios azul constructor de nuestra

ciudad. Él seguramente nos dará la respuesta.

El hombre que había arrojado la lanza era, pues, un sacerdote. Un toro fue arrastrado dentro del mar y Laocoonte, asistido por dos hijos adolescentes, dejó caer el hacha sobre el cuello del animal, que se desplomó muerto. Un gran charco de sangre se extendió sobre las aguas. Desde lo alto podía ver, cada vez más, las aguas azules teñidas de bermellón. Luego, de golpe, rebullieron la superficie del mar, emergieron dos colas y unas altas aletas hendieron las olas. En un instante, el sacerdote y los hijos fueron arrastrados bajo el agua y devorados. Su sangre se unió a la del toro sacrificado.

Como hombre de mar siempre he sabido que la sangre puede atraer a los depredadores de las profundidades, pero en aquellas condiciones la respuesta no podía ser sino favorable: el dios azul no había acogido de buen grado que su presente votivo fuera profanado por una lanzada y que se amenazase con darlo a las llamas. Y había enviado a dos de sus criaturas de los abismos a castigar el sacrilegio.

Príamo dio orden de tirar del caballo hasta la fortaleza para honrar el presente votivo y dedicarlo a Poseidón. Hubo que demoler el arquitrabe de las puertas inferiores para hacerlo pasar.

Mis compañeros me miraron con una admiración que nunca había leído tan grande en sus ojos. Todo lo que había previsto se estaba cumpliendo a la perfección. Eumelo se me acercó.

—¿Sigues pensando que hubiera tenido que quedarme con mis yeguas?

—La cosa no ha terminado aún, Eumelo. Tú crees que ahora llegará el momento de la victoria y de la gloria, del fuego y del aullido de guerra y, en cambio, lo peor está todavía por llegar. Y si todo va según lo previsto, lo que vendrá y harás esta noche te dejará un honda herida en el corazón, un dolor incurable porque cada vez que mates, inermes en su fuga, a unos adversarios ya derrotados, dispersos y aniquilados una parte de ti morirá también.

No sé si Eumelo comprendió lo que le quería decir y en cualquier caso no iba a poder ya preguntarle lo que había experimentado. Lo perdí de vista aquella noche terrible y no lo volví a ver nunca más.

Subía de la ciudad el eco de la exultación, de las fiestas y de las celebraciones, del vino que corría a mares. Nosotros teníamos el estómago atenazado de calambres, los miembros contraídos por la ansiedad de la empresa. Faltaba un solo paso para su cumplimiento y sin embargo muchas amenazas estaban al acecho, y asimismo los dioses

que habían apartado la mirada de la ciudad emanaban una fuerza temible que podía sentir.

Cuando finalmente todo se sumió en el silencio, oí resonar un paso ligero en torno al caballo. Pregunté quedamente:

—¿No habéis oído también vosotros?

—Sí, pasos —respondió Diomedes.

—Pasos —confirmó Menelao.

—Sí, pasos —dijo Esténelo.

—Pasos —murmuré.

¿Quién era el que merodeaba en torno a la trampa a aquella hora?

—¡Soy Penélope! —dijo una voz.

—¿Penélope? ¿Eres tú? —preguntó mi corazón y no podía creerlo. No pronuncié palabra.

—Egialea, amor mío —llamó Diomedes, el guerrero implacable.

—¡Tecmesa! —exclamó la voz cavernosa de Áyax que venía del más allá.

Y Teucro lloró al oírla.

—¡Arete! —gritó Esténelo y quería abrir la trampa, pero yo le detuve, le puse la mano sobre la boca hasta casi ahogarlo.

—Helena —dijo por último Menelao—, solo ella.

«Ella —pensé—, ella es todas las mujeres...» En su voz cada uno de nosotros había reconocido la de su esposa, su amante lejana, siempre en el pensamiento, siempre deseada. Sus pasos se desvanecieron a lo lejos.

Helena.

¿Había venido a tentarnos? ¿Había ido hasta allí para tendernos una aña gaza y permitir que nos descubrieran? ¿O tal vez había venido a decirnos que había reconocido el ardid, pero que no había querido revelarlo? *Aquella fue una noche de sangre y de engaños.*

Bien entrada la noche, cuando todo estaba en paz y en silencio, di orden a Epeo de que abriese la trampa y uno tras otro nos descolgamos a tierra con una cuerda. Observé las constelaciones en el cielo.

—A esta hora la flota ha tocado tierra. Id y lanzad la señal.

Cada uno de nosotros sabía lo que tenía que hacer: Diomedes, Pirro y Áyax de Oileo debían quitar de en medio a los centinelas y sustituirlos ellos mismos en las torres de las puertas Esceas. Eumelo tendría que indicar con una antorcha que teníamos el control de la puerta. Los otros, junto conmigo, debían cubrir la acción de sus compañeros y, si era preciso, defender las posiciones hasta que los nuestros llegasen.

Todo había salido a pedir de boca hasta ese momento. Vi la antorcha de Eumelo moverse a derecha e izquierda tres veces, detenerse y luego hacerlo de nuevo. Después tuvo lugar el intervalo de tiempo más largo de nuestra vida. La empresa aún podía fracasar: un retraso, un malentendido, un accidente..., pero finalmente apareció otra luz que palpitaba desde la playa. Había arribado la flota y en aquel momento estuve seguro de que el destino de Ilión se cumpliría. Pero no cantaré victoria hasta que viera a nuestro ejército irrumpir tumultuosamente por las puertas Esceas abiertas de par en par.

El ruido de miles de fuertes pisadas, el tintinear de las armas...

—¡Son ellos! —exclamó Diomedes.

—¡Abrid! —grité con todo el aliento de que era capaz. El instante que llevaba esperando desde hacía años.

Los goznes de las puertas gimieron, luego los pesados batientes chapados de bronce se

abrieron. El ejército se derramó hacia el interior de la ciudad como un río en crecida.

Desde aquel momento Troya estuvo completamente a merced del ejército invasor. La alarma se propagó cuando era ya demasiado tarde. Muchos de los defensores, despertados por el ruido, por los gritos de terror de la población, se pusieron la armadura y se precipitaron a las calles decididos a batirse hasta la última gota de sangre. Otros se plantaron delante de las puertas de sus casas para defender a sus esposas e hijos y cayeron traspasados por unos adversarios mucho más numerosos, embriagados por la matanza, furiosos por los años pasados en interminables combates, por la tenaz, insuperable resistencia de la soberbia Ilión.

Toda la ciudad se precipitó en un torbellino de horror. No había manera ni voluntad de controlar a nuestros guerreros que desahogaron su furia durante horas y horas, matando, masacrando, violando y saqueando. En muchos puntos estallaron riñas y también choques sangrientos entre nuestros propios combatientes para disputarse el botín: objetos preciosos, telas, armas, mujeres. Y al cabo de un rato comenzaron a declararse incendios en varios puntos de la ciudad, primero en los barrios bajos y luego, con el paso de las horas, llegaron a lamer la fortaleza. El fuego se propagaba rugiendo de un punto a otro de la ciudad alta.

Fue allí donde se concentró la última defensa, allí estaban el rey con la reina, los hijos y las esposas, así como los últimos valientes defensores de la ciudad y del reino: Eneas y Deífobo, hermano de Héctor. Allí estaba Andrómaca, su viuda, con su hijo pequeño Astianacte.

Allí estaba Helena.

Yo trataba de imaginar qué estaría haciendo, qué sentiría al ver el holocausto de la ciudad que la había acogido como una hija, cómo esperaría la llegada inevitable de Menelao, el esposo traicionado.

En esa zona veía que arreciaba la pelea más feroz, se alzaba el rugir de las llamas, el fragor de las armas.

Corrí hacia aquel lugar porque tenía una tarea que llevar a cabo. Dos veces había entrado ya en los intramuros de Ilión, una a la luz del día y la otra a escondidas, y en mi mente estaba viva la imagen de las calles y de las plazas, los lugares de las grandes moradas y de los palacios.

Buscaba la casa de Antenor, el hombre que había previsto la ruina y había visto en mí a aquel que quería, como él, evitarla. Había sido su huésped y le debía el único presente

de hospitalidad con el que podía pagarle: su vida y la de su familia.

Encontré la calle, y la casa, asediada por cientos de guerreros enfurecidos. Me abrí paso hacia la puerta principal dándome a conocer. Les grité que se reunieran en la rampa que llevaba a los santuarios y a la fortaleza porque había un contraataque capitaneado por Eneas y hacían falta refuerzos; a duras penas me obedecieron. Y cuando los vi partir, entré, recorrí los pasillos y las habitaciones, atravesé cortinas de fuego hasta que me lo encontré de frente. Empuñaba una lanza y la apuntó hacia mí.

—¡Soy Odiseo! —grité—. ¡Sígueme con tu familia! ¡Indícame el camino para salir por septentrión!

Comprendió. Me alejé yo primero e inmediatamente él se colocó a mi lado; detrás venía su familia con las mujeres y los niños llorando. Corrimos a velocidad de vértigo, pasamos por las calles más oscuras e impracticables, por barrios ya arrasados por el fuego hasta que llegamos a una poterna. Le ayude a él y a sus hijos a salir.

Se detuvo durante un instante y me miró fijamente con una larga mirada de infinito dolor, con los ojos llenos de lágrimas.

—Así lo ha querido el destino —dijo—. Estaba escrito que acabaría de este modo, pero que los dioses te recompensen por haberte mostrado piadoso.

—Corred —respondí—. No os paréis en ningún momento. Llegad a un lugar donde podáis encontrar ayuda, en el mar o en los montes. Nadie os perseguirá.

Les seguí con la mirada durante un rato en el que el reflejo de los incendios me permitió distinguirlos, hasta que la noche se los tragó.

Entonces volví hacia la fortaleza. El desenlace de todo estaba próximo: Pirro, flanqueado por dos guerreros gigantes, asestaba tremendos hachazos en los batientes de la puerta del palacio, que al final voló en pedazos. Se precipitó dentro hecho una furia seguido por sus mirmidones. Volvió a aparecer no mucho después por una de las galerías superiores lanzando un grito espantoso y levantando su horrendo trofeo: la cabeza de Príamo. La ciudad más poderosa de Asia era decapitada con él. Llantos y gemidos agudos taladraban la noche otoñal, bandadas de aves volaban trazando amplias circunvoluciones sobre Ilión, como espíritus de la muerte, alas purpúreas en el reflejo de las llamas.

A medida que los últimos focos de resistencia eran aniquilados se formaba el largo desfile de los prisioneros, por lo común mujeres y niños, pero también hombres para venderlos como esclavos. Los reyes y los príncipes se reunieron para el reparto del botín.

Pirro vio a Andrómaca con su hijo llorando en brazos; tal vez alguno de los suyos se la indicó, le dijo quién era. Él se la llevó del grupo exclamando:

—¡Esta es mía! —Pero luego, enojado por el llanto del niño, se lo arrancó de los brazos, llegó a la galería de lo alto de las murallas y lo estampó contra las rocas inferiores.

No hice nada por impedirlo, ya que había sido yo quien había creado a aquel monstruo. Él estaba haciendo lo que quiere la ley de la guerra y la batalla solo termina cuando la estirpe del enemigo desaparece. Así se extinguió, en aquellos pequeños miembros destrozados, la sangre de Héctor glorioso, desbravador de caballos, el hombre que había llegado a prender fuego a nuestras naves, que había defendido Troya durante diez años incesantemente, y que al final había tenido que sucumbir nada más que por la lanza de Aquiles. Andrómaca soltó un grito inhumano, el estrépito de un águila herida, y se desplomó como muerta con un último, desolado lamento.

Y no había terminado. Pirro llevaba consigo prisionera a la última de las hijas de Príamo, la joven, la bellísima Políxena. La arrastró por los cabellos hasta la tumba de Aquiles, su padre, y allí la inmoló a su sombra enfurecida, abriéndole la garganta con la espada.

Traté de alcanzar el santuario de la fortaleza porque allí estaba el simulacro de Atenea que ya había visto una vez. Por el camino me topé con Diomedes, que venía conmigo en la misma dirección, y subimos juntos a la parte alta de la ciudad. Vimos salir a Áyax de Oileo del santuario y correr rápido. Entramos y avistamos a la sacerdotisa de la diosa, la hija de Príamo, Casandra, a la que ya había encontrado en aquel lugar bajo una falsa apariencia. Yacía en tierra semidesnuda con las señales de la violencia física sufrida.

Me miró y dijo con un hilo de voz:

—Está maldito..., él morirá.

Y cuando posé la mirada sobre el simulacro de la diosa me pareció que tenía los ojos cerrados para no ver la carnicería.

Nos la llevamos con nosotros hacia las ruinas del palacio donde estaban hacinados los prisioneros. Rogué en mi corazón a la diosa que no me abandonase y continuase manteniendo su mano protectora sobre mi cabeza... Un trueno resonó lejano, la reverberación de una hoguera iluminó en lo alto de la rampa al *wanax* Menelao: con los cabellos rojos como el fuego, ensangrentada la armadura, conducía sujetándola por un brazo a la soberbia Helena, con el pecho desnudo. La había poseído, se dijo, en el lecho

impregnado de la sangre de Deífobo, su último esposo después de la muerte de Paris, que había sido masacrado.

El amanecer del día siguiente iluminó una extensión desolada, un desierto gris vetado de jirones de humo estancado. El monte Ida, rodeado de neblinas del color de la cera, ocultaba su cima en un cielo plomizo. El Escamandro y el Simunte arrastraban turbias, perezosas corrientes de fango cruento. Ni un solo pedazo de tierra dejaba de tener resquebrajaduras y hendiduras, ni un edificio de la gloriosa Ilión se erguía tal como era, ni un bosque había sobrevivido a las hachas que talaban troncos para las piras de los muertos. La victoria tenía el sabor amargo de la infinita, ciega violencia; el llanto de las mujeres y de los niños era cortante como una hoja de sacrificio, agudo, incesante. Únicamente las Moiras con su velo negro danzaban en el campo de muerte apareciendo y desapareciendo en la fosca aura.

La empresa se veía anegada en un mar de lágrimas.

Reagrupado el botín, separadas las mujeres y las armas, el *wanax* Agamenón, de semblante gris, convocó el consejo de los reyes y de los príncipes. Propuso que se ofrecieran solemnes hecatombes a los dioses para aplacar a las sombras de los muertos y para propiciar el retorno. En cambio, otros, siguiendo el consejo de Néstor, señor de Pilos, decían que se debía partir enseguida, antes de que comenzase el mal tiempo. Una vez en la patria se inmolarían las hecatombes sagradas. Tras la larga disputa, se dejó a cada uno la libertad de quedarse o de partir.

Yo me uní a estos últimos, impaciente por iniciar el regreso, olvidar diez años de vida perdida, de llantos y de piras funerarias, de veladas solitarias teñidas de nostalgia, de amigos perdidos, de cenizas apagadas que el viento dispersaba en el mar.

De mis doce naves solo me seguían siete, las otras ardían porque no había ya los hombres que habían partido conmigo de Ítaca para moverlas sentados con los ágiles remos. Muertos, yacían en los campos ahora desiertos de Ilión. Llorando, gritando diez veces el nombre de cada uno para que el viento lo llevase lejos hasta las casas de sus padres destrozados por el dolor.

Llegamos, así, rápidos a Ténedos, mientras el sol finalmente libre del negro sudario del humo iluminó el mar. Respiré como volviendo a vivir y por un instante vi un centellear bermejo de bronce, plata y auricalco: mi máspreciado tesoro, oculto en el

cofre de proa. Pero fue un momento nada más. No tardaron en concentrarse unas negras nubes próximas al centro del cielo y un viento frío empezó a soplar.

Entonces sentí un dolor agudo herirme en el corazón; oí una voz y retumbar el trueno desde los montes. ¿Quién me llamaba? Lo supe en un instante, cuando me volví para mirar la orilla que había dejado. Grité:

—¡Amainad la vela, desarbolad! ¡Todos a los remos, volvemos atrás!

Los compañeros obedecieron a mi orden, las naves viraron colocándose en fila una detrás de otra. Las proas hendían olas cada vez más orladas de espuma, la orilla estaba paulatinamente más cerca; me servía de guía el túmulo sobre el cabo Reteo. Tras arribar, los compañeros echaron el ancla. También ellos habían comprendido, creo yo. Saqué del cofre las armas de Aquiles, las até juntas con una recia cuerda: el escudo historiado, las grebas repujadas, la coraza refulgente; el yelmo crestado y la espada invencible, y salté fuera de la nave tocando con los pies la grava del fondo. Avanzaba con un enorme esfuerzo y el peso del bronce me arrastraba hacia atrás cada vez que las olas reflúan hacia alta mar.

Incliné la espalda como un buey bajo el yugo, jadeando, moviendo con gran esfuerzo un pie delante del otro; finalmente conseguí ganar la orilla. La frente, el rostro y los cabellos me chorreaban agua de mar, gruesas gotas que ofuscaban la vista.

Delante de mí se erguía inmenso el túmulo del Gran Áyax, fortaleza de los aqueos. Deposité sobre el altar que cubría sus cenizas las resplandecientes armas de Aquiles y grité diez veces su nombre sobrepujando con mi voz el aullido del viento. Zeus, tonante, se dejó oír. Mis lágrimas se unieron a las del cielo.

Nota del autor

Esta novela, inspirada en el ciclo épico troyano, narra la peripecia vital de Odiseo, hijo de Laertes, rey de Ítaca, desde su nacimiento hasta su último viaje y consistirá en dos volúmenes.

El héroe es un protagonista absoluto tanto en la *Iliada* como en la *Odisea*, que le está dedicada por entero, pero lo era también en los poemas del ciclo troyano, por lo que podemos deducir de lo que resta. Estos poemas, de los que ha quedado poco más que el nombre, estaban disponibles aún en época romana y narraban tanto el epílogo de la guerra y la caída de Troya por obra de Odiseo con la estratagema del caballo de madera, como la historia del regreso de la guerra por parte de los principales héroes de la *Iliada*. Retornos casi en todos los casos trágicos, que en parte al menos son recordados en el canto III de la *Odisea* y también en el XI, en el que el héroe, como un chamán, evoca desde el Hades las sombras de los muertos.

A través de los relatos épicos del ciclo, la figura de Odiseo llegó hasta los autores trágicos del siglo V: Esquilo, Sófocles y, sobre todo, Eurípides; fue retomada por la helenística en forma críptica por Licofronte, y luego a través de los siglos, tantas veces por obra de grandes poetas y escritores, como Virgilio, Dante, Shakespeare, hasta Tennyson, Pascoli y, por último, Joyce.

Es evidente que cada una de las interpretaciones de la figura de este héroe debe ser considerada en sí misma porque ha nacido en épocas muy distintas y también muy distantes entre sí, y es el reflejo de los hombres que la hicieron revivir de tiempo en tiempo como paradigma de la humanidad, tal como aparecía ante sus ojos.

No tendría, pues, sentido, como en cambio ocurre a menudo, atribuir al héroe vagabundo caracteres, vicios y virtudes que pertenecen a períodos, gustos y mentalidades tan alejadas entre sí. Por eso me he atenido esencialmente a la figura homérica del personaje tal como aparece en la *Iliada* y en la *Odisea*, al menos según mi modo de ver, lo que, es obvio, se convierte en cualquier caso en una interpretación, pero

esta es la característica de los clásicos: que consiguen hablar a los hombres de cada época manteniendo intactos su valor y su vitalidad.

El lenguaje que he utilizado trata de llevar al lector la atmósfera de la tradición homérica; y dentro de lo posible tiende a una síntesis esencial, renunciando a períodos demasiado complejos y a conceptos muy abstractos, y la historia es narrada en clave, por así decir, realista, precisamente porque es imaginada como un relato no tamizado aún y elaborado por el canto de los aedos y de los rapsodas, y porque el narrador es el propio protagonista.

He escrito este relato con un profundo respeto por las fuentes antiquísimas de las que proviene y puedo afirmar en esta primera pausa reflexiva que he aprendido, escribiendo, mucho más de lo que he narrado. Lo que más me ha impresionado es el rigor lógico del *épos*, por el que a una determinada premisa no puede si no seguir una sola y única consecuencia, como el lector avisado podrá fácilmente comprobar.

Por lo que concierne a mi pensamiento y a mis estudios sobre los poemas homéricos y sobre la figura de Odiseo en particular, remito a cuanto escribí en su momento en el ensayo *Mare greco*, firmado al alimón con mi amigo Lorenzo Braccesi, y a la bibliografía que lo acompaña, mientras que para los poemas perdidos del ciclo he tenido mucho en cuenta *L'epica perduta* de Andrea De Biasi y las referencias citadas por el autor.

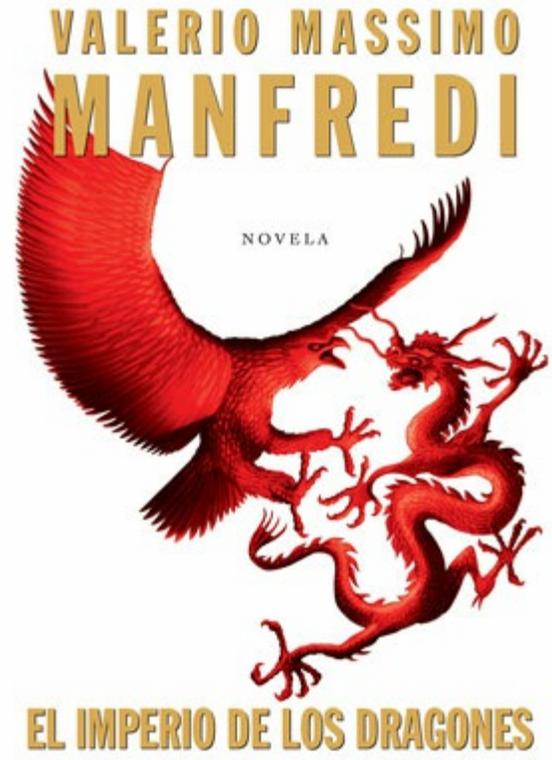
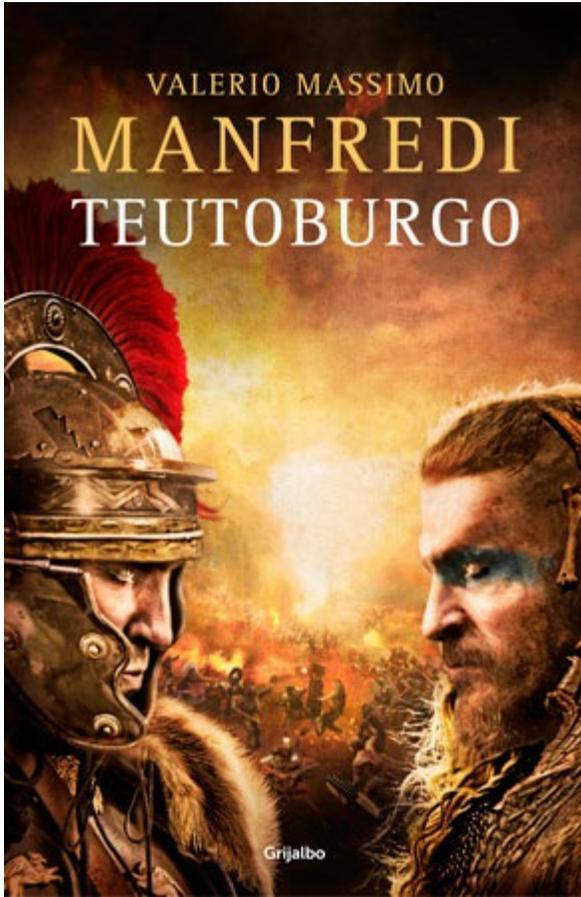
El mapa de la Grecia homérica reproducido en las guardas está basado esencialmente en el «Catálogo de las naves» de la *Iliada*.

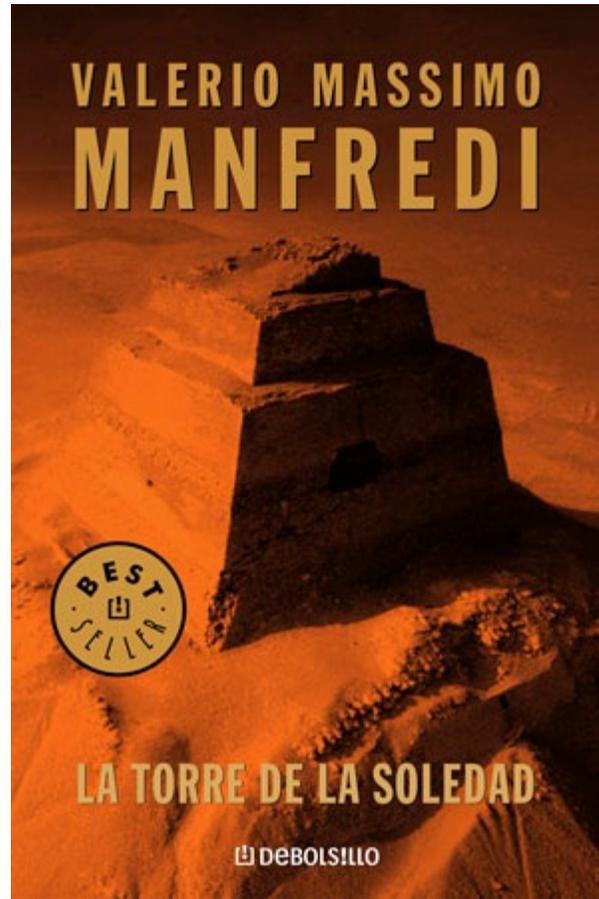
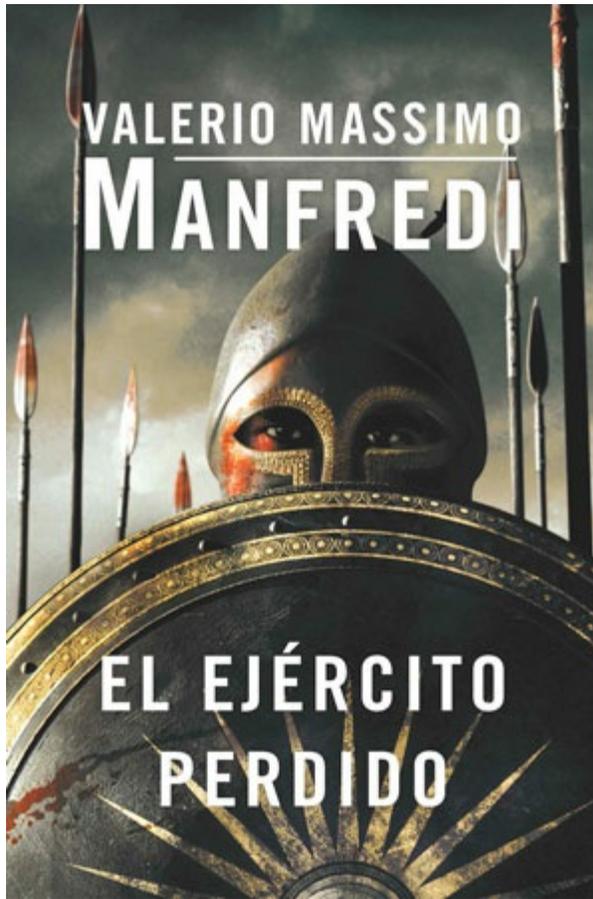
Por lo que a la onomástica se refiere, se ha elegido una vía intermedia; se citan en castellano los nombres más conocidos y adaptados por el uso, en griego los menos conocidos o bien los que, por motivos de ambientación y de atmósfera, nos han parecido más eficaces y sugestivos en la lengua original. La uniformidad ha sido en estos casos sacrificada a la emoción y a la sonoridad.

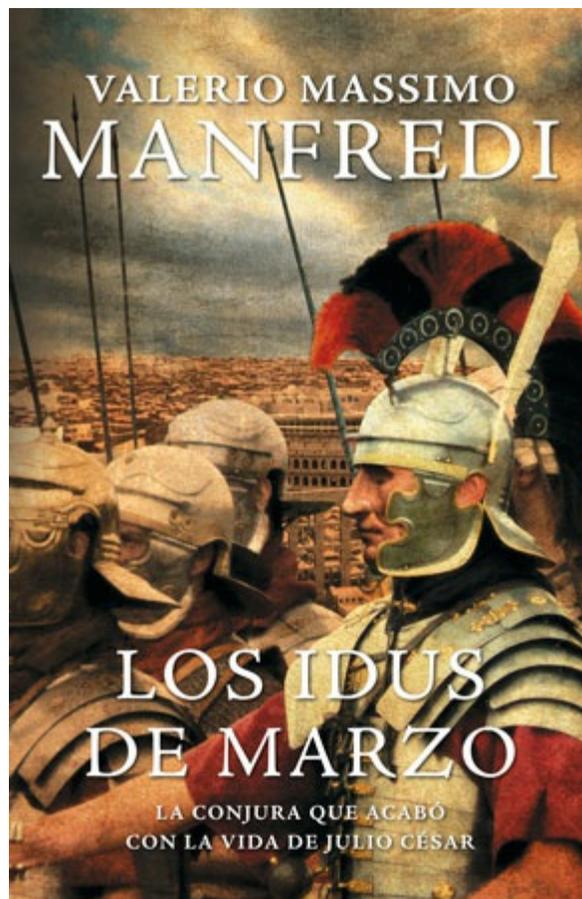
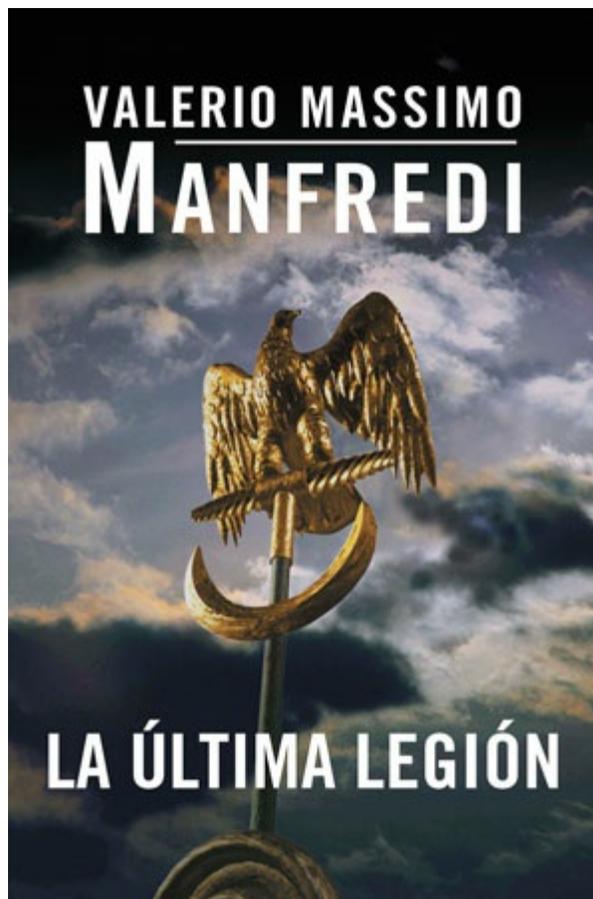
Agradezco sinceramente a mis colegas y amigos dentro y fuera de la editorial y a mi editores Giulia Ichino y Antonio Franchini que hayan sido generosos conmigo con sus consejos y aliento leyendo con inteligente paciencia mis páginas antes de que el manuscrito fuera mandado a la imprenta.

Valerio Massimo Manfredi es arqueólogo y académico especializado en la antigua Grecia y el Imperio romano. Ha sido profesor en diversas universidades de prestigio, tanto en Italia como en el extranjero, y publica artículos y ensayos en revistas académicas y generales. Es autor de 17 novelas cuyas ventas totales superan los 12 millones de ejemplares en todo el mundo. Su trilogía «Aléxandros» fue traducida a 38 idiomas y publicada en 62 países.

También ha escrito guiones para cine y televisión, y ha dirigido documentales y programas culturales.







POR EL AUTOR DE ALÉXANDROS

VALERIO MASSIMO
MANFREDI



TALOS DE ESPARTA

DEBOLSILLO

Título original: *Il mio nome è Nessuno. Il giuramento*

Edición en formato digital: noviembre de 2013

© 2012, Valerio Massimo Manfredi

© 2012, Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milán

Publicado en lengua española por acuerdo con Grandi & Associati

© 2013, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, José Ramón Monreal Salvador, por la traducción

Diseño de la cubierta: © Giulia Manfredi

Ilustración de la cubierta: © Giulia Manfredi

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5203-4

Conversión a formato digital: M. I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

Odiseo

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Nota del autor

Biografía

Si te ha gustado este libro... No te pierdas otros títulos destacados de **Valerio Massimo**

Manfredi

Créditos

Índice

Odiseo	2
Prólogo	7
Capítulo 1	10
Capítulo 2	17
Capítulo 3	23
Capítulo 4	29
Capítulo 5	38
Capítulo 6	44
Capítulo 7	51
Capítulo 8	58
Capítulo 9	64
Capítulo 10	72
Capítulo 11	81
Capítulo 12	89
Capítulo 13	100
Capítulo 14	110
Capítulo 15	120
Capítulo 16	129
Capítulo 17	138
Capítulo 18	149
Capítulo 19	157
Capítulo 20	168
Capítulo 21	178
Capítulo 22	185
Capítulo 23	194
Capítulo 24	205
Capítulo 25	217
Capítulo 26	226
Capítulo 27	237

Capítulo 28	247
Capítulo 29	256
Capítulo 30	266
Capítulo 31	274
Capítulo 32	286
Capítulo 33	294
Capítulo 34	303
Nota del autor	309
Biografía	311
Si te ha gustado este libro... No te pierdas otros títulos destacados de Valerio Massimo Manfredi	312
Créditos	316